



Taifas

2069

Antonio de Chenchá

Lectulandia

En el 2069, año en el que da comienzo esta historia, la península ibérica se halla dividida en una veintena de países con sistemas de gobierno distintos: monarquías, repúblicas, dictaduras, que compiten entre sí militarmente, de manera recurrente, por los recursos y por la influencia.

En ese contexto da comienzo esta trama. El relato se inicia en el noroeste, concretamente en Galicia, pero vertiginosamente la acción se irá extendiendo a medida que resulta evidente que el frágil equilibrio de fuerzas se rompe.

Los distintos gobernantes de los territorios en liza tratarán de sobrevivir unos y prevalecer otros y, para ello, formarán alianzas a favor o en contra de las regiones que están adquiriendo mayor predominancia.

Lectulandia

Antonio de Chenchá

Taifas 2069

ePub r1.0
Titivillus 27.10.15

Antonio de Chench, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

—¡Adelante! —respondió el general Pedro Casáis, al escuchar la llamada que alguien hacía golpeando con los nudillos la recia puerta de roble de su despacho.

Cuando la entrada quedó expedita hizo su aparición el teniente Rubén González. El joven oficial entró, cerró a sus espaldas y recorrió la distancia que le separaba de la mesa de nogal primorosamente tallada, tras la que se sentaba su superior, el cual había levantado la vista de unos documentos que estaba ojeando y le miraba inquisitivo.

Al llegar a la distancia protocolaria el teniente se detuvo, adoptó la obligada posición de firmes ante su jefe y, con la comodidad y soltura que le daba la confianza, habló:

—Mi general, la policía rural ha detenido a tres pirómanos que en los últimos días han provocado cinco fuegos en la Sierra de Barbanza y en las cercanías de las Fragas del Eume. Por suerte los incendios no han sido excesivamente graves y en total solo se han quemado unas cien hectáreas de matorral y un par de docenas de pinos, y ya han sido extinguidos.

—Descansa, Rubén, y dime. ¿Cómo han logrado detener a los incendiarios tan pronto? —preguntó el general, informado previamente de la evolución y de la reciente extinción de los fuegos.

—Uno de nuestros satélites espía los ha detectado cuando incendiaban la maleza, y los técnicos del centro de control espacial han grabado las imágenes —explicó el teniente, al tiempo que obedecía complacido la orden de su comandante y relajaba su rígida postura.

—Entonces, no hay ninguna duda de que son culpables. ¿Es eso lo que quieres decirme? —preguntó el general, sabedor de cuál era su deber en esos casos.

—Así es, señor, son culpables sin ninguna duda —afirmó el oficial, y añadió:

—Las imágenes de alta resolución muestran claramente sus caras.

—¿Han confesado?

—Lo han hecho después de haber sido persuadidos —dijo Rubén con cierto retintín, que expresaba claramente que habían sido torturados.

—¿Qué razones han dado para justificar sus actos? —preguntó curioso el general.

—Uno de ellos declaró que lo hizo porque quería más tierras de pasto para su ganado, y no quiso hacer la solicitud pertinente en medio rural por ahorrarse los trámites y gastos que eso conlleva y, además, estaba convencido de que su petición no iba a ser atendida; por eso quiso hacerlo a su manera. Otro quiso despejar con fuego una zona de su propiedad, con la esperanza de que, en un futuro no muy lejano, le permitieran construir un galpón en la zona arrasada por las llamas, a pesar de que sabe que es muy difícil que los terrenos quemados puedan ser recalificados.

Llegado a este punto de su informe, el teniente Rubén hizo una pausa para tomar aliento y, sin ser apremiado, continuó.

—El tercero lo hizo por envidia. Cuando supo que uno de sus vecinos iba a vender algunos viejos pinos de una arboleda de su propiedad, y obtener un beneficio económico considerable por la venta de la madera, no quiso que eso ocurriera, para que, según su enfermiza lógica, su vecino «no fuese más que él». Sabedor, como todos, de que si un bosque arde sus dueños no pueden obtener ningún provecho monetario, puesto que el beneficio de la venta de los árboles quemados va directamente al gobierno provincial —explicó el joven y añadió—. Por eso lo hizo, para que su vecino no ganase nada —finalizó Rubén su exposición de los hechos y calló.

—¿Algo más? —quiso saber el general antes de decidir, a pesar de que el asunto estaba claro y el veredicto solo podía ser uno.

—Eso es todo, señor.

—Bien. Ya que no es necesario involucrar a la jurisprudencia y hacer un juicio civil, puesto que los hechos están meridianamente claros, y por ello me corresponde a mí dictar sentencia —dijo el general en voz alta, más bien para reflexionar que para informar a su ayudante, puesto que este ya sabía, casi con toda seguridad, cuál iba a ser el veredicto de su superior, y para eso se había presentado ante él y expuesto su pormenorizado informe, que no dejaba lugar a dudas.

Después de unos pocos segundos en silencio la voz del general Casáis se oyó de nuevo y, con un tono metálico, que pretendía ser desapasionado, ordenó:

—Manda que trasladen una guillotina móvil a la plaza del ayuntamiento para que los tres sean ejecutados allí mañana al mediodía. Además, encárgate de informar a los medios de comunicación del hecho, para que lo anuncien a la población—. Eso es todo —finalizó el general, mirando a los ojos de su subordinado.

—¡A la orden! —respondió el teniente, tensándose levemente de nuevo y haciendo el reglamentario saludo militar, antes de dar la vuelta y salir por donde había entrado.

Cuando Pedro quedó de nuevo a solas, sus pensamientos volvieron al punto en el que estaban antes de la irrupción en el despacho de su ayudante. Al general le preocupaban cosas más importantes que la ejecución de tres estúpidos con la conciencia medioambiental de hienas. Temía que Galicia iba verse obligada a luchar en otra guerra. El informe que acababa de leer así parecía indicarlo, y relataba que, aparentemente, los madrileños se habían aliado con los leoneses y estaban acumulando tropas en la comarca de El Bierzo. Asumiendo que eso era cierto y sabiendo que los castellanos del centro estaban pasando por una situación alimentaria crítica, debido a la sequía que estaban padeciendo y, por ello, tenían sus ambiciones localizadas en Galicia, puesto que sabían que los gallegos poseían grandes excedentes de alimentos.

Para asegurarse de que sus informes militares y su intuición eran acertados, Pedro

decidió bajar al bunker que había debajo del palacio municipal de A Coruña —en ese edificio se situaba el despacho en el que se hallaba en ese momento— y que ocupaba, a gran profundidad, todo el subsuelo de la plaza de María Pita.

El general abrió la puerta y salió de su despacho, y tanto los centinelas como los oficinistas civiles que ocupaban la planta se sorprendieron al verlo, puesto que no acostumbraba a salir hasta la hora del almuerzo, y para ello todavía faltaban más de dos horas. Sin embargo la sorpresa les duró poco y todos se levantaron, incluso los civiles, y se apresuraron a mostrarle el respeto debido unos y a saludarle militarmente otros.

Dirigiéndose a uno de sus escoltas, dijo con voz lo suficientemente alta para ser oído por todos los que estaban cerca.

—¡Vamos a bajar a bunker!

Sin esperar respuesta se puso en marcha y se dirigió a una discreta puerta que bajaba desde la segunda planta —lugar donde se hallaba en ese momento— y que era la zona de oficinas del palacio municipal.

Sin hacer ningún comentario, cuatro miembros de su escolta se pusieron a la par con él y, ya que sabían a donde iban, uno de ellos se adelantó servicial y abrió la puerta que permitía la entrada a una estrecha escalera de caracol, que bajaba hasta el bunker, sin necesidad de dejarse ver en la zona noble del edificio, localizada en el primer piso.

Al llegar al sótano la escalera terminaba y allí, en un gran espacio compartimentado de 2.300 metros cuadrados, que servía como almacén, en el que también había una gigantesca cámara de seguridad, se iniciaba un gran ascensor, ante el cual dos centinelas montaban guardia permanentemente, iluminados por la luz artificial que siempre estaba encendida allí y, a pesar de la inesperada sorpresa que recibieron al ver a su comandante en jefe y a sus escoltas, abrieron la puerta con la llave que uno de ellos portaba. A continuación el general marcó, en el panel de control, un código de seguridad, que, lógicamente, tenía memorizado, puesto que era él quien, periódicamente y a voluntad, cambiaba la clave de acceso. Enseguida la maquinaria se puso en marcha. Las puertas se cerraron y el ascensor bajó raudo pero sin brusquedad los doscientos metros de túnel que separaban el sótano del bunker. Al detenerse, el montacargas se abrió a un lugar que triplicaba en tamaño al edificio que se asentaba encima, y que estaba cubierto por un techo antinuclear de acero y hormigón armado, y rodeado de paredes, igualmente reforzadas y compartimentadas, que aislaban el lugar también de la humedad, puesto que el refugio que protegía la sala de control estaba muy por debajo del nivel del mar.

El centro de operaciones al que Pedro y sus escoltas accedieron se hallaba intensamente iluminado, y en el lugar trabajaban numerosos técnicos, cubiertos por idénticas batas blancas, sentados o de pie, tras impolutas mesas de metal o cristal, junto a grandes pantallas panorámicas que mostraban todo tipo de datos o revelaban en directo lo que ocurría en el exterior, a gran distancia; también manejaban

ordenadores que, entre otras cosas, controlaban satélites, sistemas de lanzamiento de misiles, u operaban radares aéreos que tenían sus antenas en puntos lejanos del exterior. La mayoría de los científicos que había allí apenas prestaron atención a los recién llegados, y muchos de ellos mantenían animadas conversaciones telefónicas con la superficie, o analizaban los datos que recibían para llegar a las conclusiones a las que, los cambiantes hechos les llevaban, y que enseguida transcribían en informes.

Una mujer, cubierta al igual que todos los demás con una holgada bata blanca, que ocultaba la ropa que llevaba debajo, sí prestó atención al recién llegado e ignoró a los soldados que lo acompañaban después de echarles una ojeada superficial. Se trataba de la capitán María Castro, y antes de acercarse a su superior jerárquico lo analizó instantánea y maquinalmente, a pesar de que, lógicamente, lo conocía. Vio ante ella a un hombre impecablemente vestido con una guerrera militar caqui, camisa blanca de manga larga, corbata negra de nudo, pantalón oscuro, zapatos negros, gorra de plato también de color grisáceo, y que, sobre los hombros, lucía bordada la bandera gallega con listas en sentido vertical, y también las dos estrellas de oro de cuatro puntas, que revelaban que su rango era el de general de división. Sobre el pecho llevaba solo algunas de sus condecoraciones más apreciadas y el distintivo que le identificaba como ingeniero mecánico. Sin embargo, María no prestó tanta atención a la indumentaria como al físico del hombre que, sorpresivamente, había bajado a «sus dominios». No pudo dejar de apreciar, una vez más, que el general era un espécimen masculino que, sin duda, entraba en la categoría de los machos alfa. Musculoso y atlético, delgado pero no enclenque; poseía un elegante porte natural y por ello cualquier indumentaria le sentaba bien. Por lo que ella sabía, acababa de cumplir 38 años y, aparentemente, estaba en la plenitud de su fuerza. Pedro también destacaba por su estatura superior a la media, superaba los 1.90 centímetros. Además, poseía un rostro de rasgos simétricos, tostado por el sol, con algunas finas arrugas apenas perceptibles, en el que descollaban unos inquisitivos ojos de color verde, una nariz recta, una barbilla prominente y un frondoso pelo rubio, todavía sin canas.

También el general, al igual que la capitán María, analizó instantáneamente, en cuanto la vio, a la mujer que se le acercaba, y pudo ver una vez más, a una fémina de perfil suave, nariz recta y pequeña, pelo rubio corto y asimétrico, grandes ojos verdes curiosos, labios carnosos bien delimitados, ligeramente pintados de color rojo, y cuello estilizado, que descansaba sobre unos hombros bien moldeados por incontables horas de gimnasia. Su cuerpo, velado por la amplia bata blanca, solo se podía intuir, no ver. Sin embargo él sabía bien de la proporcionalidad de la figura de la mujer que se le aproximaba, puesto que la había visto anteriormente con ropa más escasa y ceñida. El general se sorprendió ligeramente al ver que ella no llevaba puesto el uniforme y, por ello, los bajos de su bata dejaban ver que vestía unos pantalones vaqueros y calzaba cómodos mocasines; el torso lo llevaba cubierto con un jersey azul claro, que hacía juego con los vaqueros y del que apenas se atisbaba la parte en V, que la abotonada bata blanca dejaba ver.

Pedro tuvo que admitir, una vez más, que la mujer le excitaba y, en un segundo, decidió que, en cuanto encontrase el momento adecuado, la invitaría a salir, pero ese no era el lugar ni el instante, pensó con razón.

María era la comandante del bunker; poseía entre otros el título de ingeniero en telecomunicaciones, y tanto los civiles como los militares, que allí se encontraban, debían responder ante ella. Sin embargo el hombre que acababa de entrar estaba muy por encima en la escala de mando, y por eso era ella la que debía rendir cuentas ante él; razón por la cual, en cuanto se paró, disciplinada, ante el general, adoptó la posición de firmes, aunque no se llevó la mano a la frente para saludar al recién llegado porque no llevaba la cabeza cubierta, y en ese caso el reglamento castrense prohibía realizar el conocido gesto de saludo militar. Por eso se limitó a decir:

—¡A la orden, mi general! ¡Bienvenido! —Y sin transición inquirió:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¡Buenos días, capitán! —saludó él y añadió—. Tengo motivos para creer que los madrileños, apoyados por los leoneses, nos van a atacar, y necesito que se haga un reconocimiento aéreo de la comarca de El Bierzo, para saber el número de tropas que han reunido allí.

Ella no se sorprendió por la petición. Ya estaba al tanto del hecho y había tenido la precaución de grabar las imágenes de uno de los satélites de espionaje; por eso dijo:

—Venga, general —y, sin esperar a ver si él la acompaña, se dirigió a un panel de control, manipuló unos mandos y, como respuesta, una gran pantalla, que hasta entonces estaba apagada, se encendió, y todos pudieron ver, con gran nitidez, la zona. Enseguida resultó evidente que el área estaba tomada militarmente, y las tiendas de camuflaje de un gran campamento militar ocupaban una considerable extensión. La resolución de las imágenes era tal que no solo las carpas y los hombres que se movían por doquier eran visibles, sino que también los cañones y tanques, que el enemigo pretendía camuflar, podían distinguirse claramente.

Después de unos instantes callado, mirando y haciendo un cálculo aproximado del número de tropas que aparecían reflejadas en la pantalla, Pedro no pudo saber con certeza cuántos efectivos enemigos estaban acampados cerca de la frontera gallega, pero era indudable que eran muchos más que los defensores galaicos que estaban fortificados en los Ancares. Para comprobarlo inquirió, mirando de nuevo a la capitán, que había apartado los ojos de la pantalla, y otra vez estaba pendiente de él.

—¿Podemos ver a nuestras propias líneas de defensa?

—Claro. Vamos a verlo —dijo ella, y volvió a manipular los controles de la pantalla que estaban viendo y, como resultado, la imagen se esfumó. Después de unos pocos segundos volvió a encenderse y una gran panorámica general de la zona apareció de nuevo reflejada. Ella hizo *zoom* pulsando un dúctil mando recubierto de goma que mostraba el signo +, y las imágenes fueron haciéndose cada vez más concretas y nítidas; enseguida pudieron distinguir claramente sus propias

fortificaciones y también a los numerosos soldados que se encargaban de la defensa del área, y que estaban dedicados a diversos quehaceres. De todo lo que la pantalla mostraba la imagen más impactante era la de las numerosas edificaciones, aglomeradas en poco espacio, y la alta muralla pétreo que las rodeaba. El lugar se llamaba fuerte Piornedo y estaba situado a 1998 metros sobre el nivel del mar. Los imponentes muros de la fortificación daban la impresión de seguridad e inexpugnabilidad, que los arquitectos habían pretendido conseguir al erigirla, pero todos sabían que las pétreas defensas podían ser demolidas por los cañones modernos sin demasiada dificultad, pero aun así la tarea, en este caso, no iba a ser tan fácil, porque también el paseo de ronda de la muralla de la fortificación estaba erizado de cañones que apuntaban al horizonte, y podían responder con contundencia a cualquier ataque terrestre. A ambos lados del castillo se erigían vallas de espinos dobles, que reseguían la frontera y cuyo pasillo interior estaba plagado de minas terrestres, de un gran poder explosivo, capaces de destrozar tanques.

También, en la cumbre del Mustallar, —ochocientos metros más elevada que Piornedo— había una guarnición equipada con ocho gigantescos cañones y una docena de lanzamisiles tierra-aire.

Asimismo, cuantiosos camiones de transporte de propulsión eléctrica, que portaban misiles antiaéreos, estaban estacionados y camuflados a todo lo largo de la frontera, y su principal objetivo era derribar a los aerodeslizadores y a los aviones que pretendiesen cruzar la línea divisoria, u atacar las líneas de defensa gallegas.

Pedro miraba la pantalla con gran atención, tratando de encontrar los puntos débiles del enemigo. Mientras lo estaba haciendo algo en su subconsciente lo alertó de lo que estaba viendo no cuadraba. Por eso acertadamente preguntó:

—¿Estamos viendo estas imágenes en directo?

—No, general, son una grabación de ayer —respondió ella, un tanto sorprendida de que él se diera cuenta de ese hecho.

—Ya me parecía que algo no encajaba —respondió él, sin explicar lo que le hizo sospechar, puesto que ni él mismo podía expresarlo ni pretendía intentar hacerlo.

—Creo que deberíamos poder ver imágenes de la zona en tiempo real, ¿no es así?

—Así es, señor. Deme un momento —respondió la capitán, pero esta vez no fue ella la que se encargó de la tarea; se dirigió a un técnico que estaba sentado frente a un ordenador y le ordenó:

—Xosé, conéctate al satélite Castelao y haz que nos muestre la comarca de El Bierzo y Los Ancares.

Mientras el ingeniero tecleaba los códigos que le permitirían controlar al satélite especificado, ella se sintió compelida a explicar:

—El Castelao es el que en estos momentos orbita sobre el área y nos permitirá ver la zona con gran nitidez durante un tiempo.

Efectivamente. Al poco la pantalla, en la que todos los involucrados mantenían fijas las miradas, mostró los relieves montañosos, y, paulatinamente, obedeciendo los

comandos del técnico, la imagen se fue ampliando, y al poco pudieron ver con gran claridad toda el área de montaña que querían examinar.

—Enfoca el campamento enemigo —ordenó María.

El operador obedeció y enseguida consiguieron ver la intensa actividad que se desarrollaba en el acuartelamiento leonés. Era indudable que estaban organizando algo, y ese algo era evidente para todos los que estaban viendo las imágenes desde el bunker del palacio municipal de A Coruña.

«Solo podía significar que se estaban preparando para invadir Galicia».

Como para confirmar lo que todos pensaban y no dejarles ninguna duda, otro de los técnicos de sonido anunció:

—Acabo de detectar una comunicación entre el puesto de mando leonés y están hablando de que los refuerzos ya están en camino.

Inmediatamente, Pedro supo lo que eso podía significar y reaccionó antes que nadie.

—Rastrea las rutas de acceso a las montañas de León —ordenó al operador que controlaba el enfoque del satélite.

Después de unos instantes en los que todos mantenían la vista fija en las pantallas y guardaban un silencio tenso, el técnico que operaba el satélite fue el primero que encontró lo que estaban buscando, y así lo hizo saber antes que los demás pudiesen interpretar las, todavía, lejanas imágenes.

—Una gran columna de blindados ha salido de Astorga y se dirige hacia el oeste por el camino de Santiago —advirtió, al tiempo que hacía *zoom* sobre la ruta que había enunciado. Enseguida la imagen fue nítida y reveladora. Todos pudieron ver la alargada línea de vehículos blindados que estaban saliendo de la ciudad y ocupaban una gran extensión de carretera, y estuvieron seguros de que se dirigían a la frontera con Galicia.

—Ya no queda duda de que otra guerra es inminente y debemos tomar las medidas oportunas para derrotar a los enemigos que pretenden invadirnos —dijo Pedro, mirando exclusivamente a su subordinada, María.

Ella pensaba lo mismo pero no le competía a un simple capitán hablar de estrategia y, en esos momentos, tampoco sabía cómo hacer para derrotar a los leoneses y castellanos que pretendían atacar Galicia. Sin embargo, Pedro por algo era general con solo 38 años y en su mente «bullían» ya diversas tácticas de defensa, todavía sin concretar del todo.

—He de informar de esto al presidente Sabino y a mis compañeros del alto mando; juntos decidiremos como actuar, pero, si lo que yo pienso prevalece, creo que pronto van a llevarse una cruenta sorpresa todos aquellos que ansían conquistarnos. A veces la mejor defensa es un buen ataque —dijo el general Casáis, dirigiéndose a la capitán María, y revelando así algo de su estrategia—. Quiero que mantenga una vigilancia ininterrumpida de los movimientos del enemigo, capitán, y que se me comunique inmediatamente cualquier novedad, ¿entendido? —terminó preguntando

el general.

—Claro, señor —respondió inmediatamente ella y concretó:

—Enviaré los pájaros-espía para que se aposten en la ruta que sigue el enemigo y también sobrevuelen sus posiciones.

—Bien —asintió él general, sabedor de las potencialidades de las aves mecánicas, que apenas se distinguían de las verdaderas, y eran capaces de mostrar, con sus minicámaras de alta resolución, todo lo que ocurría en una amplia zona.

—También intentaré averiguar si el enemigo está usando sus pájaros-espía para observarnos a nosotros. Daré la alerta a nuestras guarniciones militares y a la policía para que estén ojo avizor y, si localizan alguno, avisen a los francotiradores para que estos los abatan.

—Bien pensado, capitán —alabó el general, y sin transición añadió:

—Ahora debo irme. Como ya he dicho debo informar al presidente Sabino y a los demás generales. No dude en ponerse en contacto conmigo si hay alguna novedad reseñable.

—Así lo haré, señor. ¡A la orden! —dijo ella cuadrándose, mientras él, sin más, solo con una perceptible inclinación de cabeza, asentía, daba media vuelta y, acompañado de los sus escoltas, se dirigía al rápido montacargas que lo llevaría con celeridad a la superficie.

La capitán María quedó un momento absorta, imbuida en pensamientos personales, que nadie podía discernir por su inescrutable expresión, mientras mantenía la vista fija en las puertas del ascensor que acababan de cerrarse delante de ella. Después de unos breves instantes sacudió casi imperceptiblemente la cabeza y volvió a centrarse en sus importantes quehaceres.

El viernes, 25 de enero del año 2069, amaneció despejado e inesperadamente templado para esa época del año, y por eso, a medida que avanzaba la mañana, las gentes de toda índole y condición salían a la calle para disfrutar del inesperado día soleado que se les presentaba y que todos sabían que no podía durar. No solo el buen tiempo era la causa que empujaba a los ciudadanos de A Coruña a salir y a buscar la compañía de sus vecinos, familiares y conocidos. Una razón de peso que los indujo a congregarse y a comentar fue por qué se habían enterado por los medios de comunicación que, probablemente, pronto iban a estar en guerra con León, y todos querían saber la opinión de los demás al respecto, y si los otros pensaban si tenían probabilidades de prevalecer en la contienda.

Todos estaban preocupados pero el miedo no era el sentimiento predominante sino la ira. Los gallegos querían vivir en paz pero era evidente que las demás repúblicas y reinos de la península ibérica solo pensaban en conquistar a sus vecinos y anexionarlos, para apropiarse de sus bienes, sobre todo de los alimentos que los gallegos habían sabido producir, hasta ser incluso excedentarios en muchos productos agrícolas; también sus piscifactorías y granjas producían todo lo que los galaicos necesitaban para su propio sustento. Abonaban sus tierras con algas que previamente habían secado al sol y con otros productos orgánicos. Habían recuperado y replantado sus diversificados bosques y, consecuentemente, también eran excedentarios en madera, y ese era el principal material de construcción que empleaban para hacer viviendas unifamiliares (para los grandes edificios seguían utilizando hormigón armado, piedra y mármoles, principalmente). También la manufactura de ropa era una industria importante en Galicia, e incluso exportaban sus elaboradas prendas, que eran conocidas y apreciadas por su excelente calidad en toda la península. Asimismo, eran especialistas en la construcción de barcos y aerodeslizadores, y también reputados fabricantes de armas, sobre todo de misiles antiaéreos.

Para su defensa los gallegos habían emplazado centenares de lanzaderas a lo largo de sus costas y fronteras, con la intención de disuadir a aquellos que tuviesen la intención de atacarlos con aerodeslizadores o aviones de combate.

El armamento antiaéreo de los gallegos disuadía a sus potenciales enemigos de un ataque por aire, y todos los estrategas militares coincidían en que para conquistar Galicia era imprescindible un numeroso ejército terrestre.

En el primer cuarto del siglo XXI el llamado reino de España se había desintegrado y todos los territorios, que entonces se denominaban comunidades autónomas, se constituyesen en países independientes. Pronto comenzaron a guerrear entre ellos por los recursos o por supuestos derechos históricos que algunos adujeron.

El Estado Central se había descompuesto por culpa de políticos corruptos que estaban a las órdenes de la oligarquía financiera, y los componentes de esa pandilla de multimillonarios solo se preocupaban de especular, incluso con los alimentos, para ganar dinero, que en nada repercutía en el bienestar general. Solo acumulaban más y más recursos detrayéndolos de los más pobres y de los que entonces llamaban clases medias, hasta que únicamente existieron dos clases sociales. Una formada por los muy ricos, sus lacayos políticos, las fuerzas policiales, el ejército, y siervos publicistas, que aparecían en los medios de comunicación con el propósito de adoctrinar a las masas y mantenerlas sumisas y, por supuesto, los autócratas religiosos que se alienaban con los ricos y formaban una casta propia. Todos los chupópteros sumados constituían un veinte por ciento de la población. Su avaricia no conocía límites y fue su perdición. La clase social desfavorecida la componía el otro ochenta por ciento de la ciudadanía, conformada por millones de desempleados hambrientos y hordas de asalariados con trabajos precarios y mal pagados que no les permitían vivir con un mínimo de dignidad, y un día, llegados al límite de la opresión tolerable, se negaron a trabajar y a servir a los opresores. Exigieron un mejor reparto de la riqueza y un sueldo digno universal, que el gobierno de turno les negó. Hubo, además, una huelga generalizada indefinida y muchos grupos disímiles de gentes airadas se unieron y asaltaron los comercios y centros comerciales, y el caos se extendió.

Después de solo un mes los muertos se contaban por miles y, finalmente, los policías y el ejército dejaron de apoyar a los opresores y se unieron a la ciudadanía. Las represalias de los oprimidos también fueron cruentas, y durante al menos dos años reinó el caos, aunque hubo muchos pueblos y ciudades que lograron mantener algún tipo de autoridad y, poco a poco, las comunidades fueron reagrupándose y aceptaron ser regidos por sus representantes regionales electos. Sin embargo, el poder del Estado Central había desaparecido por completo; en consecuencia, las comunidades autónomas se constituyeron en países independientes, con variados sistemas de gobierno, que iban desde democracias parlamentarias hasta férreas dictaduras, e incluso algunos optaron por conformarse en nuevas monarquías hereditarias, instauradas por unos ególatras que habían conquistado el poder. Casi sin tregua, en cuanto consolidaron su autoridad, algunos de los gobernantes de los nuevos Estados revelaron pronto sus ansias expansionistas. Los ejemplos más claros fueron Cataluña en el este que invadió Valencia, y Euskadi en el norte que quiso anexionarse Navarra. Las cosas no salieron como los primeros invasores planeaban y gran parte de Cataluña estaba actualmente ocupada por los valencianos, que estaban siendo apoyados por los baleares; Navarra controlaba Vizcaya. Alaba se había independizado de Euskadi y eso había fraccionado aún más al antiguo país vasco. Ejemplos como ese se daban a lo largo y ancho de la península ibérica.

Galicia había tenido la suerte de permanecer cohesionada hasta la fecha, y ahora esperaban la inminente invasión de los leoneses y de los madrileños del centro (los

que tenían a Madrid como capital), que pretendían quedarse con el fruto del buen hacer y de la perseverancia estoica de los gallegos, que a lo largo de las últimas décadas habían logrado que Galicia fuera autosuficiente y envidiada.

Los gallegos solo habían tenido dos guerras. Lucharon contra los asturianos y con los portugueses para dilucidar por medio de las armas las líneas de frontera y, finalmente, lograron la paz y quedaron en tablas, sin perder ni ganar territorios. Algunos de los demás países de la península ibérica todavía seguían guerreando entre ellos, y las victorias que algunos conseguían (a menudo pírricas) frecuentemente eran seguidas de derrotas.

Actualmente varios habían logrado extender considerablemente sus dominios, a costa de las pérdidas de otros, y las guerras continuaban con mayor o menor intensidad.

Todos los gallegos, hombres y mujeres, estaban obligados a servir en el ejército tres años. Después de licenciarse debían reintegrarse a las fuerzas armadas durante un mes cada año, para actualizar su entrenamiento militar. Estaban obligados a hacerlo hasta la edad de cincuenta años; a partir de ahí eran libres para seguir haciéndolo o no.

Por eso y por su carácter, los gallegos no temían en exceso a los enemigos externos, y la anunciada como inminente invasión de los leoneses y de los castellanos del centro no les preocupaba demasiado, pero era el tema de conversación principal de la mañana. También la programada ejecución de los tres incendiarios, que habían prendido fuegos en la Sierra de Barbanza y en las Fragas del Eume, era el otro tema del día, e impulsados por el odio que los concienciados ciudadanos sentían por los incendiarios, o atraídos por el espectáculo que para algunos significaban las muertes sangrientas, muchos, charlando animadamente en pequeños grupos, se encaminaron adonde sabían que iban a celebrarse las ejecuciones.

La guillotina estaba instalada sobre una plataforma elevada, también móvil, a la derecha de la estatua de bronce de la heroína María Pita, de quién la plaza recibía el nombre. La tradicional guillotina no tenía nada de especial, ni siquiera el llamativo color rojo con que estaba pintada, y consistía en un armazón de dos montantes verticales, unidos en la parte superior por un travesaño denominado sombrero, que sostenía en alto una cuchilla de acero con forma triangular. En la parte inferior estaba dispuesto un cepo con dos medias lunas, de las cuales la superior era móvil. Justo detrás había una plancha de madera que actuaba como báscula.

Las entradas de la plaza estaban vigiladas por retenes de policía, fuertemente armados y apoyados por vehículos blindados estacionados, que, con sus videocámaras incorporadas, grababan todo lo que tenían delante, incluso el sonido. Numerosos aerodeslizadores artillados se mantenían suspendidos en el aire, sobre la multitud, y, con sus cámaras de alta resolución, lo vigilaban todo; asimismo, estaban en disposición de apoyar a los agentes que se hallaban en tierra, en caso de que estos lo necesitasen.

Los policías resultaban inconfundibles con sus uniformes negros cruzados por líneas amarillas fluorescentes y sus chalecos antibalas y anticuchillos. Los guardias llevaban las cabezas cubiertas con cascos e iban todos embozados, por ello resultaban irreconocibles, incluso para sus familiares.

Algunos policías identificaban, con lectores de huellas digitales e iris de ojos, a todos los que querían entrar en la explanada municipal. Cuando los agentes infiltrados entre la multitud les informaron por radio de que el aforo de la plaza estaba completo y que ya no había más gente, bloquearon las entradas a las filas de transeúntes que pretendían entrar, pero no por ello los coruñeses que no habían conseguido un lugar delante del palacio municipal, iban a perderse el sangriento espectáculo. Grandes pantallas de televisión estaban situadas en otras plazas y jardines, y cuando los que intentaban acceder a María Pita no pudieron conseguirlo, se dirigieron, sin demora, a los lugares en los que sabían que se hallaban las pantallas más próximas.

A las 11,30, hora escogida para que después de las ejecuciones los ciudadanos pudieran reunirse en los bares y tomar uno o dos vinos antes del almuerzo, mientras socializaban y comentaban los detalles de la ejecución, la puerta del palacio municipal se abrió, y por ella hicieron su salida una docena de policías que flanqueaban a los tres reos. Los condenados, engrilletados de pies y manos, caminaban con dificultad debido al pánico que sentían, y también porque las cadenas restringían sus movimientos.

Dos verdugos, enmascarados y vestidos con ropas de agua especiales de color negro, de las que resultaba fácil limpiar la sangre, esperaban en lo alto del cadalso.

Enseguida llegaron a la escalera por la que se subía a la plataforma, donde se erigía la guillotina. Entonces, una pareja de policías por reo, tuvieron que emplearse a fondo para llevar arriba, casi en volandas, a los llorosos y suplicantes penados que se resistían a subir. Enseguida los dos verdugos se hicieron cargo y encadenaron temporalmente a dos de ellos a una argolla, para que no les estorbaran ni intentaran, impelidos por el horror, saltar del cadalso, mientras se ocupaban del primer condenado.

El primer reo fue forzado a acostarse sobre la báscula posterior de la guillotina y empujado al cepo, donde le aprisionaron el cuello. Enseguida los verdugos se irguieron y miraron al público, que mantenía un tenso silencio. Sin hacerse esperar el ejecutor accionó el resorte y la cuchilla cayó, separando la cabeza del tronco de la víctima, a la altura de la cuarta vértebra cervical.

La sanguinolenta cabeza fue recogida en un saco de cuero.

Simultáneamente la multitud rompía el silencio y celebraba, con vivas e improperios dirigidos al difunto, la primera ejecución.

Los verdugos no perdieron el tiempo y repitieron la operación con el segundo de los condenados, que chillaba horrorizado, y sus gritos podían ser oídos por encima de la algarabía de la multitud; por eso uno de los ejecutores lo amordazó con un pañuelo.

Cuatro minutos después de que rodara la primera cabeza y fuera recogida en el ensangrentado saco de cuero, otras dos le hacían compañía y todo había terminado. La muchedumbre, satisfecha su sed de sangre, volvió a comportarse de manera civilizada y, charlando y comentando lo acontecido, fue disgregándose en pequeños grupos de conocidos; la mayoría se dirigió a los bares a debatir sobre el presente y el futuro y a tomar el acostumbrado aperitivo antes del almuerzo.

No todos lo que presenciaron el sangriento espectáculo eran ciudadanos concienciados, que odiaban a muerte a los criminales medioambientales y disfrutaban con la ejecución de esos miserables. Una pareja había asistido a las ejecuciones en silencio, sin hacer aspavientos ni lanzar insultos a los condenados. A ambos les preocupaba mucho más otra cosa: el conflicto bélico que estaba a punto de iniciarse, en que los dos debían desempeñar un papel, puesto que eran espías madrileños. El día anterior, en cuanto tuvieron noticia de la inminencia del conflicto, trataron de llamar, a pesar del altísimo riesgo de que las comunicaciones de sus videoteléfonos fueran detectadas, al ministerio de defensa de Madrid, para recibir instrucciones específicas, pero, para su desgracia, no lograron comunicar con sus superiores porque los ingenieros de telecomunicaciones gallegos habían actuado con prontitud y restringido las llamadas fuera del país a la población general. Solo los altos mandos militares y las más prominentes autoridades civiles podían comunicarse con el exterior.

Sin embargo, la pareja de espías sabían cuál era su deber, aún en caso de que no pudiesen recibir órdenes específicas.

«Debían elegir y sabotear instalaciones y equipos militares».

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto ella en voz baja, mientras caminaban de regreso a su residencia.

—Vamos a cumplir con nuestro deber —respondió él y añadió:

—Sabes, igual que yo, cual es nuestro protocolo de actuación en caso de no poder comunicarnos con la base.

—Sí, lo sé —admitió ella—. Me refería a si has pensado en algún objetivo concreto.

—Los misiles clave para la defensa antiaérea de A Coruña se hallan, como sabes, en la explanada del Monte de San Pedro. Las lanzaderas están automatizadas y no necesitan artilleros; por ello allí no hay soldados. De momento solo algunos voluntarios viejos hacen las labores de vigilancia.

—Lo que estás diciendo es que tu intención es inutilizar las lanzaderas y los misiles antiaéreos que están emplazados allí, ¿no?

—Así es. ¿Tienes alguna objeción? —preguntó el hombre, por si ella había pensado en algo que a él se le escapaba.

—¡No! ¡No! Me parece una buena idea, pero imagino que debemos hacerlo de noche, ¿no crees?

—Por supuesto —confirmó él.

—Emplearemos explosivos, ¿no? —quiso constatar ella.

—Creo que eso será lo mejor —respondió el hombre.

Llegados a ese punto callaron y siguieron caminando de regreso a su casa, imbuidos ambos en sus propios pensamientos, en los que la decisión y la preocupación tenían papeles estelares.

La pareja de espías la componían un hombre y una mujer jóvenes. Coincidentemente ambos eran de la misma edad, 27 años. Físicamente ni él ni ella destacaban por su belleza pero tampoco estaban mal; parecían lozanos y evidentemente gozaban de buena salud. Sin embargo, como buenos espías, hacían lo posible por resultar anodinos y vestían discretamente a propósito. Él se llamaba Yago González y ella Clementina Lamela. Ambos eran de origen gallego pero habían nacido en Madrid; fueron seleccionados para ser espías en su adolescencia y entrenados para ello por el Centro Nacional de Inteligencia Madrileño. Llevaban en Galicia dos años. Ella trabajaba como agente inmobiliario y él como subastador de pescado en la lonja del puerto.

Llegó la noche y la pareja de espías salieron del apartamento, situado al inicio de la Avenida Finisterre, y, andando, se dirigieron a cumplir con su acordado cometido de saboteadores. Ambos habían tratado de dormir algo durante el día, para estar frescos y descansados cuando llevasen a cabo la misión que se habían autoimpuesto. Sin embargo su contenida ansiedad no les había dejado pegar ojo, pero no por ello habían descuidado sus preparativos y, en discretos bolsos, portaban numerosas tabletas de potente explosivo plástico, con sus correspondientes temporizadores todavía desacoplados. Ambos iban armados. Enfundadas bajo sus holgadas cazadoras llevaban sendas pistolas con silenciador.

El Parque Municipal de San Pedro comprende una amplia extensión de territorio de topografía accidentada y vistas excepcionales sobre la ciudad de A Coruña y una amplia franja de costa, que abarca desde el cabo San Adrián y las islas Sisargas al oeste, hasta los cabos Prior y Prioriño al noreste. La elevación es un punto estratégico orientado a la entrada de la ría coruñesa, y está plagada de refugios subterráneos y barracones para la tropa, ahora vacíos, porque las numerosas lanzaderas de misiles, ubicadas a lo largo y ancho del parque, están automatizadas. Desde esta privilegiada ubicación puede observarse la globalidad de la ciudad. Durante el día numerosos coruñeses suben allí, para pasear por los caminos y senderos y para disfrutar de las áreas ajardinadas, del mobiliario público y, sobre todo, de las vistas. Las lanzaderas de misiles, apuntando al aire, forman ya parte del paisaje, y la mayoría de los ciudadanos se han acostumbrado a ignorarlas (a algunos incluso les gustan), y prestan más atención a la flora y a la fauna típicas de ambientes costeros.

La salvaguardia del parque era mínima. Solo media docena de viejos vigilantes por cada turno, todos ellos jubilados de las fuerzas armadas, hacían las labores de custodia y, a pesar de que su principal cometido era proteger las lanzaderas de misiles, en la práctica se ocupaban más de evitar que los niños se encaramaran a ellas o dañaran la flora o las infraestructuras. Los guardias tenían como base un barracón

del ejército y allí se refugiaban de las inclemencias del tiempo, se tomaban un descanso entre rondas y, a veces también, acostumbraban a tomar infusiones, sobre todo café, o picotear algo.

Los espías coronaron el monte San Pedro después de una apresurada caminata en la que no se toparon con casi nadie. Solo se cruzaron con un par de paseantes de perros que no les prestaron atención, y que se apresuraban a volver a sus casas con sus mascotas, puesto que el tiempo había enfriado considerablemente al anochecer y era tan desapacible que disuadía a los habituales paseantes nocturnos.

Alerta ante los posibles guardias que esperaban encontrar y decididos a todo no necesitaron usar los visores nocturnos, que ambos llevaban colgados del cuello, ocultos hasta entonces por sus chaquetas de invierno, porque podían distinguir claramente a las dos parejas de guardias, que en esos momentos hacían sus rondas y que eran claramente distinguibles por las luces de las linternas que llevaban para alumbrarse.

Algunas farolas, estratégicamente colocadas, iluminaban algo y delimitaban el amplio perímetro del lugar, pero, por elemental precaución antiaeronaes, ninguna luz iluminaba las lanzaderas ni sus alrededores.

También pudieron distinguir, a través de las iluminadas ventanas, las siluetas de los guardianes que se movían y abrigan en el interior del barracón que hacía de puesto de guardia. Sin embargo su atención se centraba en los vigilantes que hacían la ronda en parejas, considerablemente alejados unos de otros, y por eso ambos saboteadores, siguiendo el plan previamente acordado, se dispusieron a actuar.

—Yo me encargo de los de la derecha y tú de los de la izquierda, ¿de acuerdo? — indicó ella, al tiempo que señalaba con la mano.

—Sí. Vamos —aceptó él, y, sin esperar respuesta, se adelantó sigiloso, camuflándose tras las lanzaderas, hasta llegar a la espalda de los dos desprevenidos guardianes que, en silencio, hacían su rutinario paseo de guardia. Desenfundó la pistola, provista de silenciador, en cuanto estuvo tras los vigilantes. Moviéndose con sigilo se acercó a la pareja de ancianos y les descerrajo un tiro en el cogote a cada uno, cuando ya uno de ellos, alertado por su instinto, pretendía girar la cabeza. No pudo completar el gesto y la bala destinada a él se alojó en su nuca, matándolo instantáneamente. Su compañero corrió la misma suerte. En cuanto el espía saboteador supo que estaban muertos miró en dirección a su compañera y pudo ver que, con algunos segundos de retraso con respecto a él, también ella había ejecutado, en silencio, a los dos desgraciados que le tocaron en suerte. Una vez seguros los dos de que nadie más rondaba por allí, ambos, de manera sincronizada, fueron colocando, una a una, las tabletas del potente explosivo plástico que llevaban, con sus respectivos ignitores de tiempo insertados en cada pastilla. Cuando se quedaron sin bombas, cuarenta lanzaderas estaban sentenciadas, y los dos, reunidos de nuevo, sin necesidad de hablar, agitados de excitación, comenzaron un apresurado regreso a su casa.

En apenas cinco minutos la pareja llegó a los alrededores del Obelisco Millennium, después de bajar corriendo por las sinuosas escaleras que había junto al ascensor panorámico, que en ese momento estaba fuera de servicio.

Una vez en la avenida los saboteadores aminoraron la marcha, para que ningún viandante o miembro de las fuerzas de seguridad se fijase en ellos al verlos corriendo.

Diez minutos después de colocada la primera bomba esta estalló con destructiva potencia y gran sonoridad, y causó el daño que los saboteadores habían previsto. Enseguida explotó la segunda, y así sucesivamente fueron estallando todas las cargas, dejando un rastro de destrucción.

El potente sonido de las explosiones en cadena se oyó en toda la urbe. Los ciudadanos, alertados, trataron de mil maneras de averiguar qué era lo que estaba ocurriendo. Las sirenas de alarma comenzaron a sonar a destiempo y, obedeciendo a su reclamo, los apresurados vecinos corrieron a los refugios antiaéreos que tenían asignados en caso de emergencia.

Enseguida se elevaron los aerodeslizadores y los aviones de combate de despegue vertical, con la intención de defender la ciudad de un posible ataque aéreo. Las aeronaves coruñesas sobrevolaron la urbe en todas direcciones y, al no detectar ni rastro de aviación hostil, pronto descubrieron, por los fuegos que se habían iniciado en el parque San Pedro, y que eran visibles a gran distancia, que era allí donde se localizaba el problema y lo notificaron. Velozmente, numerosos coches de policía y tanquetas artilladas subieron por la carretera del parque, y al poco informaron, con sus video comunicadores, del desastre, sin tener idea de quién o quienes lo habían causado.

Los mandos policiales y militares enseguida sumaron dos y dos y se dieron cuenta de que habían sido víctimas de un sabotaje; ordenaron que las fuerzas policiales comenzaran una «caza del hombre» a gran escala, empleando todos los medios de los que disponían para identificar y detener a los saboteadores.

Las sirenas volvieron a sonar, indicando esta vez que el peligro había pasado, y los coruñeses comenzaron a desalojar los refugios y a regresar a sus casas, comentando entre ellos con preocupación lo que ya sabían que había acaecido.

El general Carlos Ávila estaba paseando, meditabundo, entre la frondosa arboleda y el cuidado jardín, que se hallaban contenidos dentro del amplio recinto que, además, englobaba las numerosas edificaciones que componían, junto con el edificio central destinado a Presidencia, la sede del gobierno de Castilla y León, que ocupaba el antiguo Colegio de la Asunción, varias veces restaurado y remodelado.

El militar tenía el ceño fruncido y era evidente que estaba preocupado. Meditaba sobre la alianza de su gobierno con los castellanos de centro o madrileños, con la que él personalmente estaba en desacuerdo y que ya duraba un año, durante el cual, que él supiese, los castellanoleoneses no habían obtenido beneficio alguno de la coalición, muy al contrario, ante la persistente escasez crónica que los madrileños sufrían desde hacía años, su superior, el presidente Joaquín Plañes, había decidido enviarles toneladas de alimentos y repuestos. Y ahora, muy a su pesar, sin saber realmente por qué, le habían ordenado que coordinase sus efectivos militares con los de los madrileños para invadir Galicia juntos.

Carlos no entendió las razones de esa alianza y seguía sin entenderla, porque, hasta esta inesperada coalición, seguían técnicamente en guerra con sus vecinos del sur. Hacía ya 36 años, cuando él tenía 14, los madrileños iniciaron la conflagración con ellos y se habían apoderado de Salamanca y Ávila, antes de ser contenidos y derrotados, ya a las puertas de Valladolid. Sin embargo sus antecesores, a pesar de esa importante victoria, no lograron recuperar las dos provincias del sur, y los madrileños las habían anexionado. La mayoría de sus conciudadanos no habían olvidado la pérdida y soñaban con recuperar las regiones perdidas.

Sin embargo el presidente, en contra de la opinión de muchos altos cargos y de la mayoría de la ciudadanía, había firmado un acuerdo con los hasta entonces enemigos, y ahora él, muy a su pesar, tenía que colaborar con ellos y contribuir con sus fuerzas militares a la invasión de Galicia.

«Es cosa de locos», pensó, y recordó la discusión que había tenido con el presidente Plañes hacía pocos días.

Cuando fue llamado a la presencia de la máxima autoridad de Castilla y León (su único superior jerárquico; puesto que él, Carlos Ávila, era el general en jefe de las fuerzas armadas y solo el presidente estaba por encima de él) y el mandatario le ordenó que coordinase sus fuerzas con las del ejército madrileño para invadir Galicia, quedó estupefacto y cuando reaccionó protestó vehementemente:

—¡Presidente! ¿Qué razón hay y que beneficio vamos a obtener nosotros al juntar nuestro ejército con el de los madrileños para invadir Galicia? —Recordaba haber preguntado y haber añadido antes de que su superior respondiera—. Siempre hemos estado en paz con los gallegos y mantenemos con ellos un importante comercio que

favorece a ambos países.

—Nuestra balanza comercial con ellos es deficitaria y les compramos más de lo que les vendemos —respondió el presidente, como queriéndose justificar.

—Sin embargo no tenemos déficit externo. Estamos rodeados de países con los que comerciamos y el saldo para nosotros es positivo —respondió el general, demostrando que también estaba versado en política económica.

Sin embargo el presidente se mostró impertérrito y añadió:

—El mundo es de los fuertes y audaces, y si no apoyamos a los madrileños en esto es probable que nos pongan a nosotros en su punto de mira.

—¿Y qué? A día de hoy nuestras capacidades militares están a la par y si se atreven a atacarnos es muy probable que les salga el tiro por la culata, y sea nuestra oportunidad de recuperar Ávila y Salamanca.

—Recuerda que son nuestros aliados y debemos apoyarlos. Además, me han prometido que nos repartiremos las cuatro provincias gallegas, y a nosotros nos corresponderán dos.

—Sí los madrileños, con nuestra ayuda, vencen, ¿cómo van a acceder a Galicia sin cruzar por nuestro territorio? —preguntó el general Ávila acertadamente y, mientras su presidente pensaba una respuesta, añadió:

—Es probable que piensen que el mejor acceso para ellos sería un corredor desde Salamanca a través de Zamora y León, ¿no crees Joaquín? —preguntó Carlos, tuteando a su superior porque se conocían desde jóvenes y en privado no mantenían las formalidades.

—Ya se lo he planteado y me han dicho que accederán a través de Portugal.

—¿Y crees que los portugueses se lo van a permitir?

—En mi opinión, creo que saben que para ellos será más fácil llegar a Galicia a través de nuestro territorio y que piensan que podrán convencernos para que les cedamos un corredor de acceso pacíficamente, y que, después de obtener derechos de paso, les será fácil apoderarse, *de facto*, de nuestras provincias del oeste —dijo, persuadido de que tenía razón, el general Ávila y, antes de que el presidente objetase, continuó:

—No entiendo por qué has decidido unilateralmente, en contra de la opinión de muchos de nosotros, aliarte con los madrileños. Yo no me fio de sus intenciones y creo que has cometido un error al confiar en ellos —dijo el general, convencido y algo recriminatorio.

—Lo hice porque creo que los equilibrios de poder en la península ibérica están cambiando y yo quiero estar en el bando de los vencedores —respondió el presidente con un tono de voz que al general Ávila no le resultó convincente, pero no insistió en la razones de su superior y, cambiando de tema, continuó exponiendo sus objeciones:

—En mi opinión esta guerra de ocupación no va a ser fácil. Estoy seguro de que los gallegos lucharán con todo lo que tengan, y no va a ser tan sencillo conquistarlos, pienso yo.

—No seas derrotista, Carlos —dijo el presidente algo recriminador y, para demostrar su autoridad, añadió—. Sí tú no quieres puedes dejar vacante tu puesto. Estoy seguro de que hay muchos que querrán ocuparlo.

—Yo también estoy convencido de que numerosos oficiales están ansiosos por ocupar mi lugar, pero no voy a dimitir y solo una mayoría del Consejo puede obligarme a dejar mi cargo; habrá que demostrar razones de peso para pedir mi renuncia y, como sabes presidente, yo también tengo muchos amigos a todos los niveles.

—No debemos discutir entre nosotros. Siempre hemos sido amigos —dijo el gobernante, repentinamente conciliador.

—Está bien. Tus ordenes son que me una a los madrileños en la guerra contra Galicia, ¿es eso?

—Así es —respondió el presidente con gesto serio.

—Está bien. Pero que conste que lo hago en contra de mis más íntimas convicciones —manifestó el general antes de abandonar la estancia, malhumorado.

Después de la discusión con su superior, Carlos salió, y ese mismo día comenzó a hacer los preparativos para la inminente guerra.

Para el general Casáis y otros muchos había sido una larga noche en vela. Sobre todo para los miembros de la defensa civil: bomberos, policías, soldados, y numerosos técnicos de diversas especialidades, que colaboraban con las fuerzas del orden para averiguar quiénes habían sido los autores del grave atentado sufrido. La policía científica trabajaba sobre el terreno y, al amanecer, habían logrado identificar la clase de explosivo y qué tipo de ignitores y temporizadores habían empleado los terroristas, y poco más, pero aun así eso ya era un logro debido al poco tiempo transcurrido desde las explosiones.

El general Pedro Casáis, al igual que los demás residentes en A Coruña, había sido despertado por las potentes explosiones en cadena y, aún en pijama, se puso en contacto con el control de la defensa aérea de la ciudad. Desde allí le informaron de que ninguna aeronave desconocida había invadido el espacio aéreo coruñés y solo los aerodeslizadores y aviones propios sobrevolaban la urbe.

Los aviadores habían informado de que las explosiones habían tenido lugar en la explanada del Monte de San Pedro, ya que numerosos fuegos y espesas columnas de humo negro, que dificultaban la visión a los pilotos, se elevaban al cielo desde lo alto de la colina.

Al ser informado del lugar donde habían acontecido las explosiones, Pedro intuyó la gravedad de lo ocurrido y se dispuso a verlo con sus propios ojos.

Cuando el general salió ya su asistente Rubén, que también se había puesto en contacto con él previamente por videoteléfono y, después de ser escuetamente informado de lo ocurrido por el propio general, había tenido tiempo de conseguir un coche oficial, un alertado chófer y dos tanquetas militares artilladas de escolta, le estaba esperando de pie, al lado del vehículo. Correspondiendo maquinalmente al saludo militar de su ayudante, Pedro entro en el coche por la puerta que el chófer se había apresurado a abrir. Rubén subió tras él, se sentó a su lado y, viendo el ceño fruncido que mostraba el general, no se atrevió a interrumpir sus pensamientos y, ante el ensimismamiento de su jefe, tuvo que ser él quien diese la esperada orden al conductor, al ver que este les miraba a ambos interrogante.

—Vamos a la explanada del Monte de San Pedro.

Cuando llegaron y se paró el coche, el general salió sin esperar a que le abrieran la puerta y, súbitamente diligente y alerta, miró con ojo crítico en derredor, y pudo darse cuenta de la tremenda devastación que alguien había causado. No todos los misiles antiaéreos habían estallado, pero los que lo hicieron contribuyeron enormemente a la destrucción que se había producido a lo largo y ancho de la explanada.

Analizada la situación a primera vista, Pedro supo inmediatamente lo que debía

hacerse desde el punto de vista militar, de manera prioritaria; por eso se volvió a su ayudante, que lo seguía como su sombra, y le ordenó:

—Busca a un responsable de logística militar y dile de mi parte que se encargue de ir, con los efectivos necesarios, a los almacenes subterráneos del polígono de Arteixo, y que traigan cuarenta unidades móviles de lanzamisiles antiaéreos, para sustituir inmediatamente a las que han sido destruidas.

—Sí, señor —respondió de inmediato Rubén y, sin necesidad de pedir ninguna aclaración, puesto que sabía exactamente a quien buscar para cumplir las órdenes del general, dio media vuelta, después de saludar, y se fue a cumplir la orden con diligencia.

El general Casáis no estuvo solo mucho tiempo. Un veterano comisario de policía llamado Jesús Abelenda. Un hombre de porte noble: inteligente, cauto y astuto, que acababa de cumplir sesenta años pero aparentaba diez menos y vestía, con innata elegancia, un pantalón y una chaqueta sintéticos, aunque debajo se abrigaba el torso con un jersey de lana, e iba armado con una pistola láser, contenida en una funda de cuero que la holgada chaqueta lograba disimular.

Abelenda era el policía de mayor rango en la escena y por eso, de manera natural, había asumido el mando de la investigación del caso. Al ver al recién llegado e inconfundible militar, evidentemente lo reconoció, como todos los que por allí pululaban, aunque, por circunstancias, ya hacía más de un año que no se veían, y sabedor de que era el oficial el que decidía lo que en casos como ese, se le acercó.

—¡Buenos días, general! —saludó, y enseguida aclaró—. Lo de buenos días es un decir, puesto que de buenos hoy no tienen nada.

—Hola, Suso —saludo el general al policía, con voz apesadumbrada, demostrando un cierto grado de confianza y reconocimiento hacia el comisario que se le había acercado y saludado.

—Ha sido una catástrofe irreparable —comentó Jesús.

—Una catástrofe sí, irreparable no —respondió el general, y añadió—: Ya he ordenado que traigan nuevos misiles antiaéreos para sustituir a los destruidos y, a no mucho tardar, espero que dispongamos de la misma capacidad defensiva que teníamos antes de este funesto atentado.

—Por cierto. Imagino que habrá habido víctimas, ¿no?

—Seis muertos. Todos ellos vigilantes —confirmó el policía, y añadió:

—El barracón donde se guarecían fue alcanzado de lleno por la onda expansiva de uno de los misiles y ardió. Allí hemos encontrado dos cadáveres calcinados. Otros cuatro han sido hallados fuera y, a pesar de que también han sido dañados por las explosiones, los forenses han afirmado que eso ha ocurrido cuando ya estaban muertos, y que la causa de sus muertes han sido balas en la nuca.

Esa información confirmaba que estaban ante un atentado claro y planificado, por eso preguntó:

—¿Tienes alguna pista de los autores?

—Todavía no. Tengo a mis mejores hombres trabajando en ello y estoy seguro de que lograremos encontrar a los que perpetraron esto —expresó con convicción, pero sin base real para afirmar lo que acababa de decir.

Sin embargo, sus palabras parecieron proféticas, ya uno de los policías que investigaba el caso se aproximó y afirmó excitado:

—¡Tenemos una pista!

Ambos se quedaron mirando interrogantes al joven y exaltado policía que se les había acercado y anunciado el hecho con voz que denotaba contento.

Viendo que ninguno de sus interlocutores parecía dispuesto a preguntar, y esperaban a que él se explicara, el entusiasmado agente se vio obligado a explayarse:

—Una de las cámaras del ascensor panorámico, de las que apuntan hacia el exterior y graban los movimientos de los que usan la escalera que sube desde el paseo marítimo, ha filmado a dos personas bajando a la carrera, minutos antes de que se produjese la primera explosión.

—Vamos a ver esa imagen —dijo Pedro, tal como los demás esperaban.

Al poco llegaron al centro de control del Monte de San Pedro, lugar desde el que se controlaban todas las funciones del automatizado parque, desde el riego del césped hasta el control de las cámaras, entre otros muchos servicios de los que los visitantes, que elegían el macro y diversificado jardín, de casi 79.000 metros cuadrados, para relajarse y recrearse con el entorno y las vistas, podían disfrutar.

Solo las ahora destruidas lanzaderas de misiles ponían una nota discordante al cuidado entorno, pero los coruñeses que subían allí habitualmente se habían acostumbrado a verlas y las ignoraban o las consentían, sin hacer reproches a las autoridades militares que las habían instalado por motivos de seguridad.

Una vez dentro, el policía que los había llevado allí manipuló unos controles y, al poco, las imágenes grabadas la noche anterior se hicieron visibles en una pantalla tridimensional; enseguida las dos personas mencionadas por el joven fueron visibles, y era evidente, por lo rapidez con la que bajaban las escaleras, que tenían mucha prisa.

—Detén la imagen —ordenó el general en un momento dado, y como su orden había sido dada de improviso el policía que operaba la grabación de la cámara no fue lo bastante rápido, y la imagen que quería inmovilizar había quedado atrás, por eso se vio obligado a decir:

—Retrocede un poco.

—¡Ahí! ¡Para!

El improvisado camarógrafo, alerta esta vez, lo hizo tal y como Pedro ordenaba, y este volvió a fijar, atentamente, su mirada en las inmóviles imágenes de la filmación.

Distinguía a primera vista a dos personas, cuyo movimiento había sido congelado cuando estaban sobre el rellano superior de las escaleras, que bajaban los más de sesenta metros hasta la avenida del paseo marítimo.

Ambos vestían pantalones negros, que parecían ser de cuero sintético, y

chaquetones largos de colores marrones. Colgados de cinchas que les cruzaban el pecho llevaban sendos bolsos. Sin embargo, la vista del general se centraba en las facciones de los individuos que la grabación mostraba de perfil.

—¿Puedes ampliar la imagen? —preguntó esta vez el comisario Abelenda, que, al igual que el general Casáis, miraba obsesivamente la pantalla.

—Yo no sé muy bien cómo hacerlo —respondió el voluntarioso policía, y sin pausa añadió:

—Pero sé de alguien que sí sabe y está ahí fuera. Es un genio informático y está recopilando indicios de pruebas, junto con los demás miembros de la policía científica.

—Está bien. Ve y tráelo —ordenó el comisario.

Al poco regresó acompañado del alabado técnico: un hombre joven, de cara mofletuda, en la que solo destacaban unos ojos vivaces, y que vestía el habitual uniforme de policía, que lucía las letras: POLICÍA CIENTIFICA, grabadas, bien visibles, a la espalda.

Informado de lo que pretendían de él no perdió el tiempo y se sentó frente al ordenador que controlaba las cámaras y todas las demás funciones del parque. Al poco el joven comenzó a teclear con presteza y a alternar el teclado con comandos claros de voz. Enseguida, la computadora, basándose principalmente en los perfiles, usó un programa avanzado de reconstrucción facial, que tenía en su programación, y aparecieron unas imágenes, aparentemente fidedignas, de los terroristas; mientras todos los presentes miraban como hipnotizados las caras, fue el informático el que les hizo notar:

—Parece, por su morfología facial, que son un hombre y una mujer.

Todos miraron con ojos nuevos y, después de la puntualización del técnico, lo dicho por este les resultó evidente, y aceptaron que debían buscar a una pareja, aparentemente joven.

—¿A alguno de vosotros les resultan familiares? —preguntó el comisario, dirigiéndose a los policías más jóvenes, conjeturando que, puesto A Coruña era una ciudad que apenas llegaba a los trescientos mil habitantes, y que la juventud acostumbraba a ir a los mismos sitios, todos, de una u otra manera, se relacionaban con todos.

Los interrogados negaron con la cabeza, sin dejar de mirar obsesivamente los rostros del detallista retrato robot.

—Está bien. Imprime las imágenes y envíalas a todos los videoteléfonos policiales y a los medios de comunicación, para que todo el mundo sepa a quién estamos buscando.

—Hay algo más que podemos hacer —dijo el informático súbitamente, haciendo que todas las miradas convergieran en él y, antes de ser interpelado, añadió:

—Desde aquí mismo puedo acceder a las cámaras del paseo marítimo, adonde supuestamente han bajado los terroristas, y examinar las grabaciones de todas las

videocámaras que hay abajo y las de las calles próximas, hechas minutos después de la filmación que hemos logrado desde el ascensor panorámico. La idea es que, probablemente, aparecerán en alguna grabación. Si es así podríamos seguirles enlazando con las videocámaras de la ruta que estén siguiendo.

—Buena idea —alabó el comisario, a pesar de que a él también se la había ocurrido y estaba a punto de proponerlo, y añadió—. También podemos acceder a la compañía de teléfonos para que nos diga si en el segundo exacto en el que han sido grabadas las imágenes, en algún punto concreto, por ejemplo, justo cuando inician la bajada y son captados por la cámara del ascensor panorámico, para que nos muestren la posición de cualquier dispositivo de llamada, que los terroristas puedan haber llevado en ese instante, aunque no creo que hayan cometido ese error tan elemental.

—Parece mentira que podamos saber en cualquier momento la localización de una mascota y no podamos triangular tan fácilmente la posición de un ser humano en todo momento —dijo Rubén, haciendo que todas las miradas convergieran en él.

—Las mascotas llevan microchips implantados y los humanos no. De todas formas, de una u otra manera, casi todo lo que hacemos queda registrado, y la implantación de localizadores en humanos ha sido descartada por la mayoría los miembros de los distintos consejos de todos los gobiernos, hasta ahora, porque atenta gravemente contra la intimidad de las personas, y casi ningún político quiere perder su derecho a algo de privacidad y anonimato —dijo el general Casáis, e inquirió:

—¿Te gustaría llevar un localizador y que tu mujer, con un simple ordenador, supiese en todo momento dónde estás o dónde has estado?

—¡No! ¡No! Pensaba más bien en el rastreo por satélite.

—Sabes que podemos seguir a cualquier persona por satélite si queremos. Eso no es demasiado complicado, aunque involucra a mucha gente, pero, por desgracia, eso es solo posible durante el día. Sé que estás al tanto de que todas las videocámaras que hay por doquier, incluso las más sencillas, incorporan visión de infrarrojos interna, e incluso enfoque térmico y se adaptan a cualquier luminosidad, inclusive a la oscuridad casi total. Sin embargo, con los satélites no ocurre lo mismo. La contaminación lumínica, las nubes y otros fenómenos atmosféricos naturales o no, nos impiden obtener imágenes nocturnas precisas de algo tan pequeño como un ser humano. Podemos hacerlo de día pero de noche no, y este atentado ocurrió en plena noche, como ya sabes —dijo el general, pareciendo por un momento dar ahí por finalizada su prolija explicación, pero no fue así y añadió sin haber llegado a ser interrumpido por nadie.

—Sin embargo podríamos rastrear un dispositivo electrónico móvil que cualquier persona porte consigo, pero para eso no necesitamos recurrir a un satélite. Las antenas de telefonía pueden triangular a cada instante a todos los teléfonos, y nos dan la posición exacta de cualquier aparato, en cualquier momento presente o pasado, pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

—Sí, mi general. Por supuesto. Solo hice un desafortunado comentario sobre los

sistemas de localización de las mascotas, pero eso no implica que esté a favor de implantarlo en los seres humanos —se disculpó Rubén.

—Sé que no eres tonto Rubén, si lo fueras no serías mi ayudante; disculpa mi extensa perorata, que solo pretendía recordarte que no necesitamos usar un satélite, cuando podemos localizar a alguien con ayuda de las antenas que nos rodean por doquier.

Llegados a ese punto se hizo el silencio y volvió a ser el general quien lo rompió de nuevo al preguntar de manera genérica.

—¿Hay algún equipo retirando los escombros?

—No creo —respondió el comisario.

—¿Y eso? —preguntó Pedro

—Cuando la policía científica está trabajando en el escenario de un suceso como este nadie hace nada hasta que ellos terminan.

—¡Ya! No lo pensé. Como ves, Rubén, yo también hago preguntas tontas —dijo el general con algo de sorna—. Nadie respondió a la chanza del militar y, ya serio, fue él de nuevo el que dio otra orden:

Ya sabemos lo que ha ocurrido y mi prioridad, además de cazar a los terroristas, es volver a emplazar lanzamisiles de repuesto en la explanada, y para ello es necesario que retiren parte de los escombros y los transporten a las plantas de reciclaje correspondientes.

—Sal y da esa orden, Rubén.

—Sí, señor —respondió el joven y salió.

—Justo cuando el teniente había abandonado el centro de control, el informático exclamo:

—¡Los tengo!

Tanto el comisario como el general mostraron muecas de interés y se quedaron mirando al técnico, esperando que este ampliase la información, y así fue.

—He accedido a la grabación de una videocámara situada en lo alto de una farola de la Avenida San Roque de Afuera y, como pueden ver, aparece nuestra pareja caminando —dijo, y dejó que tanto Pedro como Jesús miraran, interesados, a los apurados viandantes, hasta que estos salieron del radio de acción de la cámara. Cuando eso ocurrió ambos mostraron sendas muecas de contrariedad.

El habilidoso informático lo notó y dijo para animarlos:

—Estoy analizando las grabaciones de todas las cámaras que hay en las calles inmediatas y estoy seguro de que aparecerán en alguna más.

Así fue. Después de un análisis exhaustivo de los discos duros de innumerables cámaras, el técnico fue capaz de seguirlos por las calles: Manuel Murguía, Gregorio Hernández, y la Avenida Ronda de Nelle, hasta que giraron en la intersección de la Avenida Finisterre y desaparecieron antes de ser grabados por las videocámaras de la calle Gramela que tenían enfrente. Por ello, después de no volver a encontrar más grabaciones de la pareja, por mucho que lo intentó, el técnico concluyó que se habían

cobijado en algún edificio entre la Ronda de Nelle y la calle Gramela, puesto que a partir de ahí no volvieron aparecer en ninguna otra grabación.

Informó de sus conclusiones a los dos altos cargos, que esperaban pacientes y no le quitaban ojo.

Después de acordarlo con el general Casáis, el comisario dio una orden, y como respuesta numerosos policías acotaron la zona y otros muchos, a dúo, fueron casa por casa enseñando los retratos robot y preguntado a los residentes y viandantes que se encontraban, hasta que la suerte les sonrió y alguien dijo reconocer a la pareja y, además, afirmó que eran sus vecinos y les dio la dirección.

Un grupo de las fuerzas especiales de la policía fue el encargado de echar abajo la puerta del piso en el cual se hallaban los dos terroristas.

Los sorprendieron a ambos durmiendo, agotados por la tensión previamente acumulada. No tuvieron tiempo de ofrecer resistencia armada, puesto que, inexplicablemente, dormían sin tener las pistolas a mano; quizás porque habían adquirido la rutina de guardar sus armas en un armario, durante el mucho tiempo que vivieron como cualquier otra pareja normal, y no acostumbraban a ir armados a diario. Por eso, en cuanto llegaron a casa se desnudaron, echaron sus ropajes en el cesto de la ropa sucia, incluidos los abrigos que se habían manchado con salpicaduras de la sangre de sus víctimas y con la grasa que embadurnaba algunos componentes de las lanzaderas, con las que entraron en contacto al colocar los explosivos; guardaron sus armas, los ignitores y los temporizadores sobrantes en el sitio de siempre: un cajón, y después de darse una ducha rápida se metieron en cama.

Fueron brutalmente tratados y encadenados.

Sin miramientos, a pesar de que no se quejaron y solo se resistieron mínimamente por instinto, los llevaron casi en volandas al furgón policial que los esperaba y, sin pérdida de tiempo, los condujeron al calabozo, en donde iban a ser extensamente interrogados antes de ser, con casi toda probabilidad, conducidos al cadalso.

La entrada a la sede del gobierno gallego, que se ubica en el Palacio de Rajoy de Santiago de Compostela, estaba fuertemente escoltada por numerosos soldados. Algunos portaban potentes armas de gran calibre explosivo y otros ligeros rifles láser que podían penetrar el acero.

También algunas tanquetas artilladas se situaban estratégicamente, y desde su interior escudriñadores ojos miraban sin ser vistos a todos los que aparecían en su amplio radio de visión. Además, los tejados de los edificios circundantes que rodean la Plaza del Obradoiro, incluido el techo de la Catedral, estaban plagados de lanzaderas de misiles y de francotiradores de élite, camuflados hombres y máquinas para no romper demasiado la estética del conjunto arquitectónico visto desde el aire.

Sin embargo, el acceso a la plaza no estaba restringido y numerosos turistas y peregrinos entraban y salían de la Catedral, se congregaban en grupos afines, compraban abalorios o miniaturas artesanas de recuerdo (en los escasos tenderetes portátiles autorizados), charlaban y sacaban fotos.

Solo la parte occidental de la Plaza del Obradoiro, justo delante del Palacio de Rajoy, estaba restringida al público, y únicamente funcionarios acreditados podían entrar y salir sin cortapisas.

La sede del gobierno gallego es un edificio neoclásico del siglo XVIII y su fachada principal se estructura siguiendo un esquema simétrico ordenado a través de un frontón central triangular y dos frentes semicirculares laterales que descansan sobre columnas jónicas. El frontón central posee un relieve en el que se representa la batalla de Clavijo y que cubre el tímpano sobre el que se asienta la figura de Santiago «Matamoros».

A las doce del mediodía un aerodeslizador aterrizó con suavidad en la plaza y enseguida, con un sonido silbante, se abrió su portilla. Cuando una rampa hidráulica se extendió hasta tocar el empedrado suelo de la explanada, bajó por ella el general Pedro Casáis, comandante en jefe del ejército coruñés.

Sin demora el militar, vistiendo su uniforme de gala: pantalón azul fabricado en lana y poliéster, guerrera del mismo color y hechura, con tirilla y con las divisas de su rango bordadas en hilo de oro, zapatos negros, gorra de plato azul, ceñidor de gala y capa negra, se dirigió a la entrada principal.

Los centinelas se cuadraron ante él, y el teniente que comandaba la guardia, previamente informado de su llegada, se paró delante del recién llegado, y después del pertinente saludo le informó que el presidente Caamaño le esperaba en su despacho y le rogó que hiciera el favor de acompañarle.

Pedro siguió al oficial a pesar de que no necesitaba guía porque el edificio le era

sobradamente conocido.

Llegados a la puerta del despacho presidencial, vigilada por adustos guardias a ambos lados, que al verle se pusieron firmes, se detuvieron y el guía habló de nuevo con tono de disculpa:

—Haga el favor de esperar aquí, mi general, mientras anuncio a su excelencia que ha llegado.

Pedro no respondió. Esperó en silencio frente a los aparentemente impertérritos y rígidos centinelas, a los cuales apenas prestó atención.

Al poco la pesada puerta de madera tallada se abrió desde dentro y el oficial salió y dijo:

—Puede entrar, general.

Pedro avanzó con calma, mientras su acompañante se apartaba, y cuando cruzó el dintel de la entrada notó, sin girarse, como cerraban desde fuera la puerta a sus espaldas y, tal como esperaba, se encontró mirando al hombre que en esos momentos se estaba levantando del sillón en el cual había estado sentado, rodeaba la gigantesca mesa de caoba que se interponía entre ambos y, sonriente, se le acercaba y le tendía la mano.

El general saludó militarmente antes de aceptar y estrechar la diestra tendida.

Simultáneamente al apretón, el presidente dijo sonriente:

—¡Bienvenido, Pedro!

—Gracias, señor presidente —respondió, correspondiendo a una sonrisa con otra.

—Ven, toma asiento —dijo el político, al tiempo que señalaba unos sofás que flanqueaban una mesa de centro.

Pedro obedeció y se sentó después de que su superior lo hubiese hecho.

—¿Te apetece tomar algo en concreto? Yo voy a beber un ribeiro y espero que bebas conmigo —indicó el presidente gallego, evidenciando que su sugerencia encerraba una orden.

Pedro sabía que el mandatario era un sibarita y que después del mediodía, invariablemente, siempre que nada lo impidiese, se tomaba un tiempo para saborear las mejores tapas y los vinos más exquisitos que podía encontrar. Por eso, y porque también le apetecía, aceptó y dijo:

—Tomaré lo mismo que usted.

Obedeciendo a un conocido gesto, que el mandatario hizo levantando el dedo índice, un criado que se mantenía cerca escuchando, aparentemente impertérrito, salió, y al poco regresó con lo que su señor quería. Portaba una bandeja sobre la que llevaba una botella de vino blanco, dos copas y un par platos que contenían sendas raciones de gambas doradas a la plancha.

La vetada y brillantada madera de la mesa estaba cubierta por un cristal grueso y por eso el criado depositó sobre ella, sin necesidad de protegerla con un mantel, la fría y húmeda botella que llevaba y los dos platos con sus respectivos cubiertos y servilletas. Sin esperar la orden, el silencioso sirviente sacó el corcho de manera

experta y escanció los dos vasos antes de retirarse con el mismo sigilo con el que había entrado, sin haber abierto la boca.

Ambos, ya cómodamente repantigados en mullidos asientos, junto a la mesa, estiraron las manos y levantaron sus respectivos vasos, de los cuales bebieron con fruición generosos sorbos.

—¿Qué te parece el vino? —preguntó el presidente, queriendo asegurarse de que había acertado plenamente con la elección de la bebida.

—Muy bueno —respondió el general, y añadió para alabar el ego de su anfitrión—. Más que bueno es excelente.

—Prueba las gambas —sugirió el mandatario complacido, al tiempo que cogía una con las manos y se dedicaba a pelarla expertamente.

Pedro lo imitó, y mientras se ocupaban del aperitivo tuvo tiempo de analizar meticulosamente al hombre que tenía delante.

El presidente de Galicia: Sabino Caamaño, acababa de cumplir los cincuenta años. Era un hombre alto, de constitución fuerte. Sus ojos, marrones, denotaban serenidad y buen juicio. Destacaba también por su mentón prominente y por su espeso y bien cuidado pelo negro, en el que aparecían algunos mechones de canas que no había querido teñir.

Sabino poseía una inteligencia notable, complementada con un gran número de aprendidas habilidades. Era precavido, duro, audaz, obstinado y valiente. Por esas y otras muchas razones, que no es necesario mencionar, resultaba muy difícil resistirse a su magnetismo personal, y las personas tendían a respetarlo.

Vestía un traje negro de buen corte, de una conocida y cara marca, y una camisa de gran calidad de un blanco inmaculado. Calzaba unos refulgentes zapatos negros del mejor y más dúctil cuero, y en ese instante no llevaba corbata.

Terminadas las gambas y el primer vaso de vino, ambos se enjuagaron las manos con toallitas húmedas y después las secaron con las servilletas de tela. Hecho lo cual fue el propio presidente el que volvió a escanciar dos vinos más, aunque él, esta vez, no hizo ademán de tomar su copa. Apoyó la espalda en el sillón que ocupaba y, viendo que el general le imitaba y le miraba tranquilo pero con una mueca interrogante, habló:

—¿Qué opinas de la repentina acumulación de tropas leonesas en la comarca de El Bierzo?

—Es evidente que se disponen a atacarnos —respondió Pedro, y a su vez preguntó—: ¿Se sabe algo a nivel diplomático? —Quiso averiguar, para ampliar sus elementos de juicio.

—Nada. No he recibido ninguna notificación, petición, reclamación o exigencia del gobierno castellanoleonés

—¡Ya! Imagino que esperarán hasta que tengan desplegadas en la frontera a todas las fuerzas que pretenden emplear, poco antes de enviarnos una declaración de guerra formal.

—¿No tienes dudas de que se preparan para invadirnos?

—¡No! ¿Por qué sino iban a acumular ese número de tropas junto a línea fronteriza?

—¿Qué razones crees que tienen para hacer eso?

—Expansión territorial y búsqueda de recursos. Esas son las razones primarias que subyacen en la psique de los invasores casi siempre, aunque a veces quieran justificar sus actos con el hecho de vengar supuestos agravios y cosas por el estilo.

—Pero... ¿Por qué crees que se arriesgan a perder tanto al atacarnos? —preguntó el presidente, y antes de obtener respuesta añadió:

—Nosotros, en estos momentos, no estamos indefensos y no somos presa fácil para nadie, creo yo.

—Mis fuentes de información aseguran que ya hace un año que se aliaron, incomprensiblemente, con los madrileños, y sabemos que estos últimos tienen perentorias necesidades alimentarias que cubrir. Sus cosechas han sido malas a causa de la extrema sequía y también al agostamiento de sus campos, debido a excesivas siembras pasadas y, por todo ello, su población pasa hambre —explicó.

—Eso ya lo sabía —respondió el presidente y añadió—. Lo que no me cuadra es... ¿Por qué los castellanoleoneses se alían con ellos contra nosotros? Hasta ahora hemos mantenido una paz prolongada con nuestros vecinos del este, y ellos no sufren carencias críticas, como para ambicionar tan desesperadamente lo que tenemos los gallegos.

—Eso es algo que también yo he pensado y no he encontrado una respuesta lógica. Sé que los castellanoleoneses han enviado numerosos convoyes de comida y pertrechos a Madrid —expuso y, después de meditar un breve instante, agregó:

—Es de todos sabido que durante muchos años los madrileños no han cesado en sus ansias expansionistas en todas direcciones, y por lo que parece siguen en su empeño, sobre todo porque consumen mucho más de lo que producen y están al límite de su disponibilidad de recursos. Lo que tampoco entiendo es por qué los castellanoleoneses se han asociado con ellos. Por lo que sé ambos pueblos no se tenían muchas simpatías. En el pasado han guerreado entre si y los madrileños les han arrebatado Salamanca y Ávila —expuso y calló, esperando la respuesta del presidente.

—Eso es cierto pero hay algo más que no tiene sentido. Es evidente que los madrileños necesitan más recursos y, siendo así, por qué no tratan de obtenerlos de sus vecinos más inmediatos y parten desde Salamanca y Ávila hacia el norte, para tratar de apoderarse primero de Valladolid, Soria o Zamora, por ejemplo.

—Eso también me desconcierta a mí. No entiendo qué beneficio pueden obtener los castellanoleoneses de su alianza con los madrileños.

—Deben conocer sobradamente las ansias expansionistas de estos y aun así les ayudan, a pesar de que es probable que se vuelvan contra ellos —dijo juiciosamente Pedro y, después de inhalar algo de aire y tomarse un brevísimo instante para

reorganizar sus ideas, continuó:

—Estamos asumiendo que son los madrileños los que llevan la iniciativa y se apoyan en los leoneses para invadirnos a nosotros. ¿Y si no es así, y esta acción ha sido planificada por el presidente Plañes y su alto mando, y han sido ellos los que han pedido la colaboración de los madrileños para reforzar sus fuerzas militares y atacarnos con más probabilidades de éxito?

—Lo que inquieres tiene lógica, pero yo no creo que sea así. En mi opinión son los madrileños los que llevan la iniciativa, y buscan apoderarse de Galicia para satisfacer sus necesidades, expandir su territorio y obtener un acceso al mar —concluyó el presidente.

El general no intentó rebatir su opinión y por eso dijo:

—Sea por la razón que sea el problema es que pronto vamos a tener que enfrentarnos a una fuerza de invasión y debemos establecer una defensa a ultranza de nuestro territorio —expuso, con el ceño fruncido y los ojos chispeantes de rabia.

—Tú eres el general y estratega, ¿qué propones?

—Lo he estado pensando mientras ordenaba reforzar nuestras defensas de Los Ancares y creo que una estrategia defensiva clásica no es la adecuada —explicó, e hizo una pausa que enseguida fue rota por el indagador presidente.

—¿En qué has pensado?

—No es conveniente que esperemos a que finalicen sus operaciones de posicionamiento ofensivo antes de declararnos la guerra. Debemos ser nosotros los que tomemos la iniciativa y les acometamos por sorpresa.

—¿Propones que les atacemos sin una declaración de hostilidades previa?

—Eso es.

—No me parece muy honorable —manifestó el presidente, serio.

—A pesar de lo dicho por algunos idealistas y sostenido por otros muchos ingenuos, la guerra no tiene nada de honorable. Es, entre otras cosas: cruenta, sucia, repugnante, bestial, inhumana, atroz, degradante, infamante y terrible. Solo los cándidos que nunca han combatido, ni vivido sus vidas al límite de la existencia, pueden considerar la guerra como honorable —afirmó categórico, sin pizca de conmiseración ni comedimiento, el general, denotando un súbito enfado que no le hizo considerar, a pesar de que era consciente de ello, que la guerra, en algunos casos, saca a relucir también la nobleza del ser humano.

El presidente gallego era inteligente y, a pesar de que era evidente que su interlocutor le había incluido en la categoría de los ingenuos, no quiso darse por aludido, ni sintió enfado y, con tono genuinamente interesado, preguntó:

—¿Cómo piensas atacar? No tenemos superioridad numérica ni técnica para causarles derrotas decisivas, que les hagan desistir de su empeño con facilidad.

—Numérica no, técnica quizás sí.

—¿En qué somos técnicamente superiores? —preguntó el presidente, desconcertado.

—No es que seamos técnicamente superiores, pero tenemos una clase de arma que hemos estado produciendo en serie y acumulando en los almacenes militares subterráneos de los polígonos gallegos.

—¡Ah, ya! Te refieres a esos pequeños drones que tú te empeñaste en fabricar y que nos han costado una fortuna.

—Eso es. Son pequeños pero mortíferos. Por si solos no pueden vencer a las fuerzas terrestres enemigas, pero son capaces de causarles tales mermas que pueden decidir el curso de una guerra.

—También ellos los tienen —le hizo notar el presidente.

—Sí, pero nosotros tenemos muchos más y he multiplicado por diez los puestos de control, desde los que, un gran número de ellos, pueden ser dirigidos simultáneamente. No lo esperarán y podemos causarles un gran quebranto que allane el camino al resto de nuestras tropas.

—¡Vaya! Parece que lo tienes todo pensado.

—Es mi trabajo —respondió Pedro y añadió—. Debo ir a Los Ancares para coordinar el ataque desde el frente.

—¡No! No me parece una buena idea. Tú no debes exponerte en exceso. Te necesito para dirigir esta guerra y eso puedes hacerlo desde cualquier bunker en la retaguardia.

Cuando el general estaba abriendo la boca para protestar, el presidente levantó la mano e hizo el conocido gesto que reclamaba silencio y, sin dudarle, continuó con voz firme e imperativa:

—Te ordeno que delegues la responsabilidad del mando de las tropas en la frontera en alguien de tu entera confianza, ¿está claro?

—Sí, señor —respondió Pedro, aceptando disciplinadamente la inequívoca orden—. ¿Alguna cosa más, señor? —inquirió, mostrando algo de contrariedad en su tono, y deseando marcharse, puesto que, en su opinión, ya estaba todo dicho.

—Nada más. Eso es todo de momento, pero espero que me tengas plenamente informado de los acontecimientos.

—Así lo haré, señor —dijo y se levantó.

Una vez de pie, adoptando una cierta rigidez castrense, habló de nuevo protocolariamente:

—Solicito permiso para retirarme.

—Puedes irte, Pedro, y comprende que mi decisión de apartarte del frente obedece al interés general. Necesito de tu ingenio para detener al enemigo y no quiero que te expongas innecesariamente —expresó el presidente con tono conciliador, a pesar de que era un hombre al que no le gustaba explicar demasiado prolijamente sus decisiones.

—¡A la orden, señor! —respondió el general, ya sin acritud, al tiempo que realizaba el saludo militar, daba media vuelta y se encaminaba a la salida, pensando ya a quién iba a elegir para ocupar el mando del frente de combate que a él se le había

negado.

Desde el paseo de ronda del fuerte Piornedo, un militar de alta graduación inspeccionaba con sus prismáticos el trajín de las fuerzas castellanoleonesas, que podía ver en la distancia. Era temprano y el sol acababa de hacer su aparición en el horizonte, mientras las últimas y rezagadas nubes se apresuraban a alejarse y desaparecer, para dejar el cielo impoluto.

Comenzaba febrero y los rayos solares incidían oblicuamente sobre esta área del planeta y no calentaban en demasía, pero, a pesar de que el frío se dejaba notar, la inusual luminosidad elevaba los espíritus de los hombres.

El militar vestía un uniforme de campaña de diseño pixelado, y la solitaria divisa (una estrella de cuatro puntas sobre un bastón y sable aspadados), que llevaba en la solapa derecha del cuello, le identificaba como general de brigada.

Otros militares de menor graduación flanqueaban al oficial jefe y, al igual que él, también miraban a través de prismáticos hacia el horizonte bajo.

El atento militar, que examinaba con ojo experto el ajeteo del enemigo, se llamaba Gerardo Pinero, y había sido el hombre elegido por Pedro Casáis para tomar el mando en Los Ancares, y encargarse de hacer retroceder a los adversarios, después de intentar causarles un quebranto ejemplarizante, que les sirviese como advertencia admonitoria en el presente y en el futuro.

Gerardo era un hombre todavía plétórico de fuerza. Aún no había cumplido cuarenta y dos años y ya había llegado a general, porque había demostrado en los juegos de guerra, que el ejército gallego realizaba a menudo, que era un estratega innovador, que había cosechado solo victorias en los ficticios enfrentamientos contra otras unidades de las fuerzas armadas galaicas. Físicamente, Gerardo era un hombre que gustaba a las mujeres. Su cara de rasgos proporcionados y mentón prominente denotaba buenos genes, y su metro ochenta y cinco de estatura también contribuía a atraer a las féminas, pero no solo su físico agradaba, también destacaba por su amabilidad nada fingida. Y esa gentileza natural, era lo que más admiraba y sorprendía agradablemente a las mujeres y también a los hombres. A pesar de que no se había casado, Gerardo tenía una relación estable, pero por su parte abierta, con una mujer que estaba rematadamente enamorada de él y no le exigía nada; el general ni siquiera sabía que su chica acababa de enterarse de que estaba embarazada —porque ella no quiso decírselo en cuanto supo que se iba al frente, para no distraerlo de su importante misión— y por ello ignoraba que, en aproximadamente siete meses, iba a ser padre.

—No cabe duda de que a no mucho tardar nos atacarán —dijo un capitán, que estaba situado a la derecha del general y, al igual que este, había comprobado que el trajín que ocupaba a los leoneses indicaba a las claras que se preparaban para un

ataque.

Gerardo estaba de acuerdo con la apreciación de su subordinado, pero, para extrañeza de este, añadió enigmático:

—Se van a llevar una auténtica sorpresa.

—¿Y eso? —preguntó escuetamente el oficial, ignorante de lo que su superior pretendía.

El general pensó que ya era hora de declarar sus planes de combate a sus oficiales, y por eso dijo.

—Atacaremos esta noche.

La sorpresa de los militares que estaban a su lado y le escucharon fue mayúscula. No pensaban ni remotamente que iban a ser ellos los que tomaran la iniciativa en el combate que se avecinaba, y habían asumido, erróneamente, que se limitarían a defenderse, parapetados, de fuerzas superiores en número.

Gerardo tuvo que revelar parte de sus planes de combate y lo hizo algo reticente:

—Esta noche un gran número de drones despegaran de los aeropuertos gallegos y buscaran como blandos a todos los objetivos militares que hay desplegados en la comarca de El Bierzo —dijo para sorpresa de sus oyentes y añadió:

Venid. Vamos al centro de mando y allí os explicaré lo que tenemos preparado para neutralizar el avance y posicionamiento del enemigo. Este no es el lugar indicado para hablar —agregó, y sus hombres estuvieron plenamente de acuerdo, y por eso le siguieron, un tanto preocupados pero curiosos por saber que era lo que el alto mando tenía planificado, y cuál iba a ser el papel que ellos, personalmente, debían desempeñar en el combate.

Horas después de esta primera conversación ilustrativa entre Gerardo y sus oficiales, docenas de pequeños drones despegaron coordinadamente, a las cuatro de la madrugada, de media docena de aeropuertos grandes y pequeños. El desigual enjambre de aparatos iban armados con: rayos láser, misiles, balas trazadoras, bombas convencionales o bombas de racimo. Los aviones eran controlados desde ubicaciones distantes, dispersas por Galicia.

Todos los drones portaban potentes cámaras que transmitían en directo a sus pilotos, que se hallaban sentados en sillas acolchadas, en centros de mando, con poco más equipo que unas pantallas, un mando y un pedal.

La mayoría de los aviones tenían como blanco principal la división acorazada que amenazaba Piornedo y, además de la pretensión de destruir la mayoría de los blindados enemigos, tenían la intención de atacar a la tropa que los conducía y a los soldados de apoyo, que en esos momentos se hallaban, en su mayoría, dormidos en las camufladas carpas que habían instalado en los límites de El Bierzo con Los Ancares.

Pronto, los prevenidos y despiertos soldados gallegos que, desde sus posiciones

se hallaban preparados para el combate, ansiosos y alerta, pudieron ver como los pequeños aviones convergían sobre el campamento castellanoleonés y comenzaban a bombardear y a ametrallar las tiendas de campaña. Algunos aparatos soltaban bombas de racimo y era evidente que su cometido era aniquilar a las personas. Otros aeroplanos buscaban con sus potentes cámaras de alta resolución a los vehículos acorazados, que se hallaban camuflados por lonas pintadas, pero los pilotos que, desde los puestos de control, gobernaban a los aviones, podían distinguir los bultos característicos que los delataban y los hacían blanco fácil para los misiles guiados por láser.

El ruido era ensordecedor y no solo por las explosiones de las bombas. También los chillidos clamorosos de los heridos pidiendo ayuda se oían por doquier y, además, las voces de mando de los pocos oficiales castellanoleoneses indemnes, que pretendían hacerse oír por encima de la algarabía, y daban órdenes perentorias, que en su mayor parte no eran obedecidas por los aterrados soldados, que pretendían, con escaso éxito, ponerse a salvo de los proyectiles que les caían desde lo alto.

Sin embargo, no todos los castellanoleoneses eran presas del pánico; varios, dándose cuenta de que eran drones los que, sorpresivamente, les estaban atacando, pretendieron contrarrestar la amenaza con las armas adecuadas. Algunos soldados lograron hacerse con lanzamisiles portátiles y, apoyándolos en sus hombros, consiguieron dispararlos hacia el cielo, y lograron derribar unos pocos drones, después y antes de que estos soltaran su mortífera carga. Por otra parte, algunos conductores de carros blindados y artillados, aún desaliñados, lograron penetrar por las escotillas de sus vehículos y, desde allí, pretendían usar sus antiaéreos para defenderse de los numerosos proyectiles que les caían, sin tregua, desde el aire. Pocos lograron causar daños antes de ser blanco de los mortíferos aviones.

Para agravar las desgracias de los castellanoleoneses no solo los drones iban a ser sus agresores esa noche. Tan pronto como los pequeños aparatos descargaron todos sus proyectiles, sus distantes pilotos les hicieron regresar a sus bases. Cuando ya los gallegos no corrían el riesgo de ser atacados erróneamente por sus propios aviones, el general Gerardo dio la orden y la infantería gallega, protegida por numerosos blindados, salió del fuerte Piornedo. Sin dudarle se adentraron en territorio leonés, y al poco irrumpieron a sangre y fuego en el campamento enemigo, y comenzaron a masacrar a los desorganizados supervivientes de los drones.

Los gallegos sufrieron pocas bajas, puesto que la sorpresa y la potencia de fuego de sus aviones, concentrada en poco espacio, había resultado tan devastadora para los castellanoleoneses, que en su mayoría murieron sin ser capaces de responder a la sorpresiva agresión, y los supervivientes del ataque aéreo, anonadados, no pudieron defenderse, con posibilidades de éxito, de la potencia de fuego y del entusiasmo abrumador de los crecidos y organizados soldados gallegos de infantería.

No todos los drones que partieron de los aeropuertos galaicos tenían como blanco el campamento militar a los pies de Piornedo. Algunos fueron mucho más allá.

Los transformadores de los seis embalses repartidos por El Bierzo, que generaban más de medio millón de KWh, también fueron atacados y destruidos, y, como consecuencia, amplias zonas de varias provincias quedaron sin electricidad. El aeropuerto de León también fue clasificado como objetivo militar, y uno de los drones destruyó con dos misiles la torre de control. Sin embargo, el ataque más simbólico se realizó contra la sede de la presidencia de Castilla y León y, a pesar de que el avión, «pilotado a distancia», fue derribado por las lanzaderas de misiles que protegían el antiguo Colegio de la Asunción, lo hicieron después de que el drone descargara sus misiles y dañara gravemente el edificio central destinado a Presidencia. Ni el presidente, Joaquín Plañes, ni ningún otro funcionario administrativo se encontraban allí porque era de noche, y a esa hora solo los guardias que vigilaban y protegían el recinto corrieron riesgos, y únicamente dos de ellos, que se hallaban patrullando en el exterior, fueron heridos levemente por esquirlas.

—Quiero hablar con él —exigió el general Ávila a los centinelas que guardaban la entrada de la residencia privada del presidente Plañes.

Estaba amaneciendo pero ya la noticia del ataque gallego ocupaba todos los noticiarios televisivos, era del dominio público y todas las conversaciones de los que ya estaban despiertos versaban sobre el tema.

Los guardias presidenciales también habían oído las noticias.

A pesar de que no habían sido previamente informados de la visita del general, lo conocían y uno de ellos se atrevió a decir:

—Debe esperar en aquí, señor, mientras informamos al presidente de su visita.

—Está bien, date prisa —exigió el militar, impaciente.

Estaba en el pasillo de entrada de la vivienda particular del presidente Plañes, y esta era la céntrica y conocida Casa Matilda de Valladolid, de estilo ecléctico con inspiración renacentista. Allí, en el ático, se ubicaba la residencia que Joaquín Plañes había heredado de sus difuntos padres, y en la que quiso seguir residiendo, aún después de haber sido elegido presidente de Castilla y León.

El guardia que se había enfrentado al general habló por un teléfono interno con alguien del servicio del presidente, y después de una breve espera, en la que el ayudante informó al mandatario de la visita, este aceptó ver al general.

Al recibir el visto bueno el centinela posó el receptor en su soporte y se acercó de nuevo al impaciente militar.

—Puede subir, general —dijo, señalando el ascensor.

—Gracias —respondió el militar lacónicamente, sin prestar más atención a los atentos centinelas que tenían las miradas fijas en él y podían notar en su rostro una mezcla de preocupación y enfado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el ático, el general salió, al tiempo que un sirviente abría la puerta de la residencia y, al verlo, sin siquiera saludar previamente, se limitó a decir:

—Por aquí, señor. Su excelencia le está esperando.

Carlos siguió al hombre hasta la entrada del despacho del presidente. No era la primera vez que estaba allí y el lujo que se veía por doquier no le distrajo de sus preocupaciones.

El criado llamó golpeando la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —Escucharon claramente.

El mayordomo giró el tirador de la pesada puerta pero no pretendió acceder al interior. En cuanto la entrada estuvo franqueada hizo un gesto, que el visitante interpretó como la invitación que era, y entró.

El general enseguida se fijó en el hombre que lo miraba cariacontecido, sentado

tras una mesa de despacho, y ni siquiera se enteró de que el sirviente cerraba la puerta a sus espaldas y lo dejaba solo con la máxima autoridad de Castilla y León.

Sin querer caer en el contrasentido de decir «buenos días», cuando pensaba que el día era funesto, se acercó, y con un gesto maquinal hizo el saludo militar en silencio.

—Siéntate —dijo el presidente, señalando una tallada butaca que encaraba la mesa tras la que se hallaba.

El general dudó. Estuvo a punto de decir que prefería estar de pie, pero finalmente aceptó sentarse, quizás influenciado por el tono de sufrimiento que la voz del presidente transmitía.

—¿Sabes algo nuevo? —preguntó el cariacontecido Joaquín, sin necesidad de explicar a qué se refería.

—Ha sido un desastre sin paliativos. Una división entera ha sido aniquilada. Hay miles de soldados muertos y los que han tenido más suerte son prisioneros de los gallegos —expuso el general y, sin apenas pausa, añadió antes de que el presidente hablase de nuevo:

—Ya dije que la alianza con los madrileños era un error, y seguir sus directrices e invadir Galicia era un yerro todavía mayor que en nada nos iba a beneficiar. Por desgracia mi intuición ha sido acertada. Han muerto miles de los nuestros, ¿y total para qué?

—Nos atacaron en nuestro territorio. No habíamos entrado en Galicia —le hizo notar Joaquín.

—Estábamos acumulando fuerzas en la frontera. Nuestras intenciones resultaban evidentes para cualquiera, y si yo estuviese en su lugar y tuviera la oportunidad hubiera hecho lo mismo. ¿Qué esperabas, presidente? ¿Que los gallegos esperasen estáticos el momento más adecuado para nosotros? —manifestó Carlos, con ruda y enojada ironía, pero no calló ahí—. No entiendo por qué has decidido aliarte con los madrileños e iniciar esta guerra de conquista, que va a ser mucho más costosa para nosotros que para nuestros ambiciosos aliados, y me temo que, aunque prevalezcamos y al final vencamos a los gallegos, estaremos tan debilitados que seremos presa fácil para cualquiera con ansias de conquista, y me da la impresión de que eso es lo que los madrileños pretenden.

—Yo también comparto tu opinión —dijo sorprendentemente el presidente, y esa afirmación dejó al general boquiabierto.

Después del brevísimo lapsus de tiempo que Carlos empleó para asimilar la sorprendente afirmación de su inmediato superior, el atónito oficial fue capaz de preguntar:

—Entonces... ¿Por qué has defendido esa alianza con los madrileños y has dado a entender que, según tu previa opinión, nos beneficiaba?

—Me están haciendo chantaje —respondió con sorprendente sinceridad el presidente de Castilla y León.

La extrañeza ante la estrambótica afirmación de su superior hizo que, por un

momento, Carlos mostrase cara de pasmo. Cuando fue capaz de salir de su estupefacción e hilvanar dos frases seguidas, preguntó:

—¿Cómo pueden hacerte chantaje? No lo entiendo.

—Tienen a mi hijo retenido.

De repente las incoherentes razones aducidas por el presidente Plañes para justificar ante él la alianza con los madrileños cobraban cierto sentido, aunque no justificaban ni invalidaban del todo la responsabilidad de su superior por las decisiones tomadas, por eso indagó:

—¿Cómo es posible que el secuestro de tu hijo te haya hecho actuar en contra tus principios, y que por un solo hombre, aunque este sea tu primogénito, seas responsable de la catástrofe que hemos padecido y que ha costado la vida a miles de soldados?

Sin esperar una respuesta inmediata, añadió:

—Esos muertos también tienen familia y han fallecido porque a ti te han amenazado con la vida de tu hijo. ¿Es eso lo que quieres dar a entender? —inquirió Carlos, con voz tan recriminatoria que resultaba insultante.

—Es mi único hijo —respondió, quejumbroso y desmadejado, el presidente, consciente de su error.

—¿Dónde lo tienen y quiénes te han amenazado quitarle la vida si no te plegabas a sus deseos?

—No sé dónde lo tienen. No sé si sabrás que mi hijo y yo no tenemos una buena relación, y que a él le gusta viajar y conocer gentes y lugares nuevos continuamente. La última vez que me llamó fue para pedirme dinero, y lo hizo desde Madrid. Le envié la cantidad que pedía y poco después uno de los generales madrileños me dijo que mi hijo era «su invitado», y que si quería preservar su seguridad debía cooperar con ellos. Me aseguraron que solo querían mi colaboración y que una alianza nos favorecería mutuamente. Ahora ya sabes por qué me he plegado a sus deseos —expuso el presidente Plañes de un tirón, y se dio cuenta de que al compartir con Carlos sus preocupaciones se sentía mejor.

—¿Quién te ha amenazado? —inquirió de nuevo el general Ávila, para atar cabos y poder concretar más.

—Hablé con el propio presidente madrileño. Como sabes él y yo firmamos públicamente, en televisión, un documento en el que se plasmaban los términos de nuestra alianza. Antes de aceptar sus condiciones me hizo saber que mi vástago estaba en perfecto estado y me permitió hablar con él por videoconferencia. Mi propio hijo me dijo que se hallaba alojado en una villa y que no le faltaba de nada, a pesar de que era consciente de hallarse retenido y que sus movimientos estaban coartados.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? Te hubiera ayudado —afirmó Carlos.

El presidente le miró como si estuviera loco y preguntó:

—¿Cómo ibas a poder ayudarme?

—No sé lo que hubiera hecho en un principio, pero tengo claro lo que debo hacer ahora para romper esta indeseada asociación, sin que ocurra nada malo.

—¿Qué piensas hacer y cómo puedes garantizar la seguridad de mi hijo si rompemos el tratado con los madrileños?

—Déjame a mí. Sal en televisión; anuncia que el ataque gallego no quedará sin castigo y declara públicamente que delegas en mí para dirigir la contraofensiva. Entretanto, da carta blanca para que nuestros drones puedan atacar objetivos gallegos. A pesar de que hemos sido nosotros los que, a instancias de los madrileños, hemos acumulado tropas en la frontera, con la intención clara de invadir Galicia, nuestra opinión pública no tiene por qué saberlo de momento. Todos deben seguir asumiendo que estamos en guerra, y que los gallegos han sido los que han comenzado las hostilidades, cosa que por otra parte es cierta, pese a quien pese, y nuestras fuerzas aéreas deben seleccionar y atacar blancos en el corazón de Galicia.

—Bien, pero has dicho que solventarías lo del secuestro de mi hijo. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Es mejor que no lo sepas. Tengo un plan pero requiere de un secretismo total para tener éxito. No te preocupes, tan pronto como hables en televisión y comuniqués que estamos en guerra con Galicia no tardaré mucho en conseguir la liberación de tu vástago. Aunque claro, mi plan no es infalible al cien por cien y si sale mal debes asumir que el chico puede sufrir daños.

—¿Quieres decir que si las cosas no salen como planeas mi hijo puede morir, es eso?

—Así es. No quiero mentirte, aunque..., si me pides mi opinión personal, creo que todo saldrá bien.

—De acuerdo. —Haré lo que sugieres— admitió el presidente de Castilla y León, sin saber a ciencia cierta si estaba tomando la decisión acertada.

Ese mismo día, al caer la noche, ya todos sabían la versión oficial de lo ocurrido; el presidente Plañes se había dirigido a sus conciudadanos por televisión y prometido venganza por lo sucedido esa mañana.

El viejo observatorio, que se confinaba dentro de los límites del antiguo Colegio de la Asunción de Valladolid, y que también contenía los cuidados y amplios jardines que circundaban la sede presidencial del gobierno de Castilla y León y otros edificios de menor entidad, era el lugar elegido por el general Ávila para llevar a cabo el sencillo plan que había puesto en marcha.

Había mandado aviso a los asesores militares madrileños, que se alojaban en el recientemente restaurado y céntrico hotel Zenit Imperial de Valladolid, y también al comandante de la brigada madrileña, que se asentaba en un cuartel militar a las afueras de la capital. La razón aducida por el general Ávila fue que necesitaba coordinar sus fuerzas con las de los madrileños, y había autorizado a sus emisarios para que dijeran que pensaba reclamar una mayor participación de sus aliados, en hombres y medios militares, en la guerra contra los gallegos.

Los tres generales madrileños llegaron juntos a la sede presidencial del gobierno de Castilla y León. Unos guardias, bien aleccionados previamente por el propio general Ávila, los condujeron a una sala de espera, junto al cuerpo de guardia, y les rogaron que esperaran allí.

Al poco hizo su entrada el reflexivo general que completó el cuarteto, y que era el que en ese instante comandaba la única brigada madrileña en tierras vallisoletanas, que estaba acuartelada en las afueras de la capital. Los tres militares, que se alojaban en el mismo hotel, conocían de sobra a su paisano y le saludaron cordialmente al verlo. Entre ellos tres ya habían comentado ampliamente la derrota sufrida en El Bierzo, pero no sabían si su congénere tenía información adicional, y, por eso uno de ellos, llamado Rafael, se adelantó a sus compañeros y, después de los saludos, preguntó impulsivamente:

—¿Sabes algo de lo ocurrido en la frontera?

—Lo que he escuchado en los noticiarios —respondió el general Felipe, algo contrariado porque él sentía la misma curiosidad insatisfecha y pensaba pedir aclaraciones adicionales a sus paisanos. Sin embargo, se dio cuenta de que todos los presentes tenían la misma información sesgada y parcial, transmitida por los medios informativos oficiales, y por eso fue al grano y preguntó:

—¿Alguno de vosotros sabe algo más de lo que aparece en los noticiarios, o no?

—Se miraron unos a otros y todos negaron con gestos de cabeza, y, sin necesidad de explicaciones baladíes, se dieron cuenta de que los cuatro estaban escasamente informados de lo ocurrido. Fue el más joven de ellos, que respondía al nombre de Marcelino, el que expresó el sentir de todos al decir:

—Sabemos que los leoneses pretenden pedirnos más tropas y que participemos más activamente en la guerra, o al menos eso es lo que yo tengo entendido. Probablemente sean más prolijos en esta reunión; es posible que nos expliquen el alcance y la gravedad de la derrota sufrida, y nos digan claramente lo que esperan que hagamos, aunque bien sabéis que nosotros cuatro tenemos instrucciones concretas que seguir.

Asintieron todos con gestos de cabeza y por un momento guardaron silencio.

Los cuatro generales madrileños diferían físicamente bastante, y solo la homogeneidad de sus uniformes contribuía algo a igualarlos.

Felipe era el más discordante del cuarteto. Era un albino cuyo identificativo pelo blanco estaba cubierto por su gorra de plato y, a pesar de ello, destacaba notoriamente por la blancura de su piel. El albo Felipe era un hombre curioso y detallista, nada propenso a correr riesgos innecesarios, y, en ese momento, sentía un ligero atisbo de inquietud que no sabía a qué achacar.

El que recibía el nombre de Marcelino era el más joven con diferencia, y, a pesar de que no tenía nada de tonto, la razón por la que, con solo 32 años, desempeñase el cargo de general de brigada, se debía, sobre todo, a la influencia de su rico padre, el cual contribuía con esplendidez a los gastos del ejército madrileño, para que su hijo

fuera promocionado a puestos relevantes, con rapidez inusitada para cualquier otro menos rico.

Marcelino era bastante agraciado y trataba de esconder sus delicados rasgos proporcionados con una barba corta bien recortada, para parecer más duro.

Los otros dos jefes militares madrileños diferían solo, notoriamente, en la cara. Ambos sobrepasaban ampliamente los cuarenta y eran: altos, fibrosos y flacos. Uno se distinguía por su nariz aguileña y se llamaba Rafael. El otro, de nombre Domingo, destacaba por su boca desproporcionadamente grande y sus elefantinas orejas. Y, a pesar de su fealdad, era divertido e irónico, hasta el punto de que, a menudo hacía chanzas de sus desproporcionados atributos físicos.

Cuando los cuatro generales madrileños empezaban a impacientarse, y se sentían algo incómodos y constreñidos en la reducida sala de espera, en la que los habían hecho aguardar, la puerta se abrió e hicieron su entrada un grupo de policías militares que coparon el espacio. Sin darles tiempo a protestar se abalanzaron sobre ellos, y mientras unos les sujetaban otros los registraron a conciencia en busca de armas. Todos ellos llevaban ocultas pequeñas pistolas.

Sin hacer caso de sus airadas protestas que, a su pesar, denotaban miedo, los impertérritos y rudos policías les desarmaron, y después les esposaron las manos a la espalda. Uno de los agentes, cansado de sus exigencias y reproches, tuvo la idea de amordazarlos con sus propios pañuelos, y con ello consiguió que solo pudieran emitir sonidos bajos e ininteligibles.

Obedeciendo las órdenes recibidas los condujeron a presencia del general Ávila, que los esperaba en el Salón de Actos, y este, una vez los tuvo delante, les dijo que estaban retenidos para ser canjeados por el hijo del presidente Plañes.

Ellos no sabían que su jefe hacía chantaje al presidente de Castilla y León; en cuanto se enteraron comprendieron y, ya sin protestar, se dejaron conducir mansamente a prisión.

La tarde del día en el que los generales madrileños fueron arrestados, una división acorazada estaba rodeando a la brigada madrileña, que estaba acuartelada en el recinto militar que los leoneses les habían cedido.

Aún antes de que los soldados castellanoleoneses iniciaran el cerco, ya, un grupo de fontaneros y electricistas, habían cortado los abastecimientos de agua y electricidad de la base; y cuando los madrileños se estaban preguntando a qué se debía la interrupción de los vitales suministros, y estaban poniendo en marcha pequeños y ruidosos generadores de campaña, que todos los cuerpos de ejército llevaban consigo, y que hasta entonces no habían necesitado, los centinelas dieron la alarma, al verse súbitamente rodeados por blindados castellanoleoneses.

Enseguida fueron conminados a rendirse por las superiores fuerzas que les rodeaban y, desconcertados, asumiendo certeramente que su general en jefe, Felipe, había sido hecho prisionero, puesto que no había regresado, y sin que ninguno de sus oficiales, igualmente atónitos, les arengara a luchar, se rindieron y permitieron que los castellanoleoneses entraran sin oposición en el cuartel y decomisaran todas las armas.

El general Ávila, al saber que los madrileños se habían rendido sin ofrecer resistencia, se dio cuenta de que, además de los cuatro generales, disponía de una brigada entera para intercambiar por el hijo del presidente, si fuese necesario, y, preguntado por lo que debían hacer con los prisioneros que habían hecho, decidió que siguieran alojándose en el mismo lugar que habían ocupado hasta entonces, solo que desarmados. Asimismo, ordenó que erigieran una valla de espino en torno al acuartelamiento y también un foso perimetral, alrededor del cual mandó levantar torres de vigilancia, de ese modo la instalación pasó a convertirse en un campo de prisioneros.

Esa misma noche, aun cuando la transformación del cuartel en improvisada prisión estaba lejos de terminarse, el general Ávila decidió hacer una importante video llamada; para ello se encaminó al Centro de Información y Combate de la sede presidencial de Castilla y León. Una vez allí, cuando todos los ojos de los ingenieros de comunicaciones y los operadores de radares aéreos, y demás especialistas que controlaban todos los objetos volantes propios y localizaban los ajenos, además de grabar y analizar todas las llamadas que se producían en cientos de kilómetros a la redonda de donde estaban, se volvieron curiosos y sorprendidos hacia él, y por eso, porque no le quedaba alternativa, les hizo saber el motivo de su visita.

—Quiero una línea directa con el Palacio de la Moncloa.

A pesar de lo inusitado de la orden un radio operador manipuló diligente unos controles y al poco, desde el otro lado se escuchó la voz de otro telefonista, que

identificó rutinariamente la sede con la que habían conectado.

—Palacio de La Moncloa. ¡Dígame!

Enseguida el, hasta entonces, displicente operador madrileño reconoció el origen de la llamada entrante y, al darse cuenta de que procedía de Valladolid, su indolencia se volatilizó, su voz se hizo más atenta y cauta y preguntó:

—¿Quién llama?

—Llamo de parte del general Ávila, oficial superior del ejército castellanoleonés —especificó el hombre, y manipuló un control para poder ver la faz del otro técnico que estaba al otro lado de la línea; también él se mostró a su madrileño sincrónico, tal cual era. Inmediatamente, ambos operadores de comunicaciones pudieron verse claramente, y se dieron cuenta de que los dos tenían en común la anodina y eficiente apariencia que los intermediarios suelen tener, y se sintieron cómodos el uno con el otro.

Siguiendo las pautas fue el madrileño el obligado a preguntar:

—¿Con quién quiere hablar tu general...? —inquirió, obviando, que había olvidado el nombre que su comunicante le había dicho.

—El general Ávila quiere hablar con el presidente Enrique Rojas.

Perdida ya toda su indolencia previa, dándose cuenta de que el que llamaba, a pesar de que le resultaba desconocido, debía de ser lo bastante importante como para solicitar hablar personalmente con el propio mandatario Rojas, no tuvo más remedio que contemporizar. Sin embargo no se atrevió a ser él quien pasase la llamada al presidente, y decidió involucrar a su jefe en ello; por eso dijo llanamente, con voz pretendidamente impersonal.

—Debo informar a mi superior. Espere, por favor.

Sin aguardar respuesta el hombre se levantó y se dirigió, apresurado, al adyacente despacho de su jefe inmediato: un joven teniente, ingeniero de telecomunicaciones, que ostentaba el mando de la defensa aérea en esos momentos.

El inmaduro oficial mostró un súbito ramalazo de ira en su cara, al ser interrumpido sin el protocolo debido por parte de su subordinado, pero antes de que tuviese tiempo de recriminarle, el nervioso hombre habló y dijo:

—Señor, desde Valladolid, el general Ávila pide hablar con el presidente.

El ingeniero de telecomunicaciones sí sabía quiénes eran los altos mandos castellanoleoneses y por ello estaba al tanto de que Carlos Ávila ostentaba la máxima autoridad militar de Castilla y León; por eso no le cupo duda que debía ponerlo en contacto con su gobernante de inmediato.

Dándose cuenta de la indecisión del hombre que había entrado en su despacho dijo algo desabrido:

—Contacta inmediatamente con el señor presidente e infórmale de quien le llama.

—Sí, señor —aceptó el operador, súbitamente diligente.

Cuando los dos operarios de comunicaciones se coordinaron y pusieron en contacto al militar y al político, ya las alarmas habían saltado en el cuartel general

madrileño. El barrido de sus satélites había detectado el desastre castellanoleonés en Piornedo, y también la falta de la rutinaria comunicación con su brigada de combate, asentada en el acuartelamiento cedido por los leoneses en las afueras de Valladolid, así como los infructuosos intentos de contactar telefónicamente con sus generales, destacados en el territorio de sus forzados aliados, habían contribuido a sembrar la alarma y el desconcierto en el alto mando madrileño, y el presidente ya había sido alertado de que algo, todavía no sabían bien qué, iba rematadamente mal para ellos, y no solo para sus aliados castellanoleonés que, por lo que sabían, habían sido masacrados en Piornedo.

Por eso cuando el presidente Enrique inició su conversación con el general Carlos, lo hizo con precaución y, saltándose los saludos protocolarios, preguntó:

—¿Qué ocurre, general?

—Hemos detenido a los cuatro generales madrileños radicados en Valladolid, y también a la totalidad de los miembros de la brigada que teníais destinada cerca de nuestra capital. Todos han sido arrestados y están confinados e inermes.

—¿Y eso por qué? —preguntó Enrique, totalmente sorprendido.

—Porque se ha descubierto el chantaje al que sometéis a mi presidente, forzándolo a una alianza indeseada con vosotros, por la amenaza que ejercéis sobre la vida de su hijo.

—Nosotros no hemos hecho ningún daño al hijo de tu presidente. Él está en Madrid por elección propia.

—Eso no es cierto —respondió el general leonés, concisamente.

—¿Me estás llamando mentiroso? —protestó airado el presidente madrileño.

Sin embargo, el tono de implícita amenaza, que cualquiera podía notar en la voz del mandatario, no amilanó a Carlos y este respondió ácidamente.

—Mentiroso y secuestrador lo eres fijo, y no me hagas añadir más epítetos, porque te aseguro que si te digo todo lo que pienso de ti tendremos para largo antes de ir al grano —dijo Carlos, hiriente.

—Sé que debes estar dolido por las pérdidas sufridas en el primer enfrentamiento con los gallegos y por eso disculpo tu irreflexivo vocabulario. No tendré en cuenta tus palabras y, para que veas mi absoluta sinceridad y predisposición, solo tienes que decirme el número de tropas que quieres que te envíe para vengar esta ominosa derrota. Lo haré sin dudar, y es más, ordenaré a mis oficiales que te juren obediencia y lealtad públicas.

—Es evidente que eres peligroso y que puedes engañar a mucha gente con tu lengua sibilina pero no a mí —respondió Carlos, manifiestamente ofensivo; sin embargo se sorprendió un poco del cambio de tema del presidente madrileño, y de su voz meliflua, que pretendía sonar comprensiva, pero a pesar de ello añadió con voz firme:

—Voy a exponerte nuestras exigencias no negociables —exigió, ya seguro de sí, el general vallisoletano y, sin ser interrumpido esta vez por el estupefacto mandatario

madrileño, continuó:

—Quiero que ordenes liberar al hijo del presidente y que una de tus aerodeslizadores lo traslade inmediatamente al aeropuerto de Valladolid. Tienes un plazo de tres horas para hacerlo; si no cumples haré público el hecho y me aseguraré de que todos los madrileños sepan la verdad. A pesar de que intentes censurar nuestras emisiones tenemos medios para dar esa información. Simultáneamente, si después de transcurridos los noventa minutos que te exijo no has liberado a tu rehén, comenzaré a ejecutar uno a uno a tus cuatro generales. Cada hora retransmitiré en directo la ejecución de uno de ellos, porque, para entonces, ya habré asumido que el hijo de mi presidente está muerto y, como te he dicho, me encargaré de que todos sepan mis razones. Después haré que los componentes de la brigada que tengo retenidos sepan la verdad, juren que renuncian a obedecerte y aceptan la ciudadanía castellanoleonesa. Naturalmente, los que no acepten serán discretamente ejecutados. ¿Te han quedado claras mis demandas? —inquirió Carlos, después de la brevísima pausa, que hizo para dar tiempo a que su interlocutor asimilase sus exigencias.

—¡Estás loco! —respondió el madrileño, después de sopesar lo que le exigían y darse cuenta de que no tenía muchas opciones de salir bien parado sino aceptaba el chantaje al que estaba siendo sometido.

—Mi estado mental no debe preocuparte. Solo tienes que cumplir mis exigencias y no pensar demasiado, no vayas a dañarte el cerebro —dijo con ironía insultante el general Carlos, perdido ya todo el respeto por el presidente madrileño; sabedor de que a partir de entonces eran enemigos a muerte y no valían medias tintas.

—Está bien, tú ganas. Enviaré al hijo del presidente al lugar que elijas.

—Ves como no escuchas y se te va la olla. Te dije previamente que lo embarcases en un aerodeslizador y lo enviases a Valladolid.

—Se hará como exiges —respondió el mandatario madrileño, con voz neutra esta vez, tratando de calmarse y buscar así la mejor manera de vengar la ofensa que estaba sufriendo.

Una docena de drones castellanoleoneses partieron del aeropuerto de Valladolid la tarde del día siguiente al desastre de Piornedo, casi coincidiendo en el tiempo con el arresto de los cuatro generales madrileños.

Sin embargo, ambos sucesos no estaban coordinados, y el vuelo de las aeronaves respondía al intento de dar respuesta a la masacre sufrida por los castellanoleoneses a manos de los gallegos.

La derrota demandaba diversas acciones militares inmediatas, que paliaran algo el sentimiento de desolación y perplejidad que se había instaurado en la sociedad castellanoleonesa.

Los pequeños aviones, controlados a distancia por pilotos encerrados en cubículos llenos de pantallas, eran dirigidos a blancos sensibles y simbólicos gallegos, con la intención de causar daño en lugares significativos.

Cuando la docena de aviones teledirigidos penetraron en el espacio aéreo galaico, sus lejanos pilotos (sentados frente a pantallas que proyectaban las nítidas imágenes provenientes de las potentes cámaras, que los drones llevaban en sus panzas) hicieron que se separaran y tomaran rumbos diferentes. Algunos siguieron el vuelo en solitario y otros lo hicieron por parejas. Evidentemente, los que volaban a dúo se dirigían contra objetivos más importantes, que requerían, para ser neutralizados, de más potencia de fuego, de la que cada avión por si solo llevaba incorporada, o al menos así lo creían los que los dirigían.

Dos de ellos tenían como blanco el aeropuerto de Lavacolla en Santiago. Otro par se dirigían a Alvedro en A Coruña y otros dos tenían la misión de atacar el aeropuerto de Peinador en Vigo. Un séptimo se dirigía al Palacio de Rajoy. Otro volaba con la intención (de su piloto) de derribar el Centro de Control del Tráfico Marítimo de A Coruña. Otros dos tenían como blancos los astilleros de la Ría de Ferrol y los dos últimos se dirigían a atacar blancos sensibles del Puerto de Vigo.

Evidentemente, solo los que dirigían los drones sabían los pretendidos destinos de estos, y los gallegos no tenían ni idea de cuáles eran los potenciales blancos escogidos por los leoneses, pero eso no importaba demasiado a los radaristas galaicos. Lógicamente, los radares, situados estratégicamente a lo largo y ancho de Galicia, detectaron a los intrusos y recibieron la orden de derribarlos en cuanto los tuvieran a tiro, sin intentar saber a dónde se dirigían, pero enseguida resultó evidente que sus destinos se hallaban dentro de los confines de las mayores urbes del territorio, y así, en cuanto se acercaron a las poblaciones, numerosos misiles, tierra-aire, partieron en su busca y los derribaron a casi todos, antes de que los visores de los aeroplanos pudieran centrarse en sus pretendidos objetivos.

No se supo muy bien si fue por chiripa o por la habilidad del lejano piloto que

controlaba uno de los drones, por qué este único aparato logró evitar ser blanco de los misiles, y ninguno partió en su busca. Lo hizo de manera efectiva y simple. Aún antes de llegar a los arrabales de la ciudad, volaba bajo y, en cuanto entró en la urbe, siguió volando justo por encima de los tejados de las casas de la capital de Galicia, y fue capaz de llegar a la Plaza del Obradoiro; una vez allí, un lugar plagado de baterías antiaéreas, consiguió disparar dos misiles contra el Palacio de Rajoy.

Las potentes explosiones destruyeron parte de la fachada principal, hicieron un gran boquete en el empedrado y derribaron algunas columnas jónicas. La onda expansiva y la metralla mataron a una docena de soldados e hirieron a algunos más. También fallecieron media docena de civiles, y más de diez resultaron lastimados de diversa consideración.

Cumplida su misión, el pequeño avión quiso regresar por donde había llegado pero no fue muy lejos. Tan pronto como salió del casco urbano, un avión de combate gallego, que hasta entonces se mantenía sobrevolando en círculos la ciudad, a una altura considerable, se lanzó en picado sobre el pequeño dron, y lo ametralló tantas veces que prácticamente se desintegró en el aire.

Aun así el pequeño avión había cumplido con creces su misión, al demostrar que era posible atacar el centro simbólico del poder gallego.

El general, Pedro Casáis, siguió el camino delimitado por vallas que se abría paso entre los escombros, que se amontonaban, ya con cierto orden, frente al Palacio de Rajoy. Numerosos obreros, sobre todo canteros, se afanaban en reparar los destrozos producidos por el dron castellanoleonés, y ya no quedaban rastros de cadáveres ni sangre.

El general había recibido la orden de presentarse ante el presidente gallego y, sin saber de qué iba a tratar la reunión con su superior, se presentó tal y como se le había ordenado. No quiso hacerse demasiadas preguntas ni preocuparse en exceso. Pedro ya había sido previamente informado del sorpresivo ataque del dron y los daños que veía no le sorprendían en demasía.

El general había llegado a la Plaza del Obradoiro en un coche oficial blindado, conducido por su chófer particular. Una vez parado el pesado vehículo, salió sin esperar a que el conductor descendiera y le abriera la puerta; decidido, se dirigió hacia los primeros centinelas, que se interponían entre él o ante cualquier otro que pretendiera llegar a presencia del gobernante gallego.

A pesar de que su rostro era sobradamente conocido por los vigilantes tuvo que entregar la documentación que acreditaba quién era, y que los guardias respetuosamente le solicitaron. Una vez hecho eso, para evitar ser detenido una y otra vez por los distintos retenes de guardia, que inevitablemente iba a seguir encontrándose en su camino, antes de llegar al despacho del presidente, un sargento se ofreció a acompañarle para simplificarle las retenciones y las consiguientes molestias, que forzosamente iba a sufrir si caminaba sin un escolta reconocido.

El general aceptó de buena gana la compañía del suboficial y así, sin más que breves interrupciones, llegaron a la puerta tras la cual se hallaba el despacho del mandatario. Un secretario civil, informado previamente de la llegada del general, se acercó y, después de un breve saludo protocolario, dijo lo esperado:

—Haga el favor de esperar aquí, señor, mientras aviso a su excelencia de su llegada.

Pedro esperó sin mostrar impaciencia. El funcionario volvió enseguida y dijo con cierta pomposidad:

—Su excelencia le espera, general —indicó el burócrata, y se apartó para dejarle pasar.

—¡Gracias, sargento! —dijo Pedro, mirando brevemente al suboficial que amablemente le había acompañado hasta allí.

El hombre se cuadró, halagado por el reconocimiento que se le hacía, y, mostrando cara de disciplinado contento, vio como el general en jefe del ejército coruñés cruzaba la pesada puerta de doble hoja.

El presidente Sabino se hallaba sentado tras la mesa de su despacho pero no hizo ademán de levantarse. Tan pronto como el uniformado Pedro le hizo el pertinente saludo militar, acentuó algo la sonrisa, al tiempo que le señalaba un cómodo sillón que tenía delante y le decía:

—Toma asiento.

Pedro lo hizo al tiempo que se quitaba su gorra de plato y la dejaba cuidadosamente sobre el sofá gemelo, que había al lado del que ocupaba, y se dispuso a escuchar lo que el presidente quería comentar.

—Todo ha salido mejor de lo que esperábamos y nuestra victoria sobre los castellanoleoneses ha sido un incuestionable éxito.

Pedro sabía perfectamente eso y asintió con la cabeza, en silencio, mientras aguardaba a que su superior dijese algo que fuese una novedad para él. Sin embargo aún tuvo que esperar, porque el presidente gallego continuaba con su conversación rememorante y plácida, que no añadía nada nuevo a lo que su visitante no supiese, pero que a él le servía para reorganizar las ideas y seguir el camino verbal que su cerebro iba trazando a medida que hablaba.

—Has hecho bien al elegir al general Pinero para comandar las fuerzas de Los Ancares. Ha sido una decisión acertada que muestra tu buen ojo para escoger a los hombres —comentó Caamaño, sabedor de que su interlocutor hubiese deseado ser él personalmente el que comandase el ejército gallego en la frontera.

Llegados a ese punto fue el militar el que quiso acortar la charla, para él insustancial, y preguntó:

—¿Estabas en el despacho cuando el dron castellanoleonés atacó este edificio?

—No, pensé que ya sabías que estaba en el bunker desde el instante mismo en el que se dio la alarma, al detectarse la docena de drones que habían cruzado nuestra frontera.

Pedro asintió con la cabeza, como para corroborar lo sensato de la medida, y fue él quien de nuevo continuó hablando para dar a conocer lo que en ese instante le vino a la mente.

—Es evidente que debemos reforzar la seguridad de esta zona. Se ha demostrado que somos vulnerables a aeroplanos que vuelen bajo.

—La seguridad absoluta no existe, Pedro. Por mucho que hagamos siempre seremos vulnerables a algo. Además, nuestras defensas han demostrado ser excepcionalmente efectivas. Hemos destruido todos los drones que nos han atacado y solo uno nos ha causado daños y víctimas, antes de ser también derribado.

—Es cierto, pero yo debía haber previsto la eventualidad de un ataque a vuelo rasante.

—Y lo has hecho, ¿no te das cuenta? El protocolo defensivo que tú diseñaste para hacer que, en caso de un ataque como el que hemos sufrido, algunos cazas despegaran inmediatamente y sobrevolaran nuestras urbes, para neutralizar a los drones u otros aviones, ha dado resultado, y nuestro caza ha cazado —valga la

redundancia— al pequeño aeroplano enemigo —manifestó el mandatario y añadió:

—Ha sido por muy poco que lo haya hecho después y no antes de que el avión teledirigido disparase sus misiles.

Pedro no quiso continuar más esa conversación y, como para dar la razón a su interlocutor, asintió con la cabeza y esperó a que su superior le contase algo nuevo que él no supiese. El gesto hizo que el presidente comprendiese la incomodidad de su subordinado y, como si le leyese la mente, cambió de tema y dijo como sin darle demasiada importancia.

—Hemos ocupado militarmente El Bierzo.

—Bien, eso es lo correcto —asintió Pedro con mayor entusiasmo, a pesar de que también la noticia le era conocida, y añadió—. Ahora podremos mantener una defensa de nuestra frontera más efectiva e impermeable.

—¿Qué crees que debemos hacer? ¿Avanzar ahora que tenemos la iniciativa o fortificarnos y esperar la reacción de los leoneses? —preguntó el presidente.

—Ahora mismo no lo sé —respondió el militar, sin importarle mostrar desconocimiento y dudas, y añadió—: Antes tendría que saber las fuerzas de las que dispone el enemigo en Segovia y Soria, y también estar al tanto de cuántos soldados suman las guarniciones madrileñas de Ávila y Salamanca. Una vez tengamos las respuestas a esas preguntas me resultará más fácil tomar la decisión más acertada —afirmó Pedro, seguro de su capacidad analítica, y añadió:

—Ordenaré que nuestros satélites militares escaneen esas áreas y, en cuanto lo hagan, espero poder dar la respuesta que me pides.

Llegados a ese punto de la conversación, que de no cambiar les llevaba a un punto muerto, puesto que ambos estaban en sintonía y no tenían demasiadas cosas que aclarar entre ellos, sonó el intercomunicador que descansaba sobre la mesa del mandatario gallego.

—Señor. Tenemos una llamada del presidente castellanoleonés —dijo la voz de un secretario de comunicación.

Ambos hombres se miraron brevemente, algo perplejos, y la misma curiosidad, reflejada en sus caras, les indicó que los dos ansiaban escuchar lo que el comunicante quería decir.

—Ponlo en pantalla —ordenó el presidente, al tiempo que se giraba para observar el amplio receptor de televisión, que había situado a su derecha, sobre una pared sin cuadros.

Enseguida la pantalla se iluminó y, tanto Sabino como Pedro, pudieron ver al uniformado hombre que aparecía a la vista.

Fue el presidente castellanoleonés el primero en hablar, después de un brevísimo silencio que empleó para ver lo que su monitor le mostraba y, por ello, se dio cuenta de que su interlocutor no estaba solo en su despacho, y que le acompañaba un oficial de alto rango, al que enseguida identificó como a un general de división que le resultaba familiar, a pesar de que todo su interés se centraba en las reacciones de su

homólogo.

—¡Buenos días, Sabino! —saludó el presidente Plañes, llamando a su interlocutor por su nombre de pila, puesto que ambos se conocían personalmente, por haber conversado previamente en reuniones anteriores.

—¡Buenos días! —respondió el presidente Caamaño, con tono deliberadamente frío, sin querer añadir al forzado saludo el conocido nombre del que le llamaba.

Este, a pesar de la distancia, podía ver claramente la adusta cara del hombre al que se dirigía, y supo que debía ser él el primero en dar explicaciones, antes de ser conminado a ello.

—Siento mucho el daño que esta agresión os ha causado y llamo para disculparme, a pesar de que, técnicamente, sois vosotros los que habéis iniciado las hostilidades.

—Déjate de zarandajas y no me vengas con tecnicismos. Fuiste tú el que, inequívocamente, pretendías atacarnos —respondió con acritud el presidente gallego.

—Es cierto. No lo niego, pero tenía mis razones.

—¿Razones? ¿Cuáles? —preguntó Caamaño, interrumpiéndolo, sin querer ni pretender evitar la mueca de perplejidad que súbitamente se reflejó en sus facciones.

—Los madrileños habían secuestrado a mi hijo y me chantajeaban con su vida para forzar una alianza con ellos en vuestra contra.

Se hizo un momentáneo silencio ante la revelación, pero enseguida el presidente de Galicia volvió a retomar su inquisitivo y agresivo tono, y respondió con una aseveración interrogante.

—Aunque eso sea cierto, ¿Pretendes hacerme creer que la vida de un hombre, aunque sea tu hijo, es motivo suficiente para iniciar una guerra, en la que han muerto miles de personas?

—No. Ya sé que cometí un error, pero el cariño de padre me cegó, y por eso hice lo que hice —contó el presidente castellanoleonés, mostrando un notorio acento de culpa.

Un breve silencio se hizo de nuevo, mientras Sabino y Pedro asimilaban la sorprendente revelación.

—¿Por qué me llamas ahora y no antes?

—Porque quiero acabar con esta guerra y volver al *statu quo* previo, en el que nuestras relaciones eran amistosas.

—¿Pretendes que hagamos borrón y cuenta nueva ahora que os hemos derrotado?, ¿es eso?

—Sí —respondió Plañes escuetamente.

Había mucho de la historia, tal como era contada, que le sonaba fidedigno al general Casáis; por eso se atrevió a intervenir en la tensa video conferencia de los dos mandatarios y, sin pararse a pensar que era su innata curiosidad lo que le inducía a ello, preguntó:

—¿Qué ha sido de su hijo, señor?

Tanto Joaquín como Sabino fijaron sus ojos en el general, que al igual que ellos aparecía en las pantallas, y la respuesta a la evidente pregunta no tardó en producirse.

—He logrado recuperarlo sano y salvo.

Nadie habló antes de que el presidente castellanoleonés se viese obligado a concretar su réplica.

—Hemos detenido a cuatro generales madrileños, que se hallaban en nuestro territorio, y los he canjeado por mi hijo.

Tenía lógica pensaron los gallegos, pero aun así la sinrazón persistía y, por eso, fue de nuevo el presidente de Galicia el que tomó la palabra e inquirió:

—¿Y por qué no has hecho eso antes y no después de provocar la batalla?

—No se me había ocurrido —respondió cándidamente el mandatario de Castilla y León.

—El presidente gallego y el general de división se miraron el uno al otro, con la perplejidad plasmada en sus rostros, y fue de nuevo Pedro el que inquirió con ganada confianza.

—No es creíble que el secuestro de un solo hombre, aunque sea su hijo, haya sido el que os haya incitado a iniciar una guerra. La ambición tiene que haber jugado un papel importante en la decisión que habéis tomado.

—Tienes razón. Me dejé llevar por la irracionalidad y las promesas de los madrileños.

—De nuevo los gallegos se miraron con complicidad, y esta vez fue el presidente galaico el que hizo la pregunta obvia:

—¿Qué te habían prometido los madrileños a cambio de tu colaboración?

Joaquín Plañes dudó ante esa descarada pregunta, a la que ni el inquisitivo general ni el presidente gallego esperaban recibir una respuesta clara, y sin embargo, ante el asombro de sus interlocutores, respondió con una sinceridad de político principiante y desesperado.

—Me prometieron el reparto de Galicia a partes iguales —dijo, y enseguida añadió para tratar de corregir su manifiesta y políticamente irresponsable sinceridad:

—Ya he dicho que mi razón principal era preservar la vida de mi hijo.

—Así que pretendíais repartiros Galicia, y ahora vienes con esta historia sin pies ni cabeza, después de haberte dado cuenta de que no íbamos a ser presa fácil.

—Lo de mi hijo es verdad —respondió tontamente, con cara desencajada, el presidente de Castilla y León.

El mandatario gallego y su general se miraron de nuevo con complicidad, y ambos concluyeron que estaban tratando con alguien que, aparentemente, había perdido la cabeza; por eso el presidente galaico tomó nuevamente la palabra e inquirió:

—¿Qué pretendes al contarnos todo esto?

—Os pido que retiréis vuestro ejército de El Bierzo y las cosas vuelvan a la normalidad.

—Antes tenemos que hablar con los madrileños y asegurarnos de que algo como esto no vuelva a suceder, ¿no crees? Por cierto... Todavía no has dicho que tus aliados no sigan con sus planes e insistan en atacarnos.

—No sé lo que harán ellos, pero yo haré todo lo que esté en mi mano para que mi territorio no sirva de base a razias sobre Galicia.

—Eso espero, no obstante, como comprenderás, debemos estar a la defensiva, y mientras controlemos El Bierzo nuestra frontera este estará más segura —dictaminó el gallego, convencido de que estaba ante un hombre que no razonaba bien y, antes de que este volviera a reclamar el territorio ya ocupado por sus tropas, añadió:

—Una vez aclarado todo y recuperada la estabilidad hablaremos de nuevo y veremos cómo queda la cosa —dijo, sin tener la más mínima intención de devolver la región que los gallegos habían ocupado, pero antes quiso tensar algo más la cuerda y preguntó al anonadado Joaquín Plañes—: Espero que esta conversación sirva para establecer una tregua y no haya más agresiones por vuestra parte —pidió, sin decir que si le convenía, iba a ser él quien se adentrase en el territorio vecino, si las circunstancias seguían siéndoles favorables.

—Puedes estar seguro de que yo no iniciaré más ataques, pero espero que en pocos días retires a tu ejército de El Bierzo. Si no lo haces me obligarás a tomar medidas —expresó el presidente Plañes, con voz neutra, que resultaba, a pesar de no pretenderlo, más risible que amenazante.

—¡Bien! Me alegro de que todo haya quedado claro —respondió Caamaño, pensando que nada del futuro era evidente. Al contrario, había un sinnúmero de posibilidades nuevas que él pensaba aprovechar, y por eso, tratando de que el desaire no se notase demasiado en su tono de voz, dijo:

—Hablaremos de nuevo en cuanto las cosas se tranquilicen y sepamos que los castellanoleoneses no sois una amenaza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —se apresuró a contestar maquinalmente el presidente Plañes, y antes de que la conversación se reiniciase y el gobernante castellanoleonés se diera cuenta de que no había conseguido nada, y pretendiese llevar la charla por otros derroteros más específicos, cabales y favorables para su causa, a una secreta y estudiada señal del mandatario Caamaño, un operador se apresuró a cortar la video conferencia.

—¿Qué opinas? —preguntó el presidente al estupefacto general Casáis, en cuanto se cortó la comunicación y ambos pudieron hablar en privado.

—Creo que este hombre está atontado o se hace el tonto para ocultarnos algo.

—Yo opino que está obnubilado, pero no pienso que siga así mucho tiempo. Además, aunque no reaccione pronto por sí mismo, alguno de los suyos le abrirá los ojos, y se dará cuenta que, *de facto*, no nos ha conminado a retirarnos inmediatamente de El Bierzo.

—¿Crees que debemos seguir ocupando esa comarca?

—Sí —respondió Pedro, categórico, y añadió—. Los actos tienen consecuencias,

muchas veces indeseadas e imprevistas, y la pretensión de invasión por parte de los castellanoleoneses no debe quedar impune. Hemos ganado la primera y crucial batalla y merecemos una recompensa por nuestra victoria.

—Yo también lo creo así —respondió el presidente, meditabundo, con los ojos circunspectos, y al notarlo Pedro le preguntó:

—¿Qué te preocupa?

—Estoy pensando que le diré al presidente Plañes, cuando me llame de nuevo más calmado, con mejor discernimiento, y me pregunte por qué, para entonces, todavía no nos hemos retirado de El Bierzo.

Ambos se quedaron en silencio, meditando unos breves instantes para tratar de dar con la respuesta más convincente y adecuada a sus intereses, y fue la inteligencia de Pedro la que descolló primero y encontró una solución diplomática, que les haría ganar tiempo y les daría una cierta justificación.

—Puedes decirle que los habitantes de El Bierzo son, en su mayoría, de origen gallego, y nos han pedido que nos quedemos porque quieren ser administrados y gobernados por Galicia.

—¡Buena idea! —alabó Sabino, y añadió—. Además, es verdad que la mayoría de los residentes de la comarca que acabamos de ocupar son realmente descendientes de gallegos, y eso el presidente Plañes tendrá que admitirlo, pero no creo que esa explicación le disuada de intentar recuperar lo que hasta ahora era suyo.

—¿Y qué va a hacer? ¿Invadirnos otra vez? —inquirió el general, con algo de sorna.

—Puede rehacer su alianza con los madrileños, y juntos volver a cargar contra nosotros —respondió Caamaño, haciendo gala de buen juicio.

—Es cierto, pero eso también puede hacerlo si le devolvemos El Bierzo, y nosotros perderíamos una amplia zona que, sin duda, nos sirve de contención al posible avance de las tropas combinadas enemigas y, además, las defensas de nuestra frontera natural siguen intactas, y aún podemos reforzarlas más ahora que sabemos que podemos ser atacados de nuevo.

—Tienes razón. Está bien prever posibles acontecimientos futuros y planificar qué hacer, pero hay muchas variables; no podemos anticiparlas todas y preocuparnos en exceso. Creo que debemos esperar algún tiempo y ver como los acontecimientos se van desarrollando, y actuar en consecuencia en cada momento determinante —explicó el presidente gallego y, llegado a ese punto, los músculos de su cara se distendieron, sus ojos chispearon y una sonrisa que tendía al contento se reflejó en su cara antes de decir:

—Debemos celebrar nuestra victoria.

Ante el silencio interrogante de su interlocutor, anunció:

—Pasado mañana será declarado día de asueto para todos. Celebraremos un desfile militar. De eso te ocuparás tú, y yo me encargaré de organizar una fiesta para los altos mandos y sus parejas, en el palacio de exposiciones y congresos. Por

supuesto tu presencia y la mía son indispensables. ¿Qué opinas?

—Una fiesta nos vendrá bien para mostrar confianza y seguridad —respondió Casáis, al tiempo que se levantaba y añadía—: Tengo muchas cosas pendientes. Si no hay nada más de momento me gustaría encargarme de ellas.

—Está bien —aceptó el presidente gallego, algo desairado por la súbita petición del general, pero, sintiéndose dolido cuando pretendía seguir hablando en confianza de cosas más banales, quiso dejar claro que en el futuro la finalización de las reuniones las marcaría él, y por eso dijo con tono poco amable:

—Puedes irte. ¡Ah!, espero que esta sea la última vez que me interrumpes y das por terminada una conversación antes de que yo decida que ha acabado.

—No volverá a ocurrir, señor —respondió Pedro, bastante azorado, dándose cuenta de que se había comportado de manera irrespetuosa con el máximo mandatario gallego, y, como era inteligente, enseguida supo el por qué: «Estaba acostumbrado a ser él quien diera por terminadas las reuniones, porque casi siempre hablaba con subordinados»; por eso, inconscientemente, había actuado como acostumbraba a hacer, sin caer en la cuenta de que, en ese momento, estaba ante alguien de mayor autoridad que él. Por eso, después de ponerse la gorra de plato, saludó militarmente, al tiempo que se cuadraba y decía con voz sonora y respetuosa:

—¡A la orden, señor!

Sin esperar ni obtener respuesta dio media vuelta y con marcialidad abandonó el despacho.

Ya en la Plaza del Obradoiro, recién salido de su audiencia con el presidente Caamaño, el general Pedro Casáis se dio cuenta de que el máximo mandatario gallego y él habían concretado dos cosas: organizar un desfile militar a menos de dos días vista y también la celebración de una fiesta de la que Pedro no tenía responsabilidades organizativas. Sin embargo, el desfile era cosa suya y no habían especificado dónde debía celebrarse la parada, ni cuántas unidades debían formar parte del evento. Por eso, de mala gana, cuando estaba a punto de entrar en su coche blindado, y mientras su chófer le mantenía la puerta abierta, se lo pensó mejor, sacó de uno sus bolsillos el móvil que siempre llevaba consigo y, lleno de dudas, llamó al gobernante con el que acababa de hablar.

Cuando fue capaz de que los operarios de telecomunicaciones, después de saber quién era, le conectaran con el mandatario gallego, escuchó:

—Dime, Pedro.

—Señor. Me has ordenado celebrar un desfile militar y no hemos hablado de dónde realizarlo, ni de cuántas unidades deben participar.

—Tienes razón, déjame pensar —respondió Caamaño, al otro lado de la línea.

Después de unos instantes en silencio, la voz del presidente se oyó de nuevo, al tiempo que miraba fijamente a la cámara del videoteléfono y decía:

—Ahora creo que lo del desfile no es una buena idea. Lo mejor será que nos limitemos a hacer una fiesta en el palacio de exposiciones y congresos, tal como hemos hablado, y dejemos el desfile para otro momento más propicio. ¿Tú qué opinas?

—Me parece adecuado —respondió Pedro y añadió—. De esa manera no tendremos que movilizar los soldados y podrán seguir en sus puestos como hasta ahora.

—Y tú tendrás menos trabajo, ¿eh!

—Eso es cierto, pero no preguntaba solo por eso, también tengo curiosidad por saber quiénes van a ser invitados a la fiesta.

—Esa pregunta también me la estaba haciendo yo, y creo que lo dejaré en manos de mi secretario de protocolo. Sin embargo, haré hincapié en que todos los invitados vengan con sus parejas o acompañantes de su elección —aclaró el presidente Caamaño, y sin pausa preguntó:

¿Tienes alguna mujer a la que desees invitar?

La pregunta pilló al general por sorpresa pero enseguida respondió:

—Creo que tengo una.

—¿Crees?

—Sí. Nunca la invité a salir pero me gusta.

—¡Vaya! Me sorprende que alguien tan adusto y solitario como tú quiera, repentinamente, relacionarse con otro ser humano. No te ofendas, es broma, ja, ja, ja. —Ironizó el presidente, súbitamente jocoso y lleno de curiosidad. Por eso, casi sin transición, preguntó—. ¿La conozco?

—Puede —respondió, misterioso y escueto, Pedro.

—Me intrigas. Ya me la presentarás y podré prevenirla de ti, ja, ja.

—Eso si ella acepta.

—¡Increíble!, ja, ja, ja. Me sigues sorprendiendo. ¿Quieres decir que esa misteriosa mujer no tiene idea de que te atrae?

—No, como ya he dicho, será la primera vez que la invite a salir.

—Eso acrecienta mi curiosidad y estoy deseando conocer a la chica que te pone tan nervioso.

—Bien, ahora que está todo claro nos veremos en la fiesta —dijo Pedro y al instante añadió:

—¿Necesitas algo más de mí, señor? —Tuvo la sutileza de inquirir, recordando la advertencia previa del presidente, en la que este le había dejado claro que, en los futuros diálogos entre ambos, sería el máximo mandatario gallego quién que diera por terminadas las conversaciones.

—Si tengo alguna pregunta o novedad me comunicaré contigo y te lo haré saber, si te concierne.

—¿Algo más? —quiso saber el presidente de Galicia, antes de dar por terminada la conversación que, de una manera sutil, le había reconciliado con su hombre de confianza.

—Nada más por mi parte, señor —respondió el militar, también relajado, y esperó a que su superior diera por terminada la breve pero aclarativa plática.

—Está bien. Nos veremos pasado mañana a no ser que surjan novedades que nos obliguen a reunirnos antes. ¡Ah! Sabes que somos amigos y cuando hablamos en privado debemos tutearnos como hemos hecho siempre, ¿no crees?

—Sí, Sabino —respondió el general y esperó a que su amigo y superior jerárquico diera por concluida la conversación.

—¡Bien! ¡Hasta pronto! —Enunció el presidente gallego, un instante antes de apagar su videoteléfono.

Satisfecho por haber aclarado sus dudas, Pedro guardó el móvil, entró en su coche y dejó que el aparentemente impertérrito chófer (el cual había escuchado toda la conversación, sin mostrar signos evidentes de sorpresa) cerrara la puerta, se pusiera al volante y al poco empezara a conducir de vuelta a la comandancia militar, de donde provenían; inmediatamente después de que el general le confirmara que ese era el destino al que debían ir, al decirle, tras notar la interrogante mirada del conductor reflejada en el retrovisor:

—Volvamos a la comandancia.

El coche blindado llegó hasta la empedrada entrada del palacio de exposiciones y congresos de Santiago de Compostela. Cuando el vehículo se detuvo el diligente chófer se apresuró a bajar y a abrir la puerta de la izquierda. Tan pronto lo hizo, María Castro, embutida en un elegante vestido largo de fiesta, sin hombreras, estilo sirena, de color plata; discretamente maquillada, con el pelo recogido en un moño italiano clásico; portando un pequeño y elegante bolso de mano, salió del coche, y fue inmediatamente seguida por el general Pedro Casáis, que vestía su uniforme de gala y era el orgulloso acompañante de la bella mujer.

El día anterior, el militar se armó de valor y la llamó por teléfono. Cuando escuchó ¿Diga?, habló:

—Hola, capitán. Soy el general Pedro Casáis y la llamo por un asunto social.

—¿Asunto social? ¿Qué quiere decir? —preguntó ella extrañada.

—Verá... mañana habrá una selecta fiesta en el palacio de exposiciones y congresos de Santiago, en celebración de nuestra victoria sobre los castellanoleoneses. Yo iré y he pensado que, a lo mejor, a usted le gustaría asistir a ella como mi acompañante.

—¿Está pidiéndome que sea su pareja en esa fiesta?, ¿es eso?

—Así es —respondió él, después de una breve vacilación.

—Está bien, acepto —manifestó ella, sin estar segura del todo de sí estaba haciendo bien.

—¡Estupendo! —exclamó él aliviado y añadió—. Mañana a las 21, 30 pasaré en mi coche a recogerla a su casa. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —respondió ella concisamente.

—Hasta mañana, entonces —dijo él, antes de desconectar el teléfono, con una media sonrisa de satisfacción plasmada en la cara.

La conversación había tenido lugar el día anterior, y en ese momento la elegante pareja pisaba las losas del patio del palacio de exposiciones y congresos.

El complejo, al que acababan de arribar, está concebido como un gran prisma bajo, cerrado con piezas de hormigón prefabricado. En el centro se sitúan dos grandes auditorios de escenarios enfrentados, que se alojan en el segundo prisma forrado en piedra. Alrededor de este volumen, contenido dentro del perímetro exterior del edificio, se genera un gran vacío, que funciona como ambigú de los auditorios. Todas las salas de reuniones de menor tamaño: cafetería y diversos despachos, se sitúan en los laterales mayores del rectángulo de la planta. Los elementos interiores están diseñados con contundencia y elegancia, utilizando, exclusivamente, el color natural de los diversos materiales, tales como: la piedra vetada, el metal o la madera.

La construcción del palacio de exposiciones y congresos de Santiago data de

finales del siglo xx. Se conserva en muy buen estado y desde entonces solo ha sido preciso remodelarlo, pero no ha sido necesario hacer reparaciones estructurales ni de cimentación. Solo (muchos años después de finalizado el complejo), en el año 2040, se excavó un gran bunker debajo del edificio, pero sin alterar la cimentación, al contrario, fue reforzada por nuevas columnas y vigas maestras. Al refugio se accede por unas amplias escaleras situadas en el *hall*, y que finalizan junto a una imponente puerta blindada, que cierra herméticamente el sótano.

Eran las once de la noche cuando María y Pedro comenzaron a caminar emparejados hacia la entrada. Al igual que todos los demás fueron obligados educadamente a detenerse, y se les requirió la identificación por un respetuoso oficial del numeroso cuerpo de la guardia, que flanqueaba el edificio. Ambos mostraron sus respectivas identificaciones sin expresar el menor disgusto, y el militar que, evidentemente, conocía a Pedro, puso una cruz en el nombre del general que aparecía en el listado de invitados, y anotó como acompañante a la capitán María, después de leer su nombre en el carnet militar con el que ella se había identificado.

—¡Bienvenidos! —dijo el guardia, después de devolverles sus documentos acreditativos, al tiempo que les saludaba militarmente de nuevo.

—Gracias —dijeron ambos casi al unísono, al tiempo que asentían levemente con la cabeza y regalaban una media sonrisa al oficial, antes de guardar sus credenciales y entrar.

Todo el lugar estaba profusamente iluminado y, una vez en el *hall*, pudieron ver como muchas parejas hacían corrillos y charlaban animadamente entre ellos, a la vez que, de cuando en cuando, libaban de las diferentes bebidas, que casi todos tenían en la mano. Se escuchaba la bailable música de una orquesta, ubicada en el palco de la sala tres, y que los recién llegados no podían ver desde donde estaban. Numerosos camareros, uniformados con llamativos chalecos rojos, deambulaban por doquier, portando unos bandejas con copas de cava, que repartían entre aquellos que las aceptaban; otros llevaban canapés diversos que muchos de los invitados degustaban con fruición. Sin embargo, un gran número de los asistentes a la fiesta optaban por ir a la cafetería y pedir allí cualquier bebida que se les antojara.

Pedro y María enseguida atrajeron la atención de muchos de los presentes. Él era conocido por todos y ella destacaba por su elegancia y belleza, y el hecho de ir en compañía del popular general hacía que algunos se preguntaran quién era, e imaginaban que, probablemente, sería una persona interesante y destacada en alguna disciplina.

Los inquisitivos ojos del general Casáis, moviéndose de un lado a otro sin ladear la cabeza, abarcaron un amplio radio de visión. Vio a muchos colegas, y cuando estaba decidiendo a quién acercarse y saludar primero, no tuvo que hacerlo. Un viejo conocido, al que hasta entonces no había visto, a pesar de su preliminar y curioso examen de los presentes, puesto que se hallaba oculto tras una columna, se le acercó acompañado de una rutilante mujer. Se trataba del comandante militar de Pontevedra

y era su homólogo: el general José Bugallo.

El general pontevedrés, en cuanto estuvo frente a Pedro, le tendió la mano, que este maquinalmente estrechó con fuerza y simultáneamente escuchó:

—¿Cómo estás, Pedro? —Y añadió, antes de obtener respuesta—: Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Bien, ¿y tú, José? —Respondió al saludo y también agregó—. Así es, el tiempo pasa volando.

—Yo estoy estupendamente —manifestó el general Bugallo y miró con evidente interés a María, sin importarle parecer indiscreto.

Pedro evidentemente lo notó y dijo:

Te presento a la capitán María Castro.

El general le tendió la mano que ella estrechó, mientras él se preguntaba cuál era la especialización de ella porque, al no llevar puesto el uniforme y no lucir los distintivos de su ocupación, no podía saber a qué rama del ejército pertenecía. Sin embargo tuvo el tacto de no preguntar y solo dijo:

—Es un placer, capitán.

—Lo mismo digo —respondió ella con voz amable y melodiosa.

—Esta es la doctora Tania Belmonte —indicó el general, señalando a la bella mujer que lo acompañaba y que mostraba una agradable sonrisa, que ocultaba la curiosidad que sentía.

Tanto Pedro como María estrecharon la mano de la doctora; un instante después de hacerlo un atento camarero se acercó a ellos y les ofreció cava.

Pedro tomó una copa y se giró levemente para preguntar con cortesía a su acompañante.

—¿Quieres?

Ella asintió con la cabeza y él le entregó la copa que acababa de asir y enseguida cogió otra para él.

Antes de que los cuatro pudieran iniciar una conversación sobre cualquier tema, otros de los invitados se les acercaron con la confianza que les daba su rango. Se trataba de los generales: Damián Rama y Ramón González y eran los comandantes militares de Lugo y Orense respectivamente. Ambos se agregaron con sus correspondientes parejas y, después de los saludos protocolarios, comenzaron a hablar entre ellos, formando un corrillo de ocho personas, al que muchos de los otros asistentes no quitaban ojo, y algunos pensaban en cómo sumarse al grupo, con tacto.

A los pocos minutos de la arribada de Pedro y María a la fiesta, hizo su entrada el presidente gallego, y todos los ojos convergieron en él. Algunos se apresuraron a acercarse, saludar, presentar sus respetos y ponerse a disposición del mandatario.

Sabino Caamaño no estaba casado y, extrañamente, llevaba como pareja a su madre: una mujer septuagenaria que había sido muy guapa y todavía conservaba muchos retazos de su esplendorosa belleza de antaño y, aún sin cirugía correctiva, parecía más joven de lo que era en realidad.

El presidente gallego tuvo que responder a los saludos de todos aquellos que se le acercaban; después de un tiempo los presentes tuvieron el sentido común de dejarle algo de espacio y permitirle relajarse sin ser importunado constantemente.

Sin embargo, el presidente de Galicia, como cualquier otro, también buscaba la compañía de algunos de sus congéneres y en cuanto vio a Pedro y a los otros generales juntos, se acercó a ellos y los saludó uno a uno. Cuando, obligados por las reglas de cortesía, sus hombres de confianza le presentaron a las féminas que les acompañaban, las saludó con genuina cordialidad y, casualmente, la capitán María fue la última de las damas del grupo que le fue presentada. Súbitamente, la feliz indolencia del mandatario gallego se esfumó en cuanto se encaró con la mujer.

Ella le causó una honda impresión y un gesto de genuino interés se plasmó en su cara, cuando Pedro le dijo con el respeto debido en público:

—Señor, le presento a la capitán María Castro —y sin transición añadió—: Es ingeniero de telecomunicaciones y comanda el centro de mando ubicado en el bunker de María Pita.

Todos los del grupo escucharon la presentación del general y por ello supieron cuál era el cargo y la responsabilidad de la mujer.

—Es un placer, capitán —dijo el presidente, alargando la mano y estrechando la que ella le tendía para corresponder a su gesto.

Los demás no lo notaron pero tanto la capitán María como el presidente Sabino sintieron una extraña sensación, muy similar en ambos, en cuanto sus manos entraron en contacto. Ninguno de los dos fue, en principio, capaz de discernir lo que les ocurría, y no sería hasta más tarde cuando supieran que habían sentido un repentino flechazo mutuo.

La fiesta siguió su curso y el tiempo fue pasando mientras los asistentes comían y bebían, entretanto charlaban de cosas banales o sustanciales, a menudo alternativamente. En general se lo pasaban bien y las sonrisas eran las expresiones predominantes en las caras. Algunas parejas bailaban o deambulaban de un lado a otro, y los que se sentían más cansados se sentaban en bancos de madera portátiles, estratégicamente y discretamente situados para no alterar la armonía del conjunto arquitectónico.

En un momento dado, Sabino Caamaño bailó con su madre, y como si esa fuese una señal convenida y esperada otras muchas parejas les imitaron. Sin embargo la anciana no estaba en condiciones físicas de bailar demasiado tiempo y, a pesar de que hizo esfuerzos para mostrarse fuerte y digna, el cansancio pronto pudo con ella. Su hijo enseguida lo notó y, afectuoso, dijo:

—Ven. Vamos a sentarnos, mamá.

Cuando ambos tomaron asiento y los que les miraban comprendieron el por qué y les dejaron algo de intimidad. La madre de Sabino hizo un gesto a uno de los camareros y, cuando este se acercó presuroso y servicial, le dijo:

—Tráeme un agua mineral.

—Sí, señora, enseguida.

Tan pronto como el camarero cumplió su cometido y la vieja pudo beber, se relajó, y su agitada respiración fue paulatinamente calmándose, ante los atentos ojos de su hijo.

—¿Por qué no buscas una mujer y bailas con ella? —sugirió interrogante la señora.

—Mamá. Todas las mujeres que hay aquí han venido con sus respectivas parejas.

—Pero no todas son en realidad parejas de hecho. Estoy segura de que muchas son simples acompañantes y su relación es intrascendente, ¿no crees?

—Es posible, madre, pero aun así no me resulta fácil pedirle que baile conmigo.

Cuando él dijo eso, Celia Rodríguez se dio cuenta de que su hijo estaba hablando en singular, y resultaba evidente que allí, en la fiesta, había una mujer que le gustaba, y por eso sugirió:

—Ve, sácala a bailar. No creo que su acompañante se oponga. Pienso que, al contrario, sea quien sea el hombre que la acompaña, se sentirá orgulloso de que el presidente de Galicia baile con su pareja —aseveró ella, rotunda, y sin transición preguntó:

—¿Está casada?

—No —respondió él, ya sin pretender ocultarle a su madre el interés que sentía por la mujer que acababa de conocer. Dicho eso, Sabino levantó la vista y, después de echar una amplia mirada en derredor, localizó a María Castro, que se hallaba junto con Pedro y un pequeño grupo, charlando y bebiendo, de pie, cerca de la entrada de la sala uno.

Sonaba una música de baile lenta y, súbitamente resuelto, el mandatario gallego tomo una decisión, se levantó y dijo:

—Tienes razón, madre. Voy a bailar.

En cuanto se puso en pie muchos ojos se fijaron de nuevo en él, pero ya estaba acostumbrado a la permanente atención que despertaba y, sin que se notara su vacilación, se acercó al grupo escogido. Parado ya frente a ellos, los miró brevemente a todos con una media sonrisa reflejada en su cara, y antes de que nadie abriese la boca se encaró con María y pidió:

—Señorita, ¿me permite este baile?

Ella se sorprendió pero su gesto no denotó pasmo y, con su armoniosa voz, respondió:

—Será un placer, señor.

Se separaron un poco del grupo y se acercaron a una de las varias zonas en la que otras parejas bailaban.

Como de común acuerdo se pararon en el lugar que les pareció más idóneo, se giraron para encararse el uno al otro, se enlazaron y comenzaron a moverse al ritmo de la lenta música. El silencio duró poco y fue él quien habló primero:

—¿Usted y el general son pareja?

Ella entendió perfectamente la pregunta pero aun así preguntó:

—¿A qué se refiere, señor?

—He preguntado si usted y Pedro tienen una relación de pareja —dijo él con voz pretendidamente neutra, pero que no dejaba lugar a dudas sobre lo que pretendía saber.

—Eso es personal, ¿no cree, señor?

—Ya sé que es una pregunta personal pero no creo que sea secreto de Estado, me parece.

Ella decidió en ese momento dejar de irse por las ramas y se sinceró:

—¡No!, no somos pareja. Solo me ha invitado a acompañarlo a esta fiesta.

—Eso quiere decir que siente un interés personal por usted, es evidente.

La intensa conversación que estaban manteniendo no les impedía seguir el ritmo de la música, y a ojos de todos eran como una pareja más que bailaba y conversaba al mismo tiempo.

—Sí, creo que le gusto —admitió ella.

—¿Y a usted le gusta él? —se atrevió a preguntar Sabino.

—Esa es una pregunta íntima —recriminó ella, pero no mostró sorpresa, puesto que, dado el derrotero de la conversación que estaban teniendo, esperaba la interrogación.

La pieza musical que estaban bailando cesó en ese preciso instante y, ambos, maquinalmente, se separaron, pero ninguno de los dos pretendió volver inmediatamente junto al grupo, y se mantuvieron encarados, mirándose.

—Ya sé que es una pregunta personal pero me atrevo a hacerla porque a mí también me gusta usted —dijo él con repentina osadía.

La mujer no esperaba que fuese tan directo, a pesar de que su intuición femenina ya le había indicado que el presidente sentía atracción por ella.

—No sé qué decir —solo acertó a expresar María, ante la súbita declaración de Sabino.

Volvió a sonar otra pieza de baile y de nuevo ambos se enlazaron y siguieron el ritmo de la música. Entonces ella continuó hablando:

—Todo esto es demasiado súbito para mí. Hoy he descubierto que usted y el general Casáis me cortejan sin disimulo, y es evidente que querrán saber si yo me siento inclinada a aceptar los galanteos de alguno de ustedes e iniciar una relación sentimental —dijo ella en voz alta, pero con un tono que sonaba reflexivo e impersonal.

—Es verdad. ¿Aceptaría usted cenar conmigo? —inquirió el presidente, pero la frase llevaba implícito lo siguiente: «¿A mí me gustaría saber si usted me elige a mí o al general Casáis?».

—Acepto cenar con usted, ¿cuándo? —preguntó ella, mirándolo a los ojos, con algo de rubor en las mejillas.

—Mañana, si le parece —respondió él contento, sabiendo lo que implicaba la

aceptación de la mujer.

—¿A qué hora y dónde? —inquirió ella, dejando traslucir su recuperada seguridad personal.

—A las nueve, en mi residencia —respondió él, también con explícita concreción y añadió—. Enviaré un coche a recogerla.

—Bien —asintió ella, y entonces giró ligeramente la cabeza para romper el contacto visual y, bailando en silencio, trató de asimilar el pleno significado de la breve pero intensa conversación.

Así ambos, como de común acuerdo, callaron y se dejaron llevar por la música.

Sorpresivamente para todos, los teléfonos que los militares siempre llevaban encima comenzaron a sonar unos detrás de otros, y cuando respondieron fueron informados de que una veintena de drones madrileños acababan de irrumpir en el espacio aéreo gallego, y que las lanzaderas de misiles no habían conseguido abatir más que a cuatro. Advertían a los artilleros de las zonas urbanas e informaban a los miembros del alto mando gallego que, casualmente, se hallaban juntos en el palacio de exposiciones y congresos de Santiago de Compostela.

Al poco, antes de que nadie tuviera tiempo de tomar una decisión estratégica, las sirenas antiaéreas de la capital de Galicia comenzaron a ulular, y los militares más sagaces intuyeron que ellos eran el blanco escogido por la aviación enemiga y, en consecuencia, enseguida comenzaron a dar voces, indicando a los presentes lo que era perentorio hacer.

—¡Al bunker! ¡Que todo el mundo baje al bunker! —Comenzaron a gritar algunos, y enseguida las indicaciones fueron repetidas por todos aquellos militares y civiles que se sentían responsables de la seguridad de los demás, y allí eran numerosos.

Muchos de los asistentes a la fiesta estaban desorientados y confusos, y gran número de ellos no sabían por dónde se bajaba al refugio, a pesar de que la ruta estaba claramente señalizada.

Los escoltas del presidente se acercaron a él y perentorios le indicaron:

—¡Aprisa, señor! ¡Vámonos!

Sabino y María, rodeados de soldados que los aislaban de los demás, se dirigieron apresurados a las escaleras que bajaban al sótano, precedidos y seguidos por otros muchos que también habían reaccionado con rapidez y buscaban refugio.

Cuando el presidente, María y numerosos otros habían franqueado la recia puerta de acero reforzado del bunker y se adentraban en el interior, los primeros misiles guiados por láser comenzaron a caer y a explotar sobre el complejo. Para añadir desgracias a los asistentes a la fiesta, los aviones teledirigidos estaban también equipados con sensores de imagen térmica, y un grupo tan numeroso de personas desprendía mucho calor. Por eso eran un blanco fácil para los pilotos que, desde sus lejanos puestos de control, dirigían los aeroplanos, y gracias a los sensores electroópticos podían detectar con facilidad los blancos mediante infrarrojos.

Además, los radares de apertura sintética o antenas virtuales eran capaces de localizar los objetivos, aun cuando las condiciones atmosféricas fueran adversas o fuera de noche, como era el caso.

Los misiles de ataque a suelo, disparados por los drones, impactaron sobre las diferentes áreas del complejo, y todos y cada uno de los edificios sufrieron daños.

Muchos de los centenares de asistentes a la fiesta, en vez de correr hacia el refugio subterráneo, ignorantes de la magnitud del ataque, optaron por refugiarse bajo las marquesinas, mesas y otras superficies techadas, pensando, lógicamente, que así minimizaban el riesgo que suponía la caída de cascotes. Fue una buena actuación que salvó la vida de algunos pero no de todos. Al menos 32 misiles impactaron sobre el complejo y también numerosas bombas de racimo. Tal cantidad de explosivos causó cuantiosas bajas, y más de cien personas, de las que no habían buscado refugio en el bunker, murieron, y casi otras tantas sufrieron heridas de diversa consideración.

El avión de despegue vertical, que permanentemente estaba de guardia en Lavacolla, con su tripulación preparada para abordar el aeroplano y volar en cuestión de minutos fue, lógicamente, el primero en despegar y tomar altura para, desde una posición elevada, centrar sus misiles aire-aire sobre los drones que habían descargado ya todos sus proyectiles dirigidos y bombas y, ya solo armados con sus ametralladoras, se disponían a regresar a sus bases.

Los pilotos que se hallaban en el lejano centro de mando madrileño y controlaban a los drones a través de uno de sus satélites, estaban satisfechos y, en esos momentos, solo pretendían poner a salvo a los aeroplanos que controlaban; para ello decidieron que lo mejor era dispersarlos y hacer que cada uno tomase un rumbo diferente para regresar a su base en Madrid. Era una buena estrategia pero ya el caza gallego había localizado en su radar a algunos de ellos, y el sofisticado interceptor, una vez estaba en la posición elevada en la que ahora se hallaba, y tenía ubicados a los drones, era como un gato que cazaba pequeños ratones.

El radarista del avanzado avión de combate gallego enseguida localizó en su pantalla los ecos que revelaban las posiciones de los pequeños aeroplanos madrileños, y dio su posicionamiento al sistema balístico. A partir de ahí el complejo equipo electrónico de seguimiento tuvo exactamente localizados a los aparatos enemigos, y entonces ya solo dependía del piloto comandante elegir los blancos más perentorios a su juicio. Sin embargo el avión de combate gallego estuvo solo poco tiempo, y cuando lanzaba el primer misil y hacía estallar el primero de los objetivos seleccionados, cinco aerodeslizadores galaicos más habían seguido su estela y se posicionaban para repartirse los aparatos contra los que se disponían a disparar.

En pocos minutos, a pesar de sus intentos de escapar eligiendo múltiples rumbos, los drones madrileños, mucho más lentos que el avión y los aerodeslizadores pilotados gallegos, fueron cayendo uno a uno, alcanzados por los misiles aire-aire, que los buscaban guiados por múltiples detectores.

Entretanto, las ambulancias habían llegado al palacio de exposiciones y congresos

de Santiago, y los sanitarios buscaban entre los escombros a las víctimas. Daban prioridad a los heridos y a muchos de ellos los localizaban por los quejumbrosos sonidos que emitían.

Al poco, informados de que los atacantes habían sido neutralizados, Sabino y los altos mandos militares gallegos, que habían resultado indemnes, fueron saliendo del bunker y pudieron ver los considerables daños que les habían infligido los drones enemigos.

Pedro y los demás comandantes generales de las cuatro provincias gallegas estaban ilesos y, junto con María —ella había permanecido todo el tiempo al lado del mandatario—, acompañaban al presidente.

Todos estaban llenos de ira y esperaban recibir la orden de hacer pagar al enemigo por el daño causado. Evidentemente, a ninguno les parecía suficiente que los madrileños hubieran perdido todos los aviones que emplearon en el ataque, y querían vengar la pérdida de vidas humanas.

Por eso, viendo que las unidades de emergencia eran más que suficientes para atender a los heridos, el cuarteto de generales, todos ellos mostrando en sus caras pensamientos encontrados, entre los que predominaba la idea de venganza, miraban al presidente, esperando que este les indicase el camino a seguir.

Sabino también sintió rabia y desazón, pero tuvo la inteligencia de no mostrar la súbita ira que le embargó al ver el desastre. Con esfuerzo se calmó, y su mente analítica y razonable tomó el control de sus emociones; concluyó que estaban en guerra y que esa era una consecuencia del conflicto en el que estaban involucrados, desde el instante en que los madrileños, aliados con los castellanoleoneses, intentaron invadir Galicia.

El mandatario gallego también llegó a la conclusión de que la guerra iba para largo y que lo peor que podían hacer era tomar decisiones apresuradas, impulsados por la ira. Por eso, para dar respuesta a las interrogantes miradas de los militares que tenían los ojos puestos en él, esperando sus palabras, dijo:

—Hoy no debemos tomar decisiones tácticas ni planear represalias en caliente. Debemos calmarnos, atender a los heridos y comenzar la reparación de los daños. Dicen que la venganza es un plato que debe servirse frío; por eso quiero que analicemos con tiempo la mejor manera de responder a nuestros enemigos y causarles el mayor daño con las mínimas pérdidas por nuestra parte, ¿me explico? —terminó preguntando Sabino, no porque tuviera dudas acerca de la claridad con la que se había expresado, sino porque quiso saber si alguien quería decir algo que a él se le pasase por alto.

Todos se mantuvieron en silencio y por eso el mandatario gallego dio otra orden:

—Aquellos que no sean necesarios aquí deben reintegrarse a sus destinos de manera inmediata —decretó, y cuando comenzaban a moverse añadió—. Os aconsejo que descanséis si podéis. Ya he dado la orden de que por esta noche se mantenga el nivel uno de alerta y hay mucha gente velando por nuestra seguridad.

Llegado a ese punto, Sabino se volvió hacia María y, demostrando que era pluridisciplinario y que casi nada se le escapaba, dijo abiertamente, con matices.

—A mi pesar debo posponer nuestra reunión de mañana, capitán. La llamaré en cuanto las cosas se estabilicen —manifestó, sabiendo que con ello obligaba a la mujer a dar explicaciones al general Casáis, quién, mejor que los demás, comprendió el significado de la palabra «reunión», que el presidente había empleado para referirse a la cita que acababa de postergar con la capitán.

Todos los que le escucharon se mantuvieron en silencio y el presidente, viendo que el caos estaba siendo eficientemente controlado, y que ya no se escuchaban los lamentos de los heridos, puesto que todos habían sido trasladados a los hospitales, y solo la ruidosa maquinaria pesada que se empleaba en las catástrofes, estaba siendo eficazmente utilizada para paliar las consecuencias del desastre, no necesitó añadir nada más; seguido con la vista por los que le habían escuchado atentamente dio media vuelta y, flanqueado por sus escoltas, se dirigió al vehículo que le esperaba para llevarlo a su residencia oficial.

La mañana del día anterior al sorpresivo ataque de los drones madrileños, un individuo cejijunto, de nariz torcida, ojos negros, labios finos y tez suave y sonrosada, alto, delgado y algo encorvado, a pesar de que aún no había cumplido los cuarenta, calzando mocasines y vestido con un pantalón vaquero de marca desteñido a propósito, una camisa de lana azul clara, y cubierto por un chaquetón negro de fino cuero, llevando al hombro una mochila, y cubriendo su cabeza con una gruesa gorra de béisbol azul sin marcas publicitarias, se acercó al primero de la fila de taxis eléctricos, que estaba estacionado en la Plaza de Galicia de Santiago.

Al llegar junto a la ventanilla del conductor, cuando este lo miró interrogante, comenzó a hablar:

—Quiero hacer un viaje bastante largo. ¿Puede usted llevarme?

—Eso depende. ¿A dónde quiere ir?

—A Ponferrada.

—Eso está en León —constató el hombre de manera simplona, y añadió sin que el potencial cliente tuviese intención de interrumpirlo:

—Además, tengo entendido que ahora mismo es una zona conflictiva en disputa —dijo con el orgullo de alguien que presumía de estar bien informado.

—Es cierto. Ha sido ocupada por nuestro ejército pero, según tengo entendido, no hay combates.

El taxista estaba al tanto y, tomada la decisión de hacer el viaje, quiso sacar un buen precio y dejar el tema económico zanjado de antemano pero, antes de que él hablase de dinero, el potencial pasajero preguntó, dando por hecho que el chofer iba a aceptar llevarlo.

—¿Cuánto me va a cobrar?

—Veamos —dijo el hombre, tecleando para introducir los datos de destino en su navegador, en vez de hacerlo de viva voz.

—Son 250 Kilómetros por carretera —constató y, después de hacer un simple cálculo mental y saber que si todo iba bien estaría de vuelta en Santiago en unas seis horas, aunque parase para tomar algo, especificó:

—El viaje le costará 500 euros.

A pesar de que sabía que era un precio excesivo el cliente aceptó y dijo simplemente:

—De acuerdo.

Dicho eso el viajero abrió la puerta trasera, metió primero la mochila sobre el asiento; después entró él y cerró con la fuerza adecuada.

Sin embargo el taxista desconfió porque su pasajero aceptara sin regatear el primer precio que le dio, y por ello se sintió impelido a decir:

—Un viaje como este se paga por adelantado —exigió, mintiendo descaradamente, pero el cliente, aunque no esperaba esa exigencia no tuvo inconveniente en satisfacerla y, echando mano a su cartera, sacó la cantidad solicitada y se la entregó al conductor, el cual, después de asegurarse de que el importe era el que pidió, guardó el dinero en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, puso en marcha el vehículo, sonrió y dijo:

—¡Vamos allá!

Dos horas y cuarenta y dos minutos más tarde el taxi santiagués hacia su entrada en Ponferrada y se dirigía al barrio de La Placa, que era el lugar de destino que el pasajero le había indicado.

Durante el trayecto fue inevitable que el taxista y su cliente conversaran y el viajero le dijo que se llamaba Roberto Ares y que la razón por la que hacía el viaje era porque una tía suya había muerto e iba a ser enterrada esa tarde.

Hablaron también de otras muchas cosas, anecdóticas unas y triviales otras, y el conductor: un hombre joven y agraciado de menos de treinta años, que respondía al nombre de Celestino Ferreiro, pensaba que ese era uno de sus días de suerte, y que en cuanto regresase a Santiago iba a dar por terminada su jornada laboral y tomarse unas cañas antes de ir a casa junto a su esposa.

Ya dentro de la ciudad, antes de llegar a su destino: el mencionado barrio de La Placa, Roberto Ares sacó su videoteléfono y marcó un número. Sin embargo no fue capaz de establecer contacto y por un instante su rostro se transfiguró de rabia.

«Ya han instalado inhibidores de frecuencias para impedir llamar desde la comarca de El Bierzo al exterior, para evitar que el enemigo fuera informado de lo que hacían los gallegos y de la composición de sus fuerzas de ocupación», pensó, y estaba en lo cierto, pero también los ingenieros de comunicaciones galaicos habían bloqueado, además de las líneas telefónicas inalámbricas, las señales de televisión y de radio, que hasta hacía poco llegaban desde León y más allá hasta El Bierzo.

Cuando Roberto Ares supo que tampoco desde allí iba a poder contactar con Madrid, como era su intención, entendió que debía ir más adelante. Por eso tomó la decisión de llegar a Ávila y hablar personalmente con el comandante militar madrileño, que también asumía el cargo de gobernador de esa provincia, conquistada a los castellanoleoneses hacía ya tiempo.

El taxista miró maquinalmente por el espejo retrovisor y vio que la cara de su cliente se había transfigurado. Después de haber intentado usar sin éxito su teléfono móvil mostraba el ceño claramente fruncido y era palmario que su rostro había perdido todo rastro de amabilidad.

—¿Ocurre algo? —Se sintió obligado a preguntar el hombre.

—Ha habido un cambio de planes imprevisto.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Celestino, intuyendo que iba a haber un cambio de destino.

No se equivocó y, después de un instante de silencio meditabundo, su pasajero le

confesó:

—Tengo que ir a Ávila.

La sorpresa del taxista santiagués ante la súbita confesión de intenciones de su pasajero fue mayúscula y se puso instintivamente alerta, al intuir que había cosas que escapaban a su inmediata comprensión y que no tenían nada de positivo. Sin embargo solo acertó a decir:

—Pero Ávila está en poder de los madrileños.

—Lo sé pero tengo que ir allí.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó el taxista, presintiendo lo que su, repentinamente sospechoso, pasajero iba a pedirle y que de ninguna manera pensaba aceptar.

—Tú me llevarás —dijo y añadió—. No te preocupes por el dinero, te pagaré generosamente.

—Ni hablar. Yo lo llevaré a la calle de La Placa, tal como hemos acordado, y después me marcharé —dijo rotundo.

Roberto Ares comprendió que nada iba a hacer cambiar de idea al taxista y, sin decir nada más, metió su mano derecha debajo de su chaqueta y la sacó empuñando una pistola con la que apuntó al ya nervioso chófer, que al ver el arma se inquietó mucho más y, tartamudeante, preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Ya que no quieres hacerlo por las buenas lo harás por las malas. Dirígete a la autovía de Ávila y no trates de hacer nada raro, ni llamar la atención de algún policía. Si lo haces no dudaré en disparar, no tengas la menor duda.

El taxista, al ver la cara de obstinada dureza de su cliente, no dudó de que este hablaba en serio y decidió que lo más sensato en ese momento era obedecer, por eso, con mano temblorosa, manipuló el navegador para introducir la nueva ruta, puesto que él no sabía orientarse dentro de Ponferrada y, una vez marcada su próxima meta, el aparato de posicionamiento fue indicándole de viva voz el trayecto que debía seguir para salir de la ciudad y dirigirse a la autovía que enlazaba con su nuevo destino.

Sin contratiempos y bajo la atenta vigilancia de su secuestrador, Celestino condujo el coche hasta adentrarse en la vía rápida que conducía a Ávila, y así, en silencio, imbuidos cada uno de ellos en sus propios y divergentes pensamientos, recorrieron media docena de kilómetros.

—Tan pronto como veas un área de descanso desocupada, para —ordenó y añadió para justificar su orden—. Todavía nos quedan muchos kilómetros para llegar a Ávila y yo tengo que mear, y no quiero parar en un área de servicio para no correr el riesgo de que intentes jugármela.

Celestino no respondió y pensó que su secuestrador tomaba todas esas precauciones porque era un hombre desconfiado y precavido, al que iba a ser difícil engañar.

Recorridos otros diez kilómetros, en medio de un tráfico escaso, apareció una zona de descanso para conductores, en la que casualmente no había ningún vehículo en ese momento, y cuya señal indicativa habían visto ambos previamente y por eso mantenían sus ojos fijos en el punto que iba a aparecer a su derecha, por sí ese iba a poder ser su lugar de parada.

—Para ahí —ordenó Roberto, en cuanto vio, aliviado, que allí no había nadie.

Celestino obedeció, pero aun así recibió más instrucciones en cuanto salieron de la vía rápida.

—Acércate a la zona arbolada y dame las llaves antes de salir.

El conductor hizo lo que su cliente, reconvertido en secuestrador, le ordenaba y, sin tener que esperar, recibió una nueva orden y una advertencia:

—Baja, ¡y cuidado con lo que haces!

Una vez fuera, en una superficie rectangular de tierra apisonada cubierta con gravilla, en la que, en su margen derecho, gruesos pinos y eucaliptos proyectaban una sombra protectora sobre bancos de piedra vacíos, el secuestrador habló de nuevo:

—Camina —exigió, indicando con el cañón de la pistola la línea de árboles.

El taxista lo hizo desconfiado y, lleno de miedo y atento a todo, pudo ver como su pasajero cambiaba la pistola de mano pero seguía apuntándole mientras se giraba ligeramente para no exhibirse ante su secuestrado, abría la cremallera de su pantalón, sacaba su pene y comenzaba a mear con fuerte chorro. Cuando terminó, después de sacudírsela, se guardó de nuevo su miembro viril, se subió la cremallera y se volvió directamente hacia el expectante Celestino.

—¿Tú quieres mear o vas a aguantarte hasta Ávila?

El taxista también tenía la vejiga llena y decidió vaciarla, tal y como su secuestrador sugería. De manera maquinal se giró ligeramente para no mostrarse ante el hombre que lo retenía a punta de pistola, y eso fue lo último que hizo conscientemente. Es probable que ni siquiera escuchara la detonación de la bala disparada alevosamente por el espía madrileño, que le entró por la nuca y se alojó en el cerebro, causándole daños masivos irremediablemente fatales. Murió casi instantáneamente y cayó como un fardo desmadejado, chorreando sangre y minúsculos restos de masa encefálica por el tremendo boquete que la bala de punta hueca había abierto.

Sin perder tiempo, Roberto se guardó la humeante pistola, agarró el cadáver por los brazos y lo arrastró boca arriba hasta llevarlo tras unos arbustos que crecían entre la arboleda. Sin dilación le quitó la cartera y recuperó el dinero que le había pagado, y también se quedó con unos noventa euros más que la billetera contenía. Sabiendo lo que debía hacer para no dejar huellas, el asesino limpió meticulosamente la billetera con su pañuelo, después miró en rededor y localizó, en una de las canalizaciones que reseguían la autopista, algo de agua estancada. Arrojó la cartera a ese contaminado charco, para asegurarse de que fuera inviable la obtención de cualquier huella que él no hubiera borrado totalmente. Sin perder más tiempo, el espía madrileño se metió en

el taxi, lo puso en marcha y volvió a la autovía que le conduciría a su punto de destino.

Tres horas y treinta minutos más tarde, después de recorrer los 315 kilómetros de ruta que separaban Ponferrada de Ávila, el taxi santiagués llegaba a la meta que su conductor pretendía.

Atardecía cuando el vehículo procedente de Santiago arribaba al extrarradio de la ciudad amurallada. Hasta entonces nada ni nadie había interrumpido el viaje del asesino, desde que este se había librado expeditivamente del dueño del taxi, pero al poco de entrar en la ciudad dos coches de la policía militar se le acercaron raudos, haciendo sonar las sirenas y mostrando sus parpadeantes y fluctuantes luces, al tiempo que por megáfono le ordenaban parar.

El espía madrileño lo hizo sin el menor nerviosismo, pensando que los policías militares, en vez de suponer una amenaza para él, iban a servirle de informantes.

Con decisión salieron dos uniformados soldados armados con rifles XM8, y se posicionaron cubriendo a un suboficial que, simultáneamente, había descendido del otro coche; este último no llevaba ningún arma en las manos y solo una pistola enfundada pendía de su costado derecho.

—¿Quién es usted y que hace aquí? —preguntó el sargento madrileño, de manera abrupta, sin mostrar el menor atisbo de cortesía.

Roberto Ares había esperado la pregunta y, a través de la ventanilla que acababa de bajar, le entregó su identificación al militar, al tiempo que decía:

—Soy el capitán Roberto Ares, del centro nacional de información madrileño —afirmó ante el estupefacto sargento, que con ojo experto examinó el documento lacrado y la placa que el recién llegado le había entregado, hasta que no le cupo duda de que eran auténticos.

—A la orden, mi capitán —dijo el sargento, poniéndose firmes y saludando militarmente.

—Descanse, sargento —mandó Roberto, y sin pausa añadió:

—Vengo de Santiago y tengo un informe verbal que dar al gobernador militar.

—Entendido, señor —respondió el suboficial, aplacado y sumiso, al tiempo que le devolvía la cartera que contenía la placa y decía:

—Nosotros le guiaremos y escoltaremos para que ninguna otra patrulla le detenga —explicó y añadió para justificar su sugerencia—. No es habitual que un taxi santiagués circule por las calles de Ávila.

—Se lo agradezco, sargento —respondió el recién llegado, aceptando el ofrecimiento que le hacían, puesto que él no conocía la ciudad y no sabía dónde se ubicaba el despacho del general madrileño, que comandaba las fuerzas de ocupación de Ávila.

En un instante, el sargento informó a sus subalternos de lo que debían hacer. Todos entendieron y regresaron a sus vehículos; se posicionaron uno delante y el otro detrás del taxi y, coordinadamente, comenzaron a rodar.

El tráfico dentro del recinto amurallado de Ávila estaba restringido a una gran variedad de vehículos, pero los militares y los repartidores eran la excepción a la norma y, sin que los que conformaban el retén de centinelas que guardaban la puerta del Alcázar —acceso que emplearon para entrar en la ciudad— hicieran nada por detenerlos, se dirigieron al ayuntamiento de la pétreo capital de provincia: un edificio sobrio, de los pocos en Ávila que no se distinguía especialmente por su arquitectura y era de escaso valor monumental o artístico.

Llegados a su destino, los tres vehículos se detuvieron y, tanto Roberto como el suboficial de la policía militar, descendieron, se pusieron a la par y, tomando la iniciativa como guía, el sargento dijo:

—Por aquí, señor.

El capitán Ares no respondió y comenzó a andar acompañando al suboficial que le hacía de guía. Ante la mirada curiosa de multitud de centinelas fuertemente armados y funcionarios, recorrieron el vestíbulo de entrada y subieron las escaleras de piedra hasta llegar al primer piso. Una vez allí se encaminaron a un despacho concreto, delante de cuya puerta dos vigilantes montaban guardia, con sus metralletas en posición de alerta.

—Haga el favor de esperar aquí, señor —pidió el guía y, sin esperar respuesta, se adelantó, conversó brevemente en voz baja con los guardias, llamó a la puerta y cuando escucho la palabra ¡Adelante!, entró.

Al poco volvió a salir. Sin cerrar recorrió los pocos pasos que le separaban del visitante y dijo:

Su Excelencia, el general Francisco Bosé, le espera, capitán.

—Gracias por todo —respondió el aludido, y sin dilación comenzó a andar hasta entrar en el despacho. Tan pronto como lo hizo los guardias cerraron la puerta a sus espaldas y él, con la mirada fija en el hombre que había sentado tras una funcional mesa de oficina de buena calidad, se cuadró, al llegar al punto separación idóneo, y dijo al tiempo que hacía el correspondiente saludo militar:

—Se presenta el capitán Roberto Ares del C.N.I.M (Centro nacional de inteligencia madrileño).

El general Bosé miró con curiosidad al hombre que entró en su despacho y, cuando este se detuvo ante él y se presentó, el comandante militar de Ávila supo instintivamente que el individuo que acababa de entrar era un tipo resolutivo al que había que tener en cuenta, por eso quiso ser amable con él.

—¡Bienvenido, capitán! —dijo con voz bien modulada, al tiempo que se levantaba y, rompiendo el protocolo militar, extendía la mano para estrechar la del recién llegado.

Roberto, a pesar de la sorpresa que le causó el gesto no la exteriorizó, aceptó la mano que su superior le tendía y correspondió con fuerza a su apretón.

—¿Qué le trae por aquí, capitán? —preguntó el general, curioso, antes de volver a sentarse, señalar una silla frente a su mesa y decir—: Tome asiento y cuénteme.

Roberto obedeció sin dudarle y enseguida comenzó a relatar lo que le había llevado allí.

Tan pronto como el gobernador militar de Ávila supo que al día siguiente la mayoría de los mandos militares, el presidente gallego y la generalidad de los miembros de su gobierno, iban a congregarse bajo un mismo techo: el palacio de exposiciones y congresos de Santiago, para celebrar su victoria contra sus temporales aliados, los castellanoleoneses, pensó —al igual que lo había hecho el espía y por eso estaba allí— que una oportunidad como esa para poder eliminar a la cúpula militar y civil del gobierno gallego no debía desaprovecharse y, para obtener la aprobación a la acción en la que había pensado casi instantáneamente, llamó al presidente Enrique Rojas. Este, en cuanto recibió la información, estuvo de acuerdo con lo pensado por el general Bosé, y le dijo que él se ocuparía.

Tan pronto como interrumpió la comunicación con el gobernador militar de Ávila y le dio las gracias y, además, le aseguró que su aviso sería recompensado de alguna manera que no concretó, el presidente madrileño se puso en contacto con el general que dirigía su fuerza aérea. Después un intercambio de información e ideas se pusieron de acuerdo y decidieron enviar una veintena de drones la noche del día siguiente.

Dos días después del sorpresivo ataque de los drones madrileños al palacio de exposiciones y congresos de Santiago, que tenía como objetivo eliminar a la cúpula política y militar gallega y que no había conseguido su principal propósito, porque, de entre los ciento nueve muertos y las decenas de heridos, ninguno era miembro del alto mando militar ni tampoco consejero del gobierno. Además, el objetivo principal buscado por las bombas fue el presidente gallego y este había salido indemne. Sin embargo, los fallecidos habían sido muchos y el complejo fue gravemente dañado y tenía que ser demolido en su mayor parte antes de poder reconstruirlo de nuevo.

Después de asumir las pérdidas, la relativa calma que podía encontrarse en tiempos de guerra se había restablecido. Los muertos fueron incinerados, llorados y ensalzados, al tiempo que numerosas cuadrillas de técnicos de la construcción se afanaban a reparar los cuantiosos daños sufridos por las edificaciones, mientras, en los hospitales las víctimas iban recuperándose y muchos de los lesionados más leves ya habían sido dados de alta.

—¡Adelante! —respondió Sabino Caamaño, al escuchar que alguien llamaba a la puerta de su oficina, ubicada en el Palacio de Rajoy. Enseguida entró uno de sus subalternos de confianza, se acercó con premura a la mesa de despacho tras la que se hallaba el mandatario y dijo de sopetón:

—Señor. Tiene una llamada del presidente madrileño.

La sorpresa del gobernante gallego fue mayúscula y aun así fue capaz de mantener una apariencia de calma y ordenó:

—Haz que me la pasen aquí —dijo, señalando el videoteléfono que había sobre su mesa.

—Enseguida, señor —respondió el funcionario, e inmediatamente dio media vuelta y salió para indicar al técnico de comunicaciones que hiciera lo que el presidente ordenaba.

Tan pronto como una luz roja comenzó a parpadear sobre la carcasa del videoteléfono, el presidente Sabino cogió el auricular inalámbrico y lo dejó sobre la mesa. Inmediatamente el manos libres se puso en funcionamiento y el mandatario fijó su mirada en la pantalla. Instantáneamente vio a su homólogo, el presidente Rojas, que al igual que él miraba atentamente el visor que acababa de iluminarse, después de una tensa espera por su parte, y ya le permitía ver al gallego.

Fue el presidente madrileño el primero en hablar, al ver que Sabino le miraba con el ceño fruncido, mostrado una mueca interrogante, pero en silencio.

—Imagino que esta llamada te sorprenderá pero la hago porque pensé que tú y yo deberíamos hablar.

—¿Qué quieres? Ve al grano —dijo el presidente gallego, sin importarle ser

descortés, con voz que denotaba enojo y desprecio a partes iguales.

—Te ofrezco la paz si llegamos a un acuerdo —expresó el madrileño, enigmático.

—¿Me ofreces la paz ahora, después de enviar a tus drones a atacarme a mí personalmente y causar numerosas víctimas inocentes, y considerables destrozos, sin declaración de guerra previa?

—¡Vamos, Sabino! Técnicamente estábamos en guerra, y por eso tenía que intentarlo. Tú habrías hecho lo mismo de hallarte en mi lugar —afirmó el presidente madrileño, convencido de su razón. Sin pretender parecer un quejica débil y queriendo averiguar el porqué de la llamada, el presidente Caamaño inquirió—: Has dicho que me ofreces la paz si llegamos a un acuerdo. ¿A qué acuerdo te refieres?

—Conciérne a los gallegos, los madrileños y los castellanoleoneses —dijo simplemente el mandatario madrileño, enigmático.

—¿En que nos conciérne? —inquirió el gallego, al notar que su homologo parecía reacio a dar explicaciones coherentes y aclaratorias de sus intenciones.

—Es muy difícil de explicar esto por teléfono. Aún el discutirlo en persona será un asunto peliagudo y complejo, pero tanto para ti como para mí merecerá la pena.

—¿En que nos beneficiaría a los gallegos eso que te resulta tan difícil explicar?

—En mucho. En primer lugar yo estoy dispuesto a firmar la paz contigo.

—¿A cambio de qué?, o mejor dicho ¿Qué esperas obtener?

—Nada de vosotros. Hay un tercero en liza que será el que sufrirá las consecuencias de nuestro posible acuerdo.

—¿Te refieres a los castellanoleoneses?

—Puede. ¿Por qué no lo hablamos tú y yo en persona? —inquirió el presidente madrileño, sorprendiendo con su propuesta a su interlocutor. Sin embargo, Sabino pensaba rápido, e intuyó que un acuerdo, aunque fuese temporal, favorecería los intereses de Galicia, y por eso preguntó:

—¿En dónde propones que nos veamos?

—Donde tú digas, siempre y cuando el lugar que elijas me ofrezca seguridad.

—¿Qué te parece si nos encontramos en El Bierzo? —preguntó Caamaño, después de pensar un instante.

—El Bierzo está bajo tu control.

—Es cierto pero podemos acordar reunirnos en Ponferrada, por ejemplo. Si ambos pactamos llevar una escolta similar, con pareja composición de efectivos, estaremos a la par en cuanto a seguridad. Te aseguro que yo no pretenderé hacerte ninguna jugarreta, y aunque no me convenza lo que me propongas, igualmente dejaré que te retires en paz, y las cosas volverán a estar como hasta ahora.

—Está bien. Yo tendré a parte de mi ejército en alerta en la frontera, como imagino que harás tú, y en caso de que quieras jugármela atacaré tu vanguardia con todo lo que tenga disponible.

—Me parece bien. Ordenaré a uno de mis oficiales que se ponga en contacto con quién tú elijas, para acordar las similares escoltas que ambos debemos llevar, y que se

pongan de acuerdo sobre el lugar más idóneo de Ponferrada para que nos reunamos. Solo queda acordar el día —especificó el presidente gallego.

—¿Qué te parece mañana? —Inquirió Rojas, y casi sin transición añadió—. No veo por qué debemos esperar más. Solo se trata de mantener una conversación en privado, y cuanto primero lo hagamos antes sabremos a qué atenernos, ¿no crees?

—Me parece bien. Haré que el comandante de mi escolta hable con el tuyo y se pongan de acuerdo en los detalles —repitió Sabino y, sin querer prolongar más la videoconferencia, sabedor de que, momentáneamente, todo estaba dicho, se despidió con una voz sin matices:

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —respondió Enrique Rojas, al tiempo que su dedo pulsaba el botón que apagaba la pantalla y cortaba la comunicación.

A la mañana siguiente, el último día de marzo, el escenario para la reunión de los máximos mandatarios gallego y madrileño estaba listo. Previamente, uno de los funcionarios de protocolo, al saber que buscaban un lugar seguro para una entrevista al más alto nivel, pensó en un sitio emblemático, seguro e inusual para este tipo de actos, y mencionó a todos los que quisieron escucharle que el Castillo de los Templarios de Ponferrada le parecía el lugar idóneo, si tal como le habían dicho la reunión iba a tener lugar en esa ciudad. Esa sugerencia llegó a oídos del presidente y, al evocar como era el sitio —cuando era un adolescente había ido allí en una excursión y recordaba el castillo— estuvo de acuerdo con la idoneidad de esa ubicación y aceptó que allí se celebrase el encuentro. Cuando su orden trascendió la maquinaria logística del gobierno se puso en marcha y los individuos adecuados se encargaron de acondicionar el lugar para el evento.

El Castillo de Ponferrada tiene forma de polígono irregular y en él se distinguen dos partes diferenciadas: la parte norte del siglo XII y el resto construido a lo largo del siglo XV, con algunas obras realizadas en los siglos XIX y XX, además de una completa remodelación y restauración, ya bien entrado el siglo XXI.

La portada principal del castillo está compuesta por dos torreones que flanquean un amplio arco de medio punto. Tras ese arco se alzan las puertas de acceso al patio, en el que, a la izquierda, se ubica la torre del homenaje desde la que se accede a la plaza de armas. Allí, en ese espacio abierto, adosadas a la línea defensiva, se encuentran varias dependencias. En una de ellas, conocida como la Galería de los Azulejos, iba a celebrarse el encuentro.

—Ya vienen, señor —informó un oficial del servicio secreto gallego, que en ese momento vestía un uniforme que lo identificaba como capitán de la guardia del presidente Caamaño.

—Muy bien. Vamos allá.

Rodeado por una escolta de una docena de hombres, el mandatario gallego comenzó a andar y se dirigió al lugar elegido para la reunión.

Numerosos francotiradores y artilleros de lanzaderas de misiles se ubicaban en

puntos elevados y vigilaban para prevenir y contrarrestar cualquier posible peligro.

El presidente gallego había viajado a Ponferrada en su aerodeslizador particular y ahora la aeronave le esperaba estacionada en la plaza del ayuntamiento.

Enrique Rojas estaba utilizando, sin saberlo, el mismo medio de transporte que antes había empleado su homólogo gallego y, en cuanto su aerodeslizador se posó delante de la entrada del Castillo de Ponferrada, se abrió la puerta y la rampa se extendió, descendió, precedido por un grupo de soldados de su escolta. Una vez fuera los disciplinados guardias madrileños rodearon a su presidente y comenzaron a andar hacia la entrada del castillo.

En la Galería de los Azulejos del antiguo Castillo de los Templarios habían instalado dos largas mesas paralelas, y tras cada una de ellas se asentaban media docena de recias sillas de madera acolchadas, en previsión, como era habitual en esos actos, de que en la reunión intervinieran también algunos consejeros, en apoyo de sus respectivos gobernantes. Sin embargo, contra pronóstico, este no iba a ser el caso, y ninguno de los dos mandatarios requirió asesor alguno para acompañarle.

El presidente gallego llegó primero pero solo tuvo que esperar tres minutos por su homólogo. Aguardó de pie, con los miembros de su guardia ligeramente retrasados, pero muy alerta y con las armas dispuestas.

Guiados por un criado que, aleccionado, les había salido al paso y les indicó el camino, llegaron el presidente madrileño y su escolta. Los soldados madrileños estaban nerviosos y solo su disciplina les impedía mostrar en sus rostros la aprensión que sentían.

Cuando la comitiva entró en la sala y Enrique Rojas vio la disposición de las mesas y sillas, supo inmediatamente cual era el sitio reservado para él; por eso, en cuanto llegó allí se detuvo y, mirando fijamente a su interlocutor, esperó.

—Por favor, siéntate —pidió Sabino con cortesía, indicando con un gesto una de las sillas, al tiempo que él también se acomodaba enfrente.

Una vez sentados ambos mandatarios, separados por las dos mesas paralelas que dejaban un espacio de dos metros entre ellos, se miraron, analizándose mutuamente. Los dos se conocían solo por fotos y filmaciones, y constataron tanto el uno como el otro, al verse en persona, que los dos podían ser oponentes formidables.

Enrique Rojas era cinco años más joven que Sabino Caamaño y difería notoriamente de él. El madrileño era un hombre de baja estatura pero proporcionado y resultaba atractivo principalmente por eso: por su proporcionalidad y simetría. Solo su rostro mostraba, habitualmente, una actitud fría y desapasionada. Le gustaba dirigir y mandar; era habilidoso e inteligente y poseía una gran dosis de maldad y codicia. Vestía un pantalón y una chaqueta, ambos de cuero, tintados de negro, sobre un jersey de cuello alto del mismo color.

Sabino Caamaño también estaba siendo analizado por el presidente madrileño con algo de envidia, porque veía ante él a un hombre de fuerte constitución y elevada estatura, al contrario que él. También resultó evidente para el presidente Rojas, que

estaba ante un hombre de inteligencia notable, que daba la impresión de precavido, obstinado y valiente, y que por tanto debía ser tratado con cuidadoso respeto para no agraviarle. Sabino, al igual que el mandatario madrileño, vestía de negro, pero su atuendo: un traje y una camisa, estaban hechos enteramente de algodón.

—¿Qué es lo que quieres proponerme? —preguntó Sabino, sin querer andarse por las ramas.

—Una alianza —respondió escuetamente Enrique, esperando que su interlocutor le diera la pauta a seguir.

—¿Una alianza para qué y contra quién?

—Para repartirnos Castilla y León —dijo simplemente el mandatario madrileño, sabiendo que Sabino entendería perfectamente lo que eso implicaba.

El gallego no se sorprendió por la «oferta-petición» que el madrileño le hacía. Había pensado que esa iba a ser la propuesta y tenía la respuesta pensada, pero antes quiso agraviar a su interlocutor y hacerle declarar todas sus intenciones ocultas.

—Antes te alías con los castellanoleoneses contra mí y ahora quieres que tú y yo nos aliemos contra ellos, ¿es eso?

—Así es —admitió, también escuetamente, el presidente Rojas, sin rodeos.

—No es muy honorable por tu parte, ¿no crees?

—Lo sé, pero solo con honor no se come —dijo vulgarmente el madrileño.

—¿Si acepto qué garantías tengo de que no me traicionen también a mí? —preguntó Caamaño, sabiendo que la respuesta de su igual no iba a resultar convincente.

Enrique Rojas sabía que por mucho que dijera su honor iba a salir maltrecho; por eso decidió ser objetivo y llamar a las cosas por su nombre. Él quería defender los intereses de Madrid y sí para ello tenía que quedar como un traidor no le importaba; por eso dijo:

—Te doy mi palabra de que si llegamos a un acuerdo lo respetaré y si lo que vas a decir es que mi palabra no vale nada, ahórratelo. Piensa en las garantías que tú puedes exigir y hacer cumplir, y no en las que yo pueda darte voluntariamente.

—Está bien. ¿Qué me propones?

—¿Quiere decir eso que aceptas? —respondió Rojas, con otra pregunta.

—Depende de lo que me ofrezcas.

—He pensado que lo justo es cederte León y Zamora, se prometes no hacer nada y dejar que mi ejército converja en Valladolid desde el sur y el este —propuso y calló, esperando la contraoferta que, sin duda, su homólogo iba a hacerle.

—¿Pretendes luchar tú solo contra el ejército leonés y dejarme a mí al margen de la lucha?

—Sí. Si no haces nada, tal como he dicho, ganarás León y Zamora sin pelear, puesto que yo me encargaré de derrotar a los castellanoleoneses, ahora que sé que sus fuerzas no están a la altura de las mías, y no tengo dudas de que podré solo con ellos, si tú no les apoyas.

Muy seguro está de sus fuerzas, pensó el presidente gallego, removiéndose en su asiento algo incómodo, y frunciendo el entrecejo, cavilando, mientras su visitante esperaba una respuesta sin poder disimular la ansiedad.

Por una parte era una buena oferta la que el presidente madrileño le hacía. Le ofrecía la posesión del amplio territorio que sumaban León y Zamora, por no interferir en el conflicto entre Madrid y Castilla y León. Eso le permitiría ensanchar las fronteras gallegas y, en el supuesto de que los madrileños prevalecieran, Castilla y León desaparecerían como país independiente y sería absorbido por Madrid y, en menor parte, por Galicia. Eso le planteaba un dilema a Sabino. Conocía bien las ansias expansionistas de los madrileños y, en principio, si todo salía como habían planeado era probable que dejaran a Galicia en paz y dirigieran su ambiciosa mirada contra cualquier otro de sus vecinos, pero era evidente que tarde o temprano volverían a fijarse en Galicia como objetivo a conquistar, si se consideraban con fuerza para derrotar a los gallegos. Todo eso lo pensó en un brevísimo instante el presidente gallego y, cuando concluyó su silente razonamiento, pensó una contraoferta y comenzó diciendo:

—Tú ya te has apoderado de Salamanca y Ávila y ahora pretendes ocupar cinco provincias más y dejarme a mí únicamente con dos. ¿Te parece eso equitativo?

—Tú también acabas de ocupar El Bierzo y ahora mismo estamos conversando aquí, en Ponferrada, un lugar que hasta hace pocos días era parte de León.

—No puede compararse. Esta es solo una comarca fronteriza, que está poblada mayoritariamente por gallegos de origen.

—Está bien, dejémonos de zarandajas. ¿Qué consideras tú un reparto justo, partiendo de la base de que no tienes que hacer nada?

—Eso de no hacer nada se te ha ocurrido a ti solo, sin contar con mi opinión. ¿Y si quiero hacer algo e intervenir militarmente, que dirías? —Sonsacó el presidente gallego.

Un tanto sorprendido porque, voluntariamente, el presidente Sabino quisiera involucrarse en la guerra, sin saber todavía si eso implicaba luchar con él o contra él, Enrique preguntó:

—¿Quieres participar en la invasión?

—¿Cómo?

—Actuando simultáneamente con vosotros. Nosotros invadiríamos Castilla y León desde el oeste y vosotros lo haríais desde el este. De esa manera el ejército castellanoleonés se vería obligado a luchar en dos frentes a la vez. Eso es evidente que los haría más vulnerables.

El escenario que el gallego planteaba tenía ventajas indiscutibles y el presidente madrileño lo sabía; lo que no sabía era lo que Sabino Caamaño pretendía, al querer emplear voluntariamente su ejército en la contienda, y por eso preguntó lo obvio:

—¿Qué pretendes conseguir haciendo eso?

—Un reparto más equitativo y justo.

—Está bien... ¿Qué propones?

—Repartirnos Castilla y León a partes iguales.

El semblante del madrileño se ensombreció y su primaria reacción fue negarse vehementemente, pero aun así su sentido común se impuso a su ira y, antes de decidir qué actitud tomar, quiso saber más; por ello se vio obligado a preguntar:

—¿Puedes ser más específico?

—Está bien. Quiero las provincias occidentales de Castilla y León: Zamora, Salamanca, León y también Valladolid.

Esa concreta y exigente petición, Enrique Rojas no la esperaba y fue capaz de rebatirla con argumentos:

—Salamanca está en nuestro poder desde hace tiempo y por ello no debe entrar en el reparto. En cuanto a Valladolid está en el centro —dijo el madrileño, sin querer añadir que Valladolid, además de ocupar el centro geográfico de Castilla y León, era su capital, y él pensaba que la posesión de esa ciudad simbolizaba, de alguna manera, la conquista y dominio de todo el territorio que estaban repartiéndose sobre el papel.

—¿Y qué? Tú quieres quedarte con siete provincias y dejarme a mí con dos —dijo el gallego, como si estuvieran hablando del reparto de manzanas.

—Debemos dejar fuera de esta negociación a Ávila y a Salamanca, ambas son ya madrileñas, y centrarnos en el reparto del resto. Para que veas que tengo voluntad de llegar a un acuerdo te ofrezco la posesión de: León, Zamora y Palencia —propuso Rojas y esperó.

—Si añades Valladolid hay trato —respondió el gallego.

—Eso significaría que tú te quedases con cuatro provincias y yo con tres.

—Te olvidas de Salamanca y Ávila —respondió Sabino.

—Ya te he dicho que esos territorios ya están bajo el gobierno de Madrid y no entran en el reparto —repitió el presidente Rojas, sin poder evitar que su voz sonara irritada y colérica, al tiempo que sus ojos reflejaban rabia.

Sin dejarse impresionar por el tono de voz ni la actitud de su interlocutor, Sabino Caamaño respondió con seguridad pausada.

—Está bien. Esta es mi última oferta. Quiero León, Valladolid y Zamora, el resto son para ti. Ya ves que estoy siendo generoso y tú quedarás muy bien ante tus gentes, porque puedes decirles que has negociado bien y que en el reparto te quedas con seis provincias de Castilla y León y nosotros solo con tres.

Todavía irritado porque el gallego insistiese en negociar con los territorios que ya estaban en su poder, pero sabiendo, tal como le recordó su interlocutor, que podía presentarse ante sus hombres como el ganador del reparto, a pesar de que le dolía ceder Valladolid, aceptó, y para concretar dijo:

—Está bien. Para ti: León, Valladolid y Zamora, el resto para mí, pero eso implica que tu ejército debe participar activamente en la lucha contra los castellanoleoneses y también darnos apoyo a nosotros si lo necesitamos —expuso el madrileño y calló.

Después de un instante de deliberado silencio, Caamaño respondió:

—Trato hecho.

—Bien. Ahora solo nos resta discutir cuándo debemos iniciar la invasión sincronizada. Imagino que tú tendrás que hablar con tus generales, al igual que yo —aseveró el presidente de Madrid, y añadió, al ver que Sabino asentía con la cabeza, en silencio—. Tan pronto como esté listo te lo haré saber. Imagino que en menos de una semana tendré dispuestos los planes de batalla y supongo que tú también —conjeturó el presidente madrileño y, al ver que su oyente no parecía tener intención de decir nada en ese momento, continuó:

—Si no tienes inconveniente debemos poner en contacto permanente a los generales a los que encomendemos dirigir la invasión, para que puedan sincronizar sus acciones e iniciar simultáneamente el asalto en los dos frentes.

—Estoy totalmente de acuerdo —habló repentinamente el gallego, y esa aserción hizo que Enrique Rojas se callara también de súbito.

Llegados a ese punto, ambos supieron que, momentáneamente, lo tenía todo dicho, y ninguno de los dos pretendió prolongar innecesariamente la reunión. Cada uno estaba pensando en las particularidades del acuerdo y analizando mentalmente las posibilidades que se abrían ante ellos, y a las que tenían que considerar cuidadosamente para no dejar cabos sueltos y salir escaldados.

Fue el presidente madrileño el primero en levantarse. El gallego le imitó inmediatamente, ante la expectación de los escoltas de ambos, que, alejados, no habían podido escuchar la conversación pero no les quitaban ojo.

—Debemos rubricar nuestro acuerdo de alguna manera —dijo Sabino, al tiempo que maquinalmente se movía, rodeaba las amplias mesas que se interponían ante ellos y se acercaba a su homólogo hasta quedar frente a él.

—¿Te refieres a que firmemos un acuerdo por escrito? —preguntó Rojas.

—¡No! No es eso. Es mejor que no dejemos pruebas tangibles de lo acordado aquí, para que casi nadie, al menos de momento, conozca lo que hemos pactado, a excepción de los pocos mandos militares a los que debemos informar para que sepan lo que tienen que hacer.

—¿A qué te refieres entonces cuando dices que debemos refrendar nuestro acuerdo? —preguntó el madrileño, mostrando desconcierto en su cara.

—Un apretón de manos servirá, creo.

—Me parece bien —respondió Enrique Rojas, repentinamente sonriente, al tiempo que adelantaba su mano abierta.

Sabino Caamaño se la estrechó con fuerza y ello sirvió, además de para ratificar su acuerdo, para que los componentes de sus respectivas escoltas se relajaran, al ver que sus jefes habían sellado un pacto.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó la doctora Cecilia Fuentes a María Castro.

—Cenar algo de pasta, un poco de chocolate, tomar una o dos copas de licor de moras mientras veo una película que me han recomendado, y después acostarme.

—Eso no es un plan, es lo que hacen los viejos que viven solos —dijo Cecilia y añadió—: ¿Por qué no te animas y vienes con mi marido y conmigo al teatro? Podemos ir los tres a cenar a ese restaurante que te gusta, y después asistir a la última función de la nueva obra que acaban de estrenar, y que dicen es muy buena. Más tarde, antes de irnos a dormir, pasaremos por el club y tomaremos esas dos copas que tú planeas beber a solas, ¿y quién sabe?, quizás encontremos allí a algún conocido de los muchos que te pretenden y te lo pases bien.

—No me parece lo más adecuado ir contigo y con tu marido. Estaréis mejor solos. Ya sabes lo que dice el refrán: tres son multitud.

—Hablando de tríos. ¿Te ha llamado alguno de tus dos últimos pretendientes? —preguntó la locuaz doctora.

—¡No! —respondió escuetamente María, sin tener dudas de a quién se refería su amiga.

—Me extraña que el general Casáis se haya dado por vencido. Según lo que me has contado es evidente que le gustas —comentó Cecilia.

—Imagino que estará dolido porque he aceptado la invitación a cenar del presidente, mientras estaba con él en la fiesta. En cuanto lo supo su cara se transfiguró y actuó de manera brusca y distante.

—No me extraña y no entiendo cómo has podido aceptar la invitación de un viejo como el presidente, estando con un hombre como Pedro.

—No es viejo, no está nada mal, y yo tampoco soy una niña —respondió María, a la defensiva.

—Es cierto, pero a mí me gusta más el general. Es más joven y en mi opinión más atractivo, y sí yo no estuviera casada y enamorada de mi marido, trataría de ligármelo —afirmó sonriente Cecilia, y de súbito se puso seria y añadió—. La verdad es que no me explico cómo has podido ser tan impulsiva por una vez y has aceptado la invitación del presidente Sabino.

—Fue como si mi voluntad se anulara al estar junto a él.

—Ya veo que te ha dado fuerte. Ha sido una pena que el repentino ataque de los madrileños haya arruinado vuestros planes. De todas formas creo que, en cuanto sus obligaciones se lo permitan te llamará, y entonces podrás tirártelo.

—No seas vulgar.

—Digo la verdad. Y lo de tirártelo no tiene nada de malo, al contrario te hará

bien.

—No me lo puedo quitar de la cabeza —admitió María.

—Ya veo que te has enamorado y nunca pensé que una mujer como tú, con una personalidad tan acentuada y siempre tan segura de ti actúe como una colegiala tímida.

—¿Por qué no lo llamas y le recuerdas que te ha invitado a cenar?

—¡Estás loca! Cómo voy a llamar al presidente de Galicia, cuando estamos en guerra y sé —porque estoy informada de muchos secretos militares— que está haciendo cosas que ni siquiera puedo comentar contigo.

—¡Vale! ¡Vale! Admito que lo de llamarle no es una buena idea. Además, ahora me doy cuenta, parecerías una furcia en celo si lo hicieras.

Las dos mujeres mantenían esta conversación sentadas en la terraza de un bar ubicado bajo los soportales que flanqueaban la plaza de María Pita, en A Coruña.

Estaba ocultándose el sol y ambas amigas se habían citado allí después de finalizar su día laboral, aunque las dos debían estar permanentemente disponibles para atender cualquier emergencia en sus respectivas áreas de trabajo, y nunca sabían sí iban a ser requeridas en el momento más insospechado, por eso debían tener especial cuidado en no beber demasiado, aunque las dos habían incumplido con anterioridad esa regla no escrita, y a veces se habían pasado con la bebida.

Charlando, mirando y dejándose ver, las dos mujeres iban por su segundo vino.

Cuando las luces de las farolas comenzaron a encenderse y cada vez más gente iba ocupando las mesas que había a su alrededor, ellas pensaban, por distintos motivos, que iba siendo hora de marcharse. Cecilia sabía que su marido estaba esperándola. María estaba al tanto de ello y comprendía que su amiga no tardaría en disculparse y dejarla sola.

Habían transcurrido cuatro días desde la fatídica fecha del ataque de los drones madrileños. Esa noche ella regresó a Coruña en el vehículo de una pareja de conocidos, que no tuvieron inconveniente en llevarla a casa, en cuanto supieron que ella no tenía transporte, después de que el general Casáis le diese plantón, al saber lo de su cita con el presidente porque ella se lo dijo, después de que él le preguntara, tras haber escuchado, extrañado, parte de la apurada e inusualmente familiar conversación de la despedida del presidente y ella, y le pidiese explicaciones. Cuando supo que María había aceptado la invitación a cenar con Sabino Caamaño, Pedro se sintió traicionado, su cara se transfiguró y se alejó de ella pretextando asuntos militares.

—Insisto. ¿Por qué no vienes con nosotros? Sí quieres puedo pedirle a mi marido que hable con un amigo para que nos acompañe. Aparentaremos ser dos parejas que salen juntas y tú no te sentirás incómoda —razonó la doctora y añadió—. No me interpretes mal. No se trata de buscarte un ligue aunque no estaría de más. Lo digo porque así te distraerías, disfrutarías de una buena cena y de la función de teatro que tanto se comenta.

—Te lo agradezco pero no. En otro momento es probable que aceptara, pero hoy

me siento desganada y no me apetece salir. Solo quiero llegar a casa, ponerme cómoda y ver la película que me han recomendado, mientras bebo algo de vino y como chocolate —explicó María, dando a entender a su amiga, por la resolución de su voz, que era inútil que insistiera.

En ese momento sonó el teléfono que María llevaba en su bolso y cuando aceptó la llamada pudo ver, sorprendida, la cara del presidente gallego. Obedeciendo a su sentido de la disciplina fue ella la primera en hablar, aunque le costó.

—Dígame, señor.

—Perdona, María. No he tenido tiempo libre para cumplir mi ansiada promesa de cenar juntos. Te aseguro que no ha pasado un solo día sin que recordara que tú has aceptado cenar conmigo, y que únicamente los desgraciados acontecimientos acaecidos nos han impedido hacerlo. Hoy tengo la noche libre y sería un verdadero placer que pudiéramos vernos, cenar y charlar, ¿qué te parece?

Ella estaba totalmente sorprendida por lo inesperado de la llamada, pero toda su abulia previa había desaparecido y respondió:

—Como sabe, señor, yo estoy en A Coruña. Ahora mismo me hallo con una amiga —dijo girando el teléfono para que él pudiera ver fugazmente a Cecilia.

—¿Quieres decir que hoy no te viene bien? —preguntó él, con un tono de voz que no podía ocultar la decepción que sentía.

—¡No! ¡No! No es eso. Estoy sin arreglar e imagino que usted estará en Santiago.

—Sí, pero con solo una llamada mía un chófer coruñés puede recogerte y traerte aquí. En menos de una hora, podemos vernos sí quieres.

—Ante todo tengo que ir a casa, ducharme y cambiarme de ropa. La que llevo puesta es la que vestía en el trabajo —dijo ella, aceptando implícitamente la invitación.

—¡Vale! Enviaré el coche a tu casa y cuando estés lista te traerá, ¿te parece bien?

—Sí —respondió escuetamente ella.

—¡Estupendo! Nos vemos pronto —dijo él, y sin más cortó la comunicación.

—¡Vaya! Parece que tus planes para esta noche han variado enormemente y ya no pareces tan apática —comento Cecilia con algo de ironía.

—Estoy nerviosa —admitió María.

—Yo también lo estaría —dijo su amiga y añadió—. No pierdas tiempo, vete a casa, arreglarte y pásalo bien. ¡Ah!, recuerda que tienes que contármelo todo con pelos y señales.

—Me voy —dijo María, levantándose y pensando en los detalles de lo que iba a hacer a continuación.

—Vete, no te demores. Yo pago esto —dijo Cecilia, y miró como, aceptando su sugerencia, María comenzaba a andar apurada, después de decir—: ¡Hasta mañana!

La doctora no creía que fueran a verse al día siguiente pero aun así respondió:

—¡Hasta mañana!

Pasadas las diez de la noche el coche llegó a la cima de Monte Pío de Santiago,

lugar donde se erigía la residencia del presidente gallego, y tan pronto como el chófer y la pasajera fueron identificados por los guardias que custodiaban las circundantes verjas de entrada y les dejaron pasar, siguieron adelante hasta llegar a la puerta principal de la mansión.

El conductor descendió en cuanto paró el coche, abrió la puerta y María Castro salió, luciendo un vestido verde metálico con encaje en la parte superior y falda vaporosa. Sobre los hombros llevaba una estola que la abrigaba del frío de la noche y que hacía juego con su elegante atavío.

Previamente, antes de elegir la ropa que llevaba puesta para la ocasión, se había duchado y recogido su pelo recién secado con un moño clásico de estilo español. En su cara apenas se notaba el ligero maquillaje que se había aplicado, y solo el color rojo destacaba la carnosidad y volumen de sus labios. También portaba consigo su bolso de mano, reservado para las grandes ocasiones, y que contenía todo lo que las mujeres suelen llevar en los momentos importantes que exigían elegancia.

Los guardias que custodiaban la casa habían sido previamente informados de su llegada y se limitaron a mirarla con curiosidad pero no se interpusieron ante ella. Cuando estaba a punto de llegar a la entrada la puerta se abrió y un uniformado mayordomo se hizo visible.

—Buenas noches, señorita —saludó el hombre.

—Buenas noches —respondió ella maquinalmente.

—¡Adelante! Pase por favor —dijo el sirviente, apartándose.

Tan pronto como entró, el mayordomo cerró la puerta a sus espaldas y ella se quedó momentáneamente inmóvil, en el amplio vestíbulo de entrada. Enseguida, sin tener tiempo de mirar con su innata curiosidad el lujo decorativo que la rodeaba, una puerta lateral se abrió y por ella salió Sabino Caamaño; sonriente se acercó a ella y le tendió la mano.

El presidente gallego vestía un completo frac que le sentaba bien y le confería una cierta autoridad solemne.

—¡Bienvenida, María! —dijo él, afectuoso, mirándola a los ojos, como tratando de descubrir sus más íntimos pensamientos, al tiempo que le estrechaba cálidamente la mano y de manera extremadamente cordial apoyaba su mano izquierda sobre el dorso de la derecha de ella, que estaba afectuosamente aprisionada por su diestra, y le daba una casi imperceptible caricia, que ella sí notó antes de que él la soltara, más tarde de lo acostumbrado en cualquier saludo.

—Gracias —dijo ella, aun cuando él mantenía aprisionada su pequeña mano entre las suyas y notaba la calidez efusiva que parecía emanar del hombre.

—Por aquí, por favor —indicó él, guiándola en cuanto soltó su mano.

Ella lo acompañó, mirando curiosa en derredor, hasta que llegaron a un confortable salón en el que había encendido un chisporroteante fuego de chimenea, que irradiaba calor y hacía de la estancia un lugar aún más acogedor.

—Yo acabo de servirme un vino tinto —dijo él, señalando la copa que, encima de

un posavasos, descansaba sobre una repujada mesa de centro—. ¿A ti que te apetece? —preguntó, dando por hecho que María iba a tomar algo.

—Un vino está bien —aceptó ella.

Él, caballeroso, se adelantó al criado que les seguía como una sombra y estaba atento para satisfacer cualquiera de sus deseos y, galante, escanció una copa y se la entregó, sin fijarse en la cara de desaprobación del sirviente por no dejarle hacer a él.

—¡A nuestra salud! —dijo levantado la copa.

Ella le imitó y repitió con él antes de beber un generoso trago, sin molestarse en dar primero un pequeño sorbo para catarlo previamente, dando por supuesto que era bueno, y así era.

—¡A nuestra salud!

—Me alegra que hayas aceptado mi invitación —dijo Sabino, y añadió sin transición—: No te imaginas la satisfacción que me produce tenerte aquí.

—Es un honor cenar con usted, señor —respondió ella, demasiado formal y enigmática para el gusto de Caamaño, y por eso este se sintió algo decepcionado e impelido a decir:

—Por favor tutéame, llámame Sabino —expresó él y, sin transición, antes de que ella respondiera, continuó—. Ya sabes que me atraes muchísimo y quiero que las barreras protocolarias desaparezcan de entre nosotros, y que nos tratemos como cualquier pareja que está empezando a conocerse.

—Muy bien... Sabino, te llamaré por tu nombre de pila, aunque ello no me resulta fácil.

—Olvídate de mi cargo y piensa que soy simplemente un hombre al que le gustas. Por mi parte, cuando te miro, solo veo a una mujer preciosa y no pienso en que eres capitán del ejército.

—Tienes razón —aceptó ella, y volvió a beber un sorbo de vino.

—El mayordomo les había dejado un breve instante de intimidad, en cuanto supo que debía hacerlo, pero al poco irrumpió de nuevo en el salón, con evidente premura, haciendo que los ojos de la pareja se centraran en él, interrogantes.

—Señor presidente, la cena hace tiempo que está lista y el chef dice que si sigue manteniéndola caliente más tiempo va a malograrse.

—Está bien. Ya vamos —aceptó él, y dijo a María—. Vayamos antes de que el cocinero se nos subleve.

Ella sonrió ante la evidente broma y se dejó guiar.

La mesa del comedor era un gran mueble ovalado hecho con madera de teca y estaba rodeado por doce sillas repujadas y acolchadas y, en ella, el camarero había colocado los platos y cubiertos sobre los dos únicos manteles individuales, en las opuestas y alejadas cabeceras de la mesa.

En cuanto Sabino lo vio y se dio cuenta de que iban a estar muy separados, no le gustó y ordenó al mayordomo.

—Haz que cambien esos platos de sitio y los coloquen aquí, a mi derecha —dijo,

al tiempo que señalaba el lugar pretendido.

El hombre no quiso perder tiempo e importunar al camarero y él mismo lo hizo sin dilación.

Cuando todo estaba como Sabino pretendía este enunció mirando a María.

—Sentémonos —dijo, al tiempo que cortésmente se situaba tras la silla que ella iba a ocupar y la apartaba para se acomodara. En cuanto la mujer tomó asiento él ocupó su lugar en la cabecera.

Tan pronto como lo hizo, el uniformado lacayo les sirvió vino blanco esta vez y también agua. Enseguida llegó el diligente camarero, que había estado ojo avizor en una discreta y alejada esquina, hasta ver que los comensales se sentaban, y les sirvió como primer plato: *Ragout* de langostinos y pasta.

Comenzaron la cena en silencio, solo interrumpido por una lacónica pregunta que él hizo.

—¿Te gusta?

—Está muy bueno —respondió ella.

Cuando comenzaron el segundo plato: *Roast-beef* con limas y jengibre, él comentó, haciendo una pausa en la cena.

—He hablado con el general Pedro Casáis.

—¿Y? —preguntó ella simplemente.

—Ya sabes que le gustas, ¿no?

—¿Y? —volvió a inquirir escuetamente ella, a pesar de que sabía que ese laconismo podía resultar irritante, y por eso enseguida preguntó—: ¿Es de mí de quien habéis hablado?

—Hemos tenido que conversar sobre asuntos militares pero yo he aprovechado para dejarle claro que tú me gustas mucho y le he dicho que yo también te gusto a ti, ¿por qué yo te gusto, no?

—Sí —respondió ella bajando la mirada, pero enseguida rectificó y miró a Sabino directamente a los ojos, eso sí, con un ligero rubor en las mejillas.

—Le he dicho eso y lo aceptó. También me dijo que acababa de empezar a cortejarte y pensó que tenía una oportunidad contigo, pero admitió que evidentemente se equivocó, y terminó diciendo que no era la primera vez que una mujer le decía que no.

—Me alegra que se lo haya tomado tan bien. Yo me limité a aceptar su invitación pero nunca antes le di a entender que me gustaba, aunque, cuando me invitó a la fiesta que terminó en tragedia, me sentí halagada.

Llegados a ese punto, ambos se sintieron relativamente reconfortados de que las cosas estuvieran meridianamente claras y siguieron comiendo.

Terminaron la cena con una crema de almendras con frambuesas, y tan pronto como finalizaron él sugirió:

—¿Qué te parece si después de lavarnos las manos y acicalarnos algo, tomamos una copa en el salón?

—Me parece bien —respondió ella y preguntó—: ¿Dónde está el baño?

—Te acompaño a la puerta —se ofreció él.

Tan pronto como ella entró en el lavatorio de invitados él se dirigió al suyo habitual; una vez allí orinó, se lavó las manos, la cara y los dientes, y tan pronto como vio que la imagen que le devolvía el espejo era la pretendida, salió y se dirigió al salón. Al poco apareció ella sin necesidad de que nadie la guiara.

En ese instante el mayordomo hizo una repentina aparición y preguntó:

—¿Puedo servirle en algo, señor presidente?

—Yo voy a tomar un *whiskey*. ¿Y tú que deseas? —inquirió mirándola.

—Yo también tomaré un *whiskey* —dijo ella inmediatamente.

Maquinalmente, ambos se acercaron a la encendida chimenea. Entretanto, el sirviente depositó las bebidas pedidas en una mesita, frente a un amplio sofá, que estaba dentro del radio de calor de la lumbre.

—Puedes retirarte por hoy, Manolo —dijo el presidente al mayordomo.

—Muy bien, señor. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —respondió él, sin mirarle ya, puesto que en esos momentos solo tenía ojos para María, y no pudo evitar mostrar una expresión libidinosa en la cara.

Tomaron sus vasos casi al unísono y bebieron pequeños sorbos antes de volver a posarlos; después, como de común acuerdo, se sentaron juntos en el mullido sofá que estaba irradiado por la refulgente luz del fuego que ardía en la gran chimenea.

Todo sucedió de manera natural. Ambos sentían una atracción magnética el uno por el otro y casi sin pensar se dejaron llevar, acercaron sus cuerpos y se besaron. Al principio algo dubitativos, pero enseguida, en cuanto sus cerebros reaccionaron al placer mutuo que les producía el contacto, una pasión desenfrenada se adueñó de ambos y sus labios, lenguas y manos comenzaron a explorarse sin pudor.

—¡Aquí no! —dijo ella antes de que la pasión la desbordara.

—Ven. Vamos a mi habitación —dijo él, tomándola de la mano y levantándose y, cuando ella, sin romper el contacto, también se puso de pie, la enlazó por la cintura con recién ganada confianza y la guio al dormitorio.

—Los tenemos localizados, señor —dijo el técnico militar, sin poder evitar una espontánea sonrisa de contento al informar.

—¿Cuántos son? —quiso saber el general Carlos Ávila.

—Tres divisiones completas, me parece —respondió el oficial algo dubitativo, repentinamente adusto por no saber concretar más.

—¿Se mueven? —preguntó, posando sus ojos en su atareado y diligente subordinado.

—Sí, señor. Avanzan hacia nosotros por la autopista AP-6.

—¿Están todos sus regimientos dentro de la vía? —inquirió el estratega, con voz que denotaba cierta ansiedad.

—Sí, señor. Viajan en fila encabezados por batallones de apoyo antiaéreos.

—¿Llevan unidades antiaéreas en su retaguardia?

Esa pregunta, el técnico de telecomunicaciones que informaba al general, no se la esperaba, y se vio obligado a comprobarlo haciendo *zoom* con los mandos del receptor de imágenes, para que el satélite, que controlaba los movimientos del enemigo, le mostrase con nitidez el final de la multitudinaria tropa que se dirigía hacia ellos. Enseguida visualizó lo que buscaba y pudo distinguir claramente que cuerpo de ejército era el que cerraba la formación madrileña, y cuando lo supo dijo:

—No, señor, la retaguardia está compuesta por cuatro regimientos de artillería autopropulsada.

Esta conversación tenía lugar entre el general en jefe del ejército castellanoleonés y un capitán del control aéreo, que analizaba las imágenes que aparecían en las pantallas que tenía delante, y que eran proporcionadas por uno de los pocos satélites sobre los que los castellanoleoneses tenían control.

Los dos militares, junto con otros operadores, se hallaban sentados dentro del habitáculo de recepción perceptiva y detección móvil, en el que la luz ambiente predominante era rosácea, para mejorar el contraste de las pantallas de radar y recepción satelital. Ese centro de mando se asemejaba al tráiler de un camión cualquiera, pero estaba reforzado con doble casco de acero forjado y podía resistir los impactos de potentísimas armas de guerra, y formaba parte de la unidad de reconocimiento de la división acorazada castellanoleonesa, Felipe II. Esta unidad militar estaba compuesta por un regimiento de tanques, otro de camiones y vehículos semioruga, dos regimientos de infantería motorizada, que incluía un batallón mecanizado, un regimiento de artillería autopropulsado y varios batallones de apoyo: (reconocimiento, antitanques, antiaéreos, ingenieros, entre otros).

La división, Felipe II, estaba acampada y fortificada en la aldea segoviana, Los Ángeles de San Rafael, y desde allí, en el habitáculo de comunicaciones y control

móvil, que recibía imágenes de satélite en tiempo real, los mandos militares de campo, de Castilla y León, monitorizaban el avance de las divisiones madrileñas que avanzaban hacia ellos.

Carlos Ávila había sido informado por sus espías de la inesperada alianza entre gallegos y madrileños; su sorpresa fue mayúscula cuando supo que los dos bandos, poco antes enemigos acérrimos, se habían unido para invadir su territorio. Cuando el presidente, Joaquín Plañes, estuvo al tanto de la súbita e inesperada amenaza encargó a Carlos que presentara una efectiva defensa contra sus enemigos y, por eso, el comandante en jefe del ejército castellanoleonés había decidido ir él mismo al frente y mandar a sus tropas desde la primera línea de combate, aunque eso no era nada frecuente y, habitualmente, los altos mandos militares casi siempre dirigían las contiendas desde la retaguardia. Sin embargo el general Ávila sabía lo mucho que se jugaban en esa pugna y concluyó que su presencia en el frente insuflaría un plus de ánimo a sus tropas, y quizás eso podía cambiar algo el curso de la guerra.

El general Ávila no actuó como sus oponentes esperaban y no quiso dividir sus fuerzas para enfrentar al sureste a los madrileños y al noroeste a los gallegos. Dejó sus fronteras norteñas desguarnecidas (León y Zamora) y empleó solo una división para qué, fortificada, defendiese Valladolid. Así como un gran número de aerodeslizadores, que tenían como base la capital, y su misión consistía en hostigar a todas las fuerzas que se acercaran y supusiesen una amenaza tanto por aire como por tierra. El comandante en jefe del ejército castellanoleonés dispuso que el grueso de sus tropas: cuatro divisiones acorazadas, compuestas de cuatro regimientos cada una, que en total sumaban alrededor de 60.000 hombres, más artillería, más unidades especiales, e hizo que todo ese complejo ejército actuase, por una vez, como una sola unidad táctica a sus órdenes, para luchar todos al unísono contra el ejército madrileño que, erróneamente convencido de su superioridad, avanzaba hacia ellos.

Dos docenas de aerodeslizadores y unos pocos aviones de despegue vertical eran la fuerza aérea que serviría de apoyo, o de punta de lanza del cuarteto de divisiones acorazadas castellanoleonésas, y se hallaban dispersos, aterrizados sobre la campiña que rodeaba los emplazamientos de los múltiples regimientos.

—Quiero que despeguen una docena de aerodeslizadores, que vayan hacia el este sobre Guadalajara y que sigan hacia Cuenca, desde allí se dirijan a Toledo y de allí a Madrid, vuelen sobre territorio enemigo y converjan sobre la retaguardia de las divisiones madrileñas que se dirigen hacia nosotros, y les ataquen por detrás. ¿Queda claro? —preguntó el general, al capitán que le escuchaba atentamente.

Este, un joven militar de 25 años, experto informático e ingeniero de telecomunicaciones, que se llamaba José Ruiz, entendió perfectamente y supo lo que su superior pretendía, puesto que, como él mismo había comprobado con las potentes cámaras del satélite, los mandos madrileños habían cometido el error de no proteger su retaguardia con unidades portadoras de misiles antiaéreos, por eso dijo convencido y seguro de sí mismo.

—Muy claro, señor. Me encargaré enseguida —manifestó y añadió:

—Con su permiso voy a salir e informar al comandante de la escuadrilla de lo que usted pretende, y asegurarme de que sus órdenes queden perfectamente entendidas.

—De acuerdo, pero cerciórate, cuando hables con el jefe de la fuerza aérea, que deben intentar destruir el mayor número de efectivos de la infantería enemiga, pero que sí pueden procuren evitar enfrentamientos con las aeronaves de los adversarios, y que tan pronto como cumplan su misión y descarguen todas sus bombas y misiles aire-tierra, regresen, esta vez en línea recta, aquí.

—Entendido, señor —dijo el capitán Ruiz, antes de abrir la puerta y salir del centro de control.

Al poco despegaban los doce aerodeslizadores requeridos por el general Ávila y seguían la ruta que este les había exigido para tratar de sorprender al enemigo por su retaguardia.

Media hora después de su despegue las aeronaves completaban el rodeo y avistaban las columnas del ejército que avanzaba hacia Segovia. Antes de que los madrileños reaccionaran, los pilotos castellanoleoneses, volando bajo, cayeron sobre las filas de vehículos blindados enemigos y también sobre los camiones que transportaban infantería.

La sorpresa de los generales madrileños fue mayúscula y cuando se dieron cuenta de la gravedad de lo que estaba pasando y reclamaban histéricos el apoyo de su fuerza aérea, era tarde, y los castellanoleoneses tuvieron tiempo de disparar todos sus misiles antitanque y también de descargar sus bombas de racimo. Cuando los sistemas antiaéreos de las divisiones madrileñas lograron poner a punto sus baterías de misiles y apuntar hacia los aerodeslizadores, que sorpresivamente les estaban atacando, ya los pilotos castellanoleoneses, previamente instruidos, pretendían dispersarse y escapar en distintas direcciones, para tratar de evitar ser fijados como blancos por los misiles antiaéreos del enemigo. No todos lo lograron. Los sistemas de la defensa aérea madrileña se iniciaron en cuanto tuvieron conocimiento del ataque, y de manera casi automática fijaron las direcciones de tiro de sus armas sobre los veloces y maniobrables aerodeslizadores, y dispararon. El resultado de esa primera acción defensiva fue de cinco aeronaves castellanoleonesas derribadas, pero otras siete escaparon y fueron capaces de regresar tras sus líneas, sin ser interceptadas por los cazas madrileños, que también habían despegado y les buscaban como buitres volando en amplios círculos.

El daño causado por el repentino y sorpresivo ataque de las naves castellanoleonesas sobre las hileras del ejército madrileño fue considerable y les obligó a detenerse momentáneamente para recoger sus muertos, atender a los heridos, descartar los vehículos inutilizados y reorganizar sus fuerzas.

Dos de los regimientos de artillería habían sido casi enteramente aniquilados y más de cuatro mil soldados habían perecido o estaban gravemente heridos. La desolación y la autoculpabilidad por no haber previsto esa contingencia reinó por un

tiempo entre los mandos militares madrileños, y cuando lograron reorganizarse, después enterrar a sus muertos y dejar atrás los heridos al cuidado de un pelotón médico, reanudaron el avance, esta vez protegidos por patrullas aéreas que sobrevolaban en círculo a las unidades de tierra, para evitar ataques como el que habían sufrido.

A partir de ahí la marcha continuó sin más incidentes dignos de mención hasta que llegaron a los alrededores de la aldea, Los Ángeles de San Rafael, y tuvieron que detenerse cuando sus pájaros espía y satélites militares les hicieron ver que se enfrentaban a un número indeterminado de fuerzas castellanoleonesas, que se hallaban allí fortificadas y camufladas.

Los dos ejércitos enfrentados se tomaron tiempo para tratar de analizar en profundidad las capacidades de sus contrarios, y discernir claramente las fuerzas con las que el enemigo contaba. Ambas milicias emplearon de nuevo sin tregua a todos sus pájaros espía para tratar de averiguar las potencialidades del otro y poder actuar consecuentemente a partir de la información obtenida. Así llegó la noche, sin que ninguna de las dos fuerzas militares opuestas iniciara las hostilidades bélicas a gran escala.

Al amanecer, después de saber con seguridad que superaban en número a los madrileños y estaban a la par en cuanto a capacidades armamentísticas, el general Carlos Ávila decidió ser él quien iniciase la contienda antes de que el enemigo se atrincherase y esperase posibles refuerzos, al darse cuenta los mandos madrileños que, en contra de lo que anteriormente pensaban, estaban en inferioridad numérica.

Carlos Ávila pretendió iniciar el combate a la manera clásica: bombardeando al enemigo antes de ordenar avanzar a sus divisiones blindadas. Para ello dispuso que casi toda su fuerza aérea despegase y comenzase a atacar indiscriminadamente las primeras líneas de defensa enemigas. Dejó en tierra solo unos pocos aparatos para utilizarlos si fuera preciso en caso de emergencia, y el resto: quince aerodeslizadores y cinco aviones, fueron los encargados de hacer cumplir sus precisas órdenes. Sin embargo esta vez las cosas no salieron como el general había planeado y, en cuanto sus aeronaves despegaron, se toparon de frente con una fuerza aeronáutica enemiga equivalente, y en vez de poder cumplir los comandos recibidos y descargar sus proyectiles sobre las líneas de defensa contrarias, se vieron obligados a iniciar una batalla aérea.

Una hora después el general Ávila recibió el informe del resultado de su segunda acción de combate contra de los madrileños, por boca de uno de sus subordinados más fiables: el capitán José Ruiz, que hasta entonces había permanecido en el centro de control móvil avanzado y sabía de primera mano todo lo que ocurría en el frente. El oficial se presentó en el puesto de mando del ejército castellanoleonés (un discreto y camuflado tráiler blindado); tan pronto como los guardias que lo circundaban lo dejaron pasar llegó junto al general y, en cuanto los ojos del comandante en jefe del ejército castellanoleonés se posaron él, le informó del resultado de la confrontación

aérea.

—Hemos perdido a todos nuestros aerodeslizadores y aviones, señor.

—¿Han caído todos? —preguntó el general, mostrando una mueca de incredulidad y preocupación, a pesar de que había oído perfectamente la primera vez.

—Así es, señor —confirmó y añadió—. Al enemigo le ha ocurrido otro tanto y también han perdido al grueso de su fuerza aérea.

Eso igualaba las cosas y, a pesar del disgusto que le causó al general Ávila haber perdido a toda la aviación que había lanzado contra el enemigo, se dio cuenta de que en esencia nada había cambiado y él seguía teniendo superioridad numérica, y para saber que hacer a continuación preguntó redundante:

¿Estás seguro de que los madrileños también se han quedado sin fuerza aérea?

—Relativamente seguro, mi general —dijo Ruiz y añadió—. He podido seguir a tiempo real la confrontación de las aeronaves y he visto cómo iban cayendo una a una, tanto las nuestras como las madrileñas. Al final todos los ecos de las pantallas desaparecieron, aunque es posible que dos o tres aeroplanos enemigos retrocedieran y lograran escapar. De todas formas un número tan insignificante de aviones ya no son un peligro y nuestros sistemas de defensa antiaéreos pueden dar cuenta de ellos si vuelven.

Eso el general lo sabía y por eso tomó una decisión inmediata.

—Comunica verbalmente a los mandos de las divisiones que quiero que solo una de las cuatro, la Carlos V, por ser la menos equipada, reemplace a la Felipe II y quede acantonada, y que las otras tres comiencen un ataque directo enseguida —ordenó el general Ávila, para evitar que su orden fuera radiada y pudiese ser captada con demasiada anticipación por los sistemas de escucha enemigos.

—Sí, señor —aceptó el capitán Ruíz y, después de saludar militarmente de manera maquinal, salió y se dispuso a informar personalmente a los comandantes de las divisiones.

Quince minutos más tarde, después de que infinidad de órdenes fueran dadas a todas las unidades por numerosos oficiales, el ejército castellanoleonés se puso en movimiento. Tres regimientos de tanques abrían la marcha y eran seguidos inmediatamente detrás por una compañía de baterías de misiles antiaéreos, montados en transportes semioruga, y a continuación iban el resto de los cuarenta y cinco mil hombres y diversidad de vehículos, que completaban las tres divisiones de combate que habían recibido la orden de avanzar.

En pocos minutos se desató el infierno. Docenas de tanques de ambos bandos fijaban apresuradamente sus blancos y disparaban. Tampoco la artillería autopropulsada cesaba de lanzar proyectiles, a distintas cotas dentro de su alcance, para batir la mayor parte del terreno ocupado por el enemigo. Numerosos batallones de apoyo avanzaban a pesar de los terribles estragos que las bombas causaban entre ellos y también respondían disparando con todas sus armas, por entre el humo que ya cubría todo el campo de batalla.

Los soldados castellanoleoneses progresaban cubriendo sus ojos con gafas antihumo y máscaras antigás y, en poco tiempo, se vieron confrontados por unidades de combate madrileñas, que al igual que ellos usaban un equipamiento similar, para poder luchar entre el espeso humo, de múltiples orígenes, que les dificultaba enormemente la visión, y solo los fogonazos de los rifles XM8 y otras armas les descubrían a sus portadores; por eso el continuo estruendo que producían tantos instrumentos bélicos disparando a la vez, hacían que los hombres, aun tirando a bulto, casi sin poder ver más que las sombras que brevemente permitían vislumbrar los destellos de las armas, causasen una gran mortandad en ambos bandos. Unos y otros sabían que debían evitar en lo posible disparar contra sus propias fuerzas y por eso ninguna de las unidades militares pretendió aprovechar la poca visibilidad y la confusión para avanzar con rapidez y traspasar las primeras líneas enemigas, porque corrían el riesgo de ser fijados como blancos y abatidos por sus propias avanzadas.

Así, durante dos horas, el combate no se interrumpió y los soldados no cesaban de disparar, aun cuando apenas podían distinguir contra qué o quién lo hacían.

Después de un tiempo, cuando el estruendoso sonido inicial de las armas había disminuido considerablemente y eso era una clara indicación de que muchos de los tiradores habían muerto y, por ello, era cada vez más difícil acertar disparando al tuntún. En consecuencia, los combatientes debían buscar y localizar posiciones concretas ocupadas por el enemigo contra las que dirigir sus armas; por eso los disparos fueron haciéndose más y más esporádicos y el humo fue disminuyendo considerablemente y, para terminar de disipar la humareda, un repentino e inesperado viento del norte acabó por despejar la zona.

Cuando los satélites, desde sus lejanas órbitas, pudieron enfocar con sus cámaras el campo de batalla, y ofrecer a los mandos militares de las dos facciones enfrentadas información visual a tiempo real, pudieron comprobar que la reñida lucha estaba terminando en una escabechina, sin claro ganador, puesto que, en ambos bandos, apenas un par de cientos de hombres seguían indemnes y casi no les quedaban fuerzas ni ánimo para seguir luchando.

Carlos Ávila no fue el único que supo casi al instante lo que estaba ocurriendo, pero fue el primero que entendió como hacer para inclinar claramente la balanza de su lado y acabar con las pocas docenas de madrileños que seguían oponiéndose a sus diezmadas y agotadas tropas, y dar oficialmente la batalla por ganada. Ordenó despegar a seis de los nueve aerodeslizadores que había mantenido en reserva y acabar con los focos de resistencia madrileños.

Ante ese inesperado y contundente ataque aéreo, los pocos efectivos humanos, que restaban de las tres divisiones madrileñas, no tuvieron ninguna oportunidad y fallecieron bajo un profuso e ineludible bombardeo.

Una de las salas del bunker del Palacio de Rajoy se asemejaba a un cine, en el que un selecto grupo de mandos militares y autoridades civiles de Galicia, incluidos el general Pedro Casáis y el presidente Sabino Caamaño, sentados ante un amplio monitor, pudieron ver, con la singular ayuda de un sofisticado telescopio espacial de ángulo ancho, la sangrienta batalla entre madrileños y castellanoleoneses.

Cuando la humareda producida por las múltiples deflagraciones de una gran variedad de armas ofensivas y defensivas, incluidos los botes de humo propiamente dichos, lanzados por ambos bandos para ocultar sus posiciones, se disipó, resultó evidente que los castellanoleoneses habían conseguido una victoria pírrica, y que casi todas sus unidades que habían entrado en combate estaban prácticamente aniquiladas y que solo la división que había quedado acantonada en reserva, la Carlos V, seguía intacta y plenamente operativa.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó el presidente Caamaño, girándose ligeramente para encararse con el hombre que se sentaba a su izquierda.

—Una batalla clásica y sangrienta —respondió el general Pedro Casáis.

—¿Y qué piensas hacer? —volvió a inquirir el mandatario gallego, como impelido por la necesidad de saber más.

—Lo que hemos acordado. ¿Qué otra cosa iba a hacer? —respondió el general Casáis, verdaderamente extrañado por la pregunta de su superior.

El presidente gallego se dio cuenta de que no había formulado bien la pregunta, rectificó y se expresó claramente esta vez.

—Me refería a cómo piensas actuar.

—A la manera clásica. En principio no preveo grandes dificultades. Nuestros nuevos oponentes están muy debilitados y no creo necesario elaborar un sofisticado plan de ataque.

—Así que no tienes dudas de que venceremos, ¿es eso?

—¡No! No me cabe duda de que nos impondremos a los castellanoleoneses. Sabemos bien el número de fuerzas de las que disponen y donde están localizadas. Lo que no sabemos con tanta seguridad es la actual composición y disposición del ejército madrileño, y tampoco estamos al tanto de lo que harán para responder a nuestro cambio de criterio.

—Oficialmente aún son nuestros aliados —le recordó el presidente.

—Unos aliados de los que no me fio —le respondió Pedro.

—Tampoco ellos deben fiarse de nosotros, ¿no crees? Al fin y al cabo también tenemos planes de los que ellos no están todavía enterados, y que no les harán mucha gracia en cuanto sepan que incumplimos de manera flagrante nuestra parte del acuerdo.

—Es cierto —aceptó Pedro, cabeceando afirmativamente de manera reiterada, al tiempo una media sonrisa sardónica se plasmaba en su cara.

—¿Cómo piensas actuar? —volvió a preguntar el máximo mandatario gallego a su general de confianza.

Antes de contestar, Pedro pudo ver como algunos de los presentes más cercanos a ellos no perdían palabra de lo que los dos decían y, extremadamente atentos a la conversación, estiraban el cuello de manera involuntaria para no perderse su respuesta a la pregunta; por eso dijo con la evidente intención de mantener su respuesta en el ámbito de los secretos militares.

—Vayamos a la cabina insonorizada —recomendó, señalando el cubículo indicado, en el que podían mantenerse conversaciones a salvo de todos los sofisticados dispositivos de escucha conocidos.

Una vez dentro de la espartana habitación, en la que solo había una mesa redonda y media docena de sillas circundándola, Pedro cerró dos opacas cortinas contrapuestas, para velar una gran ventana blindada. Una vez fuera de la vista de miradas curiosas, se sentaron frente a frente, y sin necesidad de que el presidente le repitiera la pregunta el general coruñés habló:

—Mi prioridad es acabar con la división Carlos V, que está en la aldea, Los Ángeles de San Rafael, y después ocupar ese lugar. De esa manera controlaríamos la línea divisoria de Segovia con Madrid y forzaríamos a los madrileños a quedar confinados dentro de sus fronteras.

—No creo que los madrileños renuncien fácilmente al territorio por el que han luchado tanto —caviló el presidente.

—Pueden irritarse y despotricar todo lo que quieran pero no podrán avanzar si nosotros nos mantenemos firmes y aguantamos esa posición.

—Pero controlan Salamanca y Ávila y desde allí pueden avanzar hacia Segovia —le recordó el máximo mandatario gallego.

—En esas ciudades solamente mantienen algunas fuerzas policiales. Mandaré a dos de nuestros regimientos acorazados para que se encarguen de ellos y ocupen esas dos provincias.

—¿Y qué me dices de Valladolid?

—Esa es una dificultad mayor. Cuando logremos acabar con la división superviviente de la batalla que acabamos de ver y asegurarnos esa frontera contra el avance de los madrileños, será el momento de centrar nuestros esfuerzos en someter la capital de Castilla y León.

—Puede resultar más difícil de lo que esperamos, ¿no crees?

—Puede ser. No espero que sea fácil, pero solo disponen de una división para defender su capital y nosotros les tendremos rodeados por todas partes —explicó el general Casáis y añadió—. Debemos tratar los problemas uno a uno y, consecuentemente, hacer cada cosa a su tiempo. Antes de centrar nuestros esfuerzos bélicos en Valladolid es prioritario acabar con la división que se parapeta en la aldea

segoviana y dejar al general Carlos Ávila sin esa unidad militar. También debemos hacer lo posible para apresar al general en jefe del ejército castellanoleonés, y si no es posible capturarlo con vida acabar con él, para evitar que el enemigo disponga de un mando hábil, capaz con el tiempo de sorprendernos con una estrategia inesperada.

—Antes te pregunté cómo ibas a proceder contra el ejército que permanece en Los Ángeles de San Rafael y me has respondido: «A la manera clásica». ¿A qué te refieres con eso?

—Los apabullaremos con nuestra superioridad numérica.

—¿Y cómo llegaremos allí? Debemos pasar por Valladolid y sin duda los capitalinos nos harán frente.

—No nos enfrentaremos a los vallisoletanos. Daremos un rodeo y en cuanto lleguemos a Segovia atacaremos desde todos los frentes posibles a las tropas remanentes del general Ávila.

—¿Qué número de fuerzas armadas piensas emplear para ocupar militarmente Castilla y León? —preguntó de nuevo el presidente gallego.

—A casi todo nuestro ejército, pero eso no implica que todas las unidades deban entrar en combate. La mayoría solo tendrán la misión de ocupar los centros de poder y tomar el mando sobre las fuerzas policiales castellanoleonesas que tengan el sentido común de rendirse a nuestros regimientos y nos ayuden a mantener el orden y acabar con los díscolos —explicó el general Casáis, y casi sin pausa añadió para dejar claros sus planes—. Creo que con cuatro divisiones acorazadas completas podré acabar sin demasiados problemas con la Carlos V enemiga. Una vez logrado eso dejaré allí en sustitución a cuatro de nuestros regimientos, para que sirvan temporalmente de contención a las mermadas fuerzas madrileñas, por si sus generales son tan inconscientes como para intentar cruzar de nuevo la frontera y enfrentarse a nosotros, cuando según todos nuestros informes de inteligencia están escasos de fuerzas —expuso, seguro de sí, Pedro, demostrando que había pensado en todo y, para completar sus explicaciones, continuó diciendo después de una breve pausa que se tomó para reflexionar sobre lo que había maquinado—. Emplearé el resto de nuestro ejército de conquista para rodear Valladolid, aunque no pretendo mantenerlos cercados mucho tiempo. Tan pronto como todos estén en posición les ordenaré avanzar y converger en el complejo presidencial, porque imagino que será allí donde estará el último bastión de resistencia.

—¿Entonces, lo que dices es que ya tienes claro qué fuerzas ofensivas vas a emplear y cuándo estarás dispuesto a comenzar el avance?

—Creo que sí. En principio pienso movilizar a algo más de cinco divisiones. Ordenaré que siete batallones de mil hombres cada uno se encarguen de neutralizar a las fuerzas policiales y a cualquier otro tipo de resistencia que se encuentren en siete de las provincias castellanoleonesas, con la excepción de Valladolid y también de Segovia. La razón de no enviar tropas de ocupación a Valladolid es obvia: «no podemos hacerlo hasta haber conquistado la capital», y en cuanto a Segovia no

necesitaremos enviar destacamentos pacificadores porque allí tendremos concentradas a las cuatro divisiones de combate que pienso emplear para aniquilar o rendir a la Carlos V —explicó concienzudamente Pedro al atento Sabino Caamaño y, antes de que este asimilase toda la información que acababa de oír y preguntase para solventar cualquier duda que todavía tuviese, el general continuó después de reorganizar sus ideas—. Tan pronto como logremos esa más que probable victoria será el momento de volvernos contra Valladolid —dijo Pedro, dando por terminada ahí su prolija explicación y esperando algún comentario por parte de su atento interlocutor.

El presidente Caamaño fue capaz de visualizar mentalmente, sin problemas, lo que el general pretendía y no tuvo nada que objetar al plan, por eso simplemente preguntó:

—¿Cuándo piensas poner en marcha nuestra compleja maquinaria militar?

—Daré las órdenes pertinentes en cuanto tú lo consideres oportuno, pero si no tienes inconveniente eso será en cuanto terminemos esta conversación y los dos tengamos claro nuestro papel en la trama.

—Me parece bien —respondió el presidente y añadió—: Te dejo solo para que hagas lo que has planeado.

—¡Ah! Solo una pregunta más —inquirió repentinamente el mandatario gallego, al silente general que le miraba algo intrigado—. ¿Cuánto tiempo necesitarás para que todo el ejército se ponga en marcha?

—Pasado mañana a más tardar debemos comenzar el avance —replicó, seguro de sí, Pedro.

—Bien. Me voy —dijo el presidente satisfecho, al tiempo que se levantaba y añadía—. Sí necesitas algo de mí no tienes más que llamarme directamente.

—Lo haré si es preciso, gracias —respondió el general, mostrando en su cara una media sonrisa cómplice y agradecida.

—De nada —dijo escuetamente el presidente, de manera maquinal, antes de dar media vuelta y abrir la puerta de la cabina insonorizada en la que habían mantenido la aclaratoria conversación, y sin mirar atrás, imbuido en pensamientos que solo le incumbían a él, Sabino continuó andando sin fijarse en nadie y, escoltado por los guardias que inmediatamente lo flanquearon, se dirigió a su despacho.

—Nos atacan de nuevo, señor —informó el teniente Rubén González, sin poder evitar que su voz denotase un cierto nerviosismo y su cara reflejase algo de preocupación y mucho cansancio por haber pasado varios días sin apenas dormir.

—¿Cuántos son esta vez? —preguntó el general Pedro Casáis.

—Siete, señor —confirmó el ayudante, después de volver a echar una breve mirada al radar en el que aparecían claramente reflejados los ecos de los aerodeslizadores.

Ambos militares, junto con otros, se hallaban en el interior de uno de los más de media docena de puestos de mando blindados móviles, que se movían flanqueados por unidades de batallones mecanizados, que formaban parte de las divisiones acorazadas gallegas que avanzaban por Castilla y León.

Sin que el general Casáis necesitase ordenar que se diese la alarma, desde otro de los centros de información y combate móviles se le adelantaron, y las bocinas de aviso comenzaron a sonar alertando a todos los componentes de las cuatro divisiones de combate, que avanzaban continuamente hostigadas por la aviación castellanoleonesa.

—Nuestra aviación les está interceptando —volvió a hablar el teniente Rubén, viendo como en la pantalla se materializaban dos docenas de ecos más, que volaban al encuentro de las aeronaves enemigas. El hecho le tranquilizó bastante porque era probable que sus adversarios fueran incapaces, esta vez, de descargar sus bombas sobre la infantería gallega, al estar siendo confrontados en el aire, cuando todavía estaban lejos de las tropas que avanzaban inexorables, ya en la provincia de Segovia.

También Pedro quiso ver personalmente el devenir de la batalla aérea y para ello fijó su analítica mirada sobre la pantalla del radar. En pocos minutos los ecos reflectantes fueron disminuyendo y, después de un tiempo sorprendentemente breve, los erráticos y bruscamente cambiantes movimientos de los aerodeslizadores cesaron. Y, todos los que estaban atentos a las pantallas de los radares aéreos, pudieron ver como las aeronaves restantes recuperaban su formación de combate y volaban sincronizadas.

Un operador de radio confirmó lo que el general Casáis ya sabía, al decir:

—Los aerodeslizadores enemigos han sido derribados antes de que pudieran lanzar sus misiles, señor.

—Bien —asintió el general, mirando con aprobación al hombre que le había dado la información.

Espero que estas sean las últimas aeronaves que nos hostiguen antes de llegar a nuestro destino, pensó, calculando que si los informes de sus espías eran correctos, a los castellanoleoneses apenas les restaba fuerza aérea, después de las muchas naves

que perdieron durante las cuatro jornadas, en las que, de manera aleatoria, pero al menos una vez al día, las enviaban contra las divisiones gallegas, que habían penetrado sin previa declaración de hostilidades en Castilla y León.

Tan pronto como los castellanoleoneses supieron que sus aliados gallegos les habían traicionado y se desentendieron de confrontar a sus otros enemigos, los madrileños, y, al contrario, enviaban al grueso de su ejército contra ellos, no pararon de hostigarlos de la única manera que podían y eso era desde el aire, con la fuerza aérea de que aún disponían en Valladolid. Sin embargo las aeronaves de apoyo gallegas eran mucho más numerosas y se les enfrentaban causándoles inasumibles bajas, cada vez que ellos se veían obligados a atacar a las larguísimas columnas de blindados y demás vehículos especializados de combate, que igualaban al menos la velocidad de los tanques y transportaban pertrechos y soldados. Los gallegos avanzaban sin oposición terrestre y solo los ataques aéreos los obligaban, de vez en cuando, a detenerse para reorganizarse y restañar los daños causados por la aviación.

Por otra parte, también las defensas antiaéreas móviles del ejército invasor hicieron estragos en la aviación castellanoleonesa y ello contribuyó a que las pérdidas de los gallegos fueran mínimas: una docena de tanques, siete camiones, un par de cañones antiaéreos, sesenta soldados fallecidos y algo más de doscientos heridos de diversa consideración, hasta ese momento.

—Hemos llegado, señor —dijo innecesariamente Rubén, cuando el tráiler blindado en el que viajaban se detuvo.

Pedro sonrió mirando a su subordinado y dijo para complacencia de este

—A mí me parece que ya era hora, ¿no crees? —Y añadió para hacer su queja más específica—. Hemos dado un amplio rodeo y atravesado Zamora, Salamanca y Ávila, y ahora estamos al sur de Segovia, pero el recorrido que hemos hecho ha sido de apenas 490 kilómetros, y para eso hemos tardado cuatro días.

—Yo creo que no ha estado mal teniendo en cuenta que no ha sido un viaje de placer sino una expedición de guerra, y hemos sido continuamente atacados por la aviación —se atrevió a decir Rubén.

—Visto así tienes razón —respondió Pedro y añadió—. Es cierto lo que dices. No lo hemos hecho mal del todo —expresó, esta vez apreciativamente, el general gallego, al tiempo que una sonrisa se marcaba en su cara y contagiaba a Rubén y a algunos más que atentamente les escuchaban.

Repentinamente contento, Pedro salió del centro de mando móvil y pisó por primera vez tierra segoviana. Sabía que haría frío y así fue, pero iba vestido para la ocasión con un jersey de cuello alto, cubría su cabeza con su habitual gorra de plato y se protegía con un antirreglamentario abrigo de cuero largo, de color negro, botas y guantes, además de un grueso pantalón.

Atardecía ese día del 11 de abril del 2069 y la temperatura no superaba los 9º en los alrededores de Los Ángeles de San Rafael. El cielo, como era habitual allí en esa época, estaba mayormente nublado y un ligero viento aumentaba la sensación de frío.

Tan pronto como dejó su insonorizado puesto de mando, el ruido que producían miles de hombres y maquinas le resultó en principio estridente, pero enseguida dejó de prestar atención a los familiares sonidos y maquinalmente miró hacia las posiciones enemigas.

—¡Mierda! —exclamó de repente, sorprendiendo con esa súbita expresión a los oficiales y escoltas que se le habían acercado al verlo. La razón por la que Pedro soltó ese espontáneo taco fue cuando trató de ponerse en la piel de sus adversarios y pensó que haría él, en primer lugar en ese momento, si comandase las fuerzas del bando castellanoleonés que estaban fortificadas en el pueblo que tenía enfrente.

Cuando llegó a esa conclusión ordenó rápidamente a Rubén, que le había seguido fuera y esperaba sus decisiones, aunque no pensaba que iba a recibir órdenes tan prioritarias e inmediatas, con tanta urgencia en el tono.

—Haz saber a los generales que mandan nuestras divisiones que deben dispersarse inmediatamente y cercar el pueblo desde los cuatro lados. ¡Qué den las órdenes ya! —Mandó perentorio, y sin pausa añadió más calmado:

—En cuanto se posicionen deben hacer que los cañones de corto y largo alcance y los misiles tierra-tierra comiencen a disparar enseguida.

Tan pronto como Pedro Casáis acababa de decir eso, tal como temía, el enemigo hizo lo que él hubiera hecho y comenzó a cañonear al recién llegado ejército, en cuanto este se detuvo dentro de su rango de tiro.

Los gallegos fueron sorprendidos por la rápida y, para casi todos, inesperada acción de los castellanoleoneses. Sin embargo, a pesar las bombas que caían cerca de ellos, los disciplinados soldados galaicos fueron capaces de mantener una relativa calma organizativa dentro del caos destructivo de las potentes explosiones, y actuaron guiados por su entrenamiento militar, que les había enseñado a operar bajo el fuego de los cañones. Por eso y por su valentía fueron capaces de acatar las frenéticas órdenes dadas por sus mandos.

Tan pronto como la orden emitida por Pedro Casáis llegó a los destinatarios cruciales (los oficiales de cada batallón), estos dieron las instrucciones pertinentes a sus hombres, y al poco, sin dejarse llevar por el desconcierto y el daño que producían las bombas enemigas entre sus filas, los gallegos llegaron a las posiciones asignadas.

Aún antes de completar el cerco del pueblo, la artillería móvil de los sitiadores comenzó a responder al fuego de los castellanoleoneses y, al poco tiempo, se hizo evidente que los defensores no podían disparar impunemente y también ellos comenzaron a sufrir las consecuencias de las bombas que, desde todos los lados, caían sobre ellos.

Al anoecer, como de común acuerdo, ambos bandos cesaron el cañoneo y se dispusieron a restañar sus heridas: dar entierro a los muertos, atender a los heridos, reemplazar el equipo dañado, alimentarse y descansar durante el tiempo que cualquiera de los dos bandos podía reducir a voluntad.

El general Casáis había vuelto a buscar refugio dentro del puesto de mando

móvil, del que había salido poco antes de que comenzaran a caer las bombas y, una vez que un relativo silencio volvió a restablecerse, después de que los cañones cesaran de disparar, salió de nuevo y pidió que le dieran el informe de la situación. Una vez supo que las pérdidas de vidas y equipo habían sido escasas, y que, tal como él había ordenado, los castellanoleoneses estaban cercados y ya no les quedaba ninguna vía de escape, ordenó montar la vigilancia adecuada y que el grueso del ejército se tomara un merecido descanso; también informó de que no reanudarían las hostilidades hasta el día siguiente, si el enemigo les dejaba y asimismo asumía esa tregua temporal como beneficiosa.

El general Casáis sabía con seguridad que no era preciso devanarse los sesos para encontrar tácticas innovadoras de combate con las que combatir y vencer en ese caso, sin un gran coste de vidas por su parte.

Después de haber analizado pormenorizadamente la situación, Pedro concluyó que lo adecuado era un ataque clásico; es decir: un avance directo simultáneo desde los cuatro puntos cardinales sobre las posiciones enemigas. Eso sí, la arremetida debía ser precedida por un intenso bombardeo, que tuviese como objetivo prioritario destruir la artillería y los blindados del enemigo y, simultáneamente, les causase numerosas bajas. Por eso, el general en jefe gallego no consideró necesario consultar con otros estrategas los planes de combate y, tranquilo, después de una frugal cena se fue a dormir.

El nuevo día amaneció gélido y nublado. Tan pronto como el general, Pedro Casáis, supo que las unidades de combate bajo su mando estaban listas y dispuestas a comenzar las hostilidades en cuanto él lo ordenase, dijo a su ayudante que, como siempre, se hallaba a su vera.

—Llama y comprueba que todas las divisiones están preparadas para el combate.

El teniente Rubén lo hizo y después de contactar por videoteléfono con los altos mandos de tres de las divisiones (excluyó la cuarta de la que él formaba parte y por eso sabía de primera mano que todo estaba dispuesto en ese cuerpo de ejército).

—Todas las unidades están dispuestas y esperan sus órdenes, señor.

—Bien, dame el videoteléfono —ordenó Pedro, al tiempo que alargaba la mano.

A pesar de la sorpresa que le causó la inusual petición, el teniente González no lo dudó y entregó el comunicador a su superior.

Este, con habilidad, estableció una comunicación simultánea con todos los generales de división, que después de él ostentaban el mando sobre las unidades militares y, viendo las caras del cuarteto que aparecían en los recuadros de la pantalla del teléfono que tenía en la mano, y que le miraban inquirientes pero en silencio, ordenó concisamente:

—¡Comenzad el bombardeo!

Las figuras que aparecían en la pantalla del videoteléfono despabilaron y se movieron para transmitir la orden a sus ayudantes de campo y, al poco, pareció desatarse el infierno.

El silencio de la mañana fue repentinamente roto por numerosas armas de fuego de gran calibre que comenzaron a disparar a discreción sobre las posiciones castellanoleonesas.

Quince minutos más tarde la artillería gallega, incluidos los tanques, seguía disparando al mismo ritmo, a pesar de que en un principio los cañones de la división Carlos V respondieron, pero apenas causaron daños y, después de un cuarto de hora, los sitiados apenas replicaban ya al intenso fuego cruzado al que eran sometidos desde todos los ángulos.

Pedro Casáis se había resguardado de nuevo en su centro de mando móvil y, desde allí, por medio de numerosas y diversas cámaras, veía en grandes pantallas planas el desarrollo del combate, pero no tenía que soportar el estruendoso ruido que se producía en el exterior ni el inclemente tiempo.

En un momento dado del enfrentamiento, uno de los operadores de radio captó la repetitiva transmisión enemiga y, sorprendido, escuchó que los castellanoleoneses pedían parlamentar con el general en jefe del ejército gallego.

Sin tenerlas todas consigo el soldado que primero captó la llamada en sus auriculares dejó su puesto de combate y se acercó al general. El hombre estaba evidentemente nervioso y su inesperada actitud hizo que todos los ocupantes del centro de mando se fijaran en él.

—Estoy recibiendo una llamada del enemigo, señor.

Pedro se sorprendió pero evitó preguntar y simplemente dijo:

—Déjame escuchar.

El soldado le pasó los auriculares y el micro y, aún antes de oír lo que los castellanoleoneses querían, Pedro informó desde dónde llamaba e inquirió:

—Aquí el centro de mando del ejército gallego, ¿quién habla?

—Soy un operador de comunicaciones de la división Carlos V, y llamo porque mi general solicita hablar con vuestro oficial al mando —pidió el hombre, sin poder evitar desvelar nerviosismo en su tono de voz.

—¡Que se ponga! —exigió Pedro, con su voz más autoritaria.

—¿Con quién estoy hablando? —se atrevió a preguntar el operador, a pesar de la preponderancia que transmitía el tono del desconocido.

—Soy el general en jefe gallego —dijo sin ensoberbecimiento, Pedro.

El soldado castellanoleonés sintió la seguridad y poder que transmitía la voz de su interlocutor y, sin poder evitar que su voz temblara, dijo:

—Un momento, señor, el general Carlos Ávila desea hablar con usted.

Al poco, Pedro escuchó la rotunda voz de su homólogo enemigo y pudo notar en ella un cierto tono de rabia contenida.

—Soy el general Carlos Ávila. ¿Estoy hablando con el general Pedro Casáis? —preguntó para verificar la información de su operador de radio.

—Sí. Soy el general Casáis —respondió este, y sin querer reprimirse indagó inmediatamente—. ¿A qué se debe esta llamada?

—Quiero negociar las condiciones de nuestra rendición —dijo el general Ávila para sorpresa de Casáis, pero aun así, después de una brevísima pausa, reaccionó y respondió:

—Exijo una rendición incondicional.

—¿En qué términos? —preguntó Carlos, pareciendo no querer entender lo que incondicional significaba, aunque era bien consciente de lo que se le estaba exigiendo, y solo preguntaba para obligar al vencedor a clarificar más las condiciones de la capitulación.

Pedro tampoco quiso ser en exceso intransigente y, en vez de insistir en el término incondicional, añadió:

—Se os confinará en un campo de concentración y una vez allí se depurarán responsabilidades individuales y cada uno tendrá lo que merece.

—¿Habrá ejecuciones? —inquirió un tanto ingenuamente el general Ávila, pero siendo consciente de que aunque así fuera a ocurrir, su interlocutor, en principio, lo negaría, hasta que se hubiesen entregado, y si alguien era ejecutado *a posteriori* él tenía muchas papeletas de ser enviado frente a un pelotón de fusilamiento, aunque no hubiese hecho nada más que cumplir con su deber.

—¡No! Nadie será ejecutado. Quizás algunos sean retenidos más tiempo que otros, pero al acabar la guerra, si juráis actuar como ciudadanos modélicos y prometéis no volver a empuñar las armas contra nosotros, se os dejará libres.

—Bien. Te tomo la palabra y nos rendimos —confirmó el vencido, con voz desesperanzada, pero antes de seguir hablando pidió—. Ordena que cesen los bombardeos, por favor.

—¡Alto el fuego! —ordenó Pedro, mirando de modo superficial al conjunto de los que le rodeaban, para que todos se sintieran obligados por su decisión y actuaran en consecuencia.

Casi inmediatamente la orden llegó a los artilleros y estos cesaron el profuso bombardeo, casi sincronizados.

De inmediato el silencio se extendió por el amplio radio en el que hasta entonces el ruido era ensordecedor, y tanto sitiados como sitiadores se sintieron aliviados por distintas razones y, naturalmente, en diverso grado.

—Ordena a tus hombres que dejen las armas, salgan de sus refugios y vehículos y avancen hacia nuestras líneas con las manos en alto —mandó Pedro, al tiempo que ordenaba a los que le flanqueaban, cerrando antes el micro, que transmitieran enseguida la orden de que el enemigo capitulaba y no debían disparar, y con poco intervalo inquirió, al restablecer el contacto telefónico con su oponente—. ¿Has entendido? —preguntó el general gallego, no con ánimo de hacer sentir a su adversario como un tonto, sino para que este le confirmara que actuaría tal y como se le estaba ordenando.

—Está claro —respondió, desde el otro lado del teléfono, el general Ávila.

De repente el estratega jefe gallego quiso hablar personalmente, de forma

inmediata, con su oponente y para ello se le ocurrió decir:

—Enviaré tras tus líneas a un vehículo todoterreno con una bandera blanca ondeando en el techo. Quiero que te subas a él y te traerá a mi presencia —dijo Pedro, esperando alguna objeción del tipo: «me quedaré con mis hombres en este difícil momento». Sin embargo eso no ocurrió y Carlos Ávila aceptó la orden del hombre que le había vencido.

Cuando el vehículo enviado por Pedro se abrió paso, bamboleante, sobre los socavones y escombros de las líneas del frente, el conductor pudo comprobar que las cosas estaban sucediendo a un ritmo vertiginoso y que todos habían comprendido perfectamente lo que les tocaba hacer. Los castellanoleoneses, tal como se les había ordenado, abandonaban desarmados sus posiciones defensivas y avanzaban con las manos en alto hacia sus oponentes. Por su parte los disciplinados soldados gallegos también tenían claras sus órdenes y, divididos en pelotones, se hacían cargo del número de prisioneros enemigos que podían controlar, hasta que alguien tuvo la idea de confinar a los cautivos supervivientes en el campo de fútbol del pueblo, y también se le ocurrió enviar a los heridos al pabellón deportivo, que extrañamente había resultado casi indemne, suerte que no corrió la clínica que había quedado totalmente destruida por las bombas.

Carlos Ávila subió a la trasera del vehículo enviado por el general gallego, en cuanto se acercó y se detuvo ante el gesto de su mano alzada, pero antes de volver por donde había venido, el conductor le preguntó, girándose hacia él y mirándolo con respeto, para asegurarse de que ese era el hombre que le habían encargado recoger, puesto que no supo distinguir su rango por las insignias de su gorra de plato, y porque los demás distintivos del uniforme de su pasajero estaban ocultos bajo un abrigo civil verde de lana y acrílico.

—¿Es usted el general Ávila?

—Así es —respondió escuetamente el aludido.

Sin necesitar información adicional, el soldado condujo de vuelta hasta llegar al centro de mando de campaña, en el que se resguardaba el general Casáis. Numerosas centinelas, estratégicamente situados, controlaban el contorno, y dos de ellos se acercaron en cuanto el chófer bajó y abrió la puerta trasera del todoterreno, para que el general castellanoleonés saliese. No fue necesario que nadie tomara la iniciativa e improvisara. En ese preciso instante la puerta del tráiler blindado se abrió y Pedro Casáis bajó y se acercó a su homólogo, que, plantado junto al vehículo que le había llevado, también tenía los ojos fijos en el hombre que se le acercaba.

Cuando llegó al punto en que podían tocarse con solo alargar la mano, el gallego se detuvo y miró con natural curiosidad a su prisionero, que a su vez también tenía los ojos fijos en él.

—A pesar de las circunstancias es un honor conocerte —dijo amablemente, sabedor del currículum de su prisionero, pero sin caer en el absurdo de darle la mano.

—Espero que cumplas tu palabra y mis hombres sean tratados con la corrección y

el respeto adecuados. También te pido que atiendas a los heridos, por favor.

—Así se hará, no te preocupes. No tengo ningún tipo de inquina hacia vosotros y solo el hecho de que estemos en guerra me obliga a actuar como lo hago.

—Una guerra que vosotros habéis comenzado, sin dudar en traicionar los pactos que habíamos hecho —denunció el castellanoleonés.

Una fugaz mueca de disgusto se dibujó en la cara de Pedro, pero enseguida recuperó la calma y, en su fuero interno, admitió que lo que decía su antagonista era verdad, pero aun así quiso mantener que él solo era un militar y que no tenía una responsabilidad directa en lo que estaba aconteciendo, y por eso dijo:

—Yo soy un oficial que obedece órdenes al igual que tú, pero eso no implica que tenga que sentir odio irracional contra mis oponentes.

—¡Está bien! Dejémonos de rollos y seamos concretos, ¿te parece?

Viendo que Pedro asentía con la cabeza, en silencio, sin dejar de mirarle con evidente curiosidad, el general Ávila continuó con las preguntas:

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Tú y tus hombres seréis confinados en un lugar que todavía no he decidido. No te preocupes, me encargaré personalmente de que sea un sitio de confinamiento digno.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Carlos.

—Hasta que vencamos o seamos derrotados —respondió Pedro, sin estar seguro del todo de que lo que decía sería así y, para cumplir su palabra de que su interlocutor sería tratado con deferencia, añadió:

—Mis hombres te escoltaran a un tráiler acondicionado y te confinarán allí —dijo y, mirando a su ayudante que no perdía palabra, agregó, antes de dar media vuelta y ocuparse de otros asuntos—. Encárgate tú, Rubén.

—Sí, señor —respondió el aludido, mirando al prisionero a la cara hasta que este se fijó en él, y con la mirada le dio a entender que estaba dispuesto a cumplir las decisiones de sus carceleros.

—Por aquí, señor —pidió el teniente González y, tal como le habían ordenado, condujo al cautivo a su lugar de reclusión.

—Estamos totalmente cercados, señor —informó el secretario del presidente Joaquín Plañes.

—¿Cómo es posible que hayan cruzado el río? Ordené que se reforzara el control de los puentes que atraviesan el Pisuerga, e hice hincapié en que era preferible detonarlos antes de que el enemigo los usara.

—No han cruzado por los puentes, señor.

—¿Entonces, cómo diablos han hecho para poder cercar Valladolid, viniendo de Los Ángeles de San Rafael, si solo han transcurrido tres días desde que han rendido a la división Carlos V?

—Lo han hecho por el aire, señor.

—¿Han transportado a su ejército por aire, es eso lo que quieres decir?

—Al menos a dos divisiones sí.

—¿Cómo han hecho eso? Entiendo que hayan transportado a algunos soldados en sus aeronaves, pero cómo han podido trasladar a dos divisiones enteras en tan poco tiempo, y aunque hayan conseguido hacer eso, al este de Valladolid solo debe haber infantería sin blindados de apoyo, ¿me equivoco?

—Sí, señor.

—Sí, señor, ¿qué? ¿Me equivoco o tengo razón?

—Se equivoca, señor.

—¿Quieres decir que esas dos divisiones que han cruzado el Pisuerga disponen de tanques?

—Sí, señor. Esas dos agrupaciones militares están al completo y cuentan con todos sus efectivos y medios habituales.

—¡Explícate! ¿Cómo lo han hecho?

—Han usado un sistema de transporte que no habíamos visto antes a esa escala. Sus vehículos disponen de asideros a los que pueden acoplar grilletes unidos a flexibles cables de acero trenzado, y así, cuando esas sirgas metálicas enganchadas penden de sus aeronaves, lo único que tienen que hacer entonces es fijarlas a cualquier vehículo y elevarlo con la sobrada fuerza de los motores de los aeroplanos. De esa manera han transportado a todos sus tanques y demás equipo pesado, e incluso han trasladado a miles de soldados agrupados en contenedores, como si fuesen reses, en tiempo récord, y ahora nos tienen totalmente cercados, y solo el río parece ser la única vía de salida, aunque imagino que habrán posicionado a algunas unidades con lanzamisiles portátiles en ambos márgenes, para evitar que incluso las lanchas rápidas puedan escapar —teorizó el secretario y, antes de que su sorprendido superior dijese algo, continuó con sus cábalas—. Al menos eso es lo que yo haría, y supongo que sí han sido tan ingeniosos como para transportar a dos divisiones por aire, valiéndose

primordialmente de la potencia elevadora de sus cazas, también habrán previsto que ningún barco, por rápido que sea, pueda romper su cerco —conjeturó el hombre, con razón.

—Entonces... Ya no tiene sentido mantener a parte de nuestro ejército en los dinamitados puentes —razonó el presidente Plañes.

—Puede que en el transcurso de la batalla que se avecina nos convenga hacer que alguno de los puentes explote para contener al enemigo. Yo dejaría los explosivos en su lugar y me centraría en planear una nueva estrategia.

—Tienes razón, Juan —aceptó el obnubilado gobernante, reconociendo que su secretario era un hombre extremadamente inteligente y que sabía aprovechar todos los recursos.

—¿Crees que ahora empezarán a bombardearnos? —inquirió el mandatario.

—Es muy probable, señor, y creo que usted debe bajar al bunker antes de que esa posibilidad se materialice.

Esta conversación tenía lugar en el despacho del presidente Plañes, ubicado en el antiguo Colegio de La Asunción, que ahora albergaba la sede presidencial de la Junta de Castilla y León.

—Estaré aquí hasta que el enemigo comience el ataque. Al fin y al cabo no estamos totalmente indefensos y en este edificio hay posicionadas varias lanzaderas antimisiles que interceptaran, de manera automática, cualquier proyectil medianamente grande que lancen contra este lugar.

Eso era cierto y el secretario —un hombre de mediana edad, llamado Juan Cotón: un individuo de apariencia vulgar, de pelo prematuramente canoso y con una barriga notable, cuyo principal defecto era un exceso de gula, pero que, aparte de eso, destacaba por su lucidez e inteligencia superior a la media, y por ello ocupaba el puesto de secretario particular del presidente de Castilla y León— no tuvo nada que objetar a la decisión de su superior.

El teléfono interno sonó en ese instante y como eso era habitual, el gobernante, de manera maquinal, pulsó la tecla que establecía la comunicación; en cuanto lo hizo en la pantalla del terminal se mostró la cara de un operador de comunicaciones.

—¿Qué deseas? —preguntó el presidente, sin rastro de amabilidad en el tono, reconociendo al que le llamaba.

—El general, Pedro Casáis, solicita hablar con usted, señor.

—¿Pedro Casáis? ¿Te refieres al general gallego?

—El mismo, señor —confirmo el hombre y añadió—: Lo tengo al teléfono y dice que lo que tiene que hablar con usted es de suma importancia.

—Pásamelo —dijo escuetamente, con sentimientos encontrados en los que la rabia ocupaba un lugar preponderante.

Enseguida la imagen del técnico que aparecía en la pantalla fue sustituida por la del general.

—¿Qué coño quieres? —habló primero el presidente de Castilla y León, con

intencionada grosería y tono desabrido.

Eso no pareció intimidar al gallego y con estudiada calma respondió:

—Pretendo que esto no se convierta en una carnicería y, antes de dar la orden de ataque, te conmino a rendirte.

—¿Rendirme? ¡Eso nunca! Si tengo que morir lo haré peleando y, además, no te temo, y tengo la confianza de que aquí acaben de una vez por todas vuestras correrías por Castilla y León. Esta ciudad será vuestra tumba —dijo con cierto tono melodramático el iracundo Plañes.

—Está bien. Ya veo que tú has decidido perecer, pero... ¿Crees que los miles de mujeres, niños y demás no combatientes que hay en la ciudad merecen correr la misma suerte?

—¿Quieres decir que no dudarás en matar a mujeres y niños? —preguntó el mandatario castellanoleonés, a pesar de que intuía que su antagonista se refería a ellos como víctimas colaterales y no como objetivos militares.

—Ya sabes que en un bombardeo en una ciudad habitada van a perecer miles de civiles. Si quieres evitarlo te hago una proposición.

—¿Qué quieres decir?

—Permitiré salir a todos aquellos que no quieran verse involucrados en la lucha —dijo Pedro, y añadió para concretar más—. Pueden ir hacia Zamora los que estén al oeste del Pisuerga y a Segovia los que estén de este lado —especificó el general gallego, sin importarle revelar de manera genérica su ubicación.

—¿Prometes dejarlos partir libremente?

—Lo prometo —afirmó Pedro y añadió—. No es mi política cebarme con aquellos que deponen las armas y no tengo intención de hacerles ningún daño.

—¿De cuánto tiempo dispongo para estudiar tu petición?

—Tienes tres horas a partir de este momento para cumplir mis demandas y finalizar la evacuación, pero exijo que me des tu respuesta inmediatamente. Al fin y al cabo no tienes que pensar en nada más que si permites vivir a personas inocentes o no.

—Tienes el descaro de decir que si fallecen yo sería el responsable de su muerte y no tú, a pesar de ser tu ejército quien los masacre —expresó, lleno de súbita rabia, el presidente Plañes.

—Yo solo haré lo que dictan los manuales militares en casos como este, y por eso, si no te rindes, bombardearé la ciudad hasta reducirla a escombros —amenazó el general Casáis y añadió—. Si mueren será por tu culpa, porque no les permitas salir de la ratonera en la que se ha convertido Valladolid.

—Está bien, ordenaré la evacuación de los civiles.

—Sabia y humanitaria decisión —alabó el general gallego y añadió:

—Recuerda que tienes tres horas y que después de ese tiempo no respondo de la integridad de nadie de los que permanezcan en la ciudad —dijo y, sin previo aviso, pulsó el botón de apagado de su videoteléfono, y la pantalla se fue a negro

inmediatamente.

—La evacuación ha terminado, señor —informo Rubén cerca de tres horas más tarde.

—¿Han salido todos?

—Hemos contado 240.000, señor —apuntó y concluyó—. Si no se han marchado todos, al menos la mayoría, creo.

—Eso quiere decir que los que restan dentro de la ciudad son todos militares, aunque quizás haya algunos más que también han decidido oponérsenos.

—Eso opino yo, señor.

De repente uno de los guardias que rodeaban el centro de mando móvil, en el que Pedro y su ayudante estaban manteniendo esta conversación, entró y, después de saludar protocolariamente, anunció:

—El general José Bugallo desea hablar con usted, señor.

—Que pase —aceptó, y añadió enigmático, mirando a su auxiliar:

—Lo estaba esperando.

El estratega entró, miró en derredor analítico y curioso y saludó maquinalmente sin entusiasmo. Se le veía cansado y tuvo que ser el general Casáis el que inquiriese.

—¿Y bien? ¿Has hecho lo que te encargué?

—Sí, señor —afirmó enseguida para alivio del general Casáis y añadió:

—Los deflectores están colocados en una amplia circunferencia alrededor de la ciudad.

—¿Te has asegurado de que ninguna de nuestras unidades de reconocimiento quede del otro lado?

—Por supuesto —afirmó Bugallo, con un tono que denotaba seguridad, y añadió:

—Todos tienen orden mantenerse en sus puestos y no tratar de ocupar otras posiciones más avanzadas, aunque tácticamente sean más ventajosas, pero pocos están al tanto de lo que vamos a hacer.

—Mejor así —respondió el general Casáis y, para sorpresa de su ayudante, añadió:

—¡Vamos a ver los pájaros!

Un corto recorrido les llevó junto a un anacrónico vehículo pintado con colores de camuflaje, que tenía un gran parecido a una gigantesca camioneta de reparto de mensajería. El furgón estaba aislado y rodeado por numerosos guardias, y cuando Pedro, Rubén, José y cuatro escoltas se acercaron, el oficial que mandaba el retén de vigilancia se aproximó, saludó llevando la mano a su gorra de plato, pero tuvo el sentido de mantenerse en silencio, esperando a saber qué era lo que pretendía el general en jefe.

Justo al detenerse Pedro y su séquito, la puerta lateral derecha del camuflado vehículo se abrió y por ella salió un individuo de algo más de sesenta años, vestido con una bata blanca que había conocido mejores tiempos, y se acercó al general

mostrando en su cara una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó el militar, tan pronto como el individuo se detuvo ante él.

—Sí, señor. En cuanto lo dispongas mis «avecillas» volarán —respondió, usando su tono más irónico, al referirse a diminutas aves mecánicas.

—Quiero verlas.

—Por supuesto, ven —respondió el nervioso individuo, que se asemejaba mucho a un científico loco, ya que sus frecuentes tics y sus ojos saltones le delataban como inestable.

El teniente Rubén y el general Bugallo se apresuraron a seguir al hombre que abría el camino a su superior. Pedro sonrió ante el ansia contenida que mostraban las caras de sus acompañantes, no quiso ser tan cruel de hacerles esperar fuera y permitió que también ellos satisficieran su curiosidad.

En el estrecho pasillo que recorría la camioneta de delante a atrás se agolparon los cuatro. Estaban rodeados por numerosas jaulas atípicas, de altura exigua, apiladas unas sobre otras y repletas de una especie de pajarillos inmóviles, que se asemejaban mucho a colibríes, e incluso estaban pintados con los mismos llamativos colores de los pajarillos auténticos, solo que estas no eran aves de verdad, eran mecánicas, y no tenían de inofensivo más que la apariencia. Eran una nueva arma de guerra que, con fondos militares y bajo supervisión, el científico, que tan orgulloso las mostraba, había creado. Los pájaros robóticos todavía no habían sido denominados de manera oficial y Pedro se refería a ellos como «pájaros aguja», porque su pico no era tal; tenía la forma y la función de una aguja hipodérmica, a través de la cual inyectaban el letal veneno, una tetradotoxina que almacenaban en diminutos depósitos internos.

Los pájaros metálicos eran pequeños robots voladores autónomos, que podían ser programados para actuar individualmente o en grupo, para atacar a cualquier especie e inyectarle su veneno repetitivamente hasta que vaciaban sus depósitos, y todos los que allí había fueron previamente programados para atacar a seres humanos sin distinción. Por eso, una vez activados, no distinguían entre bandos enfrentados y atacaban e inyectaban su mortal ponzoña a todo aquel que se encontrase en su radio de acción. Cada uno de ellos estaba proyectado para arremeter a toda velocidad contra una persona distinta y reconocían cuando un individuo estaba ya emponzoñado, entonces lo descartaban como objetivo y buscaban a otros que no estuvieran todavía envenenados.

La única forma de controlar a los pájaros metálicos era circunscribir con barreras deflectoras especiales su radio de acción, y frenar así el frenético volar de las aves, para contenerlas dentro del área delimitada escogida. Por eso el general Casáis había ordenado que se instalasen esos deflectores rodeando Valladolid y ahora, hecho eso, solo quedaba activar y soltar los pequeños robots voladores sobre el centro de la ciudad. La manera más segura de hacerlo también había sido previamente planificada por el científico que los concibió y, después de algunos experimentos, concluyó que

lo mejor era dejarlos caer desde una aeronave y activarlos en ese instante por control remoto, al tiempo que se escapaba precipitadamente del radio de acción en el que se había planificado que los mortales ingenios actuasen.

—¡Salgamos! —ordenó el general Casáis, en cuanto tuvo claro que todo estaba dispuesto y, ansioso de seguir con su plan, tan pronto estuvo fuera ordenó al científico:

—Lleva el furgón junto al aerodeslizador que te espera en la pista de aterrizaje. Haz que carguen a los pájaros aguja en su bodega de bombas, y en cuanto podáis elevaos y lanzadlos en medio de Valladolid.

—Sí, señor —respondió el hombre excitado y se dispuso a cumplir la orden.

Tan pronto como el vehículo y su mortífera carga era conducido hacia el campo de aviación improvisado y lo perdieron de vista, el general Casáis comentó a los dos militares que lo acompañaban, con voz que denotaba una cierta conmiseración.

—No me gustaría estar en la piel de los soldados vallisoletanos.

Fue el general Bugallo, menos empático, él que respondió:

—Si esto funciona salvaremos la vida de muchos de los nuestros.

—Es cierto, José. Por esa razón lo hacemos, pero eso a mí no me impide sentir una cierta aflicción por la masacre que estamos a punto de desencadenar —dijo el general en jefe gallego, y nadie dio respuesta a sus palabras.

Una hora después miles de pequeños engendros voladores eran arrojados sobre Valladolid y, como enjambres rabiosos, buscaban carne humana en la que inyectar las mortíferas agujas que ocupaban el lugar de picos.

El sistemático exterminio se prolongó hasta que los afortunados supervivientes supieron a que se estaban enfrentando y se dieron cuenta de que para defenderse de ese insidioso enemigo debían guarecerse en lugares cerrados.

La matanza comenzó poco después de que los pájaros fueron activados, estando todavía en caída libre, y enseguida buscaron con sus múltiples sensores a las presas humanas a las que debían inocular.

Al principio los vallisoletanos que permanecían en la ciudad y que rondaban los veinte mil (en su mayoría militares, pero también unos cinco mil ciudadanos irreductibles decidieron quedarse para contribuir a la defensa de su capital) no supieron que era lo que se les venía encima. Unos ocupaban sus puestos de combate defensivos y otros se dedicaban a tareas múltiples, pero todos tenían muy presente que su principal cometido era combatir a los gallegos e impedir que estos tomaran la ciudad.

El uniforme e irritante sonido, que emitían los miles de pájaros metálicos al batir aceleradamente sus membranosas alas sintéticas, fue lo primero que desconcertó a los vallisoletanos. Cuando vieron que lo que les atacaba eran pequeños ingenios voladores con apariencia de colibríes y que estos se dirigían contra ellos, recurrieron a variadas artimañas para combatir a las bandadas que, de manera autónoma, volaban en todas direcciones, atraídos por los múltiples objetivos que sus minúsculos sensores

detectaban.

Los disparos de algunos buenos tiradores lograron abatir a un número exiguo de diminutos artilugios volantes, pero la mayoría lograron hincar sus agujas en las carnes de los desconcertados defensores y, enseguida, el mortífero veneno comenzó a actuar y los primeros individuos cayeron muertos.

Algunos ciudadanos (los que tuvieron la suerte de no ser atacados al principio) pudieron darse cuenta muy pronto de que los pequeños artefactos voladores eran tremendamente efectivos y mortíferos, al ver caer fulminados a muchos de los suyos al poco de ser inoculados. Abrumados y asustados, los testigos dieron la voz de alarma tanto a grito pelado como por radio y, a los pocos minutos, los ciudadanos que no habían perecido en la primera oleada se dieron cuenta de que se enfrentaban a un peligro que nunca antes habían confrontado y no supieron cómo reaccionar. Unos pocos, los más improvisadores, incluso llegaron a usar raquetas de tenis o bates de béisbol para oponerse a los sibilinos ingenios que los masacraban, pero enseguida comprendieron que la resistencia era fútil y trataron de escapar.

El pánico fue, afortunadamente, contagioso en este caso y, cuando supieron que si no se resguardaban perecerían todos, trataron de huir y ponerse a salvo. Fallecieron más de la mitad en la primera media hora, y los que, pasado ese tiempo, todavía seguían con vida estaban acorralados dentro de habitáculos cerrados, y aun así algunos más murieron cuando los colibríes mecánicos lograron colarse por todas las aberturas sin taponar por las que cabían, y que los aterrados vallisoletanos no habían pensado en sellar previamente.

El video teléfono del general Casáis sonó, alertándole de que alguien llamaba y, con solo echar una ojeada, el militar supo que quien quería contactar con él era el presidente de Galicia. Obligado por su sentido del deber, pero sin ganas de dar explicaciones en ese momento, cuando aún él mismo tenía muchas preguntas sin respuesta, pulsó la tecla que establecía la comunicación y en la pantalla apareció el rostro de Sabino Caamaño. Antes de que el general inquiriese algo o hiciese la clásica salutación de rigor el presidente preguntó:

—¿Cómo va todo, Pedro?

—De momento bien, señor —respondió, de manera genérica, el general y, antes de que su interlocutor volviese a preguntar y le obligase a ser más específico, dijo:

—Ahora mismo nos disponemos a hacer un barrido satelital de la ciudad, con la intención de comprobar el alcance del daño infligido por nuestros pájaros mecánicos —explicó, mirando lo que hacía un técnico que manipulaba unos controles en el centro de mando móvil en el que se hallaba, y pudo ver, en directo, como el enfoque de la potente cámara de un satélite le mostraba con gran nitidez una imagen muy detallada de la ciudad, e incluso permitía, si era necesario, hacer una identificación biométrica de cualquier persona.

—Un momento, señor presidente —pidió el general mientras centraba toda su atención en la pantalla receptora y era capaz de distinguir lo que parecía ser una ciudad deshabitada, por eso, deliberadamente, expresó sus pensamientos en voz alta:

—No se ve gente en movimiento —especificó, y sin pausa habló al técnico, que al igual que él buscaba signos de vida, y le dijo—: Enfoca la línea de defensa externa de la ciudad.

El operador obedeció, y al poco las primeras hileras de vehículos blindados se hicieron claramente visibles junto a parapetos de hormigón; enseguida el potentísimo visor de la cámara del satélite se centró sobre las barricadas y, entonces, pudieron ver los primeros cadáveres caídos por doquier en grotescas posturas, que evidenciaban los trágicos y súbitos fallecimientos múltiples, cuasi simultáneos.

—Mi primera impresión es la de que nuestro ataque ha sido un éxito. De momento solo vemos cadáveres en el exterior —dijo el general al atento presidente, que le escuchaba y veía con su videoteléfono.

Antes de que el mandatario gallego comentara nada, el estratega, demostrando que pensaba rápido, quiso saber más y ordenó al operador del satélite que obedecía presto todos sus mandatos.

—Haz un examen radiográfico y térmico de los principales edificios gubernamentales.

Al poco el soldado cumplió la orden y en la pantalla aparecieron las primeras

imágenes que mostraban el calor que emitían los cuerpos con vida, refugiados dentro de clausurados edificios.

—Hay supervivientes encerrados en diversos lugares —constató el operador.

Eso fue oído tanto por Pedro como por el presidente Sabino y les indicó que, como esperaban, todavía había personas vivas, pero todas ellas se hallaban confinadas y no estaban en disposición de repeler una agresión clásica de la infantería acorazada y mecanizada gallega, si esta se producía en ese instante.

—¿Cuánto hace que soltaste los pájaros? —preguntó Sabino.

—Dos horas —respondió enseguida el general Casáis, después de ojear brevemente su reloj de pulsera.

—Entonces es seguro para nuestras tropas avanzar ahora, ¿no? —preguntó el gobernante gallego, previamente informado de que la autonomía de los colibríes mecánicos era de solo noventa minutos, y que, pasado ese tiempo, caían a tierra y quedaban inermes. Evidentemente Pedro también sabía eso y por tanto tomó una decisión inmediata.

—Perdón, señor, debo cortar esta comunicación porque tengo que dirigir la infantería de asalto.

—Por supuesto. Infórmame de cómo ha ido todo tan pronto como puedas.

—Eso haré, señor —respondió el general y cortó el contacto.

El centro de mando móvil estaba abarrotado de militares y todos ellos, además de cumplir las funciones que tenían encomendadas o esperar órdenes, mantenían la vista en su general en jefe y, cuando este habló, barriendo con la mirada a la mayoría pero sin dirigirse a nadie en concreto, supieron inmediatamente que hacer.

—Que dos regimientos de tanques y otros tantos de infantería motorizada, además de un par de batallones antitanques y dos baterías antiaéreas, se pongan inmediatamente en marcha y penetren en la ciudad. ¡Ah!, que esas tropas salgan a partes iguales de las divisiones una y dos.

Algunos de los presentes se dieron por aludidos como pertenecientes a los regimientos que iban a ser movilizadas y, sin dilación, salieron y se dirigieron raudos a ocupar sus puestos en las unidades, que enseguida, al poco de recibir la orden, se pusieron en marcha.

La avanzada del ejército gallego penetró en la ciudad por el norte y siguiendo el Pisuerga se dirigieron a la Plaza de Castilla y León, lugar donde se ubica el edificio de Presidencia. El avance de las tropas gallegas movilizadas fue rápido porque al principio no encontraron oposición y, ya cuando se hallaban en medio del casco urbano, comenzaron algunas escaramuzas con los vallisoletanos, que por fin se atrevieron a salir fuera de sus refugios y se toparon con las unidades de combate gallegas incrustadas ya en el corazón de la ciudad.

—¿Carlos, me oyes?, cambio —inquirió el presidente Plañes, llamando por distintas

frecuencias desde su bunker, bajo el edificio de la presidencia, para tratar de contactar con el general en jefe del ejército de Castilla y León.

Después de llamar infructuosamente durante un tiempo razonable cambió la pregunta y se dirigió a la generalidad de los ciudadanos castellanoleoneses.

—Aquí el presidente Joaquín Plañes. Quiero ponerme en contacto con el general Carlos Ávila. ¿Alguien sabe algo de él?, cambio.

—Aquí el teniente Heriberto Rodríguez. El general Ávila está muerto, cambio —afirmó el hombre, con el aplomo que le daba la certeza.

—¿Estás seguro? —inquirió maquinalmente Plañes al oírlo, con voz que denotaba dolorosa incredulidad, a pesar de que su subconsciente le indicaba que eso era más que probable, dado el tiempo que había pasado sin saber nada de su hombre de confianza.

—Desde aquí veo su cadáver —confirmó el teniente Rodríguez, para desolación del presidente castellanoleonés.

—¿Dónde está usted? —quiso saber el gobernante, para averiguar también la aproximada localización del cuerpo que el hombre afirmaba ver.

—Estoy dentro de mi tanque, tras el parapeto de hormigón de la línea exterior de defensa del noroeste.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Joaquín Plañes, a pesar de que lo intuía.

—Han sido esas endemoniadas aves robóticas —explicó y añadió para ser más específico—. El general se encontraba sobre la trinchera, mirando con un catalejo hacia las posiciones enemigas, cuando esos «bichos» aparecieron y le atacaron, a él y a todos los demás que estaban con él.

Plenamente consciente de lo que había ocurrido y obligado a pasar página lo antes posible para poder lidiar con la desesperada situación en la que se hallaban, el presidente Plañes inquirió:

—¿Es usted el único que se resguarda en un tanque o hay más en su misma situación? También necesito saber si están operacionales —especificó el mandatario.

—Mi blindado está plenamente operativo y listo para el combate, señor presidente.

—¿Hay más, aparte de usted, preparados para luchar?

Una cacofonía de voces inundó las ondas y numerosos soldados, en igual situación que Rodríguez, se apresuraron a decir que ellos también estaban disponibles y ansiosos por entrar en combate.

—¡Silencio todos! —gritó el presidente y, como por arte de magia, el mutismo se restableció.

—Teniente Rodríguez responda usted solo —ordenó el gobernante, sabedor ya de que era escuchado por muchos.

—Sí, señor —corroboró el aludido.

—¿Cuántos blindados hay operacionales, con sus dotaciones al completo, en posiciones avanzadas junto a usted?

—Somos doce los que estamos operativos en esta posición, creo.

—¿Tiene desde ahí una visión del posicionamiento del enemigo?

—Sí, señor. Distingo a lo lejos lo que parece ser un campamento provisional.

—¿Puede atacarlos?

—Podemos intentarlo, señor, pero para ello tenemos que abandonar nuestras actuales posiciones y avanzar.

—Está bien, teniente, le pongo al mando de esa unidad y le ordeno que ataque al enemigo sin cuartel —decidió el presidente, y sin pausa agregó:

—Es muy importante que los gallegos sean contenidos y para ello debemos impedirles que refuercen a las tropas que ya tienen en la ciudad, y para tener una mínima oportunidad de lograrlo debemos atacarlos y no solo limitarnos a resistir sus embates. ¿Lo entiende, teniente?

—Perfectamente, señor presidente. Ahora si me disculpa tengo una batalla que librar —dijo melodramáticamente el oficial, antes de dar la orden de avanzar a los blindados que ahora estaban bajo su mando.

Tan pronto como el teniente Rodríguez pudo ver a través de su telescopio el posicionamiento de diversos vehículos de combate y de apoyo gallegos, y supo que estaban al alcance de sus cañones, ordenó, sin tener intención de aminorar la precipitada y suicida carrera, a la que él y sus hombres se habían lanzado:

—¡Fuego a discreción!

Los giroscopios de los carros de combate comandados por Rodríguez trabajaban sin descanso para estabilizar las armas principales de los blindados y poder cañonear en marcha con gran precisión. Los cañones de 120mm y 55 calibres de longitud habían comenzado a disparar sus proyectiles anticarro, cuando la distancia que les separaba de sus objetivos se redujo a cuatro mil metros y, a partir de ahí, la docena de tanques avanzó a su máxima velocidad, sin dejar de cañonear en ningún momento.

Usando variedad de proyectiles, tanto penetradores cinéticos como munición de alto poder mixto, y también ojivas llenas de explosivo plástico, que usan la onda de choque para causar gran detonación entre las tropas u objetivos sin blindaje, los castellanoleoneses causaron innumerables e inesperados daños a sus sitiadores. La variedad de proyectiles que la docena de tanques en movimiento disparaba sin interrupción, produjo una gran destrucción entre la diversidad de vehículos gallegos que se hallaban detenidos, y por ello, y por lo inesperado del ataque, fueron blancos fáciles de los blindados castellanoleoneses.

Un proyectil «flecha», disparado a la velocidad de mil seiscientos metros por segundo, destruyó el centro de mando en el que se hallaba el general Pedro Casáis, y al hacerlo arrojó metralla y restos del cohete que rebotaron dentro del habitáculo y aniquiló a más de la mitad de los controladores.

El general en jefe del ejército gallego se hallaba dentro y sobrevivió de milagro pero tuvo que pagar un alto precio. Aparte del *shock* que le causó la onda expansiva sufrió múltiples heridas leves y una grave. Un trozo de metralla le seccionó la mano

izquierda por la muñeca y, además de dejarle manco, la gran hemorragia que padeció estuvo a punto de costarle la vida, y de no ser por un par de eficientes sanitarios que lo atendieron con prioridad, sobre otros en situación parecida, hubiese fallecido allí mismo.

A pesar de la inhabilitación de su general en jefe, los gallegos respondieron al ataque de manera automatizada y, pasados unos pocos minutos de desconcierto y grandes pérdidas humanas y materiales, reaccionaron; enseguida, dos regimientos de carros de combate galaicos se enfrentaron a los blindados atacantes y lograron contenerlos antes de que consiguieran arrasar el campamento de los sitiadores.

Los oficiales gallegos pronto supieron que el general Casáis estaba herido pero no por ello dejaron de cumplir con sus respectivos cometidos con admirable disciplina.

El general José Bugallo, que en ese momento crítico se hallaba en otro centro de mando móvil, tomó el control en cuanto supo que el general Casáis estaba fuera de combate, y consiguió, con grandes pérdidas por su parte, destruir a la docena de tanques que sorpresivamente les habían atacado. Una vez logrado eso continuó con la misma táctica de asedio que había consensuado con el general Casáis, pero también se encargó de que los heridos fueran atendidos con todos los medios disponibles en el campo de batalla. Fue informado de que el general en jefe gallego había perdido una mano y mucha sangre, pero los médicos habían conseguido estabilizarlo después de haberlo sedado. Encargó que fuera trasladado al hospital universitario de Santiago a bordo de un aerodeslizador y, tan pronto como supo que no podía hacer más por el ilustre herido, centró toda su atención en el desarrollo del cerco a Valladolid, y tomó precauciones para que, golpes de mano desagradables y costosos, como el inesperado contraataque de los tanques castellanoleoneses, no pudieran cogerlos por sorpresa otra vez.

El área de traumatología del hospital clínico universitario de Santiago de Compostela se ubica en el tercer piso y hasta allí habían trasladado al general en jefe del ejército gallego. En consecuencia, el célebre paciente yacía sedado en una amplia cama de un dormitorio privado de ese lugar, después de que el cirujano ortopédico y traumatólogo jefe, el doctor Emilio Costa, le hubiese amputado, a la altura de la muñeca, los restos colgantes de la destrozada e irrecuperable mano izquierda.

Antes de su arribada al hospital, un médico de campaña había hecho un torniquete previo, y en cuanto el doctor Costa pudo intervenir lo ligó las arterias cubital y radial para prevenir la hemorragia. A continuación cortó los músculos y finalmente seccionó el hueso con una sierra oscilante. Posteriormente armó la piel y los trozos de músculos sobre la zona del muñón y lo vendó todo eficientemente. El veterano cirujano no quiso insertar ningún elemento para posibilitar la fijación de una prótesis porque sabía que a su paciente todavía le quedaba la posibilidad de reimplantarle una mano nueva.

La enfermera Marga, una mujer joven, hermosa, tierna y dulce, que en aparente contraposición poseía un cuerpo voluptuoso que incitaba los sentidos de la mayoría de los hombres y los de algunas mujeres, se hallaba dedicada en exclusiva al cuidado del ilustre paciente, y cuando estaba sustituyendo el suero fisiológico que Pedro Casáis recibía por vía intravenosa, este comenzó a moverse inquieto. Era evidente que el general estaba despertando de su sueño inducido por fármacos y ella tenía instrucciones de notificar ese hecho al cirujano jefe de traumatología, en cuanto ocurriese.

Marga acabó de reemplazar la bolsa de suero y sin dudarle salió, cruzó por entre los policías que custodiaban la puerta para preservar la seguridad del insigne militar herido y llegó al despacho del doctor Costa. Después de llamar y escuchar la autorización —¡Adelante!— entró y, antes de que el cirujano pretendiese inquirir algo, dijo:

—Está despertando, doctor.

—¡Bien! ¡Vamos allá! —respondió él, al tiempo que se levantaba, sabiendo con certeza a quien se estaba refiriendo la joven enfermera.

Tan pronto como ambos entraron de nuevo en la habitación que el general ocupaba, pudieron ver que este tenía ya los ojos abiertos y mostraba reconocimiento y aflicción por lo que le había ocurrido.

Fue el médico el primero en hablar:

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, y tan pronto lo dijo se arrepintió de haber hecho una pregunta tan inapropiada, pero aun así no rectificó y esperó a que su paciente hablara.

—¿Dónde estoy? —preguntó Pedro, obviando la pregunta del cirujano.

—En el área de traumatología del hospital clínico universitario de Santiago —se apresuró a responder el médico.

—Sé lo que me ha pasado en Valladolid, pero lo que ignoro es lo que ha ocurrido mientras estaba sedado —expresó el paciente, sin querer preguntar de manera explícita lo que habían hecho con él.

Evidentemente el facultativo lo interpretó como una pregunta y respondió:

—Le hemos operado y está fuera de peligro, pero hemos tenido que amputarle la mano —explicó el doctor, sin querer andarse por las ramas, intuyendo que su paciente sabía, aunque todavía no lo había asumido, de la gravedad de su nueva situación.

—¿Podré usar una prótesis? —preguntó Pedro, demostrando que asimilaba las cosas con inusitada rapidez y trataba de solventarlas sin demora, en la medida de sus posibilidades.

—Claro. Sí quiere, en cuanto su herida cicatrice, le podemos poner una, pero yo le recomendaría otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿A qué se refiere? —preguntó el paciente, entre esperanzado y dudoso.

—Podríamos intentar primero el reimplante de una mano nueva.

—¿Se refiere a la mano de otra persona? —preguntó el general, sin poder disimular una súbita ansiedad.

—A eso me refiero —respondió cáusticamente el doctor Costa.

—¿Lo hará usted? —preguntó el general, dando así su autorización implícita.

—¡Oh, no! Yo no estoy capacitado ni tengo los medios, pero sé dónde hacen habitualmente ese tipo de implantes.

Viendo que su paciente le miraba interrogante y no parecía tener intención de preguntar lo obvio, respondió:

—En el hospital universitario central de Asturias se han especializado en este tipo de intervenciones y por lo que yo sé han realizado muchas con éxito —dijo y añadió innecesariamente—. Está situado en Oviedo.

¡Ir a Asturias! Eso era algo que el general no había imaginado, pero enseguida supo que recuperar una mano bien valía las gestiones diplomáticas que se vería obligado a realizar para ser admitido en ese sanatorio del reino de Asturias.

—Si logro que me admitan en ese hospital, ¿cuándo podré ir?

—En unos siete u ocho días, creo. Eso si no hay complicaciones. ¿Estamos de acuerdo, entonces? —preguntó el médico, al ver que su paciente asentía con la cabeza mientras hacía sus propias cábalas.

—Sí, doctor. Haré lo que me sugiere y le agradezco todo lo que hace por mí.

—¡Muy bien! Ahora descanse un poco más. La enfermera Marga le inyectará un nuevo sedante suave —dijo mirando a la chica que le acompañaba, y haciendo que los ojos de su paciente también se posaran en ella sin interés, demasiado ocupado en asimilar todas las novedades de su nueva situación.

Cuando el narcótico que la mujer le inyectó comenzaba a hacer efecto, el general atenuó la natural preocupación por su propio bienestar y se preguntó cómo se estaría desarrollando la batalla por Valladolid en su ausencia.

Tres días después, Pedro Casáis ya era capaz de levantarse y dar cortos paseos, sin que su brazo vendado y en cabestrillo supusiera una dificultad insalvable para moverse con holgada autonomía personal.

De súbito unos soldados de élite llegaron apresurados y sorprendieron incluso a los miembros de su escolta que vigilaban su puerta y el pasillo. Enseguida se identificaron como miembros de la guardia presidencial e informaron que precedían la llegada del presidente Sabino Caamaño, que venía a visitar al general.

Aclarado todo, Pedro comprobó que se hallaba relativamente presentable, calzaba cómodas zapatillas y vestía una bata que le cubría el pijama, y así, sin querer disimular que la inesperada visita le producía una íntima satisfacción, esperó.

Al poco apareció el presidente gallego, escoltado y precedido por un numeroso séquito. Al ver que su general parecía estar relativamente bien una amplia sonrisa se plasmó en su cara; rompiendo el protocolo se acercó y, para sorpresa de todos, incluido el propio Pedro, lo abrazó.

—¿Cómo estás? —preguntó con genuino interés el presidente gallego, al separarse, sin perder la sonrisa.

—Bien, si exceptuamos que he perdido la mano —respondió, mirando de reojo el vendaje que cubría su muñeca en cabestrillo.

—Lo sé. Me lo han dicho, pero también me han informado de que eso tiene arreglo y que podrán reimplantarte una.

—Eso es lo que afirma el doctor que me operó, pero también especificó que debe hacerse en Asturias y no sé qué dirán las autoridades astures al respecto.

—Tú no te preocupes, deja que yo haga las gestiones pertinentes, ¿de acuerdo?

Pedro asintió con la cabeza y, sin poder contener su curiosidad más tiempo por el tema que le obsesionaba, preguntó: /

—¿Cómo va la batalla por Valladolid?

—Hemos ganado. Pensé que lo sabías.

—Es la primera noticia que tengo. Aquí nadie parece tener idea del progreso de la guerra.

—Pues sí. Hemos logrado una victoria aplastante —dijo el mandatario gallego con evidente satisfacción y, sabiendo que necesitaba ser algo más concreto, agregó—: El general Bugallo tomó Valladolid sin demasiadas pérdidas por nuestra parte, e incluso capturó con vida al presidente Joaquín Plañes.

—Me alegra mucho saberlo y quiero transmitir a José mi más sincera felicitación por haber conquistado la capital castellanoleonesa en tan poco tiempo.

—¡Pero qué dices! El mérito es tuyo. Tú lo has hecho prácticamente todo. Antes de ser herido ya habías conquistado casi todo Castilla y León y tenías cercado Valladolid —afirmó el presidente, mientras Pedro le miraba algo asombrado de que le estuviese dando el primordial crédito por la victoria, pero no le cupo duda de que era así cuando el mandatario siguió hablando y añadió—: El general Bugallo se ha limitado a seguir el plan que tú previamente habías trazado. Eso lo sé yo y la mayoría de los oficiales del ejército gallego —afirmó rotundo el presidente.

—Aun admitiendo eso que dices como verídico no pasaré a la historia como el conquistador de Valladolid.

—Es cierto, pasarás a la historia como el conquistador de toda Castilla y León. ¿Necesitas algo? —preguntó repentinamente el presidente gallego, queriendo cambiar de tema, y al mismo tiempo actuar como el visitante de un paciente de hospital.

—Nada, gracias. Aquí me tratan más que bien. Incluso creo que me miman en exceso —dijo con una sonrisa plasmada en la cara.

Al presidente gallego le alegró que el general mostrase un ánimo tan positivo e incluso hiciese chanzas y, sabedor de que tenía muchos asuntos prioritarios diferidos en su agenda para ese día, quiso despedirse, pero haciéndolo respondiendo a la duda que embargaba a Pedro.

—Tengo muchas cosas pendientes y debo irme enseguida, pero una de las prioridades de mi agenda es lograr que te admitan en el hospital central de Asturias.

Haré los trámites que sean necesarios y tan pronto como obtenga respuesta te lo haré saber, ¿vale?

—Muchas gracias por todo —dijo Pedro con manifiesta sinceridad.

—De nada. Nos vemos pronto —respondió el presidente Caamaño, sin querer añadir nada más y, flanqueado por los miembros de su escolta, salió por la puerta que uno de sus hombres mantenía abierta.

El director del Hospital Clínico Universitario de Asturias no podía disimular su nerviosismo. Se hallaba en la parte trasera del edificio principal del enorme complejo médico que dirigía, junto con otros miembros de la diversa y numerosa plantilla del centro sanitario, la mayoría de ellos temporalmente ociosos y llenos de curiosidad, que no querían perderse la inminente llegada del ilustre paciente que estaban a punto de recibir.

Todos miraban alternativamente al cielo y al helipuerto en el que aterrizaría la aeronave que transportaba al general gallego, Pedro Casáis.

—No sé para qué son necesarios tantos soldados —comentó el director a uno de sus acompañantes que, como él, esperaba al insigne paciente.

—El general Casáis es un hombre muy importante, casi una leyenda viva, y nuestro soberano no quiere escatimar en su seguridad.

—Tienes razón, pero aun así creo que han tomado medidas excesivas —dijo, volviendo a mirar a los grupos de soldados que formaban patallas móviles o, estratégicamente situados en los puntos sensibles, vigilaban todo el conjunto de edificios que componían el complejo hospitalario, e incluso habían establecido controles en todas las vías de acceso y retenían a centenares de vehículos hasta identificar fehacientemente a los conductores.

—¡Ya viene! —dijo de repente el que estaba más atento al cielo y tenía la vista más aguda.

La revelación hizo que todos miraran a lo alto y enseguida vieran como un aerodeslizador se acercaba raudo a la esférica pista de aterrizaje y, una vez alineado verticalmente, maniobraba con destreza para tomar tierra.

Los precisos movimientos de la nave fueron seguidos por los ojos de innumerables curiosos, y cuando se completó el descenso, se abrió la puerta y se extendió la rampa de acceso, todas las miradas convergieron allí.

Un grupo compuesto por una veintena de soldados armados con rifles XM8, salieron a la carrera y, ante la admiración y el estupor de los presentes, se apostaron de espaldas, a precisos intervalos, sobre la asfaltada vía que conducía desde el helipuerto hasta el edificio principal. Era evidente que los recién llegados soldados gallegos vigilaban a todos los que formaban parte del comité de recepción y también a los militares asturianos, que al igual que ellos estaban alerta para prevenir con antelación cualquier peligro y neutralizarlo si fuera preciso.

Pedro no tardó en salir acompañado de Rubén, que caminaba a su izquierda, y de otros cuatro soldados, dos posicionados a los lados y el otro par a su espalda. Así escoltado avanzó hacia el grupo de individuos vestidos con batas de diversos colores, entre los que predominaba el blanco, que sin duda le esperaban a él. Cuando llegó a

corta distancia de la expectante y respetuosa cuadrilla y pudo distinguir claramente sus caras, Pedro se detuvo e intuyó que uno de los que estaban en el centro, ligeramente adelantado a los demás, era el jefe y por eso se dirigió a él.

—Me han dicho que debo hablar con el doctor Ramón Segura —dijo, pensando acertadamente que aquel al que se encaraba detentaba la mayor autoridad de los asturianos presentes.

—Yo soy el doctor Segura —respondió el hombre al que Pedro miraba primordialmente, confirmando con ello que su intuición estaba plenamente operativa y funcionaba a la perfección.

—Yo soy el general Pedro Casáis —confirmó innecesariamente y añadió—: Es un placer conocerle, doctor.

—El placer es mío —respondió Segura, al tiempo que maquinalmente extendía la mano y el recién llegado se la estrechaba con la fuerza de su único brazo incólume.

Se hizo un momentáneo silencio después del protocolario saludo, mientras los dos hombres se tomaban el tiempo de analizarse mutuamente y ambos coincidían en que se caían bien.

—¿Usted dirá a dónde debo ir? —preguntó Casáis, con voz pretendidamente neutra.

—Ante todo, ¡bienvenido, general! Es un privilegio para nosotros atenderle en todo lo que podamos.

—Gracias. No me cabe duda de que el que tiene que estar agradecido soy yo, sobre todo si pueden injertarme una nueva mano.

—Esa no es una operación sencilla, pero hemos realizado muchas similares y albergo pocas dudas del éxito de la intervención —dijo el doctor Segura con convicción, y al concluir su afirmación le pareció notar un fugaz y casi imperceptible gesto de impaciencia en el rostro del militar plantado delante de él, y por ello se apresuró a decir:

—Por favor, acompáñeme. Le guiaré a la habitación que le tenemos preparada.

—De acuerdo —se limitó a responder el recién llegado, y comenzó también a andar siguiendo a su voluntario guía.

La habitación que habían dispuesto para el ilustre paciente era una *suite* de 55 metros cuadrados de espacio, dividida en dos ambientes: uno para Pedro y otro para sus acompañantes. Dos cuartos de baño completos permitían al gallego disponer de intimidad sin tener que compartir aseo con otros. La suntuosa habitación estaba decorada en tonos beige y gris perla, e incluía un tercer ambiente comunicado adyacente, destinado a servicios extras: ayudantes y guardaespaldas. Otras comodidades con las que contaba la *suite*, además de una gran cama ajustable y muebles hechos de maderas nobles, eran: una televisión con una generosa oferta de canales accesibles solo a la clase dirigente asturiana, un neceser de cortesía con artículos de aseo, y sobre todo una terraza independiente con vistas, algo notable dentro de las *suites* hospitalarias más exclusivas de la élite.

—¿Qué le parece? —preguntó el doctor Segura, en cuanto franquearon el umbral, con un tono que rezumaba orgullo por el hospital que dirigía.

Pedro, en su fuero interno tuvo que admitir que nunca había visto una habitación de hospital tan lujosa, pero aun así contuvo su entusiasmo y recordó que no se hallaba en un hotel, sino que estaba allí para que le realizaran una complicada intervención quirúrgica, y por eso respondió con voz comedida, pero que no pretendía ocultar el agradecimiento que sentía.

—Es una habitación magnífica. Le doy las gracias por ella y por todo lo que hacen por mí —dijo y añadió antes de que su interlocutor le agradeciese un cumplido con otro—. Este es mi ayudante personal —indicó, señalando al teniente Rubén González y agregó—: Él se encargará de disponerlo todo en mi nombre y también distribuirá a los miembros de mi guardia que limitarán el acceso general a mi cuarto; por eso le pido a usted que cualquier cosa que desee de mí se lo comunique previamente a él, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondió el director y añadió—: Es un placer, teniente.

—El placer es mío, señor —respondió el joven oficial gallego.

—Bueno. Le dejo que se instale, general. Solo me resta añadir que por supuesto estamos a su disposición para lo que desee y, naturalmente, comerá a la carta. ¡Ah! Tan pronto como esté instalado vendrán algunos cirujanos a examinarle y le harán algunas pruebas. Ya sé que no serán agradables, pero no le quepa duda de que es imprescindible hacerlas antes de proceder a la intervención.

—Por supuesto. Lo entiendo. Estoy a su disposición y desde ahora tiene mi permiso para hacer lo que sea conveniente en cuanto sea preciso.

—Muy bien, señor, me voy. Si necesita cualquier cosa de mí no dude en llamarme —manifestó el doctor Segura, antes de dar la vuelta y abandonar la habitación.

Solo una semana después de esta primera conversación con el máximo responsable del hospital central de Asturias, le habían reimplantado una nueva mano.

Fue una ardua operación que requirió cinco horas a un grupo de siete especialistas, entre otros: cirujanos plásticos, ortopedistas y anestesiólogos. Un experto adiestrado en microcirugía tuvo que realizar una operación muy compleja que involucró la reconexión de músculos, huesos, arterias, venas y nervios de la extremidad donada por un individuo de treinta y cuatro años, con muerte cerebral. Lo que hicieron los micro cirujanos fue como ensamblar una gran cantidad de cables, nervios, arterias y venas que se entrecruzan, y que tuvieron que ir armando hasta lograr preparar la totalidad de las estructuras para garantizar que todo pueda volver a funcionar.

Este tipo de procedimiento se logra con paciencia, tiempo y el poder regenerativo del músculo esquelético, y cuatro días después de haber realizado la intervención todo parecía ir bien. Pedro había abandonado la cama y pasaba el obligado tiempo de

espera realizando otras actividades que no exigían gran esfuerzo físico, pero servían para mantener su cuerpo y mente activos. Leía, veía la televisión y hacía sus habituales prácticas de yoga y los alternaba con moderados ejercicios de fuerza y estiramientos, teniendo extremo cuidado en no desplazar el vendado brazo, que llevaba firmemente sujeto con un cabestrillo de compresión moderada. Eso impedía que se moviera más que cuando le instaban a hacer ejercicios de recuperación, en los que ya se había comprobado que podía mover los dedos a voluntad.

—Un emisario desea verlo, señor —dijo el suboficial de su guardia personal acercándosele, mientras Pedro se hallaba recostado en un sofá de cuero y releía una vez más «El arte de la guerra», a pesar de que casi lo tenía memorizado.

—Un emisario, ¿de quién?

—Afirma venir en nombre del rey de los astures.

—Hazlo pasar —ordenó, sin poder evitar sentir una acentuada curiosidad por saber lo que quería decirle el rey de los asturianos, al cual no había visto nunca pero, por lo que sabía de él, pensaba que era un hombre al que se debía tener en cuenta en todos los sentidos.

Enseguida entró el emisario desarmado y custodiado por cuatro de sus guardias. Sin apenas dudar el hombre se acercó a él, y con marcado respeto transmitió el mensaje verbal que traía.

—Su Excelsa Majestad, Guillermo de Montemayor, le informa que va a venir a verle si usted no tiene inconveniente.

Pedro reaccionó en segundos a pesar de la sorpresiva e inesperada información y supo que no podía negarse, aunque por algún motivo peregrino quisiera decir que no, y por eso respondió lo que el mensajero esperaba oír.

—Será un gran honor para mí que tu rey venga a visitarme. ¿Cuándo quiere venir?

—Mañana a las diez —indicó el correo, y con ello reveló toda la información que debía transmitir y esperó a que el receptor de su mensaje le confirmase que se daba por enterado.

—Muy bien. Dile al rey que me hace un gran honor y que estaré esperándole.

Eso era todo lo que el emisario necesitaba oír y por ello asintió cortésmente con un movimiento de cabeza, y sin más dio media vuelta y se fue escoltado por donde había venido, sin pensar que dejaba al receptor de su mensaje sumido en la incertidumbre que le produjo la inesperada noticia.

La residencia habitual del rey de Asturias se ubica en lo que antaño se había denominado Palacio de Congresos de Oviedo, obra terminada originalmente en el año 2012. Fue Gregorio de Montemayor, abuelo del actual rey de los astures, el que ordenó remodelarlo para convertirlo en su morada usual urbana, y desde entonces los miembros de la familia real asturiana ocupan sus dependencias, junto con un sinnúmero de sirvientes, funcionarios y militares.

La sala de audiencias se encuentra en la planta baja, así como el despacho del monarca asturiano, y allí, sentado tras una mesa de despacho de roble primorosamente tallada, se hallaba el rey Guillermo. Ante él, de pie, se encontraban dos de sus asesores de más confianza. Los tres departían sobre los temas de actualidad que les preocupaban en ese momento.

—Es evidente que las imágenes aéreas muestran que los cántabros están acumulando un número inusual de tropas en su frontera oeste. Sobre todo en San Vicente de la Barquera. Allí los destacamentos acantonados suman, según los últimos informes de la inteligencia militar, más de cinco mil hombres y duplican a los residentes civiles —expuso el consejero Francisco Bermúdez, un hombre bajito, pulcro y fiel a su señor, que destacaba por su inteligencia y ecuanimidad.

—Yo también creo que debemos cuidarnos de los cántabros, pero para ello no considero que el enfrentamiento militar sea nuestra única opción —dijo el segundo consejero, Eduardo Patiño, un individuo pacifista y tolerante, de mediana edad, haciendo que tanto su homólogo como el rey fijaran sus ojos inquirientes en él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el monarca.

—Podemos hacer ver a los cántabros que los gallegos nos apoyan y eso les hará pensárselo dos veces antes de intentar algo contra nosotros.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? No tenemos firmado ningún convenio de asistencia mutua con los gallegos —inquirió el consejero Bermúdez, adelantándose a la pregunta del rey.

Patiño observó brevemente a su compañero, sonrió sin jactancia y miró de nuevo al monarca antes de decir:

—El general Pedro Casáis está aquí. Nuestros cirujanos le están haciendo un gran favor al reimplantarle una mano nueva. Si todo sale bien creo que tendremos un simpatizante de por vida, y es evidente que es un hombre poderoso, que puede hacer mucho por nosotros.

—¿Y cómo piensas convencer al general gallego, Casáis, para que declare públicamente su agradecimiento y nos dé su apoyo implícito ante las pretensiones expansionistas de los cántabros? —preguntó el soberano astur.

Mientras los dos asesores presentes pensaban una respuesta lógica y coherente, se

hizo un momentáneo silencio que no incomodó al rey, puesto que él también cavilaba una solución a su propia pregunta.

El monarca asturiano era un cuarentón guapo, listo, comprensivo y previsor, y en ese momento vestía ropa de deporte porque había decidido hacer sus habituales ejercicios en su amplio gimnasio privado, poco antes de que, inesperadamente, sus dos principales asesores pidieran hablar con él, y cuando se cansó de meditar sin hallar una respuesta a la pregunta que él mismo había hecho y, muy a su pesar, seguía sin encontrar una solución al problema que le acuciaba, empezó a impacientarse. De repente oyó de nuevo la voz del consejero Patiño y prestó atención.

—Creo que sé cómo podemos hacer para que el general Casáis se ponga de nuestra parte —dijo el inteligente asesor, y se calló hasta ver que tanto su compañero como el monarca estaban pendientes de él, y, buen administrador de los tiempos, antes de que el silencio resultase incómodo, continuó—. He pensado que usted, Majestad, puede ir a verlo y hacerle una propuesta.

—¿Qué debo proponerle? —inquirió el rey, sin tener la menor idea de lo que su consejero tenía en mente, y cuando este siguió hablando y le contó lo que había maquinado, la cara del monarca asturiano fue pasando de la perplejidad a la comprensión, y finalmente creyó que lo que Patiño le proponía podría ser una buena idea.

—Está bien, seguiré tu consejo e iré a ver al general Casáis y por supuesto le haré la sorprendente propuesta que tú sugieres. Ahora dejadme solo —ordenó con voz neutra, sin ningún atisbo de cortesía, ni tampoco enfado, volviendo a centrarse en su introspección, sin mirar como los dos hombres hacían las genuflexiones de rigor y abandonaban el despacho.

La mañana del día 16 de mayo se despejó temprano de nubes. Cerca de las diez de la mañana la temperatura estaba en el rango habitual para la fecha en Oviedo y rondaba los catorce grados centígrados.

Tal como había indicado anticipadamente, el monarca y un numeroso y variopinto séquito hicieron su entrada en el hospital clínico de Asturias, instantes antes de la hora anunciada. Todos los miembros de la plantilla hospitalaria y algunos enfermos en proceso avanzado de recuperación, previamente informados de la visita regia, se apelotonaban apretujados en zonas delimitadas por endebles vallas de aluminio, que dejaban un amplio espacio central para que el rey y sus acompañantes caminaran sin obstáculos y pudieran ser vistos por todos aquellos que esperaban la visita. Solo el director, Ramón Segura, fue el encargado de presentarse ante el monarca para indicarle el camino a seguir.

Al entrar en la habitación de Pedro, el soberano, con un breve vistazo, se hizo cargo del lujo de la estancia y dedujo que el paciente debía estar al menos satisfecho del alojamiento del que disfrutaba. Enseguida fijó sus ojos en el individuo que le

aguardaba de pie junto a la terraza. Era evidente que acababa de levantarse del sillón que se situaba a su lado y le esperaba erguido por obligada cortesía.

Por un breve instante ambos se examinaron mutuamente y cada uno de ellos llegó a sus propias conclusiones, en su mayoría positivas, acerca del otro. Antes de que el silencio resultara incomodo, Pedro, con el brazo todavía en cabestrillo, mostrando buena apariencia y salubridad, con la evidente exclusión de su implante aún en proceso de curación, fue el primero en hablar:

—¡Bienvenido, Majestad! Es un honor para mí recibir su visita —dijo protocolariamente, pero sin hacer ninguna genuflexión.

El monarca asturiano sonrió y, para sorpresa de todos sus acompañantes, se adelantó, alargó la mano y estrechó la del gallego, un gesto muy poco habitual en un rey. La inesperada acción sorprendió a Pedro pero supo reaccionar a tiempo y correspondió con un fuerte apretón de su derecha indemne.

—Me han dicho que todo ha ido bien y que pronto conseguirás la total funcionalidad de tu nueva mano —dijo el regio visitante, con tono cortés y sin duda interesado.

—Eso es lo que me han asegurado a mí también, y por tal y como van las cosas creo que los que lo afirman tienen razón; sin duda han hecho un buen trabajo —respondió Pedro, observando brevemente su vendada e inmovilizada muñeca, sabiendo que ya había adquirido un cierto control sobre la movilidad de su recién implantada extremidad.

—Me alegra mucho tu rápida recuperación y me enorgullece tener a tan buenos profesionales —dijo el rey, mirando al director y a los demás miembros de la plantilla hospitalaria que habían entrado en la habitación con él, haciéndoles sonreír halagados. Sin embargo sus sonrisas se esfumaron en cuanto el monarca cambió el gesto y la entonación y ordenó inesperadamente:

—¡Dejadnos solos! Quiero hablar con el general en privado.

Aunque sorprendidos, obedecieron con diligencia y enseguida la puerta se cerró tras el último en salir, y entonces el monarca y el general gallego se encontraron solos frente a frente. Por un instante el rey asturiano pareció buscar algo con la mirada y así era. Se fijó en dos robustos y repujados sofás hechos de roble, almohadillados y tapizados con gruesas telas, adornadas con motivos florales, los señaló y dijo:

—Sentémonos, ¿te parece?

Pedro obedeció la sugerencia y tan pronto el monarca tomó asiento él hizo lo propio en el sillón que le encaraba.

—Sé que te preguntarás a qué viene tanto misterio y por qué he querido hablar a solas contigo.

—Así es, pero imagino que tendrá sus motivos, Majestad —respondió Pedro, diplomático.

—Tengo una proposición que hacerte y como sé que en principio te parecerá inaudita y quizás descabellada, me resulta difícil encontrar las palabras para que el

estupor no sea el único sentimiento que prevalezca al oír lo que voy a decir.

—Me intrigáis, Majestad, y no puedo imaginar que será ser eso tan importante que puede sorprenderme tanto.

—¿Sabes que tengo una hermana, no? —preguntó el monarca, decidido a ir dando pistas de por dónde iban sus pensamientos, antes de hacer su anunciada propuesta.

La pregunta sorprendió al general gallego y en principio no supo que responder porque no tenía ni idea sobre los componentes de la familia real asturiana, pero, sin querer resultar ofensivo por su desconocimiento, respondió con voz sosegada, sin ser todavía capaz de percibir a dónde conducía ese recién iniciado interrogatorio.

—No, Majestad, no lo sabía.

—Claro. No tienes por qué saberlo, no eres asturiano. Por un momento no conté con ese hecho distintivo —admitió el rey y, sin esperar respuesta, añadió—: Sí, tengo una hermana diez años menor que yo. Por cierto, es muy inteligente y guapa.

El general Casáis no hizo ningún comentario, se limitó a seguir mirando al monarca, esperando a que este se cansara de circunloquios y fuera al grano.

—La razón por la que te lo cuento es porque quiero que tú y ella os caséis —dijo de repente el rey asturiano.

La sorpresa y la estupefacción se reflejaron claramente en el rostro de Pedro Casáis, y por primera vez en su vida se quedó sin habla.

—Perdona que haya dicho que quiero que te cases con ella, lo cortés y adecuado es decir que te pido que te cases, no que te lo exijo —aclaró el monarca, queriendo dejar claras su postura y su intención.

Una vez hecha la inesperada proposición, Guillermo de Montemayor se calló y esperó paciente una catarata de preguntas previas, antes de obtener respuesta.

Cuando la paciencia del monarca ante el prolongado silencio que siguió empezaba a agotarse y comenzaba a sentir una cierta irritación, la voz de Pedro tuvo un efecto tranquilizador en él.

—Sin duda es un gran honor el que me hacéis, Majestad, pero... ¿Por qué yo?

—No voy a andarme por las ramas, pero ante todo quiero hacerte saber que mi hermana es una mujer admirable y cualquier hombre se sentiría orgulloso de estar con ella. Una vez dicho eso, te diré que mi proposición tiene una intención política subyacente. ¿Lo vas entendiendo? —preguntó inesperadamente el rey de Asturias, antes de seguir explicando el porqué de su inaudita proposición.

—Entiendo que muchos matrimonios se concertan por motivos diversos, entre ellos razones de estado, pero lo que me pregunto es... ¿En qué puede beneficiaros a Vos mi matrimonio con vuestra hermana?

—En mi intención subyace que la unión entre un poderoso general como tú y mi hermana refuerce los lazos de unión entre Asturias y Galicia, y disuada a potenciales enemigos de iniciar hostilidades contra nosotros.

—¿A quién os referís? —preguntó Pedro, esta vez con genuina curiosidad.

—A los cántabros —respondió escuetamente el rey astur.

—¿Os amenazan? —inquirió, ignorante de esa tensión entre ambos estados norteños colindantes.

—Han aumentado sus tropas en la frontera con Asturias y me temo que pretendan una arriesgada invasión, aunque si supieran que tenemos el apoyo del poderoso ejército gallego no creo que se atrevieran.

—Mi matrimonio con vuestra hermana no garantiza que las fuerzas armadas gallegas estén a vuestra disposición. Por encima de mí, en rango, está el presidente.

—Ya lo sé, pero lo que tú no parece saber es que tu prestigio y poder son mayores de lo que piensas, y no hay duda de que si quieres puedes hacer más de lo que te imaginas. Por otra parte, el simple hecho del enlace entre mi hermana y tú hará pensar a nuestros hipotéticos enemigos que, en caso de conflicto, nos apoyaremos mutuamente.

Tenía sentido, tuvo que admitir Pedro y, además, ese concordato beneficiaba también a Galicia, puesto que una alianza con Asturias les aseguraba que la frontera gallega del nordeste no estaría amenazada y no necesitarían acantonar más que a un par de pelotones de guardias fronterizos allí, para evitar principalmente el contrabando, el paso de civiles con antecedentes criminales o los desplazamientos de otras personas específicas o mercancías no autorizadas. Eso les permitiría detraer un buen número de guardias de esos confines y reforzar sus nuevas fronteras con Madrid y quizás también, en un futuro próximo, pudieran disponer de algunos cuerpos del ejército asturiano para engrosar los contingentes de tropas gallegas, si fuera necesario.

Llegado a esa conclusión, Pedro pensó que el presidente gallego no tendría ningún inconveniente, puesto que era evidente que un tratado de no agresión con los asturianos les favorecía también a ellos. Por otra parte, en lo personal, esa boda también le beneficiaba a él, pensó. Casarse con la hermana del monarca asturiano era sin duda un gran honor, y aunque todavía no sabía cómo, intuía que esa unión le traería más beneficios que perjuicios, por eso dijo:

—Está bien, Majestad, acepto vuestra proposición y me casaré con vuestra hermana, tal y como queréis.

—Muy bien. Me alegra que hayas aceptado mi propuesta. Te aseguro que ello te reportará beneficios de toda índole —afirmó el rey, ya relajado y sonriente, sin concretar las ventajas específicas de esa unión para Pedro.

Parecía que de momento estaba todo dicho y solo restaban por especificar los detalles, pero en ese instante ninguno de los dos quería explayarse demasiado en una conversación amable y trivial. Ambos estaban imbuidos en sus propios pensamientos íntimos y se mantenían silentes esperando que fuera el otro el que diera un giro más trascendente y definitorio a la conversación, antes de darla por concluida momentáneamente. Previendo que su silencio estaba resultando incómodo, Pedro inquirió:

—¿Cuándo conoceré a vuestra hermana? Y por cierto... ¿Cómo se llama?

—Se llama Elena.

—¿Está ella de acuerdo con esto?

—Todavía no lo sabe —respondió el rey Guillermo, con tono sardónico, mostrando una sonrisa humorista en la cara, pero sin rastro de maldad en la expresión.

La respuesta del monarca asturiano, en contra de lo esperado por este, no sorprendió al general Casáis. Su instinto le había prevenido de que esa decisión había sido tomada de manera súbita por el rey de Asturias y que, guiado por su sentido de la discreción, el monarca quiso saber antes de hacerlo público, que su propuesta era aceptada por el general gallego; por eso, siguiendo sus lógicas pautas de razonamiento, Pedro inquirió:

—¿Consentirá ella en casarse conmigo?

—No te quepa duda —afirmó el monarca convencido, y añadió:

—Está educada para aceptar casarse por intereses de Estado y no tiene razones para negarse aunque pudiese. Además, estoy convencido de que, en cuanto sepa que te he elegido a ti para ser su marido, se alegrará —dijo el rey, sin querer especificar por qué tendría que alegrarse.

—¿Cuándo la conoceré? —inquirió Pedro, inducido por la curiosidad.

—Muy pronto. Primero tendré que hablar con ella y eso lo haré hoy mismo. Es probable que mañana sea Elena la que venga a visitarte —comentó el rey astur, con ojos chispeantes de regocijo, y casi sin transición agregó—: Ahora debo irme. Tengo asuntos de los que ocuparme como comprenderás. De todas formas quiero decirte que me alegro mucho de conocerte e intuyo que tú y yo nos llevaremos bien.

—Yo también me alegro de conoceros a Vos, Majestad —respondió Pedro, a pesar de que un sinnúmero de dudas se agolpaban en su mente, pero supo que debía ir desentrañándolas poco a poco, y en ese momento no era conveniente decir más sin meditarlo previamente.

Sin querer añadir nada a lo dicho el monarca asturiano se levantó, siendo cortésmente imitado por Pedro, e inmediatamente se despidió diciendo lacónicamente:

—¡Hasta pronto!

En cuanto lo dijo rompió el contacto visual con su interlocutor, dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y la abrió personalmente. Uno de los guardias que aguardaban fuera se apresuró a cerrar en cuanto el monarca franqueó la entrada, y después comenzó a andar tras su rey. Así, rodeado de su escolta, Guillermo de Montemayor se fue por donde había venido, dejando a Pedro meditabundo, asimilando las novedades que acababa de saber, pensando que la vida no cesaba de sorprenderle, y entre los sentimientos nuevos que se amalgamaban en el cerebro del general, empezaba a descollar la curiosidad por conocer a la mujer con la que iba a contraer matrimonio.

Los cuatro asesinos caminaban sigilosamente, ligeramente encorvados, camuflándose entre las sombras, postes, paredes, árboles, y otros relieves de la orografía artificial del terreno, para evitar las luces de los focos que circundaban la residencia del presidente gallego. Usando sofisticados inhibidores de frecuencia y otras herramientas electrónicas, consiguieron anular las diversas alarmas y, con ayuda de un preciso material de escalada, treparon el muro por el lado sur y accedieron a uno de los varios campos de hierba rasa, en los que crecían algunos árboles ornamentales y frutales espaciados, que, junto con otros plantados en distintas parcelas, circundaban casi al completo el complejo residencial.

El cuarteto de asesinos a sueldo iban totalmente cubiertos con ropas oscuras, a excepción de los ojos y la nariz, zonas en las que habían aplicado una crema especial que opacaba la piel.

Los numerosos centinelas uniformados y armados que vigilaban la casa estaban totalmente despreocupados y cumplían su misión de manera rutinaria y confiada, ya que nunca antes nadie había intentado entrar allí. Esa confianza actuó en su contra y permitió a los intrusos acceder al interior del recinto sin insalvables impedimentos. Los extraños iban armados con cuchillos y otros objetos metálicos, ideales para lanzar, así como con una especie de pala pequeña, con punta y filo, que tenía múltiples funciones, también portaban una espada más corta y recta pero con un mango más largo que la katana. Dos de ellos llevaban arcos que se montaban fácilmente y los otros dos, cerbatanas, ganchos con cuerdas y un amplio surtido de hojas pequeñas, en las que iban incluidos puñales, dardos y discos con forma de estrella.

Las habilidades de los miméticos asaltantes, evidentemente asesinos, para penetrar en la residencia presidencial se basaban en su conocimiento de la psicología práctica, así como en su dominio de una impresionante colección de artilugios para trepar (escaleras flexibles, ganchos con cuerdas, palancas, zapatos especiales, etc.), que también podían utilizar como armas, además de una serie de artefactos electrónicos y otras sofisticadas herramientas, ideadas para desactivar las alarmas y las cámaras.

Estos asesinos también eran expertos en la utilización mortal del pulgar y de los otros dedos contra los centros vitales del cuerpo humano. Resultaba evidente que los cuatro intrusos eran verdaderamente peligrosos y estaban especializados y preparados para enfrentarse a todas las dimensiones posibles del combate con o sin armas.

Los aventurados individuos mantenían su atención en el edificio central del complejo presidencial, lugar donde se ubicaba el dormitorio del mandatario gallego. Sin necesidad de hablar se entendían entre ellos con estudiados gestos y, así

coordinados, mimetizándose con árboles y estatuas, fueron avanzando y acercándose cada uno a un centinela escogido como víctima, porque esos guardias concretos se interponían en su camino. Los vigilantes no tuvieron la oportunidad de defenderse de los expertos asesinos, ni siquiera intuyeron el peligro y, de diversas maneras, fueron cayendo víctimas de las artimañas de los homicidas.

Una vez eliminados los guardias que vigilaban la parte sur del complejo, en la que se localizaba una puerta de servicio que los asaltantes habían escogido para entrar en la casa, nada más que una cerradura se interponía en su camino. La abrieron con una ganzúa eléctrica, cuando estuvieron seguros de que también habían desconectado esa alarma, y entraron.

Una vez en el interior se movieron con rapidez, ya convencidos de que no iban a toparse con más sistemas de alarma imprevistos, subieron al primer piso y, guiados por un instinto basado en la observación de los detalles, llegaron a la habitación del presidente gallego. Para acceder ni siquiera tuvieron que forzar la puerta porque no estaba cerrada con llave. Sigilosos, entraron los cuatro y convergieron en la cama donde se escuchaban los leves y acompasados ronquidos del mandatario.

La luz lunar que entraba en la estancia a través de un gran ventanal con las persianas descorridas, les permitía ver con bastante nitidez, y sin piedad actuaron al unísono. Mientras uno usaba la mano izquierda para tapar la boca de Caamaño y lo degollaba con una daga que llevaba en la derecha, los otros tres clavaron repentinamente, de manera repetitiva, sus espadas cortas sobre el pecho del indefenso presidente de Galicia; este murió sintiendo un espantoso y súbito dolor, que por suerte duró poco, y le hizo pasar de un sueño plácido a una alevosa e infame muerte en poco tiempo.

El poderoso gobernante gallego falleció mostrando un rictus de dolor en su cara, sin poder emitir siquiera un leve grito y, con los ojos abiertos mostrando pánico, sorpresa y dolor, quedó desmadejado.

Cuando el cuerpo dejó de moverse y los asesinos supieron con certeza que su víctima había muerto, iniciaron el regreso por el lugar por el que habían entrado. Parecía que nada se iba a interponer en su camino cuando la suerte se les acabó, porque un panadero, el cual acababa de levantarse y, somnoliento, se dirigía a la cocina para comenzar a elaborar el pan del día, los vio y lleno de miedo gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Hay intrusos en la casa! ¡Ayuda! —dijo, y repitió una y otra vez esas y otras voces de alarma, con la evidente intención llamar la atención de los guardias.

Los alarmados chillidos iniciales sorprendieron a los asesinos cuando estos estaban abriendo la puerta por donde habían entrado y, como impelidos por resortes, se giraron para ver al asustado hombre que estaba alertando tanto a los residentes como a los guardias. Pudieron tomarse el tiempo para dar una rápida y fulminante muerte al panadero que chillaba, pero supieron que eso no les ayudaría en nada. La alarma estaba dada y el eficiente, aunque esta vez tardío mecanismo de protección

presidencial comenzaba a actuar y a cerrarse sobre sí mismo. Los alertados centinelas ocuparon sus preestablecidos puestos y bloquearon todas las entradas y salidas del complejo y, mientras que algunos hacían sonar las estridentes alarmas sonoras, un retén de soldados tomaba posiciones circundando la residencia presidencial, al tiempo que la policía era alertada y, en respuesta, numerosos coches patrulla comenzaron a converger sobre la residencia ubicada en el Monte Pío de Santiago, y se aseguraban de formar un doble cordón de contención para impedir las entradas y salidas.

En un principio reinó el caos y nadie sabía por qué se había dado la alarma, pero tantos ojos expectantes y escudriñadores pronto pudieron distinguir a los individuos que pretendían escapar, moviéndose entre las pocas sombras que quedaban porque los numerosos focos de luz fijos y móviles lo iluminaban casi todo.

—¡Allí! ¡Allí! —Exclamaron varios centinelas simultáneamente, al tiempo que señalaban el lugar indicado, cuando pudieron distinguir a los oscuros individuos que ya no podían mimetizarse con el iluminado entorno.

Uno de los guardias comenzó a disparar y el traqueteo de su arma y el de otras que enseguida se le unieron alarmaron aún más a todos los que estaban en sus puestos, ansiosos de saber lo que ocurría. La ingente cantidad de balas que los alertados y ahora avizores guardias dispararon contra las reveladas siluetas de los infiltrados asesinos, impactaron sobre una amplia superficie y muchas de ellas dieron en sus buscados blancos, y, a pesar de que los homicidas intentaron escapar por todos los medios a su alcance, e incluso uno de ellos logró lanzar una bomba de humo para ocultarse tras la humareda producida, no le sirvió de nada, puesto que fue herido de muerte justo después de ser capaz de arrojar el artefacto.

Los cuatro cayeron a poca distancia unos de otros, y los acribillados cadáveres, en grotescas posturas, pudieron verse cuando, finalmente, el humo se disipó, luego de que un oficial logró que cesaran los disparos, al repetir varias veces con voz autoritaria e irritada:

—¡Alto el fuego! ¡Ya basta! ¡Alto el fuego!

La noticia del asesinato del presidente Caamaño enseguida se extendió por toda Galicia y más allá. Muchos ciudadanos sintieron profundamente el fallecimiento del mandatario y exigieron saber ¿quién y por qué?, una vez salidos del estupor que les produjo la noticia.

Al poco, los más prácticos y los situados en puestos de notoria responsabilidad, comprendieron que hasta las siguientes elecciones el puesto debía ser ocupado por el vicepresidente si este era descartado, tras una rápida investigación policial, como cómplice del magnicidio, y exigieron también que, mientras se llevaba a cabo el automático traspaso de poderes, la policía investigase con ahínco para tratar de dar con el instigador máximo del asesinato.

Asimismo, de manera coordinada por todos los medios de comunicación y

difusión, se dio la noticia oficial del fallecimiento del presidente y se informó con lujo de detalles que el cuarteto de ejecutores materiales habían sido abatidos, y solo restaba saber de quién había partido la orden y por qué. Al mismo tiempo se declaraban tres días de luto nacional y se programó un grandioso funeral de estado, al término del cual se daría sepultura al difunto Caamaño.

La cualidad más destacada de Elena de Montemayor era la honestidad, también era leal y como necesitaba ser comprendida buscaba en los demás esas cualidades. Elena no traicionaba las confidencias ni la palabra comprometida. Por otra parte era capaz de mantenerse firme en los peores momentos, y cuando otros se desesperaban ella sabía conservar la calma. La hermana del rey asturiano acababa de cumplir treinta y dos años. Físicamente era alta y rondaba el metro ochenta. También era esbelta pero poseía redondeces y protuberancias femeninas destacadas, aunque no en exceso. Su pelo era largo y castaño y contrastaba con unos chispeantes ojos azules sobre una tez blanca.

La bella mujer descollaba, además, por su decisión e inteligencia, y por eso, en cuanto escuchó las razones del rey astur no encontró motivos para oponerse a los deseos del monarca y, después de dar su aceptación implícita, tomó la lógica decisión de ir a ver al que iba a ser su futuro marido. Se puso un vestido corto informal y una chaqueta de cuero de tres cuartos, se calzó botas de medio tacón sobre pantys, y así, acompañada de algunos de los miembros de su guardia personal, se dirigió, poco después del amanecer, al hospital.

Una vez dentro de la habitación, Pedro la había invitado a sentarse en el mismo sillón que el día anterior ocupara el monarca asturiano y él lo hizo en el de enfrente.

El convaleciente general gallego, desde el primer instante se sintió atraído por la belleza de Elena y procuraba mirarla principalmente a los ojos, pero a veces no podía evitar que su mirada se dirigiera fugazmente a las atractivas protuberancias y redondeces de la figura de la mujer.

Ella, naturalmente, se daba cuenta pero no sentía incomodidad sino satisfacción, al ver el indudable interés, evidentemente deseo, que despertaba en el hombre que se sentaba frente a ella. La principal razón por la que no la molestaban las miradas de lujuria que podía detectar en el general, era porque a ella también le había impactado el hombre y se sintió inmediatamente atraída por él.

Elena había entrado en la habitación después de que una enfermera hiciera de recadera e informara a Pedro de la inesperada visita mañanera.

Luego del primer contacto visual y de los saludos de rigor, él la invitó a sentarse y ambos, después de hacer sus primeros análisis del otro, supieron que debían conversar, aunque fuera de manera insustancial, antes de que el silencio entre ellos se hiciera incómodo.

—¿Cuándo has sabido de las pretensiones del rey Guillermo? —preguntó Pedro, sin creer necesario especificar.

Sin embargo Elena sí quiso estar segura de que la pregunta se refería a los planes que el monarca había decidido para ellos dos, y por eso preguntó:

—¿Te refieres a cuándo he sido informada de que mi hermano quiere que tú y yo nos casemos por razones de Estado?

—A eso me refiero —respondió el general concisamente.

—Ayer tarde me lo dijo —confesó, y añadió para dejar claro que esa respuesta era sincera—. Hasta ese momento no tenía ni idea de lo que mi hermano pretendía respecto a nosotros dos.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

La pregunta era concisa pero podía interpretarse de varias maneras y ella se sintió obligada a responder con una pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a cómo te hace sentir que otros tomen decisiones trascendentales para tu futuro —respondió Pedro, intuyendo al momento que hablaba que su pregunta no estaba bien formulada y que iba a recibir una respuesta incisiva. Sin embargo ella no se sintió ofendida por ser tildada de marioneta, puesto que había sido educada para aceptar un matrimonio de conveniencia, por eso sonrió y expuso:

—Yo, desde que era adolescente, sabía que eso era algo que iba a ocurrir. Lo que no he sabido hasta ahora era cuándo ni con quién. Sin embargo, por lo que me han dicho, tú también has aceptado este matrimonio, y es seguro que nunca habrás pensado que algo semejante iba a pasarte, ¿me equivoco?, —inquirió ella, pero no esperó respuesta y continuó—. La pregunta debe ser por qué has aceptado tú no yo —dijo ella, ahora seria, esperando obtener una respuesta.

A Pedro no le era fácil responder a eso, ya que, incluso él no sabía muy bien por qué había aceptado, pero supo que no valdría decir cualquier nimiedad y decidió ser lo más sincero que pudo.

—En primer lugar, tu hermano, el rey, especificó que eras una mujer muy atractiva e inteligente y por lo que veo no ha exagerado —dijo galante, pero eso resultaba evidente y no era suficiente como justificación, por eso continuó—. Yo estoy soltero y sin compromiso, principalmente porque mi trabajo me absorbe y no me permite socializar lo bastante para conocer mujeres —explicó, sin poder evitar recordar la decepción sufrida cuando, no hacía mucho, la capitán María Castro le había dado calabazas y escogió al presidente Caamaño como pareja en vez de a él. Naturalmente, eso no era necesario ni conveniente comentarlo, por eso Pedro no lo hizo y continuó tratando de dar una explicación coherente y válida de por qué había aceptado contraer matrimonio con una mujer a la que ni siquiera conocía. También pensó que sería un honor casarme con una princesa y que ello me reportaría beneficios —expuso, sabiendo que debía ser sincero y, llegado a ese punto, se calló.

—¿Qué beneficios esperas obtener? —preguntó ella, tal y como el general esperaba, por eso se apresuró a contestar:

—La verdad es que no lo sé —y añadió—. Hago lo que sé hacer mejor y eso es defender con las armas y el dialogo los intereses de mi tierra. Eso me satisface y aparte de ascender en el escalafón militar no he tenido otras aspiraciones. Sin

embargo estoy sin pareja y eso es algo que me falta para sentirme plenamente realizado, y la opción que ayer se me ha ofrecido de casarme con una mujer noble, culta, elegante y guapa, me ha parecido un privilegio que no debía dejar pasar.

—¿Te parezco guapa? —preguntó ella, con una ligera sonrisa plasmada en su cara, dándose por satisfecha con la explicación, sin querer incidir en que él había aceptado el matrimonio sin saber si ella era agraciada o no.

—Me pareces preciosa —declaró él sincero y galante, haciendo con ello que el ego de Elena saliese a relucir y sonriese abiertamente.

Antes de que ambos, roto ya el hielo, siguiesen conversando, tratando de saber algo más el uno del otro, sonó el videoteléfono del general, que reposaba en una mesilla de noche, y él se vio obligado a levantarse y a atender la llamada.

—¡Disculpa! —dijo antes de responder al reclamo.

Cuando la pantalla le dejó ver que quien llamaba era su homólogo, el comandante militar de Pontevedra, José Bugallo, no se sorprendió e inquirió:

—¿Dime, José?

—Te llamo para darte una mala noticia, aunque es posible que ya lo sepas, porque está teniendo una amplísima difusión y he pensado que debemos hablar de ello.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué mala noticia te refieres? —inquirió, sin poder evitar sentir una extraña sensación nerviosa.

—¡El presidente ha sido asesinado!

Pedro entendió perfectamente pero aun así preguntó:

—¿Asesinado? ¿Quieres decir que alguien ha matado al presidente Caamaño? —interrogó, con manifiesta incredulidad en el tono.

—Eso es.

—¿Cuándo y cómo ha ocurrido? —Fue capaz de inquirir Pedro, recuperada ya su capacidad analítica.

—Anoche cuatro asesinos entraron en Monte Pío y lo acuchillaron mientras dormía. Los guardias acabaron con los homicidas cuando ya estos habían cumplido su misión —explicó el general Bugallo para aclarar algo más las cosas.

—¿Quién los ha enviado? ¿Se sabe? —preguntó Pedro por pura lógica.

—No tenemos ni idea de momento, aunque cualquiera de nuestros enemigos puede estar detrás —evidenció el general pontevedrés y añadió—: Ahora que compruebo que no estabas enterado entiendo que hice bien en llamarte y quiero preguntarte algunas cosas tales cómo... ¿En tu opinión, qué crees que debemos hacer?

—Sé más específico, ¿quieres?

—El vicepresidente, Francisco Gallardón, ha asumido el poder, pero ambos sabemos que no está capacitado y que debemos celebrar elecciones pronto para elegir que nos gobierne un hombre de Estado y no un burócrata como Gallardón.

—Entiendo y comparto tu opinión pero también opino que debemos tomarnos unos días para rendir homenaje y enterrar dignamente al difunto presidente. Supongo

que habréis organizado el funeral y todo lo demás, ¿es así?

—Así es. Se han declarado tres días de luto —explicó Bugallo, y sin transición preguntó—: ¿Qué tal tu operación? ¿Estás en condiciones de venir al funeral y asumir tus responsabilidades?

—La operación ha sido un éxito y ya tengo un cierto control sobre mí nueva mano, pero aún que no fuese así no dejaría de ir. Envía un aerodeslizador a recogerme —dijo Pedro de manera rotunda, sin pedirlo con la habitual cortesía con la que generalmente hablaba.

—¿Para cuándo lo quieres?

—Para ahora mismo. Estoy dispuesto —indicó, aunque eso no era del todo cierto y, ante todo, debía informar a sus anfitriones de lo ocurrido y de su intención de marcharse antes de que le dieran el alta clínica.

—Enseguida me encargo de enviar una aeronave militar a recogerte, ¿algo más?

—Nada más, José. Gracias y hasta pronto —expresó con un tono de voz que revelaba gratitud.

—Hasta pronto —respondió el comandante militar de Pontevedra antes de cortar la comunicación.

Elena había escuchado toda la conversación en silencio y su cara mostraba, al igual que la de Pedro, preocupación y ansiedad, pero antes de que los dos pudieran hablar de lo que había ocurrido, la puerta de la habitación se abrió y un capitán asturiano entró, saludo militarmente a Pedro pero se dirigió a la princesa y dijo:

—Traigo un recado para Vos, Alteza.

—¿Tiene que ver con el asesinato del presidente gallego? —preguntó ella al desconcertado oficial, que tardó un momento en darse cuenta de cómo lo había sabido pero, al ver al general con el videoteléfono todavía en la mano, comprendió y reveló.

—Así es, Alteza. Me envía Su Majestad con la encomienda de informaros de lo que ya sabéis y pedir os que vayáis a verlo.

—Ahora mismo voy. Espera fuera —ordenó ella sin entonación, acostumbrada a ser obedecida sin ser cuestionada.

En cuanto el oficial salió, Elena, mirando directamente a los preocupados ojos de Pedro, dijo:

—Voy a ver a mi hermano para saber lo que quiere. Volveré antes de que te vayas y te informaré de cualquier novedad —especificó, dando por sentado que eso era lo que él pretendía saber.

Pedro asintió con un gesto de cabeza, en silencio, y cuando ella dio media vuelta, salió de la habitación y se alejó, él abrió la puerta y, ante la atenta y sorprendida mirada de los guardias que custodiaban la entrada, ordenó:

—Decidle a mi ayudante, Rubén, que venga enseguida.

Dada la orden volvió a entrar en su cuarto sin molestarse en cerrar la puerta.

Al poco hizo una apresurada aparición el teniente González y, después de ponerse

firme, saludar maquinalmente, llevando la mano derecha abierta a su gorra de plato, preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Tráeme mi uniforme de gala y ayúdame a ponérmelo —ordenó Pedro y, ante la súbita sorpresa que vio reflejada en la cara de su ayudante, se sintió obligado a explicarle que el presidente Caamaño había sido asesinado y que se veía impelido a volver a Galicia para asistir al funeral, y tomar importantes decisiones que ayudasen a mantener la estabilidad de su país.

En cuanto el teniente supo lo que había ocurrido mostró una evidente congoja y preocupación que se vieron reflejadas en su rostro, pero eso no le impidió cumplir lo ordenado con metódica precisión; enseguida trajo el uniforme requerido por su jefe y, mientras le ayudaba a embutirse en él, fue complementariamente informado de casi todo lo que Pedro sabía hasta ese momento, a excepción del reciente y sorprendente compromiso con la princesa Elena, que el general no quiso mencionar, porque ni aún él mismo se había hecho del todo a la idea.

También, sin necesidad de que Pedro se lo especificase, Rubén salió, en cuanto terminó su imprevista función de mayordomo, e informó a sus subalternos de que compilaran sus cosas, puesto que un aerodeslizador vendría pronto a recogerlos para llevarlos de vuelta a Santiago, en cuanto recibieran la autorización de las autoridades asturianas.

Elena, tan pronto salió del hospital, subió a un vehículo eléctrico que, junto con el correspondiente chofer, estaba a su disposición, y acompañada de su habitual guardia que la flanqueaba en diferentes medios de locomoción, que incluían blindados armados con ametralladoras pesadas, se dirigió a la palaciega residencia del rey de Asturias. Una vez allí su transporte se detuvo delante de la puerta principal del palacio. Ella bajó y entró apresurada, sin que los numerosos guardias le pusieran ningún impedimento, mientras se cuadraban a su paso; recorrió gran parte de la planta baja del complejo hasta llegar a la puerta del despacho del rey. El protocolo la obligó a esperar hasta que uno de los muchos funcionarios, que mantenían los ojos fijos en ella, informase al soberano de que quería verlo. Una vez recibida la esperada autorización entró y pudo ver que el monarca asturiano se hallaba a solas, sentado tras la mesa de su despacho, pero, perceptiblemente girado hacia la derecha, mantenía su mirada sobre una gran pantalla de televisión que emitía un noticiario gallego y que informaba repetitivamente, con todo lujo de detalles, sobre el asesinato del presidente Sabino Caamaño.

En cuanto su hermana irrumpió en el despacho, el rey centró su atención en ella, se levantó, señaló un diván y dijo:

—Ven. Sentémonos.

Lo hicieron a la par y, antes de que ella tuviese que preguntar, él expuso.

—Lo ocurrido no va a cambiar nuestros planes y la boda sigue adelante.

—Pero... El general se irá hoy, cuando llegue el aerodeslizador que viene a recogerlo.

—Se marchará hoy pero no tan pronto como él y tú creéis. Antes se celebrará vuestro matrimonio —afirmó el rey asturiano, para sorpresa de su hermana.

—Pero no hemos hecho ningún preparativo e imagino que Pedro no sabe nada de lo que pretendes. Además, no hay tiempo material para organizarlo todo.

—El tiempo es relativo y te aseguro que todo se realizará en un periodo muy breve. No te preocupes, yo me encargo de todo. Tú simplemente déjate llevar. Enseguida te subirán una serie de trajes de novia a tu alcoba, ya lo he encargado; simultáneamente informaré a tu prometido de mis condiciones antes de dejarlo partir. La ceremonia se celebrará en nuestra pequeña capilla de palacio y la oficiará el borrachín del obispo, Juliano Pastor. Sí, a él también le envié recado y he ordenado que lo traigan enseguida. Solo un reducido grupo de funcionarios y militares actuaran como testigos y llenarán la pequeña iglesia, para qué, cuando se filme la boda y se retransmita por todas las televisiones dé la impresión de que hemos celebrado una ceremonia íntima pero bastante aceptable —afirmó el rey y añadió—. No te preocupes. No creo que el decorado o los invitados atraigan la atención del gran público, puesto que todo el mundo estará pendiente de vosotros dos, y tú luces espléndida con cualquier vestido.

—¿Y después de la boda qué? —inquirió ella, y mientras el rey estaba pensando en lo que su hermana quería decir, Elena añadió—. Pedro se marchará. ¿Deberé ir con él?

—No creo que sea conveniente que lo hagas de momento. Déjalo que vaya solo, resuelvan los problemas políticos, que deja irresueltos el repentino asesinato de Sabino Caamaño, y más tarde, cuando todo esté más o menos encarrilado de nuevo, podéis contactar y hacer planes para estar juntos.

—¿Tendré que vivir en Galicia, no?

—Imagino que sí, pero no te preocupes por tu residencia. Usaré mi influencia y dinero para conseguirte una casa digna de tu rango y, además, podrás venir aquí tantas veces como desees.

—Ya veo que lo tienes todo planificado al detalle —dijo ella, ya convencida.

—Eso es algo que tengo que hacer todos los días, hermanita. Hacer planes y adelantarme a los acontecimientos es algo rutinario para mí. Ahora vete a tu habitación. Escoge el vestido de novia que más te guste, y cuando Pedro llegue todo se hará como hemos hablado.

La arquitectura de la capilla real asturiana está basada en las capillas palatinas de dos pisos en el estilo clásico corintio. El vestíbulo que precede al templo está adornado con columnas de orden jónico y la piedra empleada es blanca. El suelo,

recubierto de diferentes colores, parece un tapiz de compartimentos geométricos, con el dibujo de las armas reales en el centro de la nave. Dos arcadas de pilares cuadrados rodean el sótano. Por debajo una columna corintia eleva el primer piso hasta el borde de las tribunas.

Las principales características de la capilla son: piedra blanca, remates de oro sobre las esculturas de las puertas, columnas de pilastras terminadas en capiteles corintios, plafón abovedado con forma de casquete y adornado en los ángulos con medallones de estuco representando las cuatro partes del mundo.

Las bancadas de la pequeña capilla están hechas de madera de roble viejo y en ellas pueden sentarse holgadamente más de cuarenta personas.

La más próxima al altar estaba ocupada por los novios, el rey a la derecha de la pareja y la reina en el lado opuesto. Delante tenían cuatro reclinatorios que les servían para arrodillarse en los momentos precisos.

Sobre el altar, el obispo Juliano Pastor y los cuatro curas que le asistían lo tenían todo dispuesto. Aún antes de dar comienzo la ceremonia ya los numerosos camarógrafos, que habían sido reclamados con precipitación para retransmitir el evento, habían comenzado a rodar.

La ceremonia fue breve, por explícita orden del rey. En cuanto finalizó, Elena y Pedro salieron cogidos del brazo, ya convertidos en marido y mujer, y regresaron a la privacidad de las estancias palaciegas. Una vez allí, después de una breve conversación, el general gallego se despidió del rey y de la reina y, finalmente, ya a solas con su esposa, aún algo incrédulo por los inauditos y recientes acontecimientos que habían dado un vuelco total a su vida, se tomó los últimos instantes previos a su marcha para decirle a su ya cónyuge que volvería a buscarla en cuanto pudiera y, sin siquiera atreverse a besarla, se despidió con un escueto Hasta pronto.

Seguido de sus hombres, sintiendo la mirada de su mujer clavada en su espalda, se volvió a mirarla poco antes de iniciar la subida a la rampa del aerodeslizador que le esperaba desde hacía horas.

En la desapacible y nublada mañana del sábado, 25 de mayo del 2069, comenzó el funeral en la Catedral compostelana con la toma de la palabra del arzobispo de Santiago, Teodosio Ramírez, que ha recordado al difunto presidente gallego como una persona de bien, que ha estado dedicado a defender los valores y los derechos individuales de los ciudadanos.

Previamente, cientos de personas han dado el último adiós al difunto presidente, en una misa oficiada en la misma Catedral. Posteriormente se ha celebrado un acto en la Plaza del Obradoiro que ha congregado, entre otros, al vicepresidente Gallardón, así como a la cúpula del gobierno y a muchos mandos militares y políticos.

Antes del significativo evento, a través de un pasillo vallado, situado entre el Pazo de Raxoi y la Catedral de Santiago, han llegado hasta el templo compostelano las numerosas autoridades que han acudido al acto, en donde el vicepresidente ha entrado acompañado de su esposa y algunos consejeros, todos ellos de riguroso luto.

En un emotivo discurso, seguido atentamente por los compungidos asistentes, algunos incluso mostraban lágrimas en los ojos, Teodosio Ramírez ha reconocido al difunto como un buen hombre, que había dedicado su vida a servir a los gallegos con las mejores intenciones.

En primera fila han seguido el funeral el vicepresidente Francisco Gallardón, el general Pedro Casáis, y sus homólogos, José Bugallo, Damián Rama y Ramón González. También la anciana y afectada madre del muerto, Celia Rodríguez, que se hallaba acompañada por una sirvienta y por la cariacontecida y llorosa María Castro.

La música de despedida fue interpretada por la actuación de doscientos gaiteros y, tan pronto como finalizó la misa, tanto Francisco Gallardón como las máximas autoridades militares, entre los cuales, por supuesto, se hallaba Pedro Casáis, se habían acercado a dar el pésame a los familiares del difunto presidente y algunos también a María Castro. Tras ellos han comenzado a desfilar cientos de asistentes congregados en el interior del templo, y que en su mayoría también han saludado al arzobispo a la salida.

Cuando la ceremonia había concluido y muchos de los concurrentes se habían reunido en grupos que comentaban entre ellos los detalles del evento y las últimas noticias, los cuatro militares gallegos de mayor rango y el vicepresidente Gallardón, se encaminaron sin prisas a uno de los despachos del Pazo de Raxoi. Los cinco habían acordado reunirse previamente, en cuanto finalizase el funeral y, una vez dentro del edificio neoclásico, los guardias cerraron el paso a todos aquellos que pretendían seguirlos, y ellos, sumidos cada uno en sus propios pensamientos, se

acomodaron en una amplia estancia que disponía de casi todos los elementos que podían encontrarse en un club de caballeros, a excepción de camareros.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó el general Bugallo, mirándolos indistintamente.

Los reunidos fijaron sus ojos en el pontevedrés que había roto el hielo y comenzado el esperado debate. Sin embargo todos dudaron unos segundos, esperando que cualquier otro respondiera a la pregunta y les diera la pauta a seguir.

Fue el vicepresidente el primero en hablar, pero lo hizo sin convicción y sin la seguridad exigida en alguien que sabía lo que quería y que tenía las cosas claras.

—Yo asumiré la presidencia hasta las próximas elecciones.

—¡De eso nada! Yo exijo que celebremos elecciones enseguida y quiero presentar mi candidatura —dijo el general Bugallo, revelando que esperaba ser él quién presidiera Galicia.

Por un instante reinó el silencio, mientras los componentes del quinteto analizaban mentalmente todas las posibilidades que abría el nuevo escenario.

—Está bien. Debes saber que el que tú presentes tu candidatura no me amilana, y ya que así lo quieres competiremos en las elecciones —aceptó el vicepresidente a la primera de cambio, mostrando con ello que era un hombre de convicciones poco firmes.

Todos los militares lo entendieron así y entonces fue Damián Rama el que intervino:

—Yo creo que deben ser más de dos los candidatos que entren en liza —dijo y esperó ser apoyado por los presentes que aún no se habían pronunciado.

—Yo también me presentaré —declaró Pedro Casáis, y esa respuesta hizo sonreír al general Rama, pero ensombreció los rostros de los dos que anticipadamente habían declarado su intención de concurrir a las elecciones. Sin embargo, el general Bugallo enseguida recuperó la seguridad en sí mismo y dijo:

—Está bien, no te tengo miedo. Estoy seguro de contar con el apoyo de los pontevedreses y esos son muchos votos a mi favor.

—Das por sentado que por ser oriundo de Pontevedra te van a votar todos los pontevedreses. Me parece ingenuo por tu parte. Ya no te acuerdas de que el difunto presidente Caamaño era santiagués, y su mayor granero de votos estuvo en Vigo —explicó Ramón González, hablando por primera vez, y recordándoles un hecho que algunos parecían haber olvidado.

Era cierto y eso minó un poco la seguridad del general Bugallo, pero enseguida sacudió la cabeza como para librarse de pensamientos incómodos y respondió:

—A mí todos me conocen y me apoyan —aseveró con firmeza no exenta de rabia, pero su afirmación no convenció al vicepresidente ni a sus homólogos. Los reunidos, excepto Bugallo, pensaban que el más conocido y respetado de todos era Pedro Casáis, y que tenía más probabilidades que cualquier otro de ser elegido como sucesor de Caamaño.

—A lo mejor hay algún otro que decide presentarse a las elecciones, ¿no creéis?
—Les hizo notar el comandante militar de Orense.

Era cierto y todos supieron que debían abrir un plazo de presentación de candidaturas y el que debía encargarse de ello era el vicepresidente. Por eso todas las miradas convergieron en él y este, a regañadientes, tuvo que decir:

—Está bien. Daré una rueda de prensa e informaré del plazo de presentación de candidaturas y de los requisitos que deben cumplir los candidatos.

Dicho eso volvió a reinar el silencio en el grupo. Entonces, el general Rama con una idea preconcebida se dirigió al mueble bar y, ante la mirada curiosa de sus compañeros, se sirvió un generoso vaso de *whiskey* sin hielo, bebió un sorbo paladeándolo y, deleitándose, con el resto de la bebida en la mano, escogió uno de los cómodos sillones de cuero y se sentó. Su acción enseguida fue imitada por los demás; por un instante todos se apelotonaron tras el mueble bar y cada uno se sirvió lo que más le apetecía en esos momentos, y después, como de común acuerdo, fueron también tomando asiento y, con aparente sosiego, se limitaron a saborear los licores de sus copas.

El silencio no se hizo incómodo porque no duró mucho.

—Me he enterado de que te has casado —dijo el general Rama, mirando a Pedro.

La afirmación fue sorpresiva e inesperada, e incluso asombró al aludido y, por supuesto, a los demás que no estaban enterados y, por ello, todas las miradas convergieron, curiosas e interrogantes, sobre el comandante militar de A Coruña.

Damián Rama se había enterado porque uno de los escoltas de Pedro Casáis lo había contado y la noticia enseguida se extendió.

No era ningún secreto y Pedro, con una sonrisa indescifrable en su cara, respondió:

—Vaya, las noticias vuelan —comentó, algo sorprendido de que ya se supiese y añadió—: Sí, me he casado.

—Felicidades, Pedro —dijo Ramón González el primero, y enseguida los demás, con la excepción de Bugallo, se sumaron a las felicitaciones, y fue Gallardón el primero que propuso un brindis por ello.

Después de brindar, el general González preguntó con evidente interés:

—¿Quién es la afortunada?

No fue necesario que Pedro respondiera a la sencilla pregunta, José Bugallo se adelantó y, con un tono en el que se entremezclaban una pizca de envidia y otra de injustificada insidia, manifestó:

—Se ha casado con la hermana del rey de Asturias.

Todos los presentes, que no estaban al tanto del hecho, se sorprendieron, pero enseguida reaccionaron, sonrieron y quisieron saber más.

—Tengo entendido que la hermana del rey asturiano es una mujer muy guapa —declaró Gallardón el primero.

Los demás también lo habían oído y lo dieron por hecho.

—¿Cómo la has conocido? —quiso saber Damián Rama.

—Cuando me implantaron la mano —respondió Pedro, mirando su todavía vendada extremidad y haciendo que las miradas de los presentes siguieran el fugaz movimiento de sus ojos.

—¿Ha sido un flechazo o ya la conocías de antes? —preguntó el general Rama, sintetizando la curiosidad de todos.

—Puede decirse que ha sido un flechazo —mintió Pedro, sin creer necesario explicar que había sido una inesperada exigencia del rey astur.

Sin embargo, José Bugallo, ya en su papel de opositor, quiso sembrar legítimas dudas sobre el sorprendente matrimonio entre un general gallego y una princesa asturiana, y por eso dijo, sin saber que de alguna manera estaba en lo cierto.

—¿Qué condiciones te ha impuesto el rey de Asturias al darte a su hermana en matrimonio?

—¿Condiciones? A mí nadie me impone condiciones —respondió airado Pedro, pero enseguida se calmó y expresó con mesura:

—Me he casado con una mujer guapa, divertida y culta. Eso es todo, y el hecho de que sea la hermana de un rey no significa nada inusitado. Ella no es la heredera al trono sino que lo son los hijos de su hermano y, en buena lógica, jamás reinará. Por tanto es solo una mujer, y su nobleza yo no la mido por su cuna sino por su bondad.

Lo que acababa de decir Pedro tenía todos los visos de ser cierto y nadie encontró argumentos con qué refutarle, ni siquiera Bugallo fue capaz de poner en duda las afirmaciones del general coruñés. Por eso todos tornaron a relajarse y así, ensimismados, sumidos cada uno en sus propios pensamientos, volvieron a quedar en silencio, y por un momento solo parecieron prestar atención a sus bebidas.

—¿Quién creéis que está detrás del asesinato de nuestro presidente? —preguntó repentinamente Pedro, con la intención de saber algo que su intuición no le permitía vislumbrar.

Su pregunta nubló los rostros de sus interlocutores y un fugaz gesto de rabia se reflejó en mayor o menor grado en todos ellos.

—Es probable que el presidente madrileño, Enrique Rojas, esté detrás del magnicidio, pero como los ejecutores materiales han muerto no podemos probarlo —respondió Damián Rama, resumiendo también el sentir y las sospechas de los demás, y añadió—. No podemos saberlo con certeza y me aventuro a afirmar que si alguna vez se sabe la verdad será por casualidad.

Todos pensaban lo mismo que Damián y, con caras adustas, asintieron, de manera maquinal, a las sensatas afirmaciones del general.

A partir de ahí la conversación fue decayendo y todos ellos bebían circunspectos, sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

El sonido del videoteléfono de Pedro Casáis rompió repentinamente el silencio, y el general, después de ver que era Elena quién llamaba, pensó que el momento no podía ser más inoportuno y, para evitar que sus contertulios escucharan lo que iba a

decir, se levantó y se apartó hasta quedar fuera del radio de escucha de los componentes del grupo, solo entonces pulsó el botón que establecía la comunicación.

—Dime, Elena —inquirió, de espaldas a sus compañeros, en cuanto supo que no podían escucharle.

—Vaya. Pensé que no ibas a contestar —habló ella con algo de reproche en el tono, poco acostumbrada a que la hicieran esperar.

—Estoy en una reunión y he tenido que dejarla para que nadie escuche nuestra conversación.

—Lo siento —se disculpó ella, dándose cuenta de que, a pesar de no pretenderlo, había sido inoportuna.

Él estaba deseando preguntar el porqué de la inesperada llamada pero contuvo su curiosidad y esperó a que fuera ella la que se explicase.

—Mi hermano me acaba de informar de que ha estado haciendo gestiones y que ha contactado con un agente inmobiliario coruñés para buscarnos una casa en A Coruña. Según me ha dado a entender hay una que le ha gustado y me pidió que hable contigo para que vayas a verla y nos digas si es de tu agrado o no.

—Vaya. No esperaba que las cosas fueran tan rápido —dijo él en voz alta y enseguida de arrepintió de haberlo dicho; por eso, antes de que ella le reprochase su presunta falta de entusiasmo, rectificó y añadió—. Iré enseguida y le echaré un vistazo.

—Bien —aceptó ella y agregó—. Sí es de tu agrado y consideras que es la adecuada puedes hacérmelo saber y yo me mudaré a ella —especificó, sin importarle parecer extrañamente impaciente.

—Dame el teléfono del agente y le llamaré.

Ella le dio el número y él se apresuró a guardarlo en la memoria del aparato.

Una vez hecho parecía que eso era todo lo que ambos querían decirse en ese momento y, como todavía había poca confianza entre ellos, ninguno de los dos supo cómo continuar la conversación, a pesar de que era mucho lo que les faltaba saber al uno del otro. Fue él quien decidió cortar la comunicación con una excusa simple.

—Enseguida voy a llamar al agente inmobiliario y tan pronto como vea la casa contactaré contigo y te diré lo que me ha parecido.

—Muy bien... ¿Irás a ver la vivienda hoy? —preguntó ella, sin importarle mostrar un tono de impaciencia que desconcertó a Pedro.

—Sí, si es posible iré hoy —se comprometió él, y añadió para despejar posibles dudas—. Al final del día te llamaré y te diré lo que hay.

—Está bien —aceptó ella y agregó—. Hasta luego, entonces.

—Hasta luego —respondió él antes de pulsar la tecla que cortaba la comunicación.

Al dar la llamada por finalizada, Pedro volvió junto a sus compañeros, que no le habían quitado ojo mientras hablaba, y les explicó de manera general, sin dirigirse específicamente a nadie.

—Tengo que irme. He de hacer algo que no puede esperar —manifestó, sin concretar.

Ninguno se atrevió a preguntarle de qué se trataba y él tampoco tuvo ninguna intención de justificar su ausencia.

Tan pronto como salió al pasillo se puso en contacto con el agente inmobiliario y, después de darse a conocer, el hombre estuvo encantado de enseñarle la casa en cuanto lo deseara. Quedaron de acuerdo en contactar de nuevo en cuanto Pedro llegase a Coruña y, con esa idea en mente, el general abandonó el edificio y salió a la empedrada Plaza del Obradoiro, subió al coche blindado, que estaba aparcado a su disposición, en una zona exclusiva y, después de dar la dirección a su sorprendido chofer, se repantigó en el asiento trasero e inició el viaje a la ciudad herculina.

Llegaron en tiempo record y, tan pronto como el vehículo entró en el casco urbano, Pedro llamó de nuevo al vendedor que le esperaba y quedaron en verse en la céntrica sucursal en la que el hombre trabajaba. Estaba aparcando en doble fila, frente a la agencia, cuando un trajeado individuo de mediana edad, algo rechoncho, de cara mofletuda y ojos astutos, salió y, sin dudar, se presentó al general en cuanto este bajó del coche, sin esperar a que el apurado chofer tuviese tiempo de abrirle la puerta.

Vestido de uniforme Pedro era inconfundible y el comercial no dudó en acercarse a él y decir:

—¡Bienvenido, general! Ha llegado más pronto de lo esperado —comentó el hombre, al tiempo que alargaba la mano para estrechar la de su posible cliente.

Pedro apretó la firme mano de su interlocutor y al hacerlo el activo y desinhibido individuo se presentó:

—Me llamo Ricardo Varela y estoy a su disposición.

—¿Cuándo puedo ver la casa? —preguntó el general, sin querer perder el tiempo.

—Ahora mismo si quiere, señor.

—Bien, vamos allá. Sube al lado de mi chofer e indícale cómo llegar —ordenó Pedro, al tiempo que él volvía a entrar en la trasera del coche, sin interesarse por la gente que deambulaba a su alrededor y que sí se fijaban en él con comprensible curiosidad.

Enseguida llegaron al extremo norte de la ciudad, lugar donde se ubicaba la propiedad, y Pedro pudo contemplar la casa que le ofrecían.

La vivienda se dejaba ver desde el exterior a través de sus múltiples cristaleras, desde las cuales podía contemplarse una fantástica bahía con el mar Cantábrico de fondo. La casa se había configurado a partir de un juego de volúmenes que permitían la mejor situación de cada una de las dependencias internas, y su interior estaba caracterizado por los espacios limpios y sin elementos entorpecedores a la vista, que reforzaban el poder comunicativo creado por las transparencias.

—Conceptualmente el proyecto se ha basado en resolver y aprovechar la fuerte pendiente del terreno, por lo que en la planta del sótano se han ubicado dos dormitorios orientados hacia las vistas y con salida al exterior, que incluyen también

sus respectivos baños y vestidores. Estos están pensados para albergar a los visitantes e invitados ocasionales, mientras que el resto de la planta del sótano se dedica a garaje y gimnasio. A su vez la planta baja se abre a las vistas en un gran espacio solárium-mirador, donde los elementos perturbadores como barandillas o muros se han eliminado para no obstaculizar las vistas. En este nivel se distribuye el salón, el comedor, la cocina, tres dormitorios y un cuarto de juegos.

»En el estar se ha creado una chimenea de considerables dimensiones, revestida con chapa de color negro, y desde cualquier parte de la casa se puede apreciar la doble altura practicada en el techo y la pasarela acristalada de acceso al dormitorio en la planta superior. Mientras el comedor acristalado mira hacia la ría. El juego de alturas creado en esta planta permite incluir la piscina y los vestuarios en el mismo nivel. En la planta alta se encuentra la zona más privada de la casa: dormitorio principal, con vestidor, baño y salón propios, orientado a las vistas de la bahía.

»La iluminación de la vivienda es a base de foseados y luces perimetrales ocultas o semiocultas en toda la casa y la calefacción es por sistema de suelo radiante.

»La superficie de la casa es de 1400m² en una finca de 3100 y con una zona ajardinada de 850 m².

»La fachada es de mármol gallego y las ventanas están conformadas con cristal doble, con película color marrón interior.

»Los suelos de la vivienda son de madera seleccionada con piezas de 25 cm de ancho y hasta 5m de largo, los de la cocina son de pizarra pulida, en los garajes de imitación pizarra y en la piscina de madera de teka.

»El sistema de iluminación es programable según las necesidades y se puede apagar y encender cualquier estancia desde cualquier sitio. También dispone de reguladores de intensidad en toda la casa.

»La cocina está equipada con mobiliario de una conocida marca.

»El baño principal dispone de dos lavamanos.

»La casa también tiene una espaciosa sala de cine, además de dos amplios garajes para 10 coches, un gimnasio y una sauna totalmente equipados, y un helipuerto en la parte trasera.

Cuando el vendedor estaba dando por terminada la visita guiada y su prolija explicación sobre las ventajas de la casa, esperaba las preguntas que cualquier potencial comprador le haría y pensaba que podía resolver cualquier duda que su atento cliente le expusiese. Sin embargo esta vez no fue así y el general se limitó a escuchar atentamente, al tiempo que se hacía su propia composición del sitio.

A Pedro le gustó la casa y lo que primero le vino a la mente fue que el precio debía ser desorbitado, y que, evidentemente, estaba fuera de sus posibilidades financieras. Sin embargo sabía que no era él quien iba a pagar por semejante vivienda, pero esa constatación no le hizo sentirse incómodo y, ególatramente, pensó que era algo que merecía, a pesar de no saber bien por qué.

—¿Quién se puso en contacto con vosotros y os dijo que yo vendría a ver la casa?

—preguntó, con la intención de saber si había sido el rey en persona.

—Un representante del monarca astur llamó y preguntó cuál era la casa más exclusiva que teníamos a la venta. Le hemos dicho que esta y enseguida nos hizo saber que usted vendría a verla, y que si era de su agrado se la quedarían.

—¿Le habéis dicho el precio?

—Sí, señor, por supuesto.

—¿Cuánto es? —quiso saber Pedro.

La pregunta sorprendió al vendedor porque pensó que el general ya lo sabía, pero aun así fue capaz de hablar con voz firme.

—Cuatro millones doscientos.

El precio no impresionó a Pedro. Esperaba algo similar, por eso no sintió la menor turbación y preguntó:

—¿Te han dado alguna instrucción específica para el caso que yo dijese que me la quedo?

Esa nueva pregunta volvió a sorprender al vendedor, pero el hombre, acertadamente, enseguida intuyó qué el general Casáis decidía la compra pero no era él quien pagaba. Al darse cuenta de que ese era, supuestamente, el caso, el comercial supo a qué atenerse y pensó intuitivamente que la venta estaba hecha y que el dinero no iba a ser un obstáculo, siempre y cuando el hombre que tenía delante diese su visto bueno a la casa.

—Solo me han informado de que usted vendría a verla y, lógicamente, he pensado que es usted el que decide, ¿me equivoco?

Dada la explicación y antes de que Pedro se sintiese obligado a responder a la pregunta que acababan de hacerle, el comercial volvió a hablar para inquirir:

—¿Le gusta la casa?

La segunda pregunta hacía innecesario responder a la primera y así lo entendió el militar, por eso reconoció sin dudar.

—Me gusta —confesó, y añadió para ser más específico—. Lo que más me agrada son las vistas a la bahía.

—Opino lo mismo que usted, pero no me negará que, además de eso, a la casa no le falta detalle.

—Es cierto. Tiene el diseño y la decoración adecuada y es muy luminosa —admitió Pedro para satisfacción del ansioso vendedor.

—¿Se la queda, entonces? —preguntó abiertamente Ricardo Varela.

—Sí. No veo por qué no —respondió, súbitamente contento—. ¿Tengo que firmar algo? —preguntó el general, nada experimentado en la compra de inmuebles.

—Sí, por favor. Firme este recibo que demuestra que le he enseñado la casa y también este otro que dice que está de acuerdo en adquirirla en el precio estipulado.

Pedro no tuvo inconveniente en estampar su firma en donde se le requería, pero al hacerlo puntualizó:

—Eso de estar de acuerdo en adquirirla no es lo mismo que un contrato de

compra, ¿no? —inquirió dubitativo.

—No, señor. Ya me ha quedado claro que la transmisión del inmueble se hará a través de una sociedad. Es simplemente una formalidad para que los gestores no tengan duda de que usted está de acuerdo con la adquisición —respondió Varela, pero una vez dicho eso le quedaba una duda y se aventuró a solventarla—. Es evidente que usted decide la compra, pero hay algo de lo que no estoy seguro. ¿La casa es para usted o la adquiere por encargo de alguien? —se atrevió a preguntar, aún a pesar de que sabía que podía recibir una contestación desabrida.

—Me he casado con la princesa Elena, la hermana del rey de Asturias —especificó, y sin saber por qué se sintió impelido a detallar más—. El rey decidió buscar una casa adecuada al rango de mi esposa, antes de que vivamos juntos, y por eso, ya que ella está en Asturias, yo me encargo de elegir la vivienda apropiada, y creo que esta lo es —terminó diciendo Pedro.

Con esa explicación al vendedor le quedaron las cosas más que claras y pensó, no sin cierta envidia, que estaba ante un hombre afortunado como pocos, y eso que no sabía que el sencillo y espontáneo militar, que hablaba con él como su igual, tenía muchas papeletas para convertirse en el próximo presidente gallego.

Sin embargo, para sorpresa del vendedor, el general Casáis se dio cuenta de que ese era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar su campaña política y dijo:

—Después de la desgraciada muerte del presidente Caamaño, yo soy uno de los que han decidido presentarse a las elecciones y me atrevo a solicitar su voto, señor Varela.

Solo entonces el comercial tuvo plena conciencia de la importancia del hombre con el que estaba hablando y recordó lo que había oído acerca de él y de sus exitosas campañas militares. Por eso, perdido algo de su aplomo, respondió con su tono de voz más sincero.

—Puede contar con mi voto y con los votos del resto de mi familia, señor.

Elena estaba nerviosa y ansiosa a la vez. Habían transcurrido dos semanas desde que Pedro la llamara para informarla de que la casa que le habían enseñado era de su agrado. Se la había descrito someramente y, en ese instante, ella no supo hacerse una idea de si la vivienda le gustaba o no. Por eso, para salir de dudas, llamó a la agencia inmobiliaria en cuanto terminó la conversación con su marido, e hizo que le enviaran un vídeo y un buen número de fotos de la que iba a ser su futura morada, ya que Pedro la había considerado adecuada para habitar en ella.

Después de ver meticulosamente el vídeo y los detalles que revelaban las estáticas fotos, decidió que la casa no estaba mal del todo y que, por supuesto, ella haría algunos cambios para adaptarla totalmente a su gusto.

En esa misma conversación, que había versado en principio sobre la vivienda, Pedro también le había contado que pensaba presentarse a las próximas elecciones a la presidencia de Galicia y que por esa razón iba a estar muy ocupado.

Elena entendió la nueva situación y, en un primer momento, no supo si la carrera política que su marido acababa de iniciar iba a ser un elemento de cohesión entre ambos o por el contrario tendería a separarlos. Pronto disipó esas dudas y, como la mujer fuerte que era, se dijo a sí misma que esas circunstancias externas no tenían por qué jugar en contra ni tampoco favor de su felicidad o desgracia.

En los subsiguientes días, Elena siguió con atención los noticiarios gallegos que hablaban profusamente de los seis candidatos, que finalmente habían optado a la presidencia de la Xunta de Galicia, y por ello supo que su marido partía con muchas posibilidades.

Cuando fue del dominio público que Pedro Casáis y ella estaban casados, y las imágenes de su boda fueron accesibles a los medios televisivos, causaron sensación en un gran sector del público y, por ello, los asesores políticos de Casáis le aconsejaron que los dos deberían aparecer juntos en muchos de los actos de campaña, porque ese hecho jugaría a favor de las posibilidades de ser elegido del general. Por eso, cuando solo faltaba una semana para las elecciones, ella, a petición de Pedro, aceptó de buena gana personificar la imagen de pareja feliz y enamorada, que los medios esperaban, y para ello, antes de nada, tenía que desplazarse a su nueva casa de A Coruña.

A medida que el aerodeslizador que transportaba a la princesa, a cuatro de sus sirvientas y a media docena de guardias personales, además de, por supuesto, a los dos pilotos requeridos por el protocolo de seguridad de la casa real asturiana para el transporte de los miembros de la realeza, se acercaba a su destino, Elena se notaba cada vez más nerviosa. Cuando la nave aterrizó en el helipuerto de su nuevo hogar, se obligó a sí misma a serenarse —estaba entrenada desde niña para domeñar sus

sentimientos—, y una vez conseguida la apariencia de tranquilidad esperada, que solo dejaba notar el esperado y comprensible nerviosismo de un reencuentro de pareja, se sintió más segura. Se levantó al poco de posarse la nave y, bajo la atenta mirada de sus guardias y sirvientas, recorrió el pasillo que conducía a la rampa de salida recién abierta.

Elena iba vestida con unos *jeans* holgados, ideales para viajar con comodidad, una blusa suelta, una chaqueta clásica y calzaba botas de gamuza negra con tacón de goma. Junto a ella había viajado un bolso de mano grande pero manejable, lleno de infinidad de adminículos. Sin embargo la princesa dejó que una de sus atentas sirvientas se hiciera cargo del bolso de viaje y ella, así liberada de todo peso, se dirigió a la salida.

Al abandonar la nave faltaban dos horas para la puesta de sol, y una templada brisa proveniente del mar refrescaba el ambiente vespertino de ese día de mediados de Junio.

El viento le revoleteó el cabello pero ella no hizo nada para recomponerlo. Ignoró las condiciones meteorológicas y solo se fijó en su marido, que la esperaba al borde de la pista de aterrizaje, vestido con su habitual uniforme militar pero con la cabeza al descubierto.

Ella se detuvo fugazmente a mirarlo sin saber por qué, pero solo fue un brevísimo instante y enseguida reanudó su avance hasta acercarse a él.

Para sorpresa de Pedro, Elena antes de hablarle le dio un ligero beso de saludo en los labios y al separarse escucho la típica pregunta interrogante después de una arribada.

—¿Has tenido buen viaje?

—Ha sido placentero y rápido. Ya sabes que no se tarda mucho en llegar aquí desde Oviedo.

Él lo sabía y también estaba al tanto de que su pregunta había sido convencional, pero no tenía nada de malo para iniciar la conversación, pensó.

—Ven. Te enseñaré la casa —dijo Pedro, sabiendo que de nuevo estaba actuando de manera protocolaria, esta vez como cicerone.

Ella había visto el video y las fotos de todo lo que la rodeaba, pero aun así sus ojos se fijaban en todo y, a medida que avanzaban hacia la entrada, hacía comparaciones mentales, por eso supo que las imágenes le habían hecho justicia a la propiedad y que todo era tal y como ella esperaba.

Mientras Elena y Pedro recorrían pausadamente la casa y hacían breves y concisos comentarios, casi siempre positivos, sobre los múltiples detalles de la vivienda, las sirvientas transportaban el voluminoso equipaje de su ama al interior y, con la ayuda de la asistenta que el general había contratado hacía pocos días, que les daba las indicaciones precisas, fueron llenando los armarios con el ajuar de la princesa.

Los guardias que escoltaban a Elena fueron recibidos por Rubén, el polifacético

ayudante personal del general Casáis, y por algunos policías locales que se turnaban para vigilar la propiedad. El teniente les dio la bienvenida con cordialidad, les mostró sus aposentos y les instruyó sobre los horarios de guardia que debían desempeñar en coordinación con los policías.

Cuando, casi al unísono, la recién reunida pareja consideró que por el momento ya era suficiente, puesto que habían visto lo más notorio y destacado de la casa, ya era casi de noche, y las luces perimetrales y otras, igualmente programadas, se habían encendido, por eso los dos, andando a la par, habían regresado indeliberadamente a la gran sala de doble altura.

Una vez allí, Pedro preguntó inesperadamente:

—¿Tienes hambre?

Ella dudó pero enseguida reconoció que la pregunta era pertinente y se dio cuenta de que sí, de que tenía algo de hambre.

—Pues sí, comería algo, ¿qué tienes? —inquirió ella, con una media sonrisa plasmada en su bella cara, mostrando también una gran expresividad en sus irónicos ojos, intuyendo que él quería sorprenderla con algo que había preparado.

—He pedido que nos trajeran, de un afamado restaurante coruñés, algo que creo que te gustará.

Ella lo miraba interrogante y él se vio obligado a concretar:

—Merluza con pulpo a la gallega y solomillo de ternera con crema de champiñones. Además, tenemos una gran variedad de vinos y licores.

—Me apetece un vino —dijo ella de repente.

—Por supuesto, ven —pidió él, guiándola al acristalado comedor que mira hacia la ría. Una vez allí abrió el mueble bar y preguntó—: ¿Blanco o tinto?

—Blanco —respondió ella concisamente.

Pedro estuvo a punto de preguntar cuál quería pero en el último instante no lo hizo. De una vinoteca climatizada eligió un conocido albariño, hecho con tres variedades de uvas, descorchó la botella, lo olió y lo probó. Después, satisfecho de la cata, escanció el frío vino en dos copas finas que sacó del aparador.

Bebieron a pequeños sorbos, en silencio, mirando hacia la ría y a las numerosas luces que reseguían la sinuosa línea de costa. Después de la segunda copa, la criada de Pedro (informada previamente de que iban a cenar), a la que se habían unido las sirvientas de la princesa, les comunicó que la cena estaba dispuesta.

Comieron masticando despacio, en silencio, pero sin sentirse incómodos, y en cuanto terminaron se levantaron; después de haber hecho, ambos, rutinarias visitas al aseo, se reunieron de nuevo en el salón adyacente y volvieron a sentarse juntos en un amplio sofá de cuero, que encaraba una cara y original mesa de centro.

—¿Te apetece un café u alguna otra cosa? —preguntó él.

—Un café no, me tomaría un licor de café.

—Yo tomaré un *whiskey* —especificó el general.

Esta vez no tuvo que ser Pedro quién se levantara a servir las copas elegidas. Su

asistente estaba cerca y atenta y, en cuanto supo lo que querían, se apresuró a preguntar:

—¿El *whiskey* lo quiere con hielo o sin hielo, señor?

—Sin hielo —respondió él, repantigado.

—¿Y usted, Alteza? —preguntó la mujer, de nuevo vacilante, dudando también de cómo quería ella el licor de café.

—A mí tampoco me pongas hielo —especificó Elena, con una sonrisa amable que reconfortó a la sirvienta.

En cuanto les fueron servidas las bebidas ambos bebieron sendos y pocos sorbos, y después, para liberar sus manos, depositaron las copas sobre el dúo de posavasos que la criada había colocado sobre la mesa de centro.

—¿Cómo va tu campaña electoral? —quiso saber ella.

—Según mis asesores bastante bien. Dicen que voy en cabeza y supero en cinco puntos al segundo de mis oponentes.

—¡Estupendo! ¿Qué hizo que decidieras presentarte a la presidencia?

—Ambición de poder y la seguridad de que en estos momentos soy la persona idónea para desempeñar el cargo —respondió él con manifiesta y descarnada sinceridad.

Esa respuesta directa, sin ambages ni subterfugios, Elena no se la esperaba y, por un momento, se sintió desconcertada, pero enseguida se dio cuenta de que él no pretendía fingir con ella, y eso hizo que sintiera una íntima satisfacción.

Ambos estaban un poco achispados, pero aun así la mujer no dejó de notar las disimuladas miradas del hombre sobre la curvatura que sus senos hacían en la holgada blusa, cuando la tela se tensaba con las diversas posturas que ella adoptaba de manera natural. También se dio cuenta de que su marido parecía no poder evitar mirar sus muslos y, anteriormente, cuando ella caminaba adelantada, le pareció intuir que él observaba con interés sus nalgas.

Creo que me desea, juzgó ella, y eso hizo que una íntima satisfacción recorriera su cuerpo.

También Elena había aprovechado para hacer un examen pormenorizado de la complexión de su marido, y lo que vio, una vez más, le gustó y terminó excitándola.

«Está bueno», pensó, y en cuanto ese pensamiento cruzó su mente deseó que él opinara lo mismo acerca de ella.

Volvieron a beber y cuando estaban a punto de terminar sus respectivas copas de sobremesa, ella preguntó:

—¿Qué tal tu mano?

Él, de manera maquinal, miró la extremidad aludida, que todavía llevaba un somero vendaje, que servía más que nada para ocultar su cicatriz, y respondió con sinceridad.

—Está casi completamente curada y tiene plena sensibilidad, no ha habido ni el más mínimo rechazo y mi cuerpo la acepta como propia. Por otra parte apenas pienso

en lo ocurrido, como quien dice he hecho borrón y cuenta nueva.

—Me alegro —respondió ella, y sin transición cambió de tema y preguntó:

—¿Tienes planes para mañana?

La inesperada pregunta le cogió desprevenido e hizo que Pedro saliese de su tranquila modorra y volviese a pensar en su realidad cotidiana. Al día siguiente tenía un mitin en un auditorio del palacio de exposiciones y congresos de A Coruña y debía estar despejado, pensó, y por eso dijo con un tono de voz que mostraba contrariedad.

—La verdad es que sí. Tengo que hablar ante algunos cientos de personas y debo estar alerta y despejado.

Ella lo entendió perfectamente y por eso tomó la iniciativa y dijo:

—Entonces será mejor que nos acostemos, ¿no crees?

Pedro estaba de acuerdo y lo único que dudaba era si ella se refería a acostarse juntos o por separado.

Elena notó la indecisión de su marido e intuyó su dilema, por eso se atrevió a decir lo que pensaba y a dejar claro que no iba a andarse con rodeos, y expresó a las claras.

—Es la primera noche que vamos a pasar juntos y estoy algo nerviosa, ¿tú no?

—Yo también —admitió él, y se alegró de que ella pusiera las cartas sobre la mesa. De súbito, aclarado el tema, se olvidó de todo lo que debía hacer al día siguiente y se centró en el presente.

—¿Subimos? —inquirió ella, y él supo que, evidentemente, se refería al dormitorio.

—Sí, vamos.

Una vez en la planta alta de la casa ella se dirigió al vestidor, porque ya sabía que sus sirvientas habían colocado allí su ropaje, pero antes informó a Pedro de sus intenciones.

—Voy a quitarme esta ropa y ponerme cómoda.

—Yo también —respondió él, y se dirigió a su propio guardarropa.

Al poco se reencontraron de nuevo. Entraron en el dormitorio de manera coincidente, sin haberlo planeado, y entonces ambos, frente a frente, se miraron con desinhibido descaro.

Ella vestía una camisola rosa de suave seda, adornada con apliques de encaje que se ajustaba perfectamente a las sinuosidades de su cuerpo y transparentaba sus erectos senos. Cubría su intimidad con unas diminutas bragas de algodón y poliéster, y calzaba unas lujosas chanclas con un corazón decorativo en la parte superior de los zapatos.

Él vestía un pijama de seda gris, debajo del cual solo llevaba unos bóxer de algodón sin costuras, de color negro, y también calzaba cómodas chanclas de cuero marrón.

Sin dejar de mirarse a los ojos se acercaron el uno al otro. Al unísono y de manera natural supieron lo que iban a hacer a continuación pero no cómo.

Él alargó los brazos, rodeó la cintura de Elena y la atrajo hacia sí. Ella se dejó hacer y correspondió enroscando sus antebrazos en la nuca del hombre.

Se besaron, al principio titubeantes, pero enseguida suspendieron su primer beso y volvieron a separarse brevemente, pero sin romper el abrazo, para, inconscientemente, analizar lo que habían sentido al besarse por primera vez. De súbito el instinto tomó el control, en los ojos de ambos se reflejó la lascivia y, ya sin contención, volvieron a besarse y a acariciarse impudicamente, con frenesí.

De manera maquinal se dejaron caer en la cama y allí dieron rienda suelta a su contenida pasión. El ardiente deseo mutuo enervaba los demás sentidos de ambos e impedía que se tomaran el tiempo apropiado para explorarse mutuamente, con calma.

Ella dejó que él, impetuoso, ya sin freno, le quitara la diminuta braga con su mano izquierda, sin importarle que se rompiera en el proceso. De manera frenética, Pedro se tomó el tiempo justo para quitarse apresuradamente el pijama y los bóxers, liberando así su ya erecto miembro viril.

Elena, entonces, pudo sentir el contacto directo con la piel de su marido y notó como el bálano del hombre parecía tener vida propia y buscaba adentrarse en su cálida y lubricada intimidad.

Ella no quería que los acontecimientos sucedieran tan rápido pero aun así no supo cómo actuar para que él aminorase y lo dejó hacer. Pronto percibió como el rígido miembro del hombre encontraba su lugar y lo llenaba.

El sentimiento predominante en Elena era el libidinoso deseo y no pudo evitar emitir tartamudeantes gemidos placenteros, ante las rítmicas y fuertes embestidas del primer encuentro sexual con su marido.

También él comenzó a jadear sin querer contenerse. Ni aun cuando, con un quejido ronco, eyaculó por primera vez.

Sin que su apetito sexual se saciara con su primera polución, ni su miembro perdiera rigidez, él continuó, ahora sí, disfrutando más de lo que hacía y, con la cabeza más fría, se propuso que ella llegara al orgasmo.

Elena tampoco tardó mucho en alcanzar el clímax, y en cuanto lo hizo, después de los borbotones de placer, sintió una leve molestia y quiso separarse, pero, para su sorpresa, él no la dejó; la tenía asida por las nalgas y no permitió que se separara ni un centímetro. Enseguida desapareció la leve incomodidad y también ella pudo calmar algo su agitada respiración, centrar toda su atención y regodearse con las nuevas oleadas de deleite, que su aporreado e íntimo centro de placer enviaba al cerebro.

Finalmente, después de una maratón sexual en la que se tomaron tiempo para explorarse mutuamente y pusieron en práctica algunas de las enseñanzas del Kama Sutra, jadeantes, vacíos y exhaustos, se quedaron dormidos estrechamente abrazados.

El denominado Edificio de Servicios Centrales, ubicado en la ladera más firme del imponente complejo, que se asentaba a su vez sobre la aplanada cima del monte Gaiás de Santiago, y que en su conjunto recibía el erróneo nombre de Casa de la Cultura de Galicia, y que albergaba, principalmente, gigantescos laboratorios de investigación médica, que compartían el espacio del faraónico lugar con diversos servicios administrativos del gobierno gallego, había sido acondicionado por los numerosos voluntarios de campaña y publicistas, que patrocinaron y promovieron la candidatura de Pedro Casáis a la presidencia del gobierno galaico.

En el amplio y luminoso espacio que ofrecía el Edificio de Servicios Centrales habían instalado, entre enmarañadas líneas de cables, mesas, ordenadores, numerosas y diversas sillas y multitud de pantallas de televisión, que cubrían en gran parte las altas y blancas paredes, y que daban en directo la programación informativa de diversas cadenas televisivas, que ocupaban toda sus emisiones en ofrecer un intenso y pormenorizado seguimiento de la jornada electoral, además de las opiniones de diversos tertulianos, solo interrumpidas periódicamente por las habituales pausas publicitarias.

A las 21,00 horas cerraron las urnas y los periodistas políticos ofrecieron los resultados de los sondeos que se habían realizado, a lo largo del día, a pie de urna. Esos primeros cotejos de los votos de unos pocos miles de electores, interrogados a la salida de los colegios electorales, daban un empate técnico entre Pedro Casáis y José Bugallo, con mucha diferencia sobre los otros cuatro candidatos que competían con ellos.

Poco a poco, a medida que aumentaba el porcentaje real de votos escrutados, Pedro Casáis empezó a destacar como el más votado y sus partidarios, a lo largo y ancho de Galicia, comenzaron a celebrar anticipadamente la victoria que cada vez veían más cerca.

Cuando el recuento llegó al 90%, la diferencia entre los dos contendientes más notorios se había agrandado y el porcentaje de votos conseguidos por Pedro Casáis rondaba el 45%, superando con holgura a José Bugallo, al que solo se le atribuían un 20% de las papeletas emitidas. Los otros cuatro candidatos se repartían de manera muy similar el 35% restante. Evidentemente, quedó claro que la victoria del general Casáis era aplastante y su único rival, merecedor de tal nombre, solo había obtenido más votos que él en su ciudad natal: Pontevedra.

A las 22,30 uno de los responsables de las comunicaciones, dedicado a filtrar las llamadas, comprobó que quién telefoneaba era José Bugallo y avisó a Pedro de que su principal rival quería hablar con él en privado. El eufórico general Casáis compuso su gesto y, después de adoptar su habitual expresión seria e inquisitiva, dispuso que le

pasaran la llamada al temporal despacho que ocupaba en el Edificio de Servicios Centrales.

—Dejadme solo —ordenó a la media docena de personas que estaban en ese momento junto a él, y sabían de quién provenía la esperada llamada.

Renuentes salieron y, tan pronto se cerró la puerta, Pedro, sentado con cierta rigidez tras la mesa de su despacho, vestido con un impecable traje negro y una camisa inmaculadamente blanca, pulsó el interruptor que establecía la comunicación con su oponente, al tiempo que apoyaba los antebrazos sobre la mesa, a ambos lados de la reclinada pantalla en la que inmediatamente apareció la imagen de José Bugallo. El general pontevedrés mostraba una cara seria y era evidente que trataba de adoptar una actitud digna, a pesar de que no podía ocultar la decepción y la consternación que sentía.

—¡Buenas noches, Pedro!

—¡Buenas noches, José!

—Te llamo para felicitarte y reconocer tu victoria —dijo, escueta y directamente, el general pontevedrés.

—¡Gracias! —respondió sucintamente el recién elegido presidente de Galicia, pero enseguida se dio cuenta de que debía ser más amable con su principal oponente y para ello no se le ocurrió más que decir:

—Ha sido una campaña intensa en la que ambos nos hemos empleado a fondo, creo yo, y debo decirte que muchas veces pensaba que podías ganar tú —confesó Pedro, en un arranque de sinceridad y, antes de que su rival asimilara sus palabras y respondiera, continuó—: Naturalmente, me alegra haber ganado yo, y ahora que las urnas han hablado te pido que colaboremos unidos en todo lo que atañe al bien de Galicia y de los gallegos —terminó diciendo Pedro, y esperó que la respuesta del general José desvelase algo de sus intenciones futuras.

—Estoy a tus órdenes y haré todo aquello que demandes de mí —dijo escuetamente el general pontevedrés.

—Debes saber que de momento no tengo intención de hacer cambios en la cúpula militar y que seguirás desempeñando las funciones de capitán general de Pontevedra —expuso el nuevo presidente, con la intención de tranquilizar a su interlocutor.

—¿De momento? ¿Eso quiere decir que más adelante harás cambios en la jerarquía de las tropas?

—¡No lo sé, José! No sé lo que tendré que hacer, pero ten por seguro que no haré nada que tenga por finalidad perjudicarte, al contrario, es probable que, sí me veo obligado a reestructurar la cúpula del ejército, tú salgas beneficiado —mintió descaradamente Pedro, puesto que, en su fuero interno, pensaba que de ninguna manera iba a dar más poder a Bugallo del que hasta entonces tenía.

Sin embargo las conciliadoras palabras tuvieron un efecto balsámico en el ánimo del derrotado candidato y pensó que el nuevo presidente no tenía intención de apartarlo del mando que desempeñaba. Eso lo tranquilizó algo y minimizó el efecto

de la derrota sufrida en las urnas; por eso dijo con un tono de voz en el que se mezclaban la tranquilidad y el servilismo.

—Haré una declaración pública reconociendo tu victoria, como mandan las normas de la cortesía.

—Te lo agradezco —respondió Pedro, deseando dar por terminada la breve conversación, en la que no tenía más que decir en ese momento.

La escueta respuesta del flamante presidente electo indicó a Bugallo que debía despedirse y lo hizo, utilizando una vez más la diplomacia.

—Estoy a tus órdenes y de nuevo te felicito por tu inequívoca victoria.

—¡Gracias, José! Ya hablaremos más ampliamente en otro momento, ¿te parece? Ahora me reclaman de muchos frentes a la vez y no me dan tregua —comentó Pedro, utilizando la familiar jerga militar que ambos usaban a menudo.

—Lo comprendo, señor —respondió el general pontevedrés, pasando del tuteo a la respetuosa disociación, sin pausa.

—¡Hasta luego! —respondió el electo presidente, y enseguida pulsó el interruptor que apagaba la pantalla.

Tan pronto como dio por terminada la conversación con su derrotado oponente, un nuevo aviso de llamada le indicó que alguien más quería hablar con él. Sabiendo que si la comunicación llegaba a su receptor era por qué había pasado el filtro del ingeniero de comunicaciones que recibía todas las llamadas entrantes, y si este la había autorizado sin consultarle debía ser trascendente, o provenir de alguien importante, con acceso a comunicarse sin previo aviso con él, pulsó de nuevo el interruptor e inmediatamente apareció en la pantalla el bello rostro de su esposa.

Elena estaba radiante y el contento se reflejaba en su gesto sonriente y distendido, y en el brillo de sus ojos. Antes de que él dijese algo al verla, ella se adelantó y manifestó con tono alegre y algo mordaz:

—¡Buenas noches, señor presidente!

—Hola, cariño. Estaba a punto de llamarte —expuso él, y no mentía.

—Imagino que estarás muy ocupado pero no he querido esperar más para felicitarte —dijo ella y, sin transición, preguntó—: ¿Sigue en pie lo que acordamos en caso de victoria?

Él dudó por un instante ante la inesperada pregunta, pero enseguida razonó de qué se trataba; sin embargo, aun así, se sintió obligado a confirmarlo para salir de dudas.

—¿Te refieres a que tú y yo salgamos juntos en televisión para el tradicional discurso postelectoral?

—Claro, a eso me refiero ¿A qué sino iba a referirme?

—Por supuesto que sigue en pie ¿Dónde estás ahora?

—En casa ¿Dónde voy a estar?

—¿Puedes venir ya al Edificio de Servicios Centrales de la Casa de la Cultura o vas a tardar?

—Estoy lista y el chófer y la escolta me están esperando. ¿Tú dónde estás? —

preguntó ella, incapaz de reconocer los detalles del fondo que mostraba la pantalla de su comunicador, cubierto en su mayor parte por el rostro de su marido.

—Estoy en mi oficina de campaña —respondió él, despejando todas las dudas.

—Está bien. Salgo ahora y nos vemos —dijo ella, y cortó la comunicación sin más florituras verbales.

Pedro vio como la pantalla se apagaba automáticamente al cortarse la transmisión y, por un instante, su mente recordó, en un brevísimo lapsus de tiempo, los sorprendentes acontecimientos del año.

Todo había sucedido a velocidad de vértigo, pensó, y lo curioso fue que por un momento sintió miedo. Parecía como si los astros se hubieran conjurado para favorecerlo a él personalmente y, pesar de haber perdido su mano original, había tenido la ventura que le implantaran otra y estaba como nuevo, y quizás incluso la pérdida de su mano fuese un precio menor a pagar por todo lo que había logrado sin perecer en el proceso. Había conseguido en poco tiempo mucho más de lo que nunca soñara.

Al llegar a esa conclusión su mente racional le dijo que la felicidad continua no podía existir y que, en buena lógica, debía esperar futuros acontecimientos, más o menos traumáticos, que lo pondrían a prueba a no mucho tardar. Consecuentemente se comprometió en ese instante, a estar dispuesto y preparado para demostrar con hechos que seguía siendo merecedor de mantener la posición de privilegio que había alcanzado. Además, era feliz, pensó. Tenía una mujer que lo quería y nunca antes había imaginado que alguien pudiese llegar a disfrutar de tal grado de felicidad sin contrapartidas.

Al llegar a ese razonamiento se preguntó qué le tendría preparado el destino, y a qué contratiempos iba a verse enfrentado para pagar el peaje de la felicidad que en esos momentos disfrutaba.

No sé lo que ocurrirá en el futuro y no voy a preocuparme por lo que ha de acontecer, pensó de manera maquinal, y dejó que su mente siguiera teorizando y razonando.

Viviré día a día, disfrutaré de lo bueno que tiene la vida, y en cuanto aparezcan problemas los solventaré lo mejor que pueda, como siempre he hecho, dedujo con buena lógica.

Cuando llegó a esa conclusión premonitoria, su videoteléfono sonó de nuevo. El sonido lo volvió a la realidad presente, interrumpió sus divagaciones e hizo que maquinalmente pulsase el botón que establecía la comunicación. Inmediatamente la pantalla se encendió y pudo ver la cara de su ayudante, Rubén.

Antes de que Pedro pudiese inquirir algo, el joven oficial se le adelantó y dijo con evidente alteración:

—¡Señor, el ejército alavés ha entrado en Burgos capital!

La noticia sorprendió a Pedro por lo inesperada, y en un primer instante solo se le ocurrió preguntar:

—¿Quieres decir que los alaveses han ocupado Burgos militarmente o están intentándolo?

—No lo sé con certeza. Hemos comenzado a recibir en diversos centros de mando llamadas de emergencia que dan informaciones un tanto contradictorias, pero todos coinciden en afirmar que un número indeterminado de divisiones alavesas han entrado en Burgos por sorpresa, y que apenas encuentran la oposición armada que ofrecen algunos policías locales, puesto que no hay ninguna guarnición militar nuestra en la ciudad ni en los alrededores. Nuestro centro de inteligencia está en alerta máxima y numerosos agentes están tratando de averiguar lo que en realidad está ocurriendo.

—¿Acaso no tenemos ningún satélite enfocado, que ofrezca imágenes en tiempo real de Burgos?

—No, señor. Los del centro del mando espacial están tratando de alinear los satélites mejor ubicados para enfocar sus cámaras sobre la ciudad, pero es de noche y, a pesar de los infrarrojos y los sensores de imagen térmicos, me temo que hasta mañana no podremos obtener una buena resolución de imagen y saber con certeza lo que está ocurriendo.

—Envía aviones espía no tripulados, y diles a los controladores que se arriesguen a hacerlos volar bajo, para que puedan transmitir imágenes en directo de los que está pasando.

—Es muy arriesgado, señor. Sí, efectivamente, el ejército alavés se encuentra allí estarán alerta y no tendrán muchas dificultades para derribar a esos pequeños aviones desarmados.

—Lo sé, teniente. A veces la información veraz bien merece la pérdida de unos cuantos artefactos, y de esos tenemos muchos. Es probable que podamos saber algo más antes de que los derriben todos. Por otra parte, el hecho de que puedan abatir a nuestros aviones de reconocimiento nos estará indicando que están alerta y que son una fuerza a tener en cuenta, ¿entendido?

—Por supuesto, señor. Transmitiré sus órdenes al centro de mando aéreo y los exhortaré para que envíen los aviones cuanto antes.

—Ordena también que analicen pormenorizadamente las llamadas de ayuda que se reciban desde Burgos, para saber con mayor certeza lo que está ocurriendo.

—Así lo haré, señor. ¿Algo más? —se atrevió a preguntar Rubén, para asegurarse de no dejar nada al azar.

—Encárgate también de que todos los altos mandos militares gallegos estén al tanto de lo que ocurre y diles de mi parte que hagan todo lo que esté a su alcance para prevenir y anticipar cualquier otra agresión. Sin embargo, no quiero que hoy se alarme a la población, si no hay algún otro peligro inminente, ¿lo comprendes?

—Sí, señor.

—Bien. Ponte a ello —ordenó Pedro y cortó la comunicación.

Antes de ponerse en contacto directo con los otros tres comandantes militares de

Lugo, Orense y Pontevedra, —él, a pesar de ser presidente electo todavía detentaba el cargo de comandante militar de A Coruña—, e informarles personalmente de lo que estaba ocurriendo, y también con la esperanza de que pudieran contarle algo más que arrojase algo de luz sobre el verdadero alcance de lo que sucedía, Pedro se tomó un instante para reflexionar.

Era evidente que el discurso que tenía preparado para esa noche debía ser modificado sustancialmente, y lo que en principio iba a ser una celebración exultante acabaría siendo un hecho relevante que se vería ensombrecido por la evidencia de una nueva guerra. Estaba seguro de que los alaveses estaban plenamente informados de las elecciones gallegas, e intuía que algún mando militar vasco había decidido atacar el territorio que ahora estaba bajo soberanía gallega, sabiendo que la ciudad no estaba guarnecida, dando por sentado que todos en Galicia estarían pendientes de las elecciones. Él, como estratega, entendía esa lógica, pero lo que no acababa de asimilar era lo que había empujado a los alaveses a iniciar un conflicto frontal con Galicia. Hasta ese momento, Pedro, nunca había imaginado que esa conflagración fuera a suceder, pero parecía evidente que el destino le tenía reservadas aún muchas actuaciones que interpretar en la trama de la vida.

De súbito recordó algo y se reafirmó en su convicción de que las cosas no sucedían por accidente, que la casualidad no existía y en consecuencia las causas solo se producen por acciones que se piensan, hablan, se actúan y se sienten. ¿Quizás esa era la esperada justificación que inconscientemente aguardaba para probar la nueva arma de la que disponían?, y qué, sin duda, iba a inclinar la balanza del poderío militar aéreo del lado de los gallegos.

Cuando llegó a ese convencimiento se dio cuenta de que tenía los dientes apretados y que la rabia lo embargaba. Luchó para distender sus músculos faciales y recuperar una aparente placidez. Sabía que su esposa estaba a punto de llegar, y que juntos debían ir a la sala de prensa de la sede del gobierno y, una vez allí, en directo, a través de todos los medios de comunicación, debía pronunciar un discurso, que, debido a que los inesperados acontecimientos que todavía se estaban desarrollando y que aún no tenían un final definido, tenía que improvisar.

Paulatinamente la rabia que sentía comenzó a desvanecerse. Sabía del poderío militar del que dispondría, e imaginaba la supremacía que tendría sobre los países peninsulares limítrofes con la creciente Galicia, si la nueva arma que acababan de desarrollar daba el resultado esperado. El científico que dirigía el grupo de intelectuales y técnicos que acababan de finalizar el ingenio opinaba que sí, y Pedro, conocedor de la evolución del proyecto y del resultado exitoso de las primeras pruebas experimentales pensaba lo mismo. Ahora solo faltaba probarla en un escenario bélico real, y la agresión de los vascos le daba la excusa perfecta para hacerlo.

«Las cosas no ocurren por casualidad», pensó de nuevo y, cuando ese fugaz pensamiento cruzó su mente, recordó que debía llamar a los comandantes militares de

las provincias gallegas, informarles someramente de los hechos, aunque imaginaba que ya sabrían tanto como él, e instarles a que ellos mismos contribuyeran a la obtención de más datos con los medios de que disponían.

Cuando se dispuso a establecer la comunicación con el general Bugallo —el primero al que decidió llamar— la puerta se abrió y Elena entró radiante, con una evidente mueca de contento plasmada en su cara. La aparición de su esposa cambió los planes del flamante presidente gallego electo e hizo que este postergase las llamadas. Sin embargo, mientras pensaba en contarle a Elena las malas noticias, caviló que, con toda probabilidad, los altos mandos militares gallegos estarían ya informados y era más que probable que a su vez estuviesen intentando contactar con él.

Ella, ignorante de los nefastos acontecimientos recientes, se acercó y, antes de hablar, juntó su cuerpo con el recién incorporado Pedro, y, entrelazando sus antebrazos tras la nuca de su esposo, lo besó con una mezcla de pasión, deleite, felicitación, orgullo y lujuria.

Él trató de corresponder al beso, pero evidentemente no lo hizo como ella esperaba porque su mente divagaba, llena de preocupaciones que absorbían todo su intelecto y anulaban su euforia y su libido.

Elena lo notó y, separándose lo justo para mirarle a los ojos, sin romper el abrazo, preguntó:

—¿Ocurre algo?

Pedro asintió con la cabeza y el gesto provocó que una mueca de interrogante preocupación se plasmase en el rostro de la mujer.

—Siéntate —pidió él, señalándole una silla.

Elena se apartó y obedeció la sugerencia como una autómatas. Mostrándose seria, inquieta y desconcertada, sin apartar la mirada del rostro de su marido, esperó a que él le contara la razón por la cual, en vez de reflejar el lógico contento por su victoria, mostraba una preocupación incomprensible para ella, pero evidente y notoria.

Sabiendo que su mujer estaba ansiosa, él no quiso hacerla esperar en demasía y comenzó su relato:

—Tengo malas noticias —dijo.

Antes de continuar no pudo evitar pensar en las guerras que sin duda se vería obligado a librar; también cavilaba cómo hacer para prevalecer en las contiendas en las que ya estaba involucrado.

En Coruña a 24 de Julio del 2014